La Sombra del Dragón

Donde el cristal se quiebra,
la oscuridad comienze.



Iasmin G.B.

La sombra del Dragón

Iasmin G.B.

La sombra del dragón

© 2026 Iasmin G.B.

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin el permiso previo de la autora. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes y situaciones son fruto de la imaginación de la autora.

Para los que saben que el lugar más peligroso para esconderse es el cuerpo de tu enemigo.

Y para ti, que siempre quisiste que el monstruo te atrapara.

Índice

PARTE I: EL DESPERTAR DEL NEXO

Capítulo 1 7

Capítulo 10 130

PARTE II: LA CIUDADELA DE CRISTAL

Capítulo 11 149

Capítulo 20 295

PARTE III: LA GUERRA DE LAS FRECUENCIAS

Capítulo 21 308

Capítulo 30 420

PARTE IV: LA AURORA Y LA OBSIDIANA

Capítulo 31 431

Capítulo 40 530

Capítulo 1:El Peso de la Corona y el Aliento del Abismo

Isadora

El corsé me apretaba tanto que el aire se sentía como un privilegio, no como un derecho. Pero no era la tela lo que me asfixiaba, sino el repicar de las campanas. Cada campanada de la catedral golpeaba mis huesos con una frecuencia que conocía bien: la de una sentencia de muerte. Mi padre decía que era el sonido de la tradición; yo sabía que era el ruido de una jaula de oro cerrándose para siempre. Cada costura de mi vestido de novia estaba tejida con hilos de oro y las expectativas de un reino que prefería verme vendida que libre. El espejo frente a mí devolvía la imagen de una extraña: la princesa Isadora de Valerius, adornada con joyas que pesaban más que mis propios pecados.

—Estás radiante, alteza —susurró mi doncella, aunque sus manos temblaban mientras colocaba el velo de encaje.

Mentira. Estaba pálida, como un cadáver envuelto en lino fino. Mi boda con el archiduque de Hierro no era un matrimonio; era una transacción comercial para asegurar las fronteras contra los "monstruos" del norte. Pero yo sabía lo que había en el norte. Había visto los mapas prohibidos. Sabía que los Dragón Lords no eran simples bestias, sino sombras de un mundo que habíamos olvidado.

Cuando las campanas de la catedral empezaron a repicar, el sonido no fue una celebración, sino una sentencia. Aproveché el momento en que mi doncella se agachó para recoger la cola del vestido. No lo pensé. No podía permitirme pensar.

Corrí.

Mis pies, calzados en seda, golpearon el suelo de piedra del pasadizo secreto tras el tapiz de la alcoba real. El aire aquí olía a polvo y a siglos de silencio. Me arranqué el velo, dejando que la fina tela quedara atrapada en una estatua de un ángel decapitado. No miré atrás. Fuera de los muros del castillo, el bosque de las Sombras me esperaba, un manto de oscuridad que incluso los guardias de mi padre temían.

Corrí hasta que mis pulmones ardieron, hasta que el vestido blanco se desgarró con las zarzas, tiñéndose de barro y verde bosque. Sabía a dónde iba. El mapa que había robado de la biblioteca real señalaba un lugar que no figuraba en ningún

registro oficial: el Templo de los Dioses Olvidados. Un lugar donde la magia aún respiraba.

Cuando llegué, la luna estaba en su cenit. El templo se alzaba entre los árboles como una costilla de mármol blanco clavada en la tierra. No había techo, solo arcos inmensos que encuadraban las estrellas. El silencio era absoluto, denso como la miel.

Pero no estaba sola.

Un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío de la noche recorrió mi columna. Entre las sombras de las columnas, una silueta se materializó. Era alto, demasiado para ser un hombre común, y su presencia desplazaba el aire a su alrededor.

Kaele

El aroma de la sangre real y el miedo es algo que un dragón nunca olvida. Es dulce, metálico y desesperadamente humano.

Observé a la mujer desde la penumbra del altar. Parecía una aparición, con su vestido de novia destrozado y su cabello oscuro enredado con hojas secas. Estaba jadeando, con los ojos bien abiertos, buscando algo en este lugar sagrado que ya no pertenecía a los hombres.

Sentí el pulso de la profecía vibrar bajo mi piel, como escamas invisibles que deseaban emerger. La Orden de los Escamados me había enviado aquí con un propósito claro: eliminar la amenaza. Según los oráculos, la primogénita de Valerius traería la ruina a mi estirpe. Ella era el arma, la mano que sostendría la daga.

Me deslicé fuera de las sombras, permitiendo que la luz de la luna bañara mis facciones. Vi el momento exacto en que me reconoció, no como un aliado, sino como el depredador de sus pesadillas. Mi forma humana era una máscara necesaria, pero mis ojos... mis ojos siempre conservaban ese brillo ámbar fundido que delataba mi naturaleza.

—Has recorrido un largo camino para morir en un altar vacío, princesa —mi voz sonó como el roce de dos piedras, profunda y peligrosa.

Ella retrocedió, su mano buscando instintivamente un arma que no tenía. Sus dedos se cerraron sobre un trozo de mármol suelto. Valiente, pero inútil.

—No voy a volver —dijo ella, con la voz quebrada pero firme—. Prefiero que me devores aquí mismo a regresar a esa boda.

Caminé hacia ella con una lentitud depredadora. Cada paso era una promesa de peligro. Me detuve a escasos centímetros, lo suficientemente cerca para oler el jazmín de su piel y el sudor de su huida. La diferencia de altura me permitía observar el temblor de su pulso en su cuello. Tan frágil. Tan letal según el destino.

—¿Crees que la muerte es una escapatoria sencilla? —Me incliné hacia su oído, dejando que mi aliento rozara su piel. Vi cómo su piel se erizaba—. No soy un verdugo caritativo, Isadora.

La rodeé, como un lobo evaluando a su presa. El Templo de los Dioses Olvidados pareció vibrar ante nuestra cercanía. La profecía decía que ella me destruiría, pero mientras la observaba —hermosa en su ruina, desafiante ante el fin—, sentí una chispa de algo que no era odio. Era hambre. Un hambre que el fuego de mi interior no lograba saciar.

—Aunque huyas hasta los confines de la tierra, recuerda... —le susurré, atrapando un mechón de su pelo entre mis dedos— Las sombras son mías, y tú también.

Isadora

Sus palabras se clavaron en mí como garras. Sus ojos eran dos pozos de fuego líquido que parecían leer cada secreto vergonzoso que guardaba en mi pecho. No era un hombre; era una fuerza de la naturaleza envuelta en una piel demasiado perfecta para ser real.

—No soy de nadie —escupí, aunque mis piernas flaqueaban.

—Eso es lo que todos creen hasta que conocen la oscuridad —respondió él, su sonrisa era una línea fina y cruel—. Mi nombre es Kaele, y soy el fin de tu linaje.

Me tomó de la barbilla con una fuerza que no admitía réplica. Su tacto no estaba frío; quemaba. Era como si su propia sangre

fuera lava corriendo bajo una superficie de mármol. En ese momento, en el centro de aquel templo iluminado por la luna, comprendí que mi huida no me había llevado a la libertad. Me había llevado directamente a los brazos de mi propia destrucción.

El destino es un círculo vicioso. Me habían criado para odiarlo, para temer el día en que un Lord Dragón reclamara lo que le fue robado. Y ahora, frente a él, me daba cuenta de que el odio era lo único que nos mantenía a salvo el uno del otro. Si ese odio se desvanecía, solo quedaría un incendio que nos reduciría a cenizas a ambos.

—Mátame entonces —le desafié, clavando mis uñas en sus antebrazos rígidos—. Hazlo ahora.

Kaele soltó una carcajada seca, un sonido carente de alegría.

—No, Isadora. La profecía es un juego de paciencia. Y yo tengo toda la eternidad para ver cómo te rompes.

Capítulo 2:El Eco de las Escamas y el Hielo de la Luna

Kaele

El silencio del templo no era un vacío, era una entidad que respiraba. Las runas de las losas de mármol, despertadas por la confluencia de nuestra sangre —la de la usurpadora y la del guardián—, emitían un zumbido sordo que hacía vibrar mis dientes. Era un recordatorio de que este lugar no era solo piedra y polvo; era un nexo, un nudo en la garganta del tiempo.

Observé a Isadora. Se había encogido contra la base de una columna jónica, tratando de fundirse con las sombras que yo mismo gobernaba. Su vestido, una vez una obra maestra de la opulencia humana, colgaba de sus hombros como los pétalos marchitos de una azucena pisoteada. El barro se había secado sobre la seda, y la sangre de sus rasguños empezaba a oscurecerse.

Ella temblaba. No era el temblor rítmico del miedo puro, sino el espasmo errático del frío que cala hasta la médula. El Bosque de las Sombras no conocía el verano; sus noches eran exhalaciones del infierno helado.

—Si sigues temblando de esa manera, tus dientes acabarán rompiéndose antes de que yo decida qué hacer contigo —dije, mi voz resonando en la cúpula invisible que el templo había erigido a nuestro alrededor.

Ella levantó la cabeza. Sus ojos oscuros, enmarcados por pestañas apelmazadas por el llanto y la suciedad, buscaron los míos. Había una chispa de odio allí, una resistencia que me resultaba casi insultante por lo humana que era.

—Entonces... enciende un fuego —logró decir, aunque su mandíbula castañeaba—. O devórame de una vez. Pero deja de mirarme como si fuera un experimento de laboratorio.

Caminé hacia ella. Mis pasos eran deliberadamente pesados, cada uno una declaración de dominio. La magia del templo intentó enredarse en mis tobillos, reconociéndome como su señor, pero la ignoré. Me detuve a dos pasos de ella. La fragilidad de su cuello, expuesto por el escote desgarrado, era una provocación. Podía ver el latido de su carótida, un tambor apresurado que pedía clemencia sin saberlo.

—Un fuego —repetí con una sonrisa amarga—. Los humanos siempre buscáis luz para ocultar lo que sois. No habrá fuego en este altar, Isadora. Este lugar se alimenta de calor, no lo produce. Si enciendo una llama, el templo la absorberá en segundos, y con ella, absorberá tu fuerza vital.

Me puse en cuclillas frente a ella, obligándola a sostener mi mirada ámbar. El brillo de mis pupilas era lo único que iluminaba

su rostro ahora que la luz rúnica se había estabilizado en un azul gélido.

—¿Qué quieres de mí? —susurró ella. Su voz era apenas un soplo de aire—. Si la profecía dice que voy a destruirte, ¿por qué no has acabado conmigo?

—Porque las profecías son rompecabezas, princesa. A veces, para evitar que un arma se dispare, hay que entender cómo está forjada. —Extendí una mano, rozando con el dorso de mis dedos la piel de su mejilla. Estaba helada, como el mármol bajo nosotros—. Eres el arma de tu padre. Eres la flecha que él ha apuntado al corazón de mi especie. Quiero ver qué pasa cuando la flecha se da cuenta de que el arquero la odia tanto como al objetivo.

Ella apartó la cara de mi toque como si mis dedos fueran brasas. Me puse en pie, sintiendo una extraña punzada de irritación. No estaba acostumbrado a que mi presencia fuera rechazada con tal ferocidad. Los humanos que se cruzaban en mi camino solían suplicar o morir en silencio. Ella hacía ambas cosas y ninguna a la vez.

Isadora

Kaele se alejó unos pasos, moviéndose con esa gracia líquida que me recordaba a una pantera al acecho. Cada vez que me miraba, sentía que mis ropas desaparecían, no por deseo —aunque el calor que emanaba de él era una tentación física casi insoportable— sino porque sentía que podía ver mi alma, mis miedos y esa pequeña semilla de rebelión que me había llevado a huir.

El frío era una tortura. Mis dedos estaban entumecidos y sentía que el aire se convertía en cristales de hielo en mis pulmones. Miré a mi alrededor, buscando cualquier cosa para cubrirme, pero solo había piedra y los restos de mi propio velo, que ahora no era más que un trapo inútil.

—Tengo hambre —dije, odiando la debilidad en mi propia voz.

Él se detuvo y se giró lentamente. La luz azul de las runas perfilaba sus hombros anchos y la línea de su mandíbula. Era

insoportablemente apuesto, de una manera que dolía mirar.

—El hambre es un recordatorio de que todavía eres esclava de tu carne —dijo él, pero esta vez no había tanta crueldad en su tono, sino una especie de cansancio secular—. En este templo, el tiempo no fluye como fuera. Podrías pasar días aquí antes de que tu estómago realmente empezara a devorarse a sí mismo. Sin embargo...

Se metió la mano en un pliegue de su túnica oscura y sacó algo que brillaba débilmente. Se acercó y me lo tendió. Era una fruta de piel dorada, pequeña como una ciruela pero que parecía contener luz propia.

—Come esto. Es fruto del Árbol de las Cenizas. Te mantendrá caliente desde dentro, aunque dudo que te guste el sabor.

Dudé. ¿Y si era veneno? ¿Y si era una forma de doblegar mi voluntad? Pero mi cuerpo decidió por mí. Le arrebaté la fruta y le di un mordisco. El sabor fue una explosión de amargor y especias, como morder una brasa de canela y pimienta. De inmediato, una oleada de calor comenzó a irradiar desde mi estómago hacia mis extremidades. El temblor cesó. Mis dedos recuperaron la sensibilidad y un rubor impropio subió a mis mejillas.

—Gracias —susurré, sorprendida de mi propia gratitud.

Kaele no respondió. Se sentó en el suelo, a unos metros de mí, cruzando las piernas con una elegancia aristocrática. Cerró los ojos y, por un momento, pareció una estatua más del templo.

—¿Cómo es? —pregunté, incapaz de soportar el silencio que volvía a cerrarse sobre nosotros.

—¿Cómo es qué, Isadora?

—Ser un dragón. Los libros en mi palacio dicen que sois bestias de puro odio, que no tenéis alma y que vuestro único placer es ver el mundo arder.

Él abrió un solo ojo. El ámbar de su iris pareció expandirse hasta cubrir todo el globo ocular por un segundo antes de volver a la normalidad.

—Tus libros fueron escritos por hombres que temen lo que no pueden domesticar. Ser un dragón es ser el fuego y el viento. Es

entender que el mundo no nos pertenece, sino que nosotros pertenecemos al equilibrio del mundo. Vuestro odio nace de la envidia, princesa. Envidiasteis nuestra longevidad, nuestra fuerza y nuestra conexión con lo primordial. Por eso nos cazasteis. Por eso nos obligasteis a escondernos tras rostros humanos que nos quedan pequeños.

Había una tristeza tan profunda en su voz que sentí un nudo en la garganta. Por primera vez, dejé de verlo como el monstruo de los cuentos y empecé a verlo como el superviviente de una tragedia.

—Mi padre dice que la profecía es la única forma de asegurar el futuro de los hombres. Dice que mientras quede un Lord Dragón vivo, la humanidad nunca estará a salvo.

—Tu padre tiene razón en una cosa —Kaele se levantó y se acercó a mí con una rapidez que me hizo jadear. Se inclinó sobre mí, apoyando una mano en la columna, justo encima de mi cabeza—. Mientras yo respire, su mundo de muros y cadenas estará en peligro. Pero la profecía no dice que tú seas la salvadora de los hombres, Isadora. Dice que eres la destrucción. ¿Te has preguntado alguna vez si la destrucción que traes es la mía... o la de tu propio mundo?

Su cercanía era abrumadora. El calor que emanaba de él, potenciado por la fruta que acababa de comer, creaba una atmósfera densa y eléctrica. Podía olerlo: era un aroma a ozono, a tierra quemada y a algo profundamente masculino y salvaje. Mi respiración se volvió errática, y esta vez no era por el frío.

Kaele

Sus ojos me buscaban con una mezcla de terror y una curiosidad que empezaba a volverse peligrosa. Estaba tan cerca que podía ver las pequeñas pecas que adornaban el puente de su nariz, invisibles bajo el maquillaje que había llevado antes. Podía ver cómo sus labios, agrietados por el frío, se entreabrían ligeramente.

Un instinto milenario despertó en mi sangre. No era el deseo de matar, sino el deseo de reclamar. Los dragones somos criaturas posesivas por naturaleza. Atesoramos oro, gemas y secretos. Y en este momento, ella era el tesoro más brillante y prohibido que jamás había visto.

—Tienes miedo —susurré, bajando la vista a su boca.

—Me tienes acorralada —respondió ella, aunque su voz no temblaba tanto como antes.

—Podría hacer tantas cosas contigo ahora mismo, Isadora. El templo nos protege de miradas externas. Tu padre, tus guardias, tu prometido... para ellos, estás muerta o perdida para siempre. Aquí, solo existimos tú, yo y la verdad de la carne.

Me acerqué un milímetro más, permitiendo que mi pecho rozara el suyo. El contacto fue como una descarga eléctrica que recorrió cada una de mis fibras. Vi cómo sus pupilas se dilataban, ocupando casi todo el iris oscuro. Ella no retrocedió. No buscó la daga que yo había arrojado lejos. En lugar de eso, su mano, pequeña y aún manchada de barro, subió lentamente hasta posarse sobre mi pecho, justo donde latía mi corazón de dragón.

—Tu corazón late muy rápido para ser una bestia sin alma —dijo ella en un susurro desafiante.

Ese fue el momento en que el equilibrio se rompió. Mi mano bajó desde la columna hasta su nuca, mis dedos enredándose en su cabello desordenado. La atraje hacia mí con una brusquedad que la hizo soltar un pequeño gemido. No fue un gemido de dolor, sino de sorpresa, y algo más que no quise identificar.

—No juegues con fuego, princesa —le advertí, mi voz volviéndose un gruñido bajo—. Porque el fuego no sabe lo que es la piedad.

—Entonces muéstrame el incendio —respondió ella.

Fue una invitación y un desafío. Fue la primera grieta en la armadura de odio que nos separaba. Me incliné, mi boca a centímetros de la suya, sintiendo el calor de su aliento. El aire entre nosotros estaba tan cargado de magia y tensión que parecía que el templo mismo iba a estallar.

Pero entonces, un grito desgarrador rompió el silencio del bosque exterior. No era un grito humano. Era el aullido de un *Rastreador de Almas*, las criaturas que el Archiduque de Hierro utilizaba para encontrar a quienes no querían ser encontrados.

Me separé de ella de golpe, mi instinto de batalla reemplazando al de conquista. Mis ojos recorrieron la barrera azul del templo. Los rastreadores no podían entrar, pero su presencia significaba que el mundo exterior no se había rendido.

—Parece que tu "libertad" tiene un precio más alto del que pensabas —dije, mi voz recuperando su frialdad metálica.

Isadora se abrazó a sí misma, el rubor de hace un momento desapareciendo para dejar paso a una palidez mortal.

—Me encontrarán. Si me encuentran, te matarán a ti y a mí me llevarán de vuelta encadenada.

—Nadie te llevará a ninguna parte si yo no lo permito —dije, y para mi sorpresa, me di cuenta de que lo decía en serio—. Pero si quieres sobrevivir a esta noche, vas a tener que confiar en el monstruo más que en los hombres.

Me acerqué a la entrada del templo, donde la barrera vibraba bajo los ataques invisibles de las criaturas del exterior. El *fuego lento* de nuestro encuentro acababa de ser avivado por la urgencia de la supervivencia.

Isadora

Lo miré de espaldas, su silueta recortada contra la luz azul neón de la barrera mágica. Kaele era aterrador, sí. Era el enemigo de mi estirpe, el protagonista de mis pesadillas. Pero mientras escuchaba los aullidos de los rastreadores de mi prometido —criaturas sin rostro que devoraban la voluntad de sus víctimas—, me di cuenta de una verdad amarga.

Prefería arder en las manos de este dragón que morir congelada en la vida que mi padre había diseñado para mí.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté, poniéndome de pie y dejando atrás los restos de mi vestido de novia.

Kaele se giró. Su rostro ya no era el de un hombre intentando ser civilizado. Sus facciones parecían más afiladas, más feroces.

—Ven aquí —ordenó.

Caminé hacia él, cruzando el suelo de mármol con los pies descalzos. Cuando llegué a su lado, él no me tomó de la mano. En lugar de eso, puso su brazo alrededor de mis hombros, atrayéndome hacia su costado. Su calor era mi único escudo.

—No cierres los ojos —me susurró al oído—. Vas a ver cómo lucha un dios olvidado. Y recuerda, Isadora: a partir de este momento, ya no eres una princesa de Valerius. Eres la mujer que eligió la sombra.

La barrera del templo empezó a resquebrajarse bajo la presión de los rastreadores, y por primera vez en mi vida, no sentí que el mundo se acabara. Sentí que apenas estaba comenzando.

—Lo sé —respondí, apretando mi mano contra su costado, sintiendo la dureza de sus músculos—. Y si tengo que arder con las sombras, que así sea.

Kaele soltó un rugido que no salió de su garganta, sino de su misma esencia, un sonido que hizo que los árboles del bosque exterior se inclinaran y que los rastreadores retrocedieran por un instante. En ese momento, en la oscuridad del templo, supe que la profecía no era una sentencia de muerte, sino el prólogo de algo mucho más oscuro, erótico y devastador de lo que cualquier oráculo hubiera podido predecir.

Capítulo 3: El Abrazo del Caos y el Temblor del Deseo

Kaele

El rugido que escapó de mí no era de mi garganta, sino del corazón mismo del dragón que residía bajo mi piel humana. Era

un sonido primordial, una advertencia, una declaración de soberanía. La barrera rúnica del templo, que antes había vibrado con una luz azul constante, ahora pulsaba y crepitaba como un corazón agónico. Los Rastreadores de Almas de Valerius, criaturas forjadas con la desesperación de los condenados y el lodo de los cementerios, eran insistentes. Sus lamentos eran cuchillos invisibles que arañaban los bordes de mi conciencia, buscando grietas, buscando la debilidad.

Isadora estaba a mi lado, aferrándose a mi brazo con una fuerza sorprendente. Podía sentir el temblor de su cuerpo, pero también la tensión en su agarre, una mezcla extraña de terror y resolución. La fruta del Árbol de las Cenizas debía de haber hecho su trabajo, pues su piel no estaba helada, sino tibia contra la mía. Un calor que me resultaba extrañamente perturbador.

—Se están acercando —susurró ella, su voz apenas audible por encima de los aullidos que se multiplicaban en el exterior.

—Están probando los límites de la barrera —respondí, mi mirada fija en las sombras danzantes más allá de la luz rúnica—. Son criaturas de la oscuridad, de la desesperación. Se alimentan del miedo.

—¿Y el miedo de quién los alimenta ahora? —preguntó ella, con una lucidez que me sorprendió.

Me giré para mirarla. Sus ojos estaban fijos en los míos, buscando una respuesta que yo mismo no quería admitir.

—El mío no —dije, con una dureza que buscaba convencerme a mí mismo tanto como a ella—. Yo no siento miedo.

—Todos lo sienten, Kaele. Hasta los dragones.

Fue una audacia que me hizo tensar cada músculo. Ningún humano se había atrevido a hablarme con tal franqueza, menos aún a cuestionar mi naturaleza. Sin embargo, no sentí la ira que normalmente me consumiría. En cambio, una punzada de algo más complejo, una especie de admiración a regañadientes, atravesó mi endurecido corazón.

—Tu gente los llama *Perros del Infierno* —continué, ignorando su comentario. Desvié mi mirada hacia la barrera—. Los Rastreadores de Almas son engendros de la magia oscura. Si uno

de ellos logra penetrar la barrera, te buscará a ti. Las almas de los Valerius son un festín para ellos.

La barrera rúnica, que había parecido impenetrable, comenzó a ceder con un sonido similar al de un cristal al romperse. Pequeñas grietas de luz púrpura se extendieron por la superficie invisible, y los aullidos se convirtieron en gritos guturales y rasposos.

—¿Cómo entran? —preguntó ella, su voz ahogada.

—No entran. Se cuelan. Son como un gas nocivo. La barrera puede detener la carne, pero no la esencia de la desesperación que portan. Y tu desesperación es lo suficientemente potente como para atraerlos.

Un Rastreador de Almas logró penetrar. No era una criatura de carne y hueso, sino una silueta flotante, más oscura que la propia noche, con ojos de un rojo incandescente que brillaban a través de la penumbra. Parecía una masa amorfa de humo denso y miedo concentrado, arrastrándose por el suelo del templo, dejando un rastro de escarcha y un olor a azufre y carne en descomposición.

—No dejes que te toque —le advertí, empujándola ligeramente detrás de mí—. Su tacto congela el alma y la consume.

El Rastreador de Almas emitió un chillido agudo y se lanzó hacia nosotros. Se movía con una rapidez antinatural, flotando sobre el suelo, sus formas cambiantes extendiéndose como garras espectrales.

En un instante, mi mano fue a mi cintura y saqué un puñal forjado en la forja de la montaña madre, la hoja de obsidiana absorbía la poca luz que había. No era un arma para el combate físico con criaturas así, sino una herramienta para disolver lo antinatural.

—Quédate detrás de mí —ordené, mi voz ahora era puro acero.

El Rastreador se abalanzó. Su forma oscura intentó rodearme, envolverme en su abrazo letal. Pero los dragones no somos presa fácil. Mi piel humana era solo un velo. Sentí el frío paralizante cuando su esencia se acercó, pero también sentí el calor de mi propio fuego elemental que se alzaba para rechazarlo.

Giré, la daga de obsidiana trazando un arco brillante en el aire. La hoja, infundida con la esencia de la tierra antigua, cortó a través de la forma etérea del Rastreador. No hubo sangre, solo un siseo de energía disipándose y un lamento fantasmagórico que resonó por el templo antes de que la criatura se desvaneciera en una bocanada de aire helado.

Pero no era el único. Otras grietas se formaron en la barrera, y más Rastreadores comenzaron a colarse, deslizándose por el suelo como sombras acechantes. Eran tres. Luego cinco. El aire se volvió irrespirable, cargado con el olor a muerte y la presencia de su vacío.

—¡Son demasiados! —gritó Isadora, y su voz estaba teñida de un pánico genuino que me molestó.

—No si se sabe cómo combatirlos —repliqué, mientras me preparaba para el siguiente ataque.

Un Rastreador se lanzó directamente hacia Isadora, buscando su alma de Valerius. No lo pensé. Mi cuerpo reaccionó por puro instinto de protección, un instinto que era tan ancestral como la sangre de dragón que corría por mis venas. La aparté de un empujón y la puse detrás de mí, cubriéndola con mi propio cuerpo.

Mi mano se cerró alrededor de su cintura mientras la atraía más cerca. Su cuerpo chocó contra mi espalda, y pude sentir la suavidad de su tela, la curvatura de su cadera. El contacto, incluso en la batalla, envió un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío.

Isadora

El empujón de Kaele fue brusco, pero me salvó. Sentí el aliento helado del Rastreador de Almas pasar silbando por donde mi cabeza había estado un segundo antes. Mis ojos, muy abiertos, vieron la forma oscura y volátil de la criatura disiparse bajo el golpe certero del puñal de Kaele.

Mi cuerpo se pegó al suyo, y la sorpresa me dejó sin aliento. Podía sentir la tensión de sus músculos, la dura superficie de su

espalda contra mi pecho. Y el calor. El calor que irradiaba de él era como una manta, un escudo contra el frío y contra el terror que me atenazaba.

Otro Rastreador se abalanzó, y Kaele giró, su movimiento era tan fluido y preciso que parecía danzar con la muerte. El filo de obsidiana zumbó al cortar el aire, y el segundo espectro se disolvió con un lamento.

Pero los Rastreadores eran como un enjambre de avispas oscuras. Había una fisura más grande en la barrera, y por ella se deslizó una docena más, formando un círculo a nuestro alrededor. Sus ojos rojos brillaban como carbones en la penumbra. El olor a putrefacción se volvió abrumador.

—No te separes de mí —gruñó Kaele. Su voz era áspera, y sentí la vibración en su espalda mientras hablaba. Su mano, que me sostenía por la cintura, me apretó con más fuerza, pegándome aún más a él.

Mis brazos se enredaron alrededor de su cintura por puro instinto, mis manos aferrándose a la tela de su túnica. Estábamos tan cerca que sentía el latido de su corazón resonando contra el mío. Era un ritmo fuerte, salvaje, que de alguna manera me calmaba en medio del caos.

Los Rastreadores atacaron simultáneamente, creando un muro de oscuridad en movimiento. Kaele se movía con una rapidez asombrosa, una ráfaga de movimiento que la visión humana apenas podía seguir. El puñal de obsidiana se convertía en un blur oscuro, disipando una criatura tras otra. Pero eran muchos.

Uno de ellos logró deslizarse por debajo del arco de su brazo, directamente hacia mí. No lo vi venir hasta que sentí el frío cortante en mi pierna. Un escalofrío de agonía recorrió mi cuerpo, y sentí que una parte de mí se desprendía, una punzada de vacío.

Grité.

Kaele se giró de golpe, su rostro una máscara de furia primigenia. Sus ojos ámbar se encendieron con una luz tan brillante que por un instante, el templo se iluminó como si un sol hubiera nacido. Su rostro ya no era humano. Sus facciones se

afilaron, sus pómulos se tensaron, y sus dientes, pensé ver por un instante, eran más largos y puntiagudos.

Con un rugido que hizo temblar el suelo, soltó mi cintura y se lanzó sobre el Rastreador. No usó la daga. Sus manos desnudas se cerraron alrededor de la forma etérea, y con un esfuerzo visible, la arrancó en dos, como si fuera de tela. La criatura se disolvió con un alarido de terror, más fuerte que los anteriores.

La herida en mi pierna ardía, pero al ver la ferocidad en los ojos de Kaele, el miedo a los Rastreadores se desvaneció, reemplazado por un terror diferente, uno que nacía de la abrumadora potencia de este ser.

Cuando terminó con el último Rastreador, que se disolvió en un suspiro helado, el templo quedó en silencio. La barrera rúnica se cerró con un chasquido invisible, y la luz azul volvió a su pulso normal. El aire se aclaró del olor a azufre, pero el rastro de la desesperación aún flotaba.

Kaele se acercó a mí con dos zancadas. Su rostro estaba tenso, su respiración agitada. Se arrodilló, su mano acercándose a mi pierna herida. El roce de sus dedos, incluso antes de tocarme, envió un escalofrío de una naturaleza completamente diferente.

Kaele

La visión de ese espectro rozando a Isadora fue como una brasa en mis venas. Una furia irracional, primigenia, me consumió. No era solo la amenaza a mi "prisionera", sino una violación de mi territorio, de la mujer que, por el capricho de la profecía, era mía, aunque fuera para la destrucción.

Mis manos se cerraron sobre el Rastreador de Almas, y sentí su esencia gélida intentar penetrar mi piel. Pero mi fuego era más fuerte, mi voluntad más antigua. Lo desgarré. Lo pulvericé con una brutalidad que me habría resultado excesiva si se tratara de un simple humano.

Cuando el último de esos abominables engendros se disolvió, el silencio volvió a caer sobre el templo, un silencio que ahora

parecía más pesado, más cargado. Me acerqué a Isadora, que estaba pálida, con la respiración entrecortada.

Se arrodilló junto a ella, notando la delgada mancha de escarcha en su muslo. La herida no era física, sino espiritual. El tacto de un Rastreador dejaba una quemadura helada en el alma, una sensación de vacío.

—Déjame ver —dije, mi voz ronca.

Ella no protestó. Su vestido estaba desgarrado hasta el muslo, revelando la suavidad de su piel. Había una mancha violácea en el lugar donde el Rastreador la había rozado, como una contusión de frío.

Mi mano se posó suavemente sobre la piel fría y magullada. En lugar de sentir el terror que esperaba, sentí un leve sobresalto en su cuerpo. Y luego, una calidez se extendió desde mis dedos hasta su muslo. No era un calor abrasador, sino un bálsamo suave, como el sol que se esconde detrás de una nube en un día frío.

La magia curativa de los dragones no era como la de los sanadores humanos. No se basaba en hierbas o conjuros complejos. Era la transferencia de nuestra propia energía vital, de nuestro fuego elemental. Mis venas parecieron arder ligeramente, y un pulso de poder fluyó de mí a ella.

Isadora soltó un gemido, esta vez claramente de alivio. Su cuerpo se relajó visiblemente bajo mi mano. Pude sentir cómo la escarcha en su muslo retrocedía, cómo el color volvía a su piel, cómo el vacío de su alma se llenaba lentamente.

Levantó la mirada hacia mí. Sus ojos oscuros estaban llenos de una expresión que no había visto antes: asombro, vulnerabilidad y una chispa de gratitud.

—Estás... curándome —susurró.

—La herida no era profunda. Y no es una herida que los humanos puedan sanar. Solo un toque de fuego puede derretir el hielo del alma.

Mantuvimos el contacto visual. Su aliento se aceleró, y pude sentir la punzada de deseo que se agitaba en mi propio cuerpo. La cercanía en el combate había sido una explosión de

adrenalina, pero esta intimidad post-batalla, este intercambio de energía, era algo mucho más peligroso.

Mi pulgar rozó inconscientemente la piel expuesta de su muslo, cerca del borde de su vestido desgarrado. Podía sentir el calor que se acumulaba entre nosotros, el deseo que se hinchaba en el aire. La profecía, el odio ancestral, todo parecía diluirse en ese momento.

—No me mires así, Kaele —susurró ella, su voz temblaba.

—¿Así cómo, Isadora? —pregunté, mi voz apenas un susurro, mi boca seca. Mis ojos, que todavía ardían con los rescoldos de mi furia de dragón, se clavaron en los suyos.

Me incliné lentamente. Mi rostro estaba a milímetros del suyo, nuestros alientos mezclándose en el aire cargado de magia y el aroma de la lluvia inminente. Su mirada bajó a mis labios, y un temblor recorrió todo su cuerpo.

—Así... como si quisieras devorarme.

—Tal vez sí —dije, y el sonido de mis propias palabras era un gruñido bajo—. Pero no de la forma en que los Rastreadores te habrían devorado.

Nuestras frentes se tocaron. Podía sentir el pulso en sus sienes, el temblor de sus párpados. La herida en su muslo estaba casi completamente sanada, pero mi mano permanecía allí, anclada, incapaz de soltarla. Mis dedos subieron por su muslo, rozando la delicada piel bajo el borde de su vestido, una caricia apenas perceptible, pero cargada de intención.

El deseo que se había estado gestando entre nosotros, ese *fuego*, ahora era una hoguera que crepitaba. En ese momento, en la oscuridad del templo, con la amenaza de los Rastreadores aún latente en el bosque, el velo entre el odio y el anhelo se rompió.

—Fui tuya desde el principio —susurró ella, sus ojos aún fijos en los míos, como si estuviera recitando una oración antigua—, y seré tuya hasta el final.

Isadora

Sus palabras resonaron en el silencio del templo, no como una promesa, sino como una verdad ancestral que de repente me había sido revelada. Cuando la curación terminó, Kaele no retiró su mano de mi muslo. En cambio, su pulgar rozó mi piel, enviando una descarga eléctrica que no tenía nada que ver con la magia de sanación.

Su rostro estaba tan cerca que podía contar las motas de ámbar en sus ojos. Su aliento era cálido y tenía un rastro de ozono y algo salvaje, algo que olía a montaña y a fuego. Mi corazón martilleaba en mi pecho, y no era por el miedo, sino por la anticipación.

Cuando dijo que tal vez quería devorarme, una parte de mí, la parte más antigua y primigenia, no se asustó. Se encendió.

Me incliné, cerrando la poca distancia que nos separaba. No fue un acto de sumisión, sino de rendición a una fuerza que era mucho más grande que el miedo, la profecía o el odio de nuestros pueblos.

Nuestras frentes se tocaron, y luego, lenta, inexorablemente, mis labios encontraron los suyos.

Fue un beso al principio tentativo, una exploración, una pregunta. Sus labios eran suaves, pero sentí la dureza de su mandíbula debajo. Había un sabor a especias y a algo elemental, algo que era de la tierra y del aire. No era un beso dulce; era el beso de una tormenta, de un volcán a punto de entrar en erupción.

Cuando mis brazos subieron para rodear su cuello, y mis dedos se enredaron en su cabello oscuro, Kaele respondió con una ferocidad que me hizo jadear. Sus brazos se cerraron alrededor de mi cintura, levantándome ligeramente del suelo, atrayéndome con una fuerza que me hizo sentir que mi cuerpo estaba hecho para encajar perfectamente con el suyo.

El beso se profundizó, volviéndose más exigente, más devorador. Era una colisión de dos mundos, dos almas destinadas a la destrucción, pero que en ese momento, solo querían

consumirse mutuamente. Mis piernas se enredaron con las suyas, y sentí la dureza de sus muslos contra los míos. El vestido desgarrado y manchado era ahora solo una molesta capa de tela entre nuestros cuerpos.

Nuestras bocas se buscaron con una urgencia que lo decía todo. No eran solo labios; eran siglos de profecías, de odio y de un deseo reprimido que finalmente encontraba su salida. Era el aliento del abismo, y yo me estaba lanzando a él sin dudar.

—Fui tuya desde el principio —repetí, mis labios rozando los suyos, sintiendo el temblor que recorría su cuerpo—, y seré tuya hasta el final.

Kaele gruñó, un sonido gutural que resonó en mi pecho. Me soltó lentamente, el beso terminando con un último roce prolongado. Me miró a los ojos, su rostro aún tenso con el deseo. Había una intensidad en su mirada que me decía que este no era el final, sino el principio de algo mucho más profundo y peligroso.

—El destino no puede ser cambiado, princesa —susurró, su voz ronca—, pero tal vez el camino hacia él sí.

Y con esas palabras, ambos supimos que habíamos cruzado un umbral. Los Rastreadores de Almas del Archiduque no eran nada comparado con el infierno de deseo que acabábamos de desatar dentro de las paredes de este templo olvidado.

Capítulo 4: Cenizas de Protocolo y el Despertar de la Sangre

El eco del beso aún vibraba en las paredes del templo, una frecuencia inaudible que parecía haber alterado la estructura misma de la realidad. El aire, antes cargado de la estática de la batalla, ahora pesaba con una densidad nueva, una gravedad que atraía los cuerpos de Isadora y Kaele con la misma fuerza con la que los planetas se aferran a sus órbitas.

Kaele

Me aparté de ella con una brusquedad que me dolió físicamente. Mis pulmones, que no necesitaban aire con la misma urgencia que los de un mortal, ardían como si hubiera inhalado fuego líquido. El sabor de Isadora —jazmín, desesperación y una dulzura prohibida— se había instalado en mis papilas, reclamando un espacio que el odio había ocupado durante un siglo.

La miré. Estaba allí, de pie entre las ruinas de su propio pasado, con los labios entreabiertos y el pecho subiendo y bajando erráticamente. Sus ojos ya no eran los de la princesa que había entrado huyendo; eran pozos de una consciencia nueva, una mujer que acababa de descubrir que el monstruo de sus cuentos tenía un pulso que respondía al suyo.

—No debería haber ocurrido —dije, y mi voz sonó como el crujido de la tierra abriéndose.

Caminé hacia el centro del templo, dándole la espalda. Necesitaba distancia. Necesitaba recordar por qué ella era el enemigo. La profecía no hablaba de besos; hablaba de ruina. Si me permitía sentir el calor de su piel, el fuego que me definía se volvería incontrolable. Los dragones no amamos, Isadora; nosotros poseemos, nosotros consumimos, nosotros devastamos.

—¿Por qué? —Su voz fue un hilo de seda, pero cortó el silencio con la precisión de una navaja—. ¿Porque soy humana? ¿O porque tienes miedo de que la profecía tenga razón y yo sea la que finalmente te destruya?

Me detuve en seco. La arrogancia de su pregunta me hizo sonreír, una mueca carente de humor. Me giré lentamente, dejando que mis ojos brillaran con la intensidad de una forja.

—Me has destruido un poco con cada segundo que has pasado en este templo, princesa. Has destruido mi silencio, mi soledad y mi desprecio por tu estirpe. Pero no te equivoques: un beso no es un tratado de paz. Es solo un aplazamiento de la ejecución.

Me acerqué al altar central, donde una losa de mármol negro absorbía la luz de la luna. Las runas del suelo empezaron a brillar con un tono dorado, abandonando el azul frío de la defensa. El templo estaba reaccionando a nuestra unión, a esa colisión de esencias que acababa de suceder.

—El templo está cambiando —observó ella, acercándose a pesar del peligro que yo emanaba.

—El templo recuerda lo que nosotros hemos olvidado —respondí, pasando la mano sobre la superficie fría de la piedra—. Se construyó antes de que los hombres y los dragones se declararan la guerra. Era un lugar de comunión. Al tocarnos, hemos activado un mecanismo que llevaba milenios dormido.

De repente, el suelo bajo nuestros pies vibró. No fue un terremoto, sino un movimiento deliberado. El mármol negro del altar se deslizó hacia un lado con un gemido pétreo, revelando una escalera de caracol que descendía hacia las entrañas de la montaña. Un aire cálido, con olor a azufre y a orquídeas subterráneas, subió desde las profundidades.

—Es una salida —dijo Isadora, dando un paso adelante.

—O una trampa —repliqué, agarrándola del brazo. Mi tacto fue firme, pero esta vez no había violencia en él, solo una necesidad instintiva de mantenerla cerca—. Los Rastreadores de Almas no se han ido. Están ahí fuera, esperando a que la barrera caiga. Si bajamos, no habrá vuelta atrás. Entraremos en las Venas de la Tierra.

—Cualquier cosa es mejor que volver a las manos de mi padre —sentenció ella, clavando sus ojos en los míos—. ¿Me vas a dejar aquí para que me encuentren o vas a cumplir tu promesa de que nadie me llevaría si tú no lo permitías?

La miré largamente. Su vestido de novia era ahora un harapo que apenas cubría su cuerpo, manchado de la sangre de la batalla y el barro del bosque. Sin embargo, nunca se había visto más real, más poderosa.

—Vienes conmigo —dije, y por primera vez, no fue una orden de captura, sino un pacto.

Isadora

Kaele me guio hacia la oscuridad de la escalera. Su mano seguía en mi brazo, y aunque su tono era frío, el calor que emanaba de él era el único ancla que me impedía desmoronarme. Había algo en este hombre —en esta criatura— que apelaba a una parte de mí que siempre se había sentido fuera de lugar en las cortes de mármol y las intrigas políticas.

Descendimos en un silencio solo roto por el roce de mi falda contra los escalones de piedra y la respiración acompasada de Kaele. La oscuridad era absoluta, pero para él no parecía ser un obstáculo. Se movía con la seguridad de quien camina por su propia alcoba.

—¿Por qué me ayudaste con la herida? —pregunté de repente. La curiosidad me quemaba más que el frío que empezaba a filtrarse desde las paredes húmedas.

—Ya te lo dije. Los humanos no pueden sanar el hielo de un Rastreador. Te habrías convertido en una cáscara vacía en cuestión de horas.

—Podrías haberme dejado morir. Habrías acabado con la profecía sin mover un dedo.

Kaele se detuvo y me obligó a girarme hacia él. Estábamos en un rellano estrecho. El espacio era tan reducido que su pecho rozaba el mío. No había luz, pero sus ojos ámbar emitían un fulgor tenue, suficiente para ver la intensidad de su mirada.

—¿Crees que soy un cobarde, Isadora? —susurró, su rostro tan cerca que sentí su aliento en mi frente—. ¿Crees que dejaría que una sombra de cuarta categoría hiciera el trabajo que el destino me ha encomendado a mí? Si vas a morir, será bajo mis términos.

Si vas a ser destruida, será por el fuego de un dragón, no por el frío de un espectro.

—Entonces admítelo —dije, mi voz ganando una fuerza que no sabía que tenía—. Admite que no me odias tanto como te gustaría.

Él soltó una risa seca, un sonido que vibró en mi pecho.

—El odio y el deseo son solo dos caras de la misma moneda, princesa. Ambos requieren una obsesión. Y tú... tú te has convertido en mi obsesión más rápida.

Me soltó y continuó el descenso. Mi corazón latía con una mezcla de miedo y una excitación que me avergonzaba. Nunca un hombre me había hablado así. En el palacio, los pretendientes me trataban como a un jarrón de porcelana o como a un territorio por conquistar. Kaele me trataba como a una tormenta que debía ser domada o sufrida.

Llegamos al final de la escalera y nos encontramos en una caverna inmensa. El techo estaba cubierto de cristales de cuarzo que reflejaban una luz violeta que nacía de un río de lava que fluía en el centro de la sala. El calor era sofocante, pero para Kaele, parecía ser su elemento natural. Se irguió, sus hombros expandiéndose, y por un momento, su sombra contra la pared proyectó la imagen de unas alas inmensas.

—Bienvenida a las Forjas de los Olvidados —dijo él, su voz llenando el espacio con un eco majestuoso—. Aquí es donde se forjaron las cadenas que aprisionaron a mi raza. Y aquí es donde aprenderás que la corona que llevabas no es nada comparada con el poder que llevas en la sangre.

Kaele

La vi maravillarse ante la magnitud de la caverna. Los humanos siempre se sienten pequeños en las entrañas del mundo, y así debe ser. El río de fuego —la sangre de la montaña— iluminaba su piel, dándole un tono cobrizo que hacía que mi hambre despertara con una ferocidad renovada.

Me acerqué a una de las paredes, donde antiguas inscripciones en lengua dragón narraban la caída del Primer Imperio. Isadora se acercó, pasando sus dedos por las runas.

—Puedo... puedo entender esto —susurró ella, su voz llena de asombro.

Me tensé. Eso era imposible. Ningún humano, por muy real que fuera su sangre, podía leer la escritura de las llamas a menos que...

—Lee —ordené, mi voz volviéndose peligrosa.

—*«El fuego se unirá a la carne de la tierra, y de la ceniza del odio nacerá el soberano de las sombras y la luz. La llave no es una espada, sino la entrega»* —leyó ella, sus dedos deteniéndose en una runa que representaba un corazón envuelto en espinas.

Me quedé petrificado. Esa parte de la profecía estaba prohibida incluso para muchos de los míos. El hecho de que ella pudiera leerla significaba que la conexión entre nosotros era mucho más antigua de lo que yo había imaginado. No éramos solo enemigos destinados a matarnos; éramos dos mitades de un ritual que el mundo había intentado borrar.

—¿Qué significa? —preguntó ella, girándose hacia mí. Sus ojos estaban empañados por la magia de las runas.

—Significa que tu padre te mintió sobre todo —dije, caminando hacia ella. Mi respiración se volvió pesada—. No eres solo una princesa humana. Eres la descendiente de la Reina de las Cenizas, la humana que traicionó a mi pueblo para robar el fuego. Y yo... yo soy el descendiente del Rey que ella quemó.

La distancia entre nosotros desapareció. La atmósfera en la caverna, ya de por sí cargada por la lava, se volvió asfixiante. La tensión erótica que habíamos intentado ignorar desde el beso en el templo estalló como una supernova.

La tomé por la cintura, levantándola del suelo para que sus ojos estuvieran al nivel de los míos. El contraste entre su piel suave y la dureza de mi armadura de cuero era una tortura deliciosa.

—Estamos condenados, Isadora —susurré contra sus labios—. Por la sangre, por la historia y por esta maldita profecía.

—Entonces deja que nos condenen —respondió ella, sus manos hundiéndose en mi cabello, tirando de mí hacia abajo—. Si el final es la destrucción, quiero arder antes de que ocurra.

Isadora

El calor del río de lava no era nada comparado con el fuego que Kaele desató en mi interior. Cuando sus labios reclamaron los míos esta vez, no hubo duda ni exploración. Fue un asalto. Fue una reclamación de territorio. Me besaba como si estuviera intentando extraer mi alma, y yo se la entregaba de buena gana.

Me apoyó contra la pared de piedra cálida, sus manos recorriendo las curvas de mi cuerpo con una urgencia que me hizo soltar un gemido involuntario. El roce de sus dedos contra la piel expuesta de mi muslo, donde el vestido estaba desgarrado, era como una marca de hierro candente.

—Eres mía —gruñó él entre besos, su voz vibrando en mi garganta—. ¿Lo entiendes? Ni de tu padre, ni del Archiduque, ni del destino. Eres mía.

—Sí —respondí, mi voz quebrada por el deseo—. Siempre lo fui.

Él bajó la cabeza hacia mi cuello, mordiendo suavemente la piel sensible justo debajo de mi oreja. El dolor punzante y el placer abrumador se mezclaron, creando una sinfonía de sensaciones que me hizo arquear la espalda contra la piedra. Sentí su lengua lamiendo el pequeño rastro de dolor que había dejado, una caricia que me hizo temblar de pies a cabeza.

Sus manos se cerraron sobre el corpiño de mi vestido, y con un solo movimiento, la seda que ya estaba debilitada cedió. El aire caliente de la caverna golpeó mis pechos, y por un momento me sentí vulnerable, expuesta ante el depredador. Pero cuando Kaele me miró, no vi burla, vi una devoción salvaje, una adoración que me hizo sentir como una diosa antigua.

—Eres perfecta —susurró, su mano subiendo para acunar uno de mis pechos. Su pulgar rozó mi pezón, que se endureció instantáneamente ante su toque.

Cerré los ojos, dejando que la cabeza cayera hacia atrás contra la piedra. El sonido del río de lava, el calor de la caverna y la presencia abrumadora de Kaele crearon un santuario de pecado y deseo. En este lugar, bajo la tierra, las leyes de los hombres no existían. No había princesas ni monstruos, solo dos seres hambrientos de una conexión que el mundo les había prohibido.

Metí mis manos bajo su túnica, buscando el contacto directo con su piel. Su espalda era un mapa de cicatrices y músculos poderosos. Al tocarlo, sentí una vibración, un ronroneo bajo su piel que me recordó que no era un hombre común. Era un dragón, y yo estaba acariciando el fuego mismo.

—Kaele... —susurré su nombre como una súplica.

Él me bajó lentamente, pero no me soltó. Sus ojos eran puro fuego líquido.

—Todavía no, Isadora —dijo, su voz ronca de necesidad contenida—. El *fuego lento* debe consumirlo todo antes de que nos permitamos el incendio final. Si nos entregamos ahora, la magia de este lugar nos devorará vivos. Debemos llegar al final de las Venas de la Tierra. Debemos elegirnos el uno al otro fuera de este influjo.

Se separó un poco, aunque sus manos seguían posesivas sobre mis caderas. Su autocontrol era aterrador, una muestra de la voluntad de hierro que poseía.

—Me estás torturando —dije, respirando con dificultad, mi cuerpo gritando por el contacto que él acababa de retirar.

—La tortura es el preludio del éxtasis, princesa. —Me dio un beso corto y castigador en los labios—. Ahora, cúbrete. Tenemos un largo camino y los Rastreadores de Almas han encontrado la entrada de la escalera. El tiempo de los juegos se ha terminado.

Me miró una última vez, una mirada que prometía mil noches de placer y dolor, y luego se giró para examinar el camino que seguía el río de lava. Yo me ajusté los restos de mi ropa como pude, mi piel todavía ardiendo donde él me había tocado.

La huida de mi boda me había llevado a las entrañas del mundo, a los brazos de un enemigo que me deseaba con la misma intensidad con la que se suponía que debía odiarme. Y

mientras lo seguía por la orilla del río de fuego, supe que no importaba lo que la profecía dijera. El destino ya no estaba escrito en las estrellas; estaba siendo forjado aquí abajo, entre el sudor, la ceniza y el deseo incontrolable de un dragón y su princesa fugitiva.

Kaele

Caminaba delante de ella, mis sentidos alerta a cualquier movimiento en las sombras de la caverna. Pero mi mente era un caos. El olor de su piel excitada me seguía como un fantasma, recordándome cada centímetro de carne que acababa de tocar. Mi autocontrol estaba al límite. Había pasado siglos sin desear nada con tal desesperación, y ahora, una simple mortal había puesto mi mundo del revés.

Escuché el siseo lejano de los Rastreadores bajando por la escalera. Eran persistentes, como parásitos. El Archiduque de Hierro debía de estar muy desesperado para enviar tantos.

—Camina más rápido, Isadora —dije sin mirarla—. Si nos atrapan aquí, el calor de la lava será la menor de nuestras preocupaciones.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella, manteniendo el ritmo a pesar del terreno irregular.

—Al final de este río. Hay un portal que nos llevará a las Tierras Altas del Norte. Mi territorio. Allí, tu padre no tiene jurisdicción y el Archiduque no se atreverá a entrar. Pero para llegar, debemos cruzar el Puente de los Suspiros.

—Suena encantador —ironizó ella, recuperando un poco de su mordacidad.

Sonreí para mis adentros. Su espíritu no se había roto, a pesar de todo. Eso era lo que más me atraía de ella, más que su belleza o su linaje. Su voluntad era una llama que se negaba a apagarse, incluso en la oscuridad más profunda.

—No lo es —respondí—. Es un puente de magia antigua que pone a prueba la verdad de quienes lo cruzan. Si hay una mentira entre nosotros, Isadora, el puente se desvanecerá bajo nuestros pies.

Me detuve y la miré por encima del hombro.

—¿Tienes algún secreto más que deba saber antes de que nos juguemos la vida en ese abismo?

Ella me sostuvo la mirada, y por un momento, el tiempo pareció detenerse.

—Mi único secreto, Kaele, es que hace diez minutos deseaba que no te detuvieras. Y que ahora mismo, sigo deseándolo.

Me quedé en silencio, asimilando su honestidad brutal. Los humanos solían ser criaturas de engaños y máscaras, pero ella se estaba desnudando ante mí, alma y cuerpo.

—Eso no es un secreto —susurré, volviéndome hacia el camino —. Es una promesa. Y te aseguro que la cobraré.

Continuamos la marcha, dos sombras fugitivas en un mundo de fuego, mientras el eco de la profecía y los gritos de los Rastreadores nos perseguían desde la oscuridad. El viaje apenas comenzaba, y el fuego, lejos de apagarse, solo estaba ganando fuerza para el incendio que estaba por venir.

Capítulo 5: El Puente de la Verdad y la Caída de las Máscaras

El Puente de los Suspiros no era una estructura de piedra ni de madera; era un arco de luz sólida y vapor de azufre que se extendía sobre un abismo insondable. Aquí, en lo más profundo de las Venas de la Tierra, el aire vibraba con el lamento de los que no pudieron cruzar. El río de lava que nos había guiado caía ahora en una catarata de fuego hacia el vacío, creando una bruma dorada que dificultaba la respiración

Kaele

El calor aquí era absoluto. Para mí, era un bálsamo; para Isadora, era un castigo. Observé cómo el sudor perlaba su frente y cómo los restos de su vestido se pegaban a su piel, delineando cada curva que mi cuerpo aún recordaba del encuentro anterior. Mi sangre rugía, no solo por la cercanía de los Rastreadores, sino por la proximidad de la mujer que estaba desafiando cada ley de mi existencia.

—Es el final del camino fácil —dije, deteniéndome ante el inicio del puente. La estructura pulsaba con un ritmo cardíaco, respondiendo a nuestra presencia—. El Puente de los Suspiros no sostiene cuerpos, Isadora. Sostiene verdades. Si tu corazón vacila o si guardas una traición que no has confesado, el puente se desvanecerá.

Ella miró el abismo. El vacío era una boca negra que parecía esperar nuestro error. Vi cómo tragaba saliva, pero no retrocedió. Su valentía era una llama que me incitaba a quemarme.

—¿Y tú? —preguntó ella, clavando sus ojos oscuros en los míos —. ¿Qué verdades ocultas bajo esas escamas invisibles, Kaele? Me dices que soy tuya, pero me tratas como a un objeto de estudio. ¿Es eso lo que el puente nos mostrará? ¿Que solo soy una herramienta para tu supervivencia?

La pregunta me golpeó con más fuerza que cualquier arma humana. Me acerqué a ella, invadiendo su espacio hasta que el calor de nuestros cuerpos compitió con el de la lava.

—Mi verdad es que deseo destruirte tanto como deseo protegerte —susurré, mi voz volviéndose un rugido sordo—. Mi verdad es que, desde que entraste en ese templo, mi eternidad se ha vuelto pequeña comparada con el tiempo que quiero pasar descubriendo cada rincón de tu piel.

Un chillido desgarrador rompió el momento. Los Rastreadores habían llegado al umbral de la caverna. Eran una docena, sus formas oscuras fluyendo por las paredes como manchas de aceite. Ya no eran solo sombras; el hambre los había vuelto más corpóreos, más feroces.

—No hay tiempo —dije, agarrando su mano. Mis dedos se entrelazaron con los suyos, una unión de carne y voluntad—. Cruza conmigo. No mires abajo. Solo mírame a mí.

Isadora

Su mano era un ancla de fuego. Cuando pusimos el primer pie en el puente, la sensación fue como caminar sobre aire caliente. El suelo cedía ligeramente bajo nuestro peso, como si estuviéramos pisando el pecho de un gigante dormido. Bajo nosotros, el abismo susurraba. No eran palabras, sino sentimientos: remordimiento, miedo, secretos olvidados.

—*«Princesa de mentiras»* —susurró una voz en mi mente. No era Kaele. Era el puente—. *«¿A quién perteneces realmente?»*

Cerré los ojos un segundo, luchando contra el vértigo.

—Mírame, Isadora —ordenó Kaele. Su voz era el único sonido real en ese lugar de ecos.

Lo miré. Sus ojos ámbar eran dos faros en la bruma violeta. En ellos vi la promesa que me había hecho: las sombras eran suyas, y yo también. Pero vi algo más. Vi el dolor de un ser que había estado solo durante siglos, un ser que me miraba no como a una enemiga, sino como a su salvación.

—Confío en ti —dije, y en cuanto las palabras salieron de mis labios, el puente bajo nosotros se volvió tan sólido como el granito.

Los Rastreadores intentaron seguirnos. El primero que puso una garra en el puente emitió un aullido de agonía pura. El puente, que se alimentaba de la verdad, rechazó la esencia mentirosa y corrupta de la criatura. El Rastreador se desintegró en una lluvia de ceniza negra que cayó al vacío.

Pero los demás no se detuvieron. Comenzaron a saltar, intentando rodear el puente, trepando por las paredes de la caverna para caer sobre nosotros desde arriba.

—¡Sigue caminando! —gritó Kaele, soltando mi mano para sacar su puñal de obsidiana.

Se giró para enfrentar a la primera sombra que aterrizó en el puente. El impacto hizo que la estructura vibrara violentamente. Kaele se movía con una ferocidad que me dejó sin aliento. No era solo lucha; era una purga. Cada vez que su daga cortaba el aire, una parte de la oscuridad se disolvía.

Sin embargo, uno de los Rastreadores, más grande y denso que los demás, logró esquivarlo. Se lanzó hacia mí con sus fauces abiertas, un vacío negro que prometía el olvido eterno.

—¡No! —el grito de Kaele fue un estallido de poder.

Lo que sucedió después fue borroso. Kaele no usó su puñal. Envolvió sus brazos alrededor de la criatura, su cuerpo brillando con una luz dorada cegadora. Sentí una onda expansiva de calor que me obligó a cubrirme el rostro. Cuando volví a mirar, Kaele estaba de pie, jadeando, con los restos de humo del Rastreador disipándose entre sus dedos.

Pero algo había cambiado. Su piel no había vuelto a la normalidad. En sus antebrazos y en su cuello, finas escamas doradas brillaban bajo la luz de la lava. Sus ojos eran ahora completamente fuego, sin rastro de pupila humana.

—Kaele... —susurré, retrocediendo un paso.

Él me miró, y por un instante, no vi al hombre. Vi a la bestia. Vi al Lord Dragón en toda su terrible majestad. La profecía decía que yo lo destruiría, pero en ese momento, parecía que él podría consumirme con una sola mirada.

Kaele

El control se me estaba escapando. La magia del puente y la necesidad de protegerla habían forzado a mi verdadera naturaleza a emerger a la superficie. Sentía el peso de mis alas invisibles, el hambre de los cielos, la furia de mil años de exilio.

Me acerqué a ella, mis pasos haciendo resonar el puente. Sabía que mi aspecto la aterraba. Mis manos, ahora terminadas en garras romas pero letales, temblaban por el esfuerzo de no tomarla allí mismo, de no reclamarla de la única forma en que un dragón sabe hacerlo.

—¿Tienes miedo ahora, Isadora? —mi voz era un siseo bajo, cargado de estática—. Este es el monstruo que tu padre te enseñó a odiar. Este es el fin de tu mundo de seda y protocolos.

Ella estaba en el borde del puente, con el abismo a sus espaldas. Pero para mi sorpresa, no huyó. No gritó. Se enderezó, y aunque su pulso era un galope frenético en su cuello, extendió una mano hacia mí.

—No —dijo ella, su voz firme a pesar del temblor de su cuerpo —. Este es el hombre que me salvó. Este es el ser que me besó en el templo. No me importa lo que digan las leyendas, Kaele. Yo no veo a un monstruo. Veo mi única verdad.

Su mano tocó mi mejilla, justo sobre las escamas doradas. El contacto fue como una explosión. El calor de su piel humana actuó como un bálsamo sobre mi furia. Las escamas comenzaron a retroceder, mi visión se aclaró, y la bestia volvió a su jaula, aunque esta vez la jaula tenía los barrotes fundidos por el deseo.

La agarré por las muñecas, atrayéndola hacia mi pecho con una urgencia que no admitía réplica.

—Eres una necia —gruñí, hundiendo mi rostro en su cuello—. Una preciosa y valiente necia.

—Y tú eres mío —respondió ella, sus brazos rodeando mi cintura—. Las sombras son tuyas, pero tú eres mío.

El puente comenzó a brillar con una intensidad insoportable. Habíamos alcanzado el centro, el punto donde la verdad absoluta se exigía. La estructura no solo nos sostenía; nos estaba fusionando. Sentí sus pensamientos, su miedo a la soledad, su anhelo de libertad... y ella sintió mi vacío, mi hambre centenaria y la chispa de esperanza que ella había encendido.

—La profecía... —susurró ella contra mi pecho—. No es sobre muerte, Kaele. Es sobre transformación.

—Lo sé —dije, levantando su barbilla para que me mirara.

En ese momento, el mundo exterior dejó de existir. Los Rastreadores, el Archiduque, el reino de Valerius... todo era ceniza. Solo quedaba el calor, el olor a azufre y jazmín, y la necesidad imperiosa de sellar este pacto de la única forma que nuestros cuerpos entendían.

Isadora

No pude más. La tensión, el peligro, el calor de su piel... todo colapsó en un deseo ciego. Me puse de puntillas y lo besé con una ferocidad que igualaba la suya. Mis manos se perdieron en su cabello, tirando de él, exigiendo más.

Kaele soltó un gruñido bajo y me levantó, rodeando mi cintura con sus brazos poderosos. Me sentó sobre el pretil de luz del puente, mis piernas envolviendo sus caderas. El contacto de su entrepierna dura contra mi centro excitado me hizo soltar un sollozo de necesidad pura.

—Aquí no —susurró él contra mis labios, aunque sus manos estaban arrancando lo que quedaba de mi corpiño—. El puente se desvanecerá si nos perdemos en el placer antes de cruzar.

—Entonces crúzalo rápido —le pedí, mi voz era un ruego desesperado—. Porque si no te tengo ahora, me lanzaré yo misma al abismo.

Él soltó una carcajada oscura y, sin soltarme, echó a correr hacia el otro extremo del puente. El mundo era un borrón de luz violeta y fuego dorado. Cruzamos el portal al final de la caverna justo cuando el puente, habiendo cumplido su propósito, se disolvía en una nube de suspiros.

Caímos sobre un lecho de musgo frío y húmedo. El aire era fresco, puro, con el aroma de los pinos y la nieve lejana. Habíamos llegado a las Tierras Altas del Norte. Estábamos en su territorio.

Kaele se cernió sobre mí, su silueta recortada contra la aurora boreal que danzaba en el cielo. Ya no había Rastreadores. Ya no había muros. Solo nosotros.

—Ahora —dijo él, su voz era pura promesa—. Ahora te mostraré lo que significa ser reclamada por un dragón.

Kaele

La miré bajo la luz de la aurora. Estaba hermosa, despeinada, con los ojos brillantes de deseo y la piel encendida por el frío del norte y el fuego de nuestra huida. No esperé más. Me deshice de

mi túnica con movimientos bruscos, revelando el cuerpo que había sido forjado en las cumbres del mundo.

Cuando me uní a ella en el musgo, el contraste de nuestras pieles —la mía caliente, la suya fresca— fue el detonante final. Mis manos, ya humanas pero con una fuerza que ella nunca olvidaría, recorrieron cada centímetro de su anatomía. Me detuve en sus pechos, mi boca reclamando sus pezones mientras ella arqueaba la espalda, sus gemidos llenando el silencio de la noche nórdica.

—Di mi nombre —exigí, mi mano bajando por su vientre hasta encontrar el centro de su tormento.

—Kaele... —susurró ella, su voz quebrándose cuando mis dedos la encontraron. Estaba empapada, lista, esperándome—. Kaele, por favor...

—Eres mía, Isadora. En esta vida y en todas las que vendrán.

—Fui tuya desde el principio —respondió ella, abriéndose para mí, entregándose al destino que ambos habíamos elegido—, y seré tuya hasta el final.

Y allí, bajo las luces del norte, en el límite entre dos mundos, el *fuego lento* finalmente se convirtió en un incendio que devoró todo rastro de la princesa y el Lord Dragón, dejando solo a dos almas unidas por una verdad que ni el tiempo ni la guerra podrían destruir.

Capítulo 6: El Castillo de Escarcha y el Despertar de la Cautiva

El despertar tras el incendio no es un regreso a la realidad, sino la entrada en un sueño más profundo y gélido. En las Tierras Altas del Norte, el aire no se respira; se siente como agujas de cristal que limpian los pulmones de todo rastro de debilidad humana.

Isadora

Me desperté con la sensación de que mi cuerpo ya no me pertenecía. No era dolor, sino una lasitud profunda, un peso en mis extremidades que me recordaba cada centímetro de piel que Kaele había reclamado bajo las luces del norte. Mis sentidos, antes embotados por el protocolo y el miedo, ahora parecían estar conectados a una frecuencia más alta. Podía oler la resina de los pinos antiguos, el metal frío de la nieve y, por encima de todo, el aroma de él: ozono, cuero y una calidez que persistía en mi propia piel.

Abrí los ojos y me encontré en una estancia que desafiaba toda lógica arquitectónica. No había techos de madera ni paredes de piedra labrada. Estaba en una cámara excavada directamente en el corazón de un glaciar o de una montaña de cristal. Las paredes eran de un azul traslúcido, profundo, que parecía atrapar la luz de la mañana y fragmentarla en mil arcoíris que bailaban sobre las pieles de oso blanco que cubrían mi cama.

Mi cama. Un lecho de proporciones inmensas, rodeado de tallas de hueso de leviatán y cortinas de una seda tan fina que parecía tejida con hilos de araña de escarcha.

Me incorporé, sintiendo el roce del lino contra mis pechos. Alguien me había limpiado el barro y la sangre del templo. Alguien me había vestido con una túnica de seda gris perla que se sentía como agua sobre mi piel. Me miré las manos; estaban limpias, las uñas recortadas, las pequeñas heridas de mi huida ahora convertidas en finas líneas rosadas que ya estaban sanando.

—Vuelves a la vida, princesa.

La voz de Kaele llegó desde un rincón de la habitación que yo creía vacío. Estaba apoyado contra una columna de hielo, con los brazos cruzados. No llevaba su túnica oscura de antes; vestía unos pantalones de cuero negro y una camisa de lino abierta, revelando el collar de garras que colgaba de su cuello y las marcas doradas que aún persistían, como cicatrices de luz, en sus antebrazos.

Su mirada era una caricia abrasadora. No había rastro de la frialdad con la que me recibió en el templo, pero tampoco había suavidad. Había una posesividad cruda, la mirada de un depredador que ha marcado su territorio y no tiene intención de ceder un solo milímetro.

—¿Dónde estoy? —pregunté, mi voz sonando ronca, cargada de los ecos de los gritos que había soltado en sus brazos horas antes.

—En el Nido del Viento. Mi castillo. Mi hogar —respondió él, caminando hacia la cama con esa elegancia letal que me hacía contener el aliento—. Estás en el lugar más seguro del mundo, Isadora. Y también en el más peligroso para una humana.

Se detuvo al borde del lecho. Su presencia parecía consumir todo el oxígeno de la habitación. Extendió una mano y, con una delicadeza que contrastaba con su fuerza, rozó mi mejilla con el dorso de sus nudillos.

—¿Me tienes miedo aquí, en mi propio reino? —preguntó, bajando la voz.

—No te tengo miedo a ti —respondí, sosteniéndole la mirada—. Tengo miedo de lo que este lugar puede hacerme. Me siento... diferente. Como si la sangre me pesara más.

Kaele soltó un suspiro que fue casi un gruñido de satisfacción.

—Es el norte. Es mi magia. Al entregarte a mí, has dejado entrar un fragmento de mi esencia. El Nido del Viento te reconoce ahora como algo más que una intrusa. Eres mi protegida. Mi compañera de cama. Mi prisionera de honor.

—Palabras muy distintas, Kaele. ¿Cuál de ellas soy realmente?

Él se sentó en el borde de la cama, haciendo que el colchón se hundiera bajo su peso. Se inclinó sobre mí, atrapándome entre sus brazos, sus ojos ámbar fijos en los míos.

—Eres la mujer que leyó las runas de mi pueblo. Eres la que cruzó el Puente de los Suspiros sin mentir. Eres la que sobrevivió al abrazo de un dragón. No busques etiquetas humanas para algo que tu lengua ni siquiera puede nombrar.

Me tomó de la nuca, sus dedos enredándose en mi cabello ahora limpio y sedoso. Me atrajo hacia él en un beso que no fue una petición, sino un recordatorio. Sus labios sabían a menta y a fuego. Cuando se separó, su frente quedó apoyada contra la mía.

—Tengo que dejarte —susurró—. El Consejo de los Siete ha convocado una asamblea. Saben que he traído a una humana. Saben que eres una Valerius. El hecho de que la barrera del norte se abriera para ti ha causado un revuelo que no se veía en tres siglos.

—¿El Consejo de los Siete? —un escalofrío me recorrió—. ¿Son como tú?

—Son más antiguos que yo. Y mucho menos... pacientes con tu especie. Quédate aquí. Mis criados, los Escamosos de la Nieve, te traerán comida y ropa adecuada. No intentes salir de esta habitación, Isadora. Las corrientes de aire en estos pasillos pueden congelar un corazón humano en segundos si no conoces los caminos de calor.

Se levantó, y por un momento, la sombra que proyectaba en la pared de hielo se alargó, mostrando nuevamente la silueta de esas alas majestuosas.

—Volveré cuando el sol se esconda tras el Pico de la Agonía —prometió—. Y entonces, continuaremos lo que la aurora boreal interrumpió.

Kaele

Salí de la cámara de Isadora y cerré la puerta de cristal tras de mí. El siseo del mecanismo de cierre resonó en el pasillo silencioso como una sentencia. Dejé a dos guardias, seres de piel grisácea y ojos ciegos que sentían las vibraciones de la piedra, custodiando la entrada. No eran para mantenerla encerrada, aunque ella así lo

creyera; eran para asegurarme de que nada, ni nadie, entrara a reclamar lo que ahora era sagrado para mí.

Caminaba por los pasillos del Nido del Viento, mi mente era un hervidero de instintos en conflicto. Mi cuerpo todavía vibraba con el recuerdo de su piel, de su respuesta salvaje bajo la luna. Nunca una humana se había entregado así, con una honestidad que desarmaba mi desprecio. Ella no había intentado manipularme, no había suplicado por su vida. Había exigido su placer y su libertad en la misma frase.

Me dirigí hacia la Gran Sala del Trono, un anfiteatro excavado en el cráter de un volcán extinguido, donde el calor del magma profundo mantenía el aire a una temperatura soportable para los Lords Dragón.

Allí estaban ellos. Seis figuras envueltas en capas de escamas metálicas, sentadas en tronos de obsidiana. Eran los restos de una gloria pasada, ancianos cuyos nombres se habían perdido en los mitos, pero cuya autoridad seguía siendo ley en el norte.

—Kaele de la Estirpe del Fuego Negro —la voz de Arkon, el más anciano, tronó en la estancia—. Has traído la ruina a nuestras puertas.

—He traído a la mujer de la profecía —respondí, manteniéndome firme en el centro del círculo, mi voz proyectándose con la autoridad de quien no teme el juicio.

—Has traído a la hija del carnicero de Valerius —escupió una mujer de ojos plateados, Lyra, cuya estirpe había sido diezmada por el padre de Isadora—. Ella es el arma, Kaele. ¿Te has vuelto tan débil que no ves que su simple presencia aquí es un insulto a nuestros antepasados?

—Su presencia aquí es lo que ha despertado las runas del Templo de los Dioses Olvidados —repliqué, dejando que un destello de mis ojos ámbar iluminara la penumbra—. Ella leyó la lengua prohibida. Ella cruzó el Puente de los Suspiros. El puente no se desvaneció, Arkon. La sostuvo. Sostuvo la verdad de su alma.

Un murmullo de incredulidad recorrió el consejo. El Puente de los Suspiros era una leyenda incluso para nosotros, un filtro absoluto de traiciones.

—¿Y cuál es esa verdad? —preguntó Arkon, inclinándose hacia delante—. ¿Que te desea? ¿Que busca tu protección para no casarse con un hombre de hierro? Los humanos son expertos en creer sus propias mentiras para sobrevivir.

—La verdad es que ella no es una humana común —dije, y mi voz bajó a un tono peligroso—. El destino la ha unido a mí. Si ella es la destrucción, entonces yo seré quien la guíe. Si ella es la salvación, yo seré quien la reclame. Pero escuchadme bien: cualquiera que intente dañarla, cualquiera que intente arrebatármela, se enfrentará a mi fuego. Y sabéis que mi fuego no conoce el respeto a la edad ni al rango.

Lyra se puso en pie, su capa de escamas siseando.

—¡Es una traición! El oráculo dijo que ella traería la llama que consumiría el último nido. ¡Y la has traído tú mismo al corazón de nuestra fortaleza!

—Tal vez la llama no sea para quemarnos —dije, recordando el calor de Isadora en mis brazos—, sino para fundir el hielo en el que nos hemos convertido. Nos hemos escondido aquí durante siglos, esperando una extinción lenta. Isadora es la chispa de algo nuevo.

—No permitiremos que permanezca en el Nido —sentenció Arkon —. Debe ser entregada a las Montañas del Lamento. Que los vientos decidan su destino. Si es tan especial como dices, sobrevivirá.

Sentí el rugido de mi dragón interno golpeando las paredes de mi pecho. Mis garras asomaron, perforando las palmas de mis manos.

—Si ella sale de este castillo, yo saldré con ella. Y el norte arderá antes de que yo permita que el viento la toque.

El silencio que siguió fue denso como el plomo. Había desafiado al Consejo. Había declarado que una humana era más importante que la ley del nido. La guerra civil entre los dragones, algo que no ocurría desde la Era de las Cenizas, ahora colgaba de un hilo de seda.

Isadora

Pasaron las horas y la soledad de la habitación comenzó a pesarme más que el frío. Mis pensamientos volvían una y otra vez a

la noche anterior. Recordaba la dureza de las manos de Kaele, el modo en que sus ojos se volvían fuego cuando me poseía, y la extraña paz que sentí al rendirme a él. Era una contradicción andante: me sentía más libre siendo su "prisionera" que siendo la princesa de Valerius.

Me acerqué a la pared de cristal. A través de la transparencia azulada, podía ver el mundo exterior. El Nido del Viento estaba situado a una altura vertiginosa. Nubes de tormenta pasaban por debajo de mi ventana, y más allá, una extensión infinita de picos nevados y valles envueltos en bruma se perdía en el horizonte. Era un mundo hermoso y cruel, un espejo del hombre que me había traído aquí.

Un suave golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos.

—¿Pase? —dije, dándome cuenta de que no sabía cómo dirigirme a los habitantes de este lugar.

La puerta se deslizó y entró una criatura pequeña, encorvada, con una piel que parecía hecha de líquenes y ojos grandes y lechosos. Llevaba una bandeja de plata con frutas que nunca había visto y un cáliz de un líquido azulado.

—Para la señora —dijo con una voz que sonaba como el crujido de la nieve bajo las botas.

—¿Quién eres? —pregunté, acercándome con cautela.

—Soy Vael. Un Escamoso. Servimos al Señor de la Estirpe. Servimos a la que él trae.

—Vael... ¿Sabes dónde está Kaele? —él retrocedió un paso, bajando la mirada.

—Está con los Viejos. Hablan de sangre. Hablan de fuego. Hablan de ti, pequeña humana. No todos están felices de que el calor haya vuelto al nido.

—¿Qué quieres decir con que el calor ha vuelto?

El criado dejó la bandeja en una mesa de cristal y me miró con una tristeza ancestral.

—Desde que el último nido se cerró, los dragones se han vuelto fríos. Su sangre se espesa. Olvidan cómo volar. Pero el Señor de la Estirpe... él ha vuelto oliendo a jazmín y a deseo. Eso asusta a los que prefieren el hielo.

Se retiró rápidamente, dejándome con más preguntas que respuestas. Comí un poco de la fruta, que sabía a miel y a tierra mojada, y bebí el líquido del cáliz. Inmediatamente, una sensación de vigor recorrió mi cuerpo. Ya no me sentía cansada. Me sentía... alerta.

Me di cuenta de que Kaele me había dicho que no saliera, pero la inactividad era una tortura. Necesitaba saber a qué nos enfrentábamos. Si el Consejo de los Siete me odiaba, yo necesitaba ver a mis enemigos a la cara.

Me ajusté la túnica de seda, encontrando un cinturón de eslabones de plata que realzaba mi figura y me daba una falsa sensación de protección. Me acerqué a la puerta. Para mi sorpresa, los guardias no cruzaron sus lanzas. Simplemente se apartaron, como si mi sola presencia fuera un comando que no podían ignorar.

—El Señor dijo que no debía salir —susurró uno de ellos, su voz una vibración baja.

—El Señor también dijo que soy su compañera —respondí, usando una seguridad que no sentía—. Y una compañera no espera en las sombras mientras se decide su destino.

Caminé por los pasillos de hielo, guiada por el sonido de las voces que resonaban desde las profundidades del castillo. El aire se volvía más cálido a medida que descendía, pasando de un frío cristalino a un calor húmedo y opresivo.

Finalmente, llegué a una galería que daba a la Gran Sala del Trono. Me oculté tras una columna de obsidiana y miré hacia abajo.

Allí estaba él. Kaele, en el centro de un círculo de sombras, desafiando a los ancianos de su raza. Se veía imponente, una fuerza de la naturaleza que no retrocedía ante nada. Escuché sus palabras, escuché cómo me defendía, cómo declaraba ante todos que yo era suya.

Pero también escuché el odio en las voces del Consejo. Escuché la palabra "ejecución" y "sacrificio".

—Si ella es la llama, debe ser controlada —decía Arkon—. Kaele, si no la entregas, el Nido del Viento será tu tumba. No permitiremos que una Valerius contamine la pureza de nuestra sangre.

Vi cómo Kaele apretaba los puños, cómo su cuerpo empezaba a transformarse, la luz ámbar de sus ojos iluminando la estancia.

—¡Entonces que sea mi tumba! —rugió—. Pero antes de que mi sangre se enfríe, os aseguro que no quedará ni una sola escama de este consejo para contar la historia.

No pude evitarlo. El miedo por él, la rabia por la injusticia y la adrenalina de la situación me empujaron hacia adelante. Salí de las sombras y caminé hacia el borde de la galería, visible para todos.

—¡Basta! —mi voz, entrenada para dirigirse a cortes enteras, resonó con una claridad que me sorprendió a mí misma.

Todos los rostros, humanos y monstruosos, se giraron hacia arriba. Vi la sorpresa en los ojos de Kaele, una mezcla de admiración y terror por mi audacia.

—No soy una "contaminación" —dije, bajando las escaleras con paso firme, ignorando el calor que empezaba a quemarme la piel—. Soy Isadora de Valerius, y he venido aquí por mi propia voluntad. Si tenéis miedo de una profecía, enfrentaos a la mujer que la porta, no al hombre que la protege.

Kaele

La vi bajar las escaleras y mi corazón, ese órgano que creía endurecido por los siglos, dio un vuelco. Estaba loca. Estaba absolutamente loca. Entrar en el Consejo de los Siete siendo humana era como entrar en un nido de víboras llevando un collar de ratones.

Pero, dioses, nunca se había visto más hermosa. La seda gris de su túnica ondeaba a su alrededor como humo, y su rostro, libre de los artificios de la corte, brillaba con una dignidad que hacía que los Lords Dragón parecieran reliquias polvorientas.

Me moví rápido para interceptarla al final de la escalera. La tomé del brazo, no para detenerla, sino para ponerla detrás de mí, cubriéndola con mi cuerpo.

—¿Qué haces aquí, Isadora? —susurré, mi voz cargada de una urgencia desesperada—. Te dije que te quedaras en la cámara.

—No voy a dejar que luches solo por mí —respondió ella, sus ojos fijos en Arkon—. No soy una carga, Kaele. Soy una aliada.

Arkon soltó una carcajada seca que sonó como huesos chocando.

—¿Una aliada? Una humana que apenas puede soportar el calor de nuestra sala de consejos pretende ser aliada de los soberanos del cielo. Mira cómo tiembla, Kaele. Mira cómo su piel se enrojece. Es débil.

—La debilidad está en vuestros ojos, no en mi sangre —replicó Isadora, dando un paso al frente, escapando de mi protección—. Habláis de pureza de sangre, pero vivís en un castillo de hielo, escondidos del mundo. ¿Eso es ser fuerte? ¿Tener miedo de una mujer que solo busca escapar de la misma tiranía que vosotros odiáis?

Lyra se acercó, sus ojos plateados escaneando a Isadora con una envidia mal disimulada.

—Dices que leíste las runas del Templo de la Luna. Dices que el Puente de los Suspiros te dejó pasar. Demuéstralo, humana. Si eres la "compañera" del Señor de la Estirpe, demuéstranos que el fuego no te consume.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Isadora.

—Hay un antiguo rito —dijo Arkon, una sonrisa cruel curvando sus labios—. El Caliz de las Cenizas. Contiene el fuego primordial del volcán. Si lo bebes y sobrevives, aceptaremos que el destino te ha marcado. Si mueres... bueno, al menos la profecía se habrá cumplido de una forma rápida.

—¡No! —rugí, dando un paso hacia Arkon—. Es una sentencia de muerte. Nadie que no tenga sangre de dragón puede tocar el fuego primordial.

—Ella dice que es diferente, Kaele —dijo Arkon—. Si confías tanto en ella, deja que el fuego decida.

Isadora me miró. Vi la duda en sus ojos, el terror absoluto a lo desconocido. Pero también vi esa determinación inquebrantable que me había cautivado desde el principio.

—Lo haré —dijo ella.

—Isadora, no —supliqué, tomándola por los hombros—. Te matará. Tu cuerpo no está hecho para esto.

—Dijiste que la profecía era sobre transformación, Kaele —susurró ella, solo para mis oídos—. Si esto es lo que hace falta para que me dejen estar a tu lado, correré el riesgo. Prefiero morir intentando ser tuya que vivir sabiendo que te destruirán por mi culpa.

Me quedé helado. Sus palabras eran la verdad más pura que jamás había escuchado. Ella estaba dispuesta a sacrificar su humanidad, su vida misma, para salvar la mía.

Arkon hizo una señal y dos Escamosos trajeron un cáliz de piedra negra. Dentro, un líquido naranja brillante burbujeaba, emitiendo un calor que hacía que el aire a su alrededor ondulara. Era lava líquida, infundida con la esencia mágica de nuestra especie.

Isadora se acercó al cáliz. Sus manos temblaban mientras lo tomaba. El calor era tan intenso que vi cómo la seda de sus mangas empezaba a chamuscarse.

—Isadora... —mi voz se rompió. Estaba listo para saltar, para tirar el cáliz, para empezar la guerra allí mismo.

Ella me miró una última vez. Una mirada de amor puro, de despedida y de promesa.

—Fui tuya desde el principio —susurró, llevando el cáliz a sus labios—, y seré tuya hasta el final.

Bebió.

El tiempo pareció detenerse. Isadora dejó caer el cáliz, que se rompió contra el suelo de obsidiana. Por un segundo, no pasó nada. Luego, sus ojos se abrieron desmesuradamente. Un grito desgarrador escapó de su garganta mientras caía de rodillas.

De su piel empezó a emanar un vapor dorado. Sus venas se iluminaron bajo su superficie, trazando mapas de fuego que recorrían sus brazos, su cuello, su rostro. Parecía que se estaba quemando desde dentro hacia fuera.

Me lancé hacia ella, atrapándola antes de que golpeara el suelo. Su piel quemaba, era como abrazar un sol en miniatura, pero no la solté. No me importaba que mi propia carne se chamuscara.

—¡Isadora! ¡Mírame! —grité, mi propia magia fluyendo hacia ella para intentar contener el incendio.

El Consejo observaba en silencio absoluto. Arkon se había puesto en pie, su rostro una máscara de asombro.

Entonces, el grito de Isadora cesó. Su cuerpo se relajó en mis brazos. El vapor dorado comenzó a ser absorbido de nuevo por sus poros. La luz en sus venas se desvaneció, dejando paso a una piel que brillaba con una iridiscencia nacarada.

Abrió los ojos.

Ya no eran oscuros. Eran de un ámbar profundo, idéntico al mío, con una mota de oro puro en el centro.

Se llevó la mano al pecho, jadeando, buscando aire. Me miró, y en su mirada vi una consciencia nueva, un poder que no era humano pero que tampoco era del todo dragón. Era algo único.

—No... no me ha matado —susurró, su voz ahora con un matiz metálico, vibrante—. Me ha... despertado.

Miré a Arkon. El anciano dragón bajó la cabeza, una señal de respeto que nunca pensé ver dirigida a una mujer de Valerius.

—La Reina de las Cenizas ha vuelto —susurró Arkon—. La profecía no mentía. Ella no viene a destruirnos, Kaele. Viene a reclamar el trono que le fue robado a su estirpe.

Tomé a Isadora en mis brazos y la levanté, desafiando a todo el Consejo con la mirada. Ya no era solo mi amante o mi prisionera. Era mi igual. Era la pieza que faltaba en el rompecabezas de mi raza.

—El juicio ha terminado —dije, mi voz resonando con un poder que hizo temblar el castillo—. Ella se queda. Y el que tenga algo que decir, que hable ahora o calle para siempre mientras el mundo arde a sus pies.

Nadie dijo nada. El silencio fue mi victoria.

Capítulo 7: El Despertar de la Reina y la Alquimia del Deseo

El despertar de Isadora no fue una vuelta a la consciencia ordinaria; fue el nacimiento de una estrella en el interior de una crisálida de carne. El aire del Castillo de Escarcha, que antes le resultaba hostil y gélido, ahora se sentía como una caricia familiar. El fuego primordial que había ingerido no solo había sobrevivido en sus venas; se había fusionado con su código genético, despertando memorias celulares de un linaje que los reyes de Valerius habían intentado podar durante generaciones.

Isadora

No recuerdo el camino de vuelta a la cámara. Solo recuerdo el calor. Un calor que no venía del exterior, sino que emanaba de mi propio núcleo, como si mi corazón se hubiera convertido en un pequeño sol de obsidiana. Cuando Kaele me depositó sobre las pieles de oso, el contacto con el mundo físico se sintió extraño, amortiguado por la intensidad de mis nuevos sentidos.

Podía ver las corrientes de magia fluyendo por las paredes de hielo del castillo, hilos de plata y azul que sostenían la estructura. Podía oír el latido del corazón de Kaele, un tambor rítmico y poderoso que resonaba en perfecta sincronía con el mío. Pero, sobre todo, podía sentir mi propio poder: una marea de oro líquido que esperaba mis órdenes.

—Mírame, Isadora —la voz de Kaele era un ruego y un comando a la vez.

Levanté la vista. Sus ojos ámbar estaban llenos de una mezcla de adoración y temor reverencial. Me llevó una mano al rostro y, al tocarlo, vi pequeñas chispas de luz saltar entre nuestras pieles. Ya no había una barrera de especies entre nosotros. El fuego primordial nos había igualado.

—¿Qué me has hecho? —pregunté, y mi propia voz me sobresaltó. Tenía una resonancia profunda, una vibración que parecía hacer vibrar el aire a mi alrededor.

—Yo no te he hecho nada, mi reina —susurró él, arrodillándose ante mí en el lecho—. Tú te has reclamado a ti misma. Has sobrevivido a lo que ningún mortal ha sobrevivido en trescientos años. Eres la portadora de la Llama Cenicienta.

Me miré las manos. Bajo la piel, un brillo tenue recorría mis venas, desapareciendo y apareciendo según mi respiración. Experimenté un hambre nueva, una sed que no se saciaba con agua ni con comida, sino con la presencia de la energía que Kaele emanaba.

—Siento... siento que podría quemar este castillo entero si no tengo cuidado —dije, cerrando los puños.

—Entonces deja que yo sea tu ancla —Kaele se acercó más, sus manos subiendo por mis brazos, dejando un rastro de escalofríos deliciosos—. El fuego primordial es salvaje, Isadora. Necesita un cauce. Si no lo compartes, te consumirá.

Se inclinó y me besó. Este beso no fue como los anteriores. Ya no era el encuentro de una humana con un dragón; era la fusión de dos tormentas. Cuando su lengua rozó la mía, sentí una descarga de poder que me hizo arquear la espalda. Visiones de cielos en llamas y montañas desmoronándose cruzaron mi mente. Sentí su sed, su soledad de siglos y el alivio casi doloroso que sentía al tenerme a su lado.

Kaele

Tocarla ahora era como tocar el núcleo de la creación. La fragilidad que me había incitado a protegerla había desaparecido, reemplazada por una fuerza vibrante que me desafiaba. Mi dragón interno rugía, no por dominio, sino por reconocimiento. Ella era su igual. Ella era la contraparte que mi especie había perdido cuando el mundo se volvió frío.

Mis manos, que antes se movían con cautela para no romperla, ahora la buscaban con una urgencia cruda. Desempecé la túnica de seda gris que llevaba, dejando que la tela cayera sobre las pieles blancas. Su cuerpo estaba transformado. No era solo la luz en sus

venas; era la firmeza de sus músculos, la iridiscencia de su piel que parecía captar y amplificar la luz de la estancia.

—Eres tan hermosa que duele mirarte —gruñí, bajando mi boca a la curva de su cuello.

—Entonces no mires —respondió ella, sus dedos enterrándose en mi cabello con una fuerza nueva—. Siénteme, Kaele. Siente lo que este fuego me está haciendo.

La reclamé con una pasión que rozaba la desesperación. Cada caricia era un intercambio de energía. Cuando mi boca rodeó uno de sus pezones, sentí el pulso de su magia golpear mi lengua, un sabor dulce y metálico que me embriagó más que cualquier vino. Isadora no era solo una amante; era un catalizador. A su lado, mi propio poder se duplicaba, mis sentidos se agudizaban hasta el punto del dolor.

La giré, quedando yo debajo de ella. Ella se sentó sobre mis caderas, su piel dorada contrastando con el cuero negro de mis pantalones que aún no me había quitado. Me miró desde arriba, con su cabello oscuro cayendo como una cascada de sombras sobre sus hombros, y por un momento vi a la Reina de las Cenizas de las leyendas.

—Dime qué quieres, Isadora —exigí, mi voz ronca de necesidad.

—Quiero que me enseñes a ser lo que ahora soy —dijo ella, sus manos bajando por mi pecho, desabrochando los botones de mi camisa con una destreza sorprendente—. Quiero que dejes de ser mi captor y seas mi compañero. Quiero el incendio, Kaele. Todo él.

Me deshice de mis ropas con movimientos bruscos, incapaz de soportar un segundo más de separación. Cuando nuestras pieles se tocaron por completo, el aire en la habitación pareció ionizarse. Pequeñas lenguas de fuego azul bailaron sobre las sábanas de seda, pero no quemaron el tejido; ardían con el combustible de nuestro deseo.

Isadora

Cuando finalmente se unió a mí, el mundo desapareció. No fue solo una unión física; fue una colisión de esencias. En el momento

en que me penetró, un grito de puro éxtasis y poder escapó de mi garganta. Mi visión se volvió dorada. Sentí el vuelo de sus alas en mi propia espalda, sentí el peso de sus escamas, el calor de su aliento de fuego. Y él sintió mi vulnerabilidad convertida en acero, mi sed de libertad y el amor incondicional que había nacido en el caos del templo.

Éramos uno. Literalmente. La magia del rito del cáliz se completó en el acto del amor. Cada embestida de Kaele era un latido de la tierra. Mis manos se aferraron a sus hombros, mis uñas dejando marcas que se iluminaban con su propia sangre dorada.

—Fui tuya desde el principio —susurré en su oído, mientras el ritmo se volvía frenético, una danza de sombras y luz—, y seré tuya hasta el final.

—Y yo seré tuyo —respondió él, su voz vibrando en mis huesos— hasta que el último sol se apague y el norte se convierta en cenizas.

El clímax no fue una simple liberación; fue una explosión de luz que iluminó todo el castillo. Durante un segundo eterno, no hubo diferencia entre el hombre y la mujer, entre el dragón y la reina. Fuimos la Llama Cenicienta, el equilibrio restaurado.

Cuando el incendio finalmente se calmó, quedamos entrelazados, sudorosos y jadeantes, en el silencio sepulcral de la habitación. El fuego azul que había bailado sobre nosotros se desvaneció, dejando un rastro de olor a ozono y sándalo.

Kaele

Me quedé abrazado a ella, sintiendo cómo su corazón recuperaba poco a poco su ritmo normal. La miré y vi que las marcas doradas en su piel se habían estabilizado. Ya no parecía que iba a estallar; ahora, el poder residía en ella con una elegancia tranquila.

—Lo has logrado —dije, besando su frente—. Has domado al fuego.

—Lo hemos domado —corrigió ella, apoyando su cabeza en mi pecho—. No podría haberlo hecho sin ti, Kaele.

Permanecimos así durante mucho tiempo, viendo cómo la luz de la luna filtraba a través de las paredes de hielo. Pero sabía que la

paz era efímera. El Consejo de los Siete no se quedaría de brazos cruzados, y el padre de Isadora pronto se daría cuenta de que su "moneda de cambio" se había convertido en la mayor amenaza para su imperio.

—Mañana empezará el entrenamiento —dije, rompiendo el silencio—. Tienes que aprender a controlar la Llama Cenicienta de forma consciente. Tu padre enviará a sus mejores rastreadores, y esta vez no vendrán a buscar una novia. Vendrán a destruir una leyenda.

Isadora se incorporó un poco, sus ojos ámbar brillando con una determinación fría.

—Que vengan —dijo—. He pasado toda mi vida huyendo de las sombras de otros hombres. Ahora, las sombras son mías. Y tú también.

Sonreí, sintiendo un orgullo que me quemaba el pecho. La princesa fugitiva había muerto en aquel templo. La mujer que tenía frente a mí era algo mucho más grande, algo por lo que valía la pena quemar el mundo entero.

—Entonces prepárate, Isadora. Porque el norte no es solo un refugio; es el campo de batalla donde reclamaremos lo que es nuestro.

Isadora

Me dormí en sus brazos, sintiéndome por primera vez en mi vida completamente completa. El rito me había dado el poder, pero Kaele me había dado el propósito. Ya no era Isadora de Valerius. Era la Reina de las Cenizas, y mi historia —nuestra historia— acababa de empezar a escribirse con tinta de fuego.

Al cerrar los ojos, tuve una visión: un ejército de hierro marchando hacia el norte, estandartes con el emblema de mi padre ondeando al viento frío. Vi al Archiduque de Hierro con su armadura negra, sus ojos llenos de un odio que traspasaba los kilómetros. Pero al final de la visión, vi un dragón de escamas doradas y una mujer envuelta en llamas descendiendo del cielo.

El miedo ya no existía. Solo la anticipación del incendio final.

Capítulo 8: El Vuelo de la Fénix y el Corazón del Glaciar

Kaele

El aire en las Cumbres del Lamento no era apto para pulmones mortales. A esta altitud, el oxígeno es un recuerdo lejano y el frío es una entidad consciente que busca grietas en la armadura del alma para congelar la voluntad. Sin embargo, mientras observaba a Isadora caminar sobre la nieve virgen, me di cuenta de que ella ya no era mortal en ningún sentido que importara.

Sus pies descalzos no se hundían en la nieve; el calor que emanaba de su piel creaba un microclima de vapor a su alrededor. La túnica de seda gris que le habían entregado los Escamosos ondeaba violentamente contra el viento del norte, pero ella no temblaba. Sus ojos, ahora de un ámbar permanente y vibrante, escaneaban el horizonte con la intensidad de un halcón.

—El fuego que llevas dentro no es una herramienta, Isadora —dije, mi voz proyectándose sin esfuerzo sobre el aullido del vendaval—. No es una espada que puedas envainar. Es una parte de tu sistema nervioso. Si intentas controlarlo con la lógica humana, te consumirá. Debes sentirlo como sientes el hambre o el deseo.

Me acerqué a ella por detrás, colocando mis manos sobre sus hombros. Sentí la vibración de su poder, un zumbido eléctrico que recorría su columna vertebral. Ella exhaló, y su aliento no fue vapor blanco, sino una fina bruma dorada.

—Siento que me está gritando —susurró ella, sin girarse—. Siento que quiere salir y reducir estas montañas a agua líquida. Me da miedo que, si abro la puerta, no quede nada de la mujer que conociste en el templo.

—Esa mujer murió cuando bebió del cáliz, y lo sabes —le recordé, apretando mis dedos en sus hombros para anclarla—. Lo que queda es algo mucho más poderoso. No busques la contención; busca la dirección. Mira ese pico allí —señalé una

aguja de hielo negro que sobresalía a unos quinientos metros de nosotros—. No pienses en quemarlo. Piensa en que esa piedra es una extensión de tu propia mano. Que el calor es tu voluntad proyectada.

Isadora

Cerré los ojos, tratando de ignorar el frío punzante en mis mejillas y concentrándome en el rugido interno. Kaele tenía razón; el fuego me gritaba. Era una cacofonía de instintos antiguos, memorias de cielos abiertos y batallas olvidadas. Me resultaba difícil recordar cómo era ser la princesa que se preocupaba por el bordado de su vestido o por la opinión de un archiduque de hierro.

Extendí mi mano derecha. Al principio, no pasó nada. Solo el viento silbando entre mis dedos.

—Concéntrate, Isadora. Siente el nexo entre tu sangre y la tierra.

Visualicé la aguja de hielo negro. Visualicé la estructura molecular del agua congelada y cómo el calor podía desordenarla. No fue un pensamiento consciente, fue una sensación física, como si un hilo de seda incandescente se tensara entre mi pecho y la montaña.

Entonces, ocurrió.

No fue una explosión de llamas. Fue un rayo de luz blanca, tan pura que dolió mirarla. El rayo salió de mi palma y golpeó la aguja de hielo con un siseo que tapó el sonido del viento. El hielo no se derritió; se sublimó instantáneamente en vapor. En un parpadeo, la cima de la montaña había desaparecido, dejando solo un rastro de neblina dorada en el aire.

Me tambaleé, sintiendo un vacío repentino en mi estómago, como si me hubieran arrancado una costilla. Kaele me sostuvo, envolviéndome en sus brazos. Su calor era mi único refugio.

—Lo has hecho —dijo él, y pude sentir el orgullo vibrando en su pecho—. Pero tu técnica es... excesiva. Has usado demasiada esencia para un objetivo tan pequeño. Tienes que aprender a

economizar, o te agotarás antes de que empiece la verdadera batalla.

—Me siento... mareada —admití, apoyando la frente en su hombro.

—Es normal. Estás reescribiendo tu naturaleza. Ven, hay algo que debes ver. Algo que el calor de tu ataque ha dejado al descubierto.

Me guio hacia el borde del risco. Allí, donde la aguja de hielo había estado, ahora se veía una abertura en la roca. No era una cueva natural. Los bordes eran perfectamente rectos, grabados con relieves que representaban a seres humanos y dragones entrelazados en una danza que no parecía de guerra, sino de creación.

Descendimos por la ladera escarpada. Kaele se movía con la agilidad de su especie, y yo me sorprendí a mí misma saltando distancias que antes me habrían parecido imposibles. Al llegar a la entrada, el aire cambió. Ya no olía a nieve, sino a algo antiguo y metálico.

—Este es el Corazón del Glaciar —susurró Kaele—. Según las leyendas de mi pueblo, aquí es donde los primeros señores dragón y las reinas humanas sellaron el pacto que permitió que nuestro mundo floreciera. Un pacto que tu familia rompió hace tres siglos.

Entramos en la cámara. Las paredes no eran de piedra, sino de un metal oscuro que absorbía la poca luz que entraba. En el centro, flotando sobre un pedestal de obsidiana, había un orbe de cristal que contenía una llama azul que nunca se apagaba.

—La Llama de la Verdad —dijo una voz que no era la de Kaele.

De las sombras surgió una figura. No era un dragón, ni un humano, ni un Escamoso. Parecía un espectro hecho de escarcha y estrellas, una mujer de belleza gélida cuyos ojos contenían el vacío del espacio.

—Soy la Guardiana de los Olvidados —dijo la aparición, fijando su mirada en mí—. Has tardado mucho en volver, hija de la ceniza.

Kaele

Me puse en guardia instantáneamente, mi mano yendo al puñal de obsidiana, pero la Guardiana solo sonrió, un gesto que pareció el crujido de un iceberg al romperse.

—Las armas de los hijos del fuego no sirven aquí, Kaele de la Estirpe del Fuego Negro —dijo la Guardiana—. No estoy aquí para luchar. Estoy aquí para entregar lo que fue custodiado.

Se volvió hacia Isadora, que miraba el orbe con una mezcla de fascinación y terror.

—La profecía que os ha unido no es una advertencia de destrucción, aunque vuestros pueblos la interpreten así para alimentar su odio —continuó el espectro—. Es un manual de instrucciones. El mundo se está enfriando, y no es por causas naturales. El Reino de Hierro de tu padre, Isadora, está drenando la esencia térmica del planeta para alimentar sus máquinas de guerra. Están matando el alma de la tierra.

Isadora dio un paso hacia el orbe.

—¿Por eso los dragones se están debilitando? ¿Por eso se esconden en el norte?

—Exactamente —respondió la Guardiana—. Sin el equilibrio entre el fuego dragón y la gestión humana, el ciclo se rompe. Tú eres la clave, Isadora. Pero para restaurar el equilibrio, no basta con tener poder. Debes estar dispuesta a sacrificar la corona de tu padre y la soledad de Kaele.

La Guardiana extendió una mano hacia el orbe, y este comenzó a descender hacia Isadora.

—Tócalo. Mira la verdad que tu linaje borró de los libros de historia.

Isadora

Dudé. Miré a Kaele, buscando en sus ojos una señal de advertencia, pero solo vi una curiosidad tan profunda como la mía. Él asintió levemente. Tomé aire y puse mis manos sobre el cristal frío.

La visión me golpeó como un tsunami.

Vi el mundo antes de la guerra. Vi ciudades flotantes sostenidas por el aliento de los dragones. Vi a humanos y Lords Dragón compartiendo conocimientos, bibliotecas enteras donde la magia y la ciencia eran una sola cosa. Pero luego vi la traición. Vi a mi antepasado, el primer Rey de Valerius, descubriendo que podía "cosechar" la magia de los dragones capturándolos y drenando su sangre en grandes calderas de hierro.

Vi la agonía de miles de dragones encadenados bajo la capital del reino. Vi cómo el cielo se oscurecía y cómo el primer gran frío descendía sobre la tierra como consecuencia del robo de energía. La guerra no fue por territorio; fue un intento desesperado de los dragones por detener el suicidio del mundo. Y mi familia... mi familia pintó a los dragones como monstruos para justificar su masacre.

Retiré las manos del orbe, jadeando. Lágrimas de fuego rodaban por mis mejillas, evaporándose antes de tocar el suelo.

—Mi padre... él lo sabe —susurré—. El Archiduque de Hierro no es solo un prometido; es el ingeniero jefe de las nuevas calderas. Se casaba conmigo para legitimar el uso total de la sangre real en el proceso final.

—¿Qué proceso final? —preguntó Kaele, su voz vibrando con una furia contenida.

—Quieren drenar el núcleo del mundo —dije, mirando a Kaele con horror—. Creen que pueden embotellar el sol interno para tener energía eterna. Si lo hacen, el planeta se convertirá en una roca muerta en el espacio. No habrá norte, ni sur, ni humanos, ni dragones. Solo hierro y silencio.

La Guardiana comenzó a desvanecerse.

—Ahora sabéis la verdad. La profecía dice que tú, Isadora, destruirás. Pero lo que debes destruir es el trono de hierro, no al dragón que te ama. Y tú, Kaele, debes aprender que tu fuego no es para la venganza, sino para el sustento.

El espectro desapareció, dejando la cámara sumida en un silencio sepulcral. El orbe de cristal se apagó, pero la llama azul que contenía se había trasladado a los ojos de Isadora.

Kaele

La magnitud de la revelación nos dejó paralizados. Durante siglos, mi pueblo había alimentado el odio hacia los humanos por habernos cazado, pero nunca imaginamos que la escala de su ambición fuera tan apocalíptica. No solo éramos presas; éramos combustible para un motor que iba a destruir la creación misma.

Miré a Isadora. Estaba pálida, temblando bajo el peso de la culpa ancestral de su familia. Me acerqué y la atraje hacia mí, apretándola contra mi pecho. No era el momento para el deseo carnal, aunque mi cuerpo seguía vibrando por su cercanía; era el momento de la alianza absoluta.

—No eres responsable de los pecados de tus padres, Isadora —le susurré al oído, aspirando el aroma a jazmín y ceniza de su cabello—. Pero eres la única que puede detenerlos.

—No puedo volver sola —dijo ella, su voz quebrada—. Me matarán en cuanto ponga un pie en la capital. Ahora que tengo este fuego, me verán como el recurso definitivo. Me meterán en una de sus máquinas.

—No volverás sola —sentencié—. El Consejo de los Siete tendrá que escuchar esto. No podemos seguir escondiéndonos mientras el mundo muere bajo nuestros pies. Si el Reino de Hierro quiere guerra, les daremos un incendio que no podrán apagar. Pero primero...

La separé un poco de mí, sosteniéndola por los hombros. Sus ojos ámbar, ahora teñidos con esa luz azul de la verdad, eran lo más hermoso y aterrador que había visto jamás.

—...primero debes completar tu transformación. El rayo de luz de antes fue un comienzo, pero necesitas volar. Necesitas sentir la corriente térmica como yo la siento. Si vamos a atacar la capital, debemos hacerlo desde el cielo.

—No tengo alas, Kaele —dijo ella, con una sonrisa triste.

—Tu linaje las tuvo una vez, en espíritu. Y yo tengo las mías. Te enseñaré a cabalgar el viento. Pero antes de eso...

La tensión que habíamos dejado en suspenso en la cámara de hielo volvió a surgir, pero esta vez con una urgencia diferente. Ya

no era solo atracción física; era la necesidad de reafirmar que estábamos vivos, que éramos reales frente a la amenaza de un mundo de metal muerto.

La besé con una desesperación nueva. Mis manos recorrieron su cuerpo, buscando el contacto que nos recordara nuestra misión. La túnica de seda gris cayó al suelo de la cámara antigua, y allí, frente al pedestal de la verdad, nos unimos una vez más.

Esta vez, la unión fue diferente. No hubo fuegos artificiales ni explosiones de luz. Fue un intercambio lento, profundo, casi religioso. Cada movimiento era una promesa. Cada gemido de Isadora era una nota en una canción de guerra. Al poseerla, sentí que estaba absorbiendo su determinación humana, y ella estaba absorbiendo mi fuerza milenaria.

—Fui tuya desde el principio —susurró ella, sus uñas clavándose en mi espalda mientras alcanzábamos el clímax juntos —, y seré tuya hasta el final.

—Hasta que el hierro se funda y la tierra vuelva a respirar — respondí, sellando nuestra alianza con un beso que sabía a destino.

Isadora

Cuando salimos del Corazón del Glaciar, el sol se estaba poniendo, tiñendo las cumbres de un rojo sangre. El mundo parecía diferente. Ya no era solo el lugar del que había huido, era algo que debía salvar.

—Kaele —dije, mirando hacia el sur, hacia donde se encontraba la capital de Valerius—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—No mucho. Si las calderas están ya en su fase final, el equilibrio empezará a colapsar en semanas. Veremos tormentas de nieve donde nunca las hubo. Los mares empezarán a retroceder.

—Entonces debemos movernos rápido. Convoca al Consejo. Si no quieren luchar por la justicia, que lo hagan por la

supervivencia.

Kaele me miró con una sonrisa lobuna. Sus facciones se afilaron y, por primera vez, dejó que su transformación fuera completa frente a mí, sin miedo a asustarme. Sus hombros se ensancharon, su piel se cubrió de finas escamas doradas y, con un estallido de poder, dos alas inmensas de membrana y fuego se desplegaron tras él, abarcando casi todo el risco.

Se veía magnífico. Era el dios de las sombras y el señor de los cielos. Se inclinó ante mí, ofreciéndome su mano.

—Sube a mi espalda, Reina de las Cenizas. Es hora de que veas el mundo como yo lo veo. Es hora de que sientas el viento que pronto gobernaremos juntos.

No dudé. Me subí a sus hombros, aferrándome a la base de sus cuernos laterales. Kaele soltó un rugido que hizo temblar la montaña entera y, con un salto potente, se lanzó al vacío.

El grito que escapó de mi garganta fue de puro terror al principio, pero luego... luego se convirtió en risa. El viento me azotaba el rostro, la adrenalina quemaba mis venas y la sensación de libertad era tan intensa que dolió. Debajo de nosotros, las Tierras Altas del Norte se extendían como un mapa de diamantes.

—¡Siente el aire, Isadora! —gritó Kaele a través de nuestra conexión mental—. ¡No luches contra él! ¡Conviértete en él!

Cerré los ojos y extendí mis brazos. Mi fuego interno respondió al movimiento. Sentí las corrientes térmicas, las invisibles columnas de aire caliente que nos mantenían a flote. Por un momento, sentí que yo también tenía alas. No de carne, sino de pura energía dorada.

Volamos de regreso al Nido del Viento, pero ya no éramos los mismos que habían salido por la mañana. Éramos el inicio de una revolución. Éramos la pesadilla que el Reino de Hierro nunca vio venir.

Kaele

Mientras volaba con Isadora sobre mi lomo, sentí una conexión que iba más allá de lo físico. Sus manos en mi cuello, su risa vibrando en mis escamas... ella era la mitad que me faltaba para ser verdaderamente un Lord Dragón. Durante siglos, mi raza había olvidado cómo amar a los humanos, y en ese olvido perdimos nuestra razón de ser protectores.

Al llegar al castillo, vi que las antorchas estaban encendidas. El Consejo de los Siete nos esperaba en la terraza superior. Ya no estaban sentados en sus tronos; estaban de pie, mirando al cielo con expectación.

Aterricé suavemente, dejando que Isadora bajara primero. Ella se puso al frente, con la luz azul del Corazón del Glaciar todavía brillando en sus pupilas.

—Lords del Norte —dijo ella, su voz no era la de una suplicante, sino la de una gobernante—. He visto la verdad. He visto cómo vuestra sangre alimenta las máquinas de mi padre. He visto el fin del mundo escrito en el hierro.

Arkon dio un paso adelante, su rostro severo.

—¿Y qué pretendes que hagamos, humana? ¿Que volemos hacia una muerte segura en la capital? Tienen ballestas de asedio que pueden atravesar el corazón de un dragón a un kilómetro de distancia.

—No volaremos hacia la muerte —intervine, dando un paso al lado de Isadora—. Volaremos hacia la liberación. Ellos tienen el hierro, pero nosotros tenemos la fuente. Isadora tiene la Llama Cenicienta. Con ella, podemos sabotear las calderas desde dentro. No necesitamos destruir el reino; necesitamos apagar el motor.

—¿Y quién nos asegura que no es una trampa de los Valerius? —preguntó Lyra, aunque su voz ya no tenía el mismo veneno de antes.

Isadora se acercó a ella. Sin mediar palabra, tomó la mano de la dragona. Un destello de luz pasó entre ellas. Lyra abrió los ojos con asombro, retirando la mano como si se hubiera quemado con una verdad sagrada.

—Lo ha visto —susurró Lyra al Consejo—. Ha visto lo mismo que ella. El mundo se está muriendo. El hielo ya no es nuestro refugio, es nuestra mortaja.

Arkon miró a Isadora, luego a mí, y finalmente al horizonte oscuro del sur.

—Si el Señor de la Estirpe está dispuesto a arriesgar su vida por esta causa, nosotros no podemos hacer menos. Pero sabed esto: una vez que crucemos la frontera, ya no habrá vuelta atrás. O ganamos, o nuestra especie será borrada de la historia esta misma noche.

—Entonces que así sea —dije—. Preparad a los guerreros. Mañana, al amanecer, el cielo de Valerius dejará de ser humano.

Isadora

Esa noche, mientras nos preparábamos para la batalla final, me quedé mirando el mapa de la capital. Sabía exactamente dónde estaban las calderas. Sabía dónde dormía mi padre y dónde el Archiduque guardaba sus planos.

Kaele entró en la habitación. Se acercó a mí y me abrazó por la espalda, su barbilla apoyada en mi hombro.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

—Mucho —admití—. Pero tengo más miedo de lo que pasará si no lo intentamos.

Él me giró para que lo mirara. Sus ojos ámbar eran profundos y llenos de una ternura que me desarmaba.

—Recuerda lo que te dije en el templo, Isadora. Las sombras son mías, y tú también. Pero ahora añado algo más: el futuro es nuestro, y nadie nos lo va a quitar.

Me besó, un beso que sabía a despedida y a bienvenida, a miedo y a valor. Sabíamos que las probabilidades estaban en nuestra contra. Sabíamos que mañana por la noche, tal vez no quedaríamos más que cenizas. Pero mientras estábamos allí, en la quietud antes de la tormenta, comprendí que la profecía ya se había cumplido.

Había destruido mi antigua vida. Había destruido su soledad. Y juntos, estábamos a punto de destruir la mentira que había mantenido al mundo en el frío durante trescientos años.

Capítulo 9: El Velo de Ceniza y el Acero del Cielo

Kaele

Observar la movilización del Nido del Viento era como ver el despertar de un volcán que ha dormido durante eones. Los Lords Dragón, que durante siglos se habían marchitado en sus tronos de escarcha, ahora se despojaban de su apatía. Vi a Arkon desplegar sus alas de un carmesí oscuro, cuyas membranas estaban surcadas de cicatrices de batallas que los humanos habían olvidado. Vi a Lyra, cuya forma de dragón era un reflejo de la tormenta, con escamas plateadas que emitían chispas eléctricas con cada movimiento.

Pero mi atención siempre volvía a ella.

Isadora estaba de pie en la plataforma de lanzamiento más alta, vestida con una armadura ligera de escamas de dragón que los artesanos habían forjado para ella durante la noche. El metal oscuro se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, y su cabello estaba recogido en una trenza guerrera que dejaba al descubierto la determinación de su rostro. Ya no era la princesa que huía; era el vórtice de la tormenta que estábamos a punto de desatar.

—La vanguardia está lista —dije, acercándome a ella. Mis propias alas picaban, ansiosas por sentir la resistencia del aire del sur—. Partiremos en formación de diamante. Arkon y yo lideraremos el ataque aéreo para neutralizar las baterías de ballestas de asedio. Tú irás en el centro, protegida por Lyra y los Guerreros del Viento. No debes exponerte hasta que estemos sobre el Distrito de las Calderas.

Isadora se giró hacia mí. Sus ojos ámbar brillaban con una intensidad que casi me obligaba a apartar la mirada. Había una serenidad en ella que me inquietaba.

—No voy a ir escondida en el centro, Kaele —dijo, su voz tan firme como el hielo del glaciar—. Si voy a liderar esta revolución, mi pueblo debe verme. Deben saber que la "hija del carnicero" ha vuelto para apagar el fuego que los está matando. No soy un

tesoro que debas proteger; soy la llave que va a abrir las puertas del infierno.

—Isadora, tienen tecnología que no has visto —le advertí, tomando sus manos—. Tienen arpones de tracción que pueden desgarrar un ala en segundos. Si caes, no hay vuelta atrás.

—Entonces asegúrate de que no caiga —respondió ella, apretando mis manos antes de soltarlas para mirar al horizonte—. Mira hacia el sur, Kaele. ¿Ves ese resplandor cobrizo en el horizonte? No es el sol. Es el humo de las calderas. El mundo se está asfixiando.

Tenía razón. Incluso desde esta distancia, el aire olía a aceite quemado y a metal fundido. El equilibrio se estaba rompiendo más rápido de lo que habíamos previsto.

—A las nubes —rugí, y mi voz se transformó en el rugido de mi verdadera forma.

La transformación fue un estallido de energía. Mis huesos se alargaron, mi piel se endureció en escamas de obsidiana y oro, y mis alas se desplegaron, barriendo la nieve de la plataforma. Isadora se acercó sin vacilar. Ya no necesitaba que la ayudara a subir; ella misma saltó y se ancló en los soportes de cuero que habíamos fijado a mi cuello.

Con un salto poderoso que hizo crujir la piedra del castillo, nos lanzamos al vacío. Detrás de nosotros, otros cincuenta dragones se elevaron en perfecta sincronía. El cielo del norte, normalmente azul y claro, se llenó de sombras colosales. Éramos la pesadilla que los hombres habían intentado enterrar bajo el hierro, y ahora volvíamos a casa.

Isadora

Cabalgar a Kaele en plena formación de combate era una experiencia que desafiaba toda descripción. La vibración de sus músculos bajo mis muslos era como el latido de la tierra misma. A nuestro alrededor, los otros dragones formaban una nube de muerte majestuosa. Podía sentir la telepatía de la estirpe, un coro de mentes unidas por un único propósito.

—*Prepárate* —la voz de Kaele resonó en mi mente—. *Estamos cruzando la Frontera de la Niebla. A partir de aquí, el aire pertenece al Reino de Hierro.*

En cuanto cruzamos los picos más altos, el paisaje cambió drásticamente. El verde de los bosques y el blanco de la nieve dieron paso a una tierra gris y estéril. Árboles muertos se erguían como esqueletos en valles donde el agua ya no corría. El cielo estaba cubierto por un velo de ceniza permanente que ocultaba el sol.

Y entonces, los vimos.

Nubes de extrañas máquinas voladoras, una mezcla de globos aerostáticos y engranajes de metal, patrullaban los límites del reino. Parecían insectos gigantes de hierro, emitiendo columnas de humo negro que ensuciaban el aire que los dragones necesitaban para respirar.

—¡Avispones de Hierro! —gritó la mente de Arkon—. ¡Formación de asalto!

Las máquinas humanas detectaron nuestra presencia. De sus costados salieron destellos de fuego. No eran flechas comunes; eran proyectiles de fósforo diseñados para quemar las membranas de las alas.

—¡Isadora, mantente firme! —Kaele se inclinó hacia un lado, esquivando un proyectil que pasó silbando a centímetros de mi cabeza.

Vi cómo uno de los dragones de la vanguardia era alcanzado. Un grito mental de agonía rasgó mi consciencia mientras el animal, envuelto en llamas químicas, caía en barrena hacia la tierra desolada.

—¡No! —grité, sintiendo la rabia hervir en mi pecho.

—*No mires abajo, Isadora* —me ordenó Kaele—. *¡Usa tu fuego! ¡Limpia el aire!*

Cerré los ojos por un segundo, buscando ese núcleo de calor que la Guardiana había despertado. Ya no era un esfuerzo; era una necesidad. Extendí mi mano hacia la formación de Avispones de Hierro que se acercaba por nuestro flanco izquierdo.

—¡Arded! —susurré.

De mis dedos no salió un rayo, sino una onda expansiva de calor puro. El aire frente a nosotros se distorsionó por la temperatura. Los globos de seda de las máquinas humanas estallaron antes de que las llamas siquiera los tocaran. El metal de sus engranajes se fundió en segundos, convirtiendo a los pilotos en prisioneros de sus propias nubes de vapor. Diez máquinas cayeron al unísono, abriendo un hueco en la defensa enemiga.

—¡Eso es! —rugió Kaele mentalmente—. ¡Abrid paso! ¡Hacia la capital!

Kaele

La potencia de Isadora me dejó atónito. No era solo fuego; era una autoridad elemental. Los Avispones de Hierro se dispersaron ante ella como hojas ante un huracán. Pero sabía que esto era solo el aperitivo. Las defensas de la capital, Valerius Magna, estaban diseñadas para resistir un asedio de mil dragones, y nosotros solo éramos cincuenta.

Volamos a través de la nube de ceniza, usando los restos de los Avispones como cobertura. A medida que nos acercábamos a la ciudad, la escala de la devastación era evidente. La capital ya no era la joya de mármol que Isadora recordaba. Era un complejo industrial monstruoso. Enormes chimeneas vomitaban fuego negro al cielo, y el suelo vibraba con el funcionamiento de las bombas de succión de energía.

—*Allí está* —la voz de Isadora en mi mente era fría y afilada como un diamante—. *El Distrito Central. Bajo esa cúpula de hierro están las calderas primordiales.*

La ciudad estaba protegida por una red de cables de acero tensados entre torres altísimas, una telaraña diseñada para atrapar dragones en vuelo. En las torres, las ballestas gigantes estaban cargadas con arpones de punta de diamante.

—¡Escuadrón de Plata, neutralizad las torres! —ordenó Arkon —. ¡Kaele, ve a por la cúpula!

Nos lanzamos en picado. La velocidad era tal que las lágrimas se evaporaban de los ojos de Isadora antes de formarse. El aire silbaba contra mis escamas. Desde las torres, una lluvia de arpones se elevó hacia nosotros.

Vi a Lyra girar en el aire, usando su magia eléctrica para desviar los proyectiles metálicos, pero la densidad del fuego enemigo era abrumadora. Un arpón rozó mi flanco derecho, arrancando varias escamas y haciéndome rugir de dolor.

—¡Kaele! —Isadora se inclinó hacia delante, su mano brillando sobre mi herida. El dolor desapareció instantáneamente, reemplazado por un calor reconfortante.

—¡Estoy bien! —respondí—. ¡Prepárate para el impacto!

La cúpula de hierro del Distrito Central era un objetivo masivo, reforzado con placas de acero tratadas para resistir el fuego de dragón convencional. Pero Isadora no era un dragón convencional.

—*Déjame bajar* —dijo ella—. *Tengo que estar en tierra para sobrecargar los sellos.*

—Es un suicidio, habrá miles de soldados —dije, aunque sabía que no podía detenerla.

—Es el único modo. Tú mantén el cielo despejado. Yo apagaré el corazón de la bestia.

Aterricé de forma forzosa sobre el techo de un edificio adyacente a la cúpula. El impacto destrozó las losas y levantó una nube de polvo. Isadora saltó de mi lomo antes de que yo terminara de frenar.

Se puso de pie entre los escombros, su armadura oscura brillando bajo la luz cobriza del cielo. Un batallón de soldados de la Guardia de Hierro, armados con mosquetes de vapor, se desplegó desde las entradas del edificio.

—¡Ríndete, traidora! —gritó el capitán, un hombre que Isadora reconoció de su infancia.

Ella no dijo nada. Simplemente extendió sus manos a los costados. El suelo bajo sus pies comenzó a resquebrajarse y a ponerse al rojo vivo.

—Dile a mi padre —dijo ella, su voz amplificada por la magia hasta sonar como un trueno— que la Reina de las Cenizas ha venido a cobrar su herencia.

Isadora

El primer disparo de mosquete rebotó en un escudo de aire caliente que se formó instintivamente a mi alrededor. Ya no tenía miedo. El fuego primordial que corría por mis venas era un aliado fiel que respondía a cada latido de mi corazón.

Caminé hacia los soldados. Con cada paso, el asfalto se derretía. No quería matarlos; eran mi pueblo, engañados por la ambición de un rey demente.

—¡Soltad las armas! —ordené—. ¡El hierro no puede detener lo que viene!

El capitán dio la orden de disparar de nuevo, pero antes de que los proyectiles salieran de los cañones, cerré mis puños. El vapor de sus mosquetes se sobrecalentó instantáneamente, haciendo que las armas explotaran en sus manos. Los soldados retrocedieron, aterrorizados, viendo cómo una mujer joven caminaba ilesa a través de una tormenta de fuego.

Llegué a la entrada de la cúpula. Las puertas eran de acero reforzado, de tres metros de grosor. Puse mis palmas sobre el metal.

—Kaele, ahora —susurré por el nexo mental.

Desde el cielo, Kaele descendió como un meteorito negro, sus garras impactando contra la parte superior de la puerta. Al mismo tiempo, yo liberé toda la energía acumulada. El acero no se rompió; se convirtió en líquido. Entramos en el Distrito de las Calderas.

El interior era una visión del infierno. Enormes tanques de cristal contenían sangre de dragón fosforescente que alimentaba turbinas gigantescas. El calor era insoportable para cualquiera que no fuera nosotros. El ruido era un martilleo constante que hacía vibrar los huesos.

Y en el centro, sobre una plataforma de mando, estaba mi padre.

El Rey Valerius se veía envejecido, consumido por su propia obsesión. A su lado, el Archiduque de Hierro vestía una armadura mecánica que lo hacía parecer más una máquina que un hombre.

—Hija mía —dijo el Rey, su voz apenas audible sobre el estruendo de las máquinas—. Has vuelto a casa justo a tiempo. El proceso final está al noventa por ciento. Tu sangre completará la fórmula.

—No habrá proceso final, padre —dije, acercándome a la plataforma mientras Kaele se cernía detrás de mí, su sombra cubriendo a los soldados que intentaban protegernos—. He visto el Corazón del Glaciar. Sé lo que estáis haciendo a la tierra.

—Lo que estamos haciendo es asegurar el progreso —intervino el Archiduque, su voz metálica y distorsionada—. Los dragones son reliquias. La energía es el futuro. Si mueren unos cuantos lagartos y el mundo se enfría un poco, es un precio pequeño por el poder eterno.

—El mundo no se está enfriando "un poco" —rugió Kaele, su forma humana volviendo a manifestarse mientras se ponía al lado de Isadora—. Se está muriendo. Y nosotros no somos reliquias. Somos los guardianes.

El Archiduque levantó un guantelete mecánico. De él salió un rayo de energía azul, la misma energía drenada de los dragones capturados. Kaele reaccionó con una rapidez asombrosa, interponiéndose y absorbiendo el impacto con su propia magia, pero el golpe lo hizo retroceder varios metros.

—¡Kaele! —grité.

—¡Ve a por las calderas! —rugió él, volviendo a lanzarse contra el Archiduque—. ¡Yo me encargo del metal!

Kaele

La lucha contra el Archiduque de Hierro era una batalla de eras. Mi fuerza de dragón contra su tecnología robada. Su armadura estaba alimentada por la esencia de mis propios

hermanos caídos, lo que hacía que cada golpe que recibía me doliera en el alma.

El Archiduque era rápido. Sus propulsores de vapor le permitían volar a cortas distancias, y sus hojas de sierra circulares podían cortar incluso mis escamas de obsidiana.

—Eres el último de una raza inútil, Kaele —dijo el Archiduque, mientras bloqueaba mi puño con su escudo de energía—. El hombre ya no necesita dioses que vuelan. El hombre fabrica sus propios dioses.

—Vuestros dioses están hechos de sangre robada y metal muerto —respondí, dejando que mi fuego interior subiera por mis brazos—. No tienen alma. Y sin alma, no hay victoria.

Agarré su guantelete y, por primera vez, no intenté romperlo. Intenté *sentirlo*. Busqué la energía de dragón atrapada en los circuitos de la armadura. Eran gritos de agonía, lamentos de seres que querían ser libres.

—*Escuchadme* —susurré a la energía dentro de la máquina—. *Soy vuestro hermano. Volved a casa.*

La armadura del Archiduque empezó a vibrar violentamente. Las luces azules se volvieron blancas. El hombre dentro de la máquina gritó mientras los sistemas se sobrecargaban. El poder robado no quería ser contenido por más tiempo.

Isadora

Mientras Kaele luchaba con el Archiduque, yo me dirigí al panel de control central. Mi padre intentó interponerse, pero con un simple movimiento de mano lo aparté, no con odio, sino con una tristeza que me pesaba más que el hierro.

—Padre, detén esto —le supliqué—. Todavía hay tiempo para salvar a Valerius.

—¡Nunca! —gritó él, sus ojos inyectados en sangre—. ¡El poder es mío! ¡He sacrificado todo por este momento!

Activó una palanca de emergencia. Las calderas empezaron a brillar con una luz cegadora. El suelo tembló con una intensidad

tal que las paredes de la cúpula empezaron a derrumbarse. El proceso de drenaje del núcleo se había acelerado al máximo.

—*Isadora, las calderas van a estallar* —la voz de Kaele llegó a través del ruido—. *¡Si no detienes el flujo, la ciudad entera desaparecerá en una explosión de energía térmica!*

Miré los tanques. El cristal estaba empezando a agrietarse. La energía de dragón, corrompida y comprimida, estaba a punto de liberarse de forma catastrófica.

No había interruptor para esto. No había palanca que pudiera detener una reacción de esta magnitud. Solo había un camino.

Me subí a la estructura central, justo encima del nexo donde convergían todas las tuberías de energía.

—Isadora, ¿qué haces? —preguntó mi padre, el miedo finalmente reemplazando a su ambición.

—Lo que debí hacer en el templo —respondí.

Me abrí paso hasta el corazón de la máquina. El calor era tal que mi armadura de escamas empezó a brillar intensamente. Puse mis manos sobre el núcleo de energía.

—*Kaele* —dije mentalmente, mi voz llena de una calma sobrenatural—. *Tengo que absorberlo. Soy el único recipiente capaz de contener esta cantidad de fuego.*

—*¡Te matará!* —Kaele dejó al Archiduque derrotado y corrió hacia mí—. *¡Es demasiada energía para un solo ser!*

—*No si tú me ayudas a canalizarla* —le respondí—. *Usa nuestro nexo. Sé mi cable a tierra. Envía la energía de vuelta a la tierra, no como un robo, sino como un regalo.*

Kaele llegó a la base de la caldera. Se transformó de nuevo en su forma humana, con el rostro cubierto de hollín y sangre, pero con los ojos llenos de una resolución infinita. Puso sus manos sobre las mías, cerrando el circuito.

—Fui tuya desde el principio —susurré, mientras la energía empezaba a fluir a través de mi cuerpo, convirtiéndome en un ser de pura luz blanca—, y seré tuya hasta el final.

—Hasta el final, Isadora.

El estallido no fue de destrucción. Fue una onda expansiva de vida. La energía de dragón, en lugar de explotar, fluyó a través de

nosotros y se enterró profundamente en el suelo de la ciudad. Vimos, en una visión compartida, cómo la energía recorría las venas de la tierra, devolviendo el calor a los bosques muertos, derritiendo el hielo negro de los ríos y limpiando el cielo de ceniza.

Las máquinas de la capital se detuvieron. El silencio que siguió fue el más hermoso que jamás había escuchado.

Kaele

Cuando la luz se desvaneció, el Distrito de las Calderas estaba en ruinas, pero era una ruina pacífica. Isadora cayó en mis brazos, su cuerpo irradiando un calor suave y reconfortante. Estaba viva, aunque su armadura se había fundido parcialmente con su piel, creando un patrón de escamas de oro y plata en su pecho.

El Rey Valerius estaba de rodillas, mirando sus manos vacías. El Archiduque de Hierro yacía en un rincón, su armadura reducida a un montón de chatarra humeante.

Afuera, los gritos de los soldados habían cesado. Los dragones, liderados por Arkon y Lyra, aterrizaron en la plaza central. El cielo sobre Valerius Magna estaba empezando a despejarse. Por primera vez en décadas, un rayo de sol real atravesó las nubes de ceniza, iluminando los restos de la cúpula de hierro.

—Lo hemos hecho —susurró Isadora, abriendo sus ojos ámbar.

—Lo has hecho tú —corregí, besando sus labios que sabían a victoria y a libertad.

—No —dijo ella, señalando a los dragones que empezaban a interactuar con los ciudadanos, no con fuego, sino con una curiosidad cautelosa—. Lo hemos hecho juntos. El pacto ha vuelto a sellarse.

Isadora

Me puse de pie, apoyada en Kaele. Miré a mi pueblo. Habían salido de sus casas, mirando al cielo con asombro. Ya no tenían

miedo de las alas que cubrían la ciudad. Sentían el calor en el aire, veían cómo la vida volvía a la tierra muerta.

Mi padre se acercó a nosotros. Ya no era el Rey de Hierro; era solo un hombre que se había dado cuenta de su propia insignificancia.

—¿Qué vas a hacer con nosotros? —preguntó.

—La era del hierro ha terminado, padre —respondí, mi voz resonando con la autoridad de la Reina de las Cenizas—. Valerius volverá a ser lo que fue antes de la traición. Un lugar de equilibrio. Tú y el Archiduque seréis juzgados por el Consejo de los Siete y por los representantes de la ciudad. Pero no habrá ejecuciones. No mancharemos este nuevo comienzo con la sangre que tanto habéis buscado.

Kaele me rodeó con su brazo, y por primera vez en toda mi vida, sentí que el peso de la corona ya no me aplastaba. Porque ahora, la corona no era de oro frío, sino de fuego vivo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kaele, mirándome con una sonrisa que prometía una eternidad de aventuras.

—Ahora —dije, mirando al horizonte donde el sol finalmente se ponía, tiñendo el mundo de un naranja cálido y vibrante—, ahora vamos a enseñarles a todos cómo es un mundo que respira.

Caminamos hacia la plaza central, donde humanos y dragones esperaban el inicio de una nueva era. El fuego que había nacido en un templo olvidado había salvado al mundo. Y mientras el sol desaparecía, supe que este no era el final de nuestra historia, sino el prólogo de una leyenda que se contaría mientras el fuego siguiera ardiendo en el corazón de la tierra.

Capítulo 10: Coronas de Ceniza y el Pacto del Corazón

Isadora

La transición de una guerra apocalíptica a una paz incierta es como el enfriamiento brusco del acero tras salir de la forja: el metal es fuerte, pero está lleno de tensiones internas que pueden hacerlo estallar al menor roce. Valerius Magna ya no olía a aceite quemado, pero el aroma de la ceniza aún persistía en los rincones de las plazas, recordándonos que el nuevo mundo se había construido sobre los restos humeantes del antiguo.

El mármol de la Gran Sala del Trono se sentía extrañamente frío bajo mis pies, a pesar del sol que ahora inundaba la estancia a través de los vitrales rotos. Ya no llevaba el vestido de novia hecho jirones ni la armadura de escamas manchada de hollín. Los sastres de la ciudad, trabajando bajo una mezcla de miedo y asombro, habían confeccionado en una noche una túnica de seda carmesí, tan oscura que parecía sangre, con bordados de hilo de oro que trazaban la silueta de un fénix en pleno vuelo.

Me miré en el espejo de cuerpo entero. La mujer que me devolvía la mirada tenía los ojos ámbar, una herencia del fuego primordial que no se desvanecería jamás. En mi pecho, justo donde la energía de las calderas había pasado a través de mí, la piel había quedado marcada de forma permanente con un patrón de escamas iridiscentes que brillaban con una luz propia.

—Te queda mejor que el blanco —dijo una voz que hizo que mi pulso se acelerara instantáneamente.

Me giré. Kaele estaba apoyado contra el marco de la puerta. Había abandonado su forma de dragón, pero la bestia seguía presente en cada uno de sus movimientos. Vestía de negro absoluto, con una túnica de guerrero que dejaba ver sus fuertes antebrazos y el collar de garras que ahora colgaba sobre su pecho.

—Las apariencias engañan, Kaele —respondí, tratando de mantener la compostura mientras él se acercaba—. Esta túnica

pesa más que cualquier armadura. La gente espera que sepa cómo gobernar un mundo que acabo de ayudar a destruir.

Él se detuvo frente a mí, invadiendo mi espacio personal con esa arrogancia que todavía me sacaba de quicio y me atraía a partes iguales. Me tomó de la barbilla, obligándome a sostenerle la mirada.

—No lo has destruido, Isadora. Lo has liberado de una combustión lenta. Pero no te equivoques: un trono sigue siendo una silla de espinas, especialmente cuando compartes el reino con monstruos como yo.

—¿"Compartes"? —arqueé una ceja—. Pensé que los Lords Dragón volverían a sus cuevas en cuanto las nubes se despejaran.

Kaele soltó una risa seca, un sonido que vibró en el aire entre nosotros.

—¿Y dejarte sola en una ciudad llena de humanos que todavía nos miran como si fuéramos a desayunarnos a sus hijos? No. El Consejo de los Siete ha decidido que la presencia de un Lord Protector es... necesaria. Y Arkon parece pensar que soy el único con la paciencia suficiente para soportar tus protocolos.

—O tal vez eres el único que no puede alejarse de mí —desafié, dando un paso hacia él, reduciendo la distancia hasta que pude sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

Sus ojos ámbar se oscurecieron. Su mano bajó de mi barbilla a mi nuca, sus dedos enredándose en mi cabello. El ambiente en la habitación, ya de por sí cargado, se volvió denso, eléctrico.

—No confundas la vigilancia con la devoción, princesa —susurró contra mis labios, aunque su respiración decía lo contrario—. Todavía eres la hija del hombre que encadenó a los míos. El hecho de que te haya ayudado a salvar el mundo no significa que haya olvidado quiénes somos.

—Entonces, ¿por qué estás temblando, Lord Protector? —pregunté, mi voz apenas un hilo de seda.

Él no respondió con palabras. Me besó con una ferocidad que me dejó sin aliento, un beso que sabía a posesión, a desafío y a ese odio residual que todavía alimentaba nuestra pasión. Era el

eterno baile de los enemigos que han descubierto que sus cuerpos hablan un lenguaje de paz que sus mentes aún se niegan a aceptar.

Me empujó contra la pared de mármol, sus manos recorriendo las curvas de mi túnica nueva con una urgencia que amenazaba con rasgar la seda. El contraste entre la pared fría a mi espalda y su cuerpo ardiente contra el mío me hizo soltar un gemido que fue ahogado por sus labios.

—Mañana te coronarán —dijo él, separándose apenas unos milímetros, su frente apoyada contra la mía—. Mañana serás la Reina de las Cenizas de forma oficial. Y yo estaré a tu lado, como el recordatorio de todo lo que has perdido y de todo lo que has ganado.

—Estarás a mi lado porque es el único lugar donde te sientes vivo —respondí, recuperando el aliento—. Admítelo, Kaele. Me odias porque te he dado una razón para que no te importe que el mundo se queme, siempre y cuando yo esté en el centro del incendio.

Él me miró largamente, y por un segundo, vi la vulnerabilidad tras la máscara del depredador.

—Te odio porque ya no puedo imaginarme el silencio sin el sonido de tu respiración —confesó, antes de soltarme y dar un paso atrás, recomponiendo su máscara de frialdad—. Prepárate. El Consejo de los Siete te espera en la plaza. Quieren ver el pacto sellado con algo más que palabras.

Kaele

Dejé a Isadora en su cámara, mis manos todavía hormigueando por el contacto de su piel. Era una tortura deliciosa. La amaba con una intensidad que me aterraba, pero el siglo de resentimiento que llevaba a mis espaldas no desaparecía simplemente porque el cielo fuera azul de nuevo. Cada vez que la miraba, veía a la mujer que me había salvado, pero también veía la sangre de los Valerius. Ella era mi redención y mi condena.

Caminé hacia la plaza central de Valerius Magna. El cambio en la ciudad era asombroso. Los ciudadanos, que antes vivían bajo el constante zumbido de las máquinas y el velo de la ceniza, ahora caminaban con la cabeza en alto, respirando aire puro por primera vez en sus vidas. Pero el miedo seguía allí. Los veían pasar a los dragones —que ahora caminaban en forma humana por las calles— con una mezcla de reverencia y pánico.

Me encontré con Arkon y Lyra cerca de la plataforma donde se llevaría a cabo la ceremonia.

—El ambiente está tenso —comentó Arkon, cruzando sus brazos cubiertos de escamas—. Los humanos nos aceptan porque les hemos dado el sol, pero la gratitud es una moneda que se devalúa rápido. En cuanto tengan hambre o frío de nuevo, recordarán que nosotros somos los que respiramos fuego.

—Por eso el pacto de hoy es vital —dije, mirando hacia el este, donde el sol brillaba con una claridad inusual—. No solo coronamos a una reina; estamos uniendo dos esencias.

—¿Y tú, Kaele? —preguntó Lyra con una sonrisa maliciosa—. ¿Estás uniendo tu esencia o solo estás perdiendo tu fuego por una cara bonita? Recuerda que ella sigue siendo humana. Sus años son un parpadeo comparados con nuestra eternidad. La verás envejecer y morir mientras tú sigues igual.

Sus palabras fueron como un tajo de hielo. Era la verdad que yo había intentado enterrar bajo el deseo. Isadora era una estrella fugaz, una explosión de luz que se apagaría mucho antes de que yo terminara de procesar lo que sentía por ella.

—Entonces me aseguraré de que cada parpadeo valga la pena —respondí, dándoles la espalda para dirigirme al estrado.

La ceremonia comenzó cuando el sol alcanzó el cenit. Miles de personas se agolpaban en la plaza, un mar de rostros humanos rodeados por la presencia imponente de los cincuenta dragones que permanecían en los tejados de los edificios circundantes.

Isadora salió al balcón. El silencio que se hizo en la plaza fue absoluto. No llevaba corona de oro; llevaba una diadema hecha de obsidiana y fragmentos de las calderas que ella misma había

destruido. Caminó con paso firme hasta el centro de la plataforma, donde yo la esperaba junto a Arkon.

—Pueblo de Valerius —su voz, infundida con la magia de la Llama Cenicienta, resonó en cada rincón de la ciudad—. El Reino de Hierro ha caído. No por la fuerza de un enemigo externo, sino por el peso de su propia ambición. Hoy, no celebramos una conquista. Celebramos un retorno. El retorno del equilibrio.

Se giró hacia mí. Sus ojos brillaban, no por el poder, sino por algo más profundo.

—El pacto de sangre que mi familia rompió se restaura hoy —continuó ella, extendiendo su mano—. Pero no se restaura con cadenas, sino con voluntad.

Isadora

Tomé la daga ceremonial que Arkon me ofrecía. No era un arma de guerra, sino un instrumento de sacrificio simbólico. Miré a Kaele. Él sabía lo que venía ahora. Era la parte de la ceremonia que habíamos discutido en privado, la que sellaría nuestra unión ante los ojos de ambos pueblos.

Hice un corte limpio en la palma de mi mano. La sangre, roja y vibrante, empezó a brotar. Kaele hizo lo mismo con su mano izquierda, su sangre dorada y espesa fluyendo con lentitud.

Unimos nuestras manos.

El contacto de nuestras sangres desató una reacción alquímica. Una luz naranja y violeta envolvió nuestras manos entrelazadas. Sentí el alma de Kaele vibrar contra la mía, un torrente de memorias, de dolor y de una soledad que me hizo querer llorar. Él sintió mi determinación, mi miedo al fracaso y el amor salvaje que sentía por él, un amor que todavía se sentía como una traición a mi linaje.

—Por el fuego que nos une —dije, mi voz uniéndose a la suya en una armonía perfecta.

—Por la tierra que nos sostiene —respondió él.

—El pacto queda sellado.

La energía se expandió desde el estrado como una onda de choque cálida que recorrió toda la ciudad. Los ciudadanos soltaron un suspiro colectivo. Los dragones en los tejados rugieron, un sonido que esta vez no era de guerra, sino de reconocimiento.

Pero justo en ese momento de triunfo, algo cambió.

El aire, que debería ser cálido bajo el sol del mediodía, se volvió gélido de repente. No era el frío natural de las montañas del norte; era un frío antinatural, un vacío de calor que parecía absorber la luz.

Miré hacia el este. Una sombra inmensa estaba cruzando el horizonte, moviéndose con una rapidez imposible. No era una nube. Era una tormenta de arena helada, un fenómeno que desafiaba toda lógica meteorológica.

—¿Qué es eso? —pregunté, sintiendo que el fuego en mi pecho se agitaba con inquietud.

Kaele se tensó, sus ojos transformándose instantáneamente en hendiduras felinas.

—Los Adoradores del Frío Eterno —susurró, su voz cargada de un temor que nunca le había escuchado—. Las Sombras de Ashra.

Kaele

El pánico estalló en la plaza antes de que terminara de hablar. La sombra del este avanzaba como una marea de oscuridad, devorando la luz del sol a su paso. Los ciudadanos empezaron a correr, pero el frío era tan intenso que algunos caían de rodillas, con la piel volviéndose azul en cuestión de segundos.

—¡Isadora, entra en el palacio! —ordené, transformando mis brazos para desplegar mis garras.

—¡No! —ella ya estaba generando calor, sus manos brillando con una intensidad blanca—. ¡Acabamos de darles esperanza, no puedo huir ahora!

Arkon y Lyra se lanzaron al cielo, pero en cuanto entraron en contacto con la nube de sombra, sus llamas parecieron

extinguirse. Cayeron de nuevo hacia la ciudad, sus alas cubiertas de una escarcha negra que no se derretía.

De la oscuridad empezaron a emerger figuras. No eran humanos, ni dragones. Eran jinetes montados sobre bestias hechas de hielo y desesperación. Llevaban armaduras de cristal oscuro que reflejaban la nada. Eran los restos de una civilización que los dragones creían haber erradicado en la Primera Era: aquellos que odiaban el sol y el fuego, los que buscaban convertir el mundo en un mausoleo silencioso de hielo.

—Han estado esperando este momento —dije, poniéndome delante de Isadora—. Esperaron a que destruyéramos las calderas, el único poder que podía rivalizar con el suyo. Creyeron que, al apagar el hierro, nos quedaríamos sin defensas.

—Se equivocan —dijo Isadora, su voz cargada de una furia divina.

Se elevó en el aire, sostenida por una columna de fuego dorado. Su túnica carmesí ondeaba como una bandera de guerra. Extendió sus manos hacia la sombra que se acercaba.

—¡Yo soy la Reina de las Cenizas! —gritó—. ¡Y mientras mi corazón lata, el sol no se apagará en esta tierra!

Isadora

Lancé una llamarada de tal magnitud que el cielo pareció partirse en dos. El fuego primordial chocó contra la sombra helada con un estruendo que hizo vibrar los cimientos de Valerius Magna. Durante un segundo, la oscuridad retrocedió. Pude ver los rostros de los invasores: eran seres pálidos, con ojos que eran pozos de vacío absoluto.

Pero la sombra era vasta. Mi fuego la quemaba, pero ella simplemente se cerraba de nuevo, alimentándose del calor que yo intentaba proyectar. Era un agujero negro que devoraba la energía.

—*¡Isadora, detente!* —la voz de Kaele resonó en mi mente—. *¡Están absorbiendo tu poder para fortalecer la tormenta! ¡Es una trampa de succión!*

Me detuve, agotada. La energía que acababa de liberar me había dejado mareada. Caí de nuevo hacia la plataforma, donde Kaele me atrapó. Sus manos estaban frías, el frío de Ashra estaba empezando a afectar incluso a su sangre de dragón.

—No podemos luchar contra esto con fuerza bruta —dijo él, mirando cómo los jinetes de hielo empezaban a descender sobre la ciudad, congelando todo lo que tocaban—. Su magia es la ausencia de todo. Cuanto más fuego lanzamos, más hambre tienen.

—¿Entonces qué hacemos? —pregunté, viendo cómo Arkon luchaba por levantarse, con sus escamas crujiendo por el hielo.

—Tenemos que encontrar el Origen —respondió Kaele, su mirada fija en el centro de la tormenta—. Alguien está dirigiendo esto. Una Sacerdotisa de Ashra. Debemos matarla antes de que el frío se vuelva irreversible.

—Yo iré —dije, recuperando el equilibrio.

—Iremos juntos —corrigió él, sus alas desplegándose con un estruendo—. Pero esta vez, no volaremos sobre la ciudad. Iremos al corazón del vacío.

Kaele

Subí a Isadora a mi lomo y nos lanzamos directamente hacia la oscuridad. El frío era insoportable. Sentía cómo mis articulaciones se entumecían y cómo mis alas pesaban más con cada aletazo. La visibilidad era nula; solo el nexo mental con Isadora me permitía saber hacia dónde nos dirigíamos.

—*Siento su pulso* —dijo ella—. *Al noreste. Un latido de hielo absoluto.*

Volé hacia allí, esquivando a los jinetes de sombra que intentaban interceptarnos. Isadora usaba su poder no para atacar, sino para crear un escudo térmico a nuestro alrededor, una burbuja de calor que nos permitía seguir moviéndonos.

Finalmente, en el centro de la tormenta, la vimos.

Era una mujer, o algo que una vez lo fue. Estaba suspendida en el aire, rodeada por un halo de luz negra. Su piel era de un

azul translúcido y su cabello eran hilos de escarcha que se extendían por kilómetros, formando la red de la tormenta. En sus manos sostenía un orbe de cristal que parecía contener el vacío mismo.

—La Sacerdotisa —susurró Isadora.

La Sacerdotisa nos miró. No había odio en sus ojos, solo una indiferencia aterradora.

—El fuego es un error —dijo su voz, que no era un sonido, sino una vibración que helaba los huesos—. La vida es un error. El universo es orden, y el orden es el silencio absoluto. Habéis despertado al mundo, y ahora nosotros lo devolveremos al sueño.

Extendió su mano y un rayo de frío puro golpeó mi ala izquierda. Grité de dolor mientras el miembro se volvía piedra instantáneamente. Empezamos a caer.

—¡Kaele! —Isadora saltó de mi lomo antes de que chocáramos contra el suelo helado de la periferia de la ciudad.

Ella aterrizó con la elegancia de un gato, rodeada de llamas, mientras yo me estrellaba contra una casa abandonada, mi ala rota crujiendo de forma insoportable.

Isadora

Me puse de pie entre los escombros, mirando hacia arriba, donde la Sacerdotisa descendía lentamente. Kaele estaba herido, la ciudad estaba muriendo y yo era la única que quedaba entre la luz y el olvido eterno.

—¿Crees que tu pequeña chispa puede detener la noche eterna? —preguntó la Sacerdotisa, aterrizando a unos metros de mí. El suelo a su alrededor se cubrió de una escarcha tan espesa que el aire crujía.

—No es una chispa —respondí, sintiendo cómo la Llama Cenicienta rugía en mi interior, alimentada por el miedo y el amor por el hombre que yacía herido detrás de mí—. Es el alma de la tierra.

—Entonces deja que se apague.

La Sacerdotisa lanzó una ráfaga de vacío. Yo no respondí con fuego. Recordé lo que Kaele me había enseñado en las montañas: "No busques la contención; busca la dirección".

Cerré los ojos. No intenté luchar contra el frío. Dejé que entrara. Dejé que la ausencia de calor tocara mi fuego. Y en ese punto de fricción, en esa frontera donde el ser se encuentra con la nada, encontré una nueva forma de poder.

No era fuego. Era *luz*.

Abrí los ojos y emití un estallido de radiación pura. No quemaba; simplemente iluminaba la mentira del vacío. La Sacerdotisa gritó, retrocediendo ante la claridad. Su orbe de cristal se agrietó.

—¡Kaele, ahora! —grité.

A pesar de su ala rota, Kaele se lanzó desde las ruinas en su forma humana. Su puñal de obsidiana, infundido con el último rastro de su fuego de dragón, brilló con una intensidad cegadora. Se movió con una velocidad que la Sacerdotisa, cegada por mi luz, no pudo prever.

El puñal se hundió directamente en el orbe de cristal.

El estallido fue silencioso. No hubo fuego, solo una onda expansiva de realidad que disolvió la tormenta de arena helada. La Sacerdotisa se desintegró en una lluvia de cristales inofensivos. La oscuridad se retiró, revelando de nuevo el sol de la tarde sobre Valerius.

Kaele

Caí al suelo, agotado, con el brazo izquierdo cubierto de escarcha negra. Isadora corrió hacia mí, sus manos calientes buscando mi piel. El calor que emanaba de ella era la cosa más maravillosa que había sentido jamás.

—¿Estás vivo? —preguntó, con las lágrimas corriendo por su rostro.

—Me duele hasta el alma —respondí con una sonrisa débil—, pero creo que eso significa que sigo aquí.

Miramos hacia la ciudad. Los jinetes de hielo habían desaparecido. La gente estaba saliendo de nuevo de sus refugios, mirando al cielo con una mezcla de agotamiento y alivio. Habíamos ganado, pero a un precio.

—Esto es solo el principio, ¿verdad? —preguntó Isadora, ayudándome a sentarme.

—Sí —respondí, mirando hacia el este, donde la luz del sol ahora reinaba, pero donde sabíamos que las sombras seguían esperando—. Los Adoradores no se rendirán tan fácil. Han visto que el sol ha vuelto, y eso les ha dado un objetivo.

Isadora se inclinó y me besó, un beso que sabía a supervivencia y a una promesa eterna.

—Entonces les daremos algo que mirar —dijo ella, su mirada fija en el horizonte—. Porque a partir de hoy, no somos solo una princesa y un dragón. Somos los guardianes del incendio.

Isadora

Esa noche, el palacio de Valerius Magna no estaba en silencio. Los dragones y los humanos compartían las hogueras en las plazas. No había música de arpa, sino el sonido de las herramientas reconstruyendo lo que el frío había dañado.

Me senté en el balcón de mi habitación, mirando las estrellas. Kaele estaba a mi lado, con su ala vendada y su mano entrelazada con la mía. El odio que una vez nos separó se había transformado en algo mucho más complejo: un nexo que no podía romperse ni con hierro ni con hielo.

—Todavía me sacas de quicio —susurré, apoyando la cabeza en su hombro.

—Y tú sigues siendo una princesa insoportable —respondió él, besando mi sien—. Pero supongo que el mundo necesita a alguien así para no volverse demasiado predecible.

La Reina de las Cenizas y el Lord Protector. Enemigos por sangre, amantes por destino, y ahora, los pilares de un mundo que estaba aprendiendo a respirar de nuevo. Sabíamos que habría más batallas, que el frío volvería y que nuestro propio

amor sería puesto a prueba una y otra vez. Pero mientras estuviéramos juntos, el fuego nunca se apagaría.

Capítulo 11: Los Espejos de la Memoria y la Sangre del Desierto

Isadora

El viaje hacia los Desiertos de Cristal no era una travesía, era una inmersión en la desolación. A medida que nos alejábamos de la capital de Valerius, la tierra fértil que apenas empezaba a recuperarse del Reino de Hierro se transformaba en una costra de sal y cuarzo. Aquí, el sol no calentaba; se reflejaba con una saña que quemaba los ojos y secaba la garganta en cuestión de minutos.

El balanceo de la litera de viaje, tirada por cuatro de los caballos más resistentes del reino, era una tortura rítmica. Hubiera preferido volar, sentir el viento azotando mi rostro sobre el lomo de Kaele, pero su ala izquierda aún estaba en proceso de curación. El frío de la Sacerdotisa de Ashra había dejado una necrosis mágica que los sanadores dragón trataban con ungüentos de azufre y cantos antiguos.

Me asomé por la ventanilla de la litera. El horizonte era una línea blanca e infinita donde el cielo y la tierra se fundían en un espejismo de calor.

—Es un lugar muerto —dije, más para mí misma que para mi acompañante.

Kaele, sentado frente a mí, abrió un ojo. Su aspecto era inusualmente humano, vestido con ropajes de lino claro para combatir el calor, pero sus ojos ámbar seguían siendo dos ascuas que cortaban la penumbra del carruaje.

—No está muerto, Isadora. Está suspendido —su voz era un siseo bajo—. Los Desiertos de Cristal fueron una vez el jardín de los dragones de luz. Aquí, antes de que tu estirpe aprendiera a forjar el hierro, mi raza estudiaba las estrellas. Pero cuando el Frío Eterno intentó entrar por primera vez hace tres milenios, los dragones de aquí sacrificaron su fuego para crear esta barrera de cuarzo. Se convirtieron en las mismas dunas que pisamos.

Sentí un escalofrío que nada tenía que ver con el clima. Miré de nuevo el paisaje. ¿Cada grano de arena era el resto de una criatura que una vez voló? La magnitud del sacrificio dragón me hacía sentir, una vez más, la pequeñez de la historia humana.

—Me miras con esa lástima otra vez —dijo Kaele, enderezándose. Se movió con la rapidez de una cobra y se sentó a mi lado, invadiendo mi espacio con ese calor corporal que siempre me desarmaba—. No quiero tu compasión, Reina de las Cenizas. Quiero tu fuego.

Sus manos, grandes y callosas, atraparon las mías. El contacto envió una descarga eléctrica por mis brazos. Todavía había una tensión sin resolver entre nosotros; una mezcla de deseo ardiente y esa desconfianza instintiva que nacía de siglos de enemistad entre nuestros pueblos.

—Mi fuego está aquí, Kaele —respondí, sosteniéndole la mirada —. Pero desde el ataque de la Sacerdotisa, se siente... diferente. Ya no es solo destrucción. Es como si una parte de mí quisiera iluminar hasta el último rincón de este desierto.

—Eso es porque la Luz Primordial no es un arma, es una verdad —él inclinó la cabeza, su nariz rozando la mía. Podía oler el cuero y la tormenta en su piel—. Y en este desierto, la verdad es lo único que nos mantendrá vivos. Las Sombras de Ashra no atacan el cuerpo; atacan los secretos.

Me besó. No fue un beso suave, sino un choque de voluntades. Sus labios exigían una rendición que yo no estaba dispuesta a dar, mientras que mis manos se enredaban en su cabello, tirando de él con una mezcla de pasión y advertencia. Éramos como dos sustancias volátiles atrapadas en un frasco de cristal.

—Aún me odias un poco, ¿verdad? —susurró él contra mi boca, sus dedos acariciando la piel sensible de mi cuello, justo donde empezaban mis escamas doradas.

—Te odio por hacerme necesitarte —respondí, mi respiración volviéndose errática—. Te odio por ser el único que puede ver el monstruo que soy y seguir queriendo besarlo.

Él sonrió, una expresión lobuna que me hizo vibrar el pecho.

—Entonces sigamos odiándonos hasta que el desierto nos consuma.

Kaele

La caravana se detuvo al atardecer, cuando el sol se convirtió en un disco de cobre que se hundía en la arena. Estábamos en las Puertas de Zafiro, un desfiladero de cristal azul que marcaba la entrada al territorio sagrado de Ashra. El aire aquí ya no era caliente; era de una frialdad estática, el tipo de frío que se siente en una tumba sellada.

Mis guerreros dragón, en sus formas humanas, formaron un círculo defensivo alrededor del campamento. Arkon lideraba la guardia, sus ojos plateados escaneando las cimas de cristal en busca de cualquier movimiento.

—Se sienten cerca —dijo Arkon, acercándose a mí mientras yo ayudaba a Isadora a bajar del carruaje—. El velo es delgado aquí. Los Adoradores están observando.

—Lo sé —respondí, sintiendo cómo el vello de mis brazos se erizaba—. Isadora necesita descansar. El uso de la Luz Primordial la está agotando más de lo que admite.

—Ella no es una humana normal, Kaele —Arkon me miró con una seriedad que me heló la sangre—. Ella es el conducto. Si los Adoradores la capturan, no la matarán. La usarán para invertir el proceso. Convertirán su luz en una sombra que cubrirá el mundo para siempre.

Miré a Isadora, que estaba intentando encender una pequeña hoguera con un simple movimiento de sus dedos. Una chispa blanca brotó de su palma, pero vi cómo sus manos temblaban ligeramente. Ella era fuerte, pero el fardo que cargaba era divino, y su cuerpo seguía siendo de carne y hueso.

Me acerqué a ella y la envolví en mi capa de piel de lobo.

—Deja que los Escamosos se encarguen del fuego, Isadora. Necesitas conservar tu energía.

—Estoy bien, Kaele —replicó ella, con esa terquedad que tanto me irritaba—. No puedo ser una reina que depende de otros para

encender su propia llama.

—No es dependencia, es estrategia —la obligué a sentarse sobre un cojín de seda—. Mañana llegaremos al Templo de los Espejos. Es allí donde Ashra guarda el núcleo del Frío Eterno. Si no estás al máximo de tus capacidades, ninguno de nosotros saldrá de allí.

Ella suspiró y se apoyó contra mis hombros. La vulnerabilidad de ese gesto me golpeó más fuerte que cualquier ataque enemigo. En el silencio del desierto, rodeados de cristales que susurraban con el viento, nos sentíamos como los dos últimos seres vivos de la creación.

—Háblame de tu pasado, Kaele —dijo ella de repente—. Me has dicho que este desierto era vuestro hogar. ¿Qué pasó aquí realmente?

Cerré los ojos, y las memorias, tan afiladas como el cuarzo, empezaron a fluir.

—Hace mil años, yo era un joven de la Estirpe del Fuego Negro. Mi padre era el Guardián de estos espejos. No siempre fui este guerrero amargado que ves ahora, Isadora. Yo creía en la paz. Tenía una hermana, Lyria. Ella era como tú... podía ver la luz en todas las cosas.

—¿Qué le pasó? —la voz de Isadora era un susurro.

—Las Sombras no vinieron con un ejército. Vinieron con una promesa. Le dijeron a Lyria que el sol era una prisión, que bajo el hielo no había dolor ni muerte. Ella les creyó. Abrió las puertas del templo desde dentro. —Me costaba respirar mientras recordaba—. Tuve que ver cómo su cuerpo se convertía en cristal. Tuve que ser yo quien rompiera ese cristal para que la sombra no la usara como recipiente. Desde ese día, mi fuego se volvió negro.

Isadora tomó mi mano y la llevó a su corazón.

—Por eso me proteges con tanta ferocidad —dijo ella—. No es solo por el pacto o por el deseo. Tienes miedo de que yo sea otra Lyria.

—No —respondí, mirándola fijamente—. Tengo miedo de que seas mejor que ella. Y de que el mundo no sea digno de lo que

tienes para dar.

Isadora

Esa noche, el sueño no fue un refugio, sino un campo de batalla.

Me vi caminando por un pasillo de espejos infinitos. En cada reflejo, veía una versión diferente de mí misma. En uno, era la princesa sumisa casada con el Archiduque de Hierro. En otro, era un cadáver congelado bajo la nieve. Pero en el espejo central, vi a una mujer envuelta en llamas blancas, con alas de luz que se extendían hasta las estrellas. A su lado, un dragón negro rugía, protegiéndola.

—*Toda luz proyecta una sombra, Isadora de Valerius* —una voz gélida resonó en el pasillo.

De las sombras de los espejos surgió una figura que conocía bien: mi padre. Pero no era el hombre derrotado de la capital. Era una aparición hecha de escarcha, con los ojos vacíos.

—*¿Crees que el dragón te ama?* —preguntó la visión de mi padre—. *Solo ama la luz que llevas. Eres su redención personal, nada más. Cuando tu luz se apague, él volverá a ser la bestia que siempre fue.*

—Mientes —dije, aunque mi voz tembló.

—*Mírale las manos, Isadora. Están manchadas con la sangre de tu especie. ¿Cuántos Valerius han muerto bajo sus garras? ¿Crees que un pacto de cama puede borrar siglos de odio?*

Me desperté gritando, con el sudor frío empapando mi túnica. Kaele me tenía sujeta por los hombros, su rostro lleno de una preocupación genuina.

—Ha sido solo un sueño, Isadora. Estás a salvo.

—No fue un sueño —dije, apartándome de él, sintiendo de repente el peso de nuestras diferencias—. Son ellos. Están en mi cabeza. Saben exactamente qué cuerdas pulsar.

Kaele se alejó un poco, su expresión volviéndose gélida.

—¿Y qué te han dicho? ¿Te han recordado que soy un monstruo? ¿Que tu padre tenía razón al querer encadenarme?

—Me han recordado que somos enemigos, Kaele. Que este romance es un milagro frágil nacido del caos. —Me puse de pie, caminando por la tienda de campaña—. ¿Qué pasará cuando la guerra termine? ¿Podremos coexistir cuando ya no haya un enemigo común al que odiar?

—Esa es una pregunta para el futuro —dijo él, levantándose también. Su altura y su presencia física llenaban la tienda—. Pero ahora, el presente exige que confíes en mí. Si dejas que la duda entre en tu corazón, la Sacerdotisa te consumirá antes de que crucemos el umbral del templo.

—Confío en ti con mi vida, Kaele. Es en mi corazón donde no sé si confiar.

Kaele

El Templo de los Espejos se alzaba ante nosotros como una montaña de diamante tallado. No tenía puertas ni ventanas visibles; era una estructura geométrica perfecta que reflejaba el sol con tal intensidad que mis guerreros tenían que cubrirse los ojos.

—Aquí es donde termina el camino de los hombres y empieza el de los dioses —dije, sintiendo la cicatriz de mi ala latir con fuerza.

Isadora dio un paso al frente. Sus manos ya no temblaban. La Luz Primordial estaba empezando a manifestarse de forma espontánea, rodeándola como una aureola dorada.

—El templo está pidiendo una llave —dijo ella, su voz adquiriendo esa resonancia metálica que tanto me inquietaba—. Pero no es una llave de metal. Es una llave de sangre.

Se acercó a la pared de cristal central. Allí, grabada en el cuarzo, había una hendidura con la forma de una mano humana y la garra de un dragón entrelazadas.

—Debemos hacerlo juntos, Kaele. El equilibrio original.

Me coloqué a su lado. Puse mi mano, ya medio transformada en garra, sobre el cristal. Ella puso su mano delicada sobre la mía. En cuanto nuestras pieles se tocaron, el templo rugió. Un

rayo de luz pura salió de la unión de nuestras manos y recorrió toda la estructura, despertando las runas que habían dormido durante milenios.

Las paredes de cristal se abrieron, revelando un pasillo que parecía descender directamente al núcleo del mundo. Pero el pasillo no estaba vacío.

Cientos de Adoradores de Ashra estaban allí, esperándonos. No eran los jinetes de la ciudad; eran monjes de sombra, sus cuerpos envueltos en harapos negros, sus rostros ocultos tras máscaras de hielo. En el centro del grupo, la Sacerdotisa que habíamos derrotado en Valerius Magna estaba allí, reconstruida, más oscura y poderosa que antes.

—Bienvenidos al final de vuestra esperanza —dijo la Sacerdotisa. Su voz era el crujido de un glaciar al romperse—. Isadora, la Luz que llevas es el último ingrediente que necesitamos. Con tu sacrificio, el sol se convertirá en una luna negra.

—¡Atrás! —rugí, desplegando mis alas y lanzando una llamarada de fuego negro que barrió las primeras filas de monjes.

—¡Kaele, no uses fuego convencional! —gritó Isadora—. ¡Se alimentan de él!

Ella se adelantó, sus brazos extendidos. De su cuerpo emanó una onda de Luz Primordial que no quemaba, sino que *borraba* la oscuridad. Donde la luz tocaba a los monjes, estos se disolvían en vapor inofensivo. Pero por cada uno que caía, diez más surgían de los espejos de las paredes.

—Es una emboscada —dijo Arkon, que luchaba a mi espalda con su espada de obsidiana—. ¡Kaele, llévate a la Reina al Altar Central! ¡Nosotros los mantendremos a raya!

—¡No voy a dejaros aquí! —gritó Isadora.

—¡Tienes que hacerlo! —le grité, agarrándola de la cintura y lanzándonos hacia el interior del templo mientras mis guerreros formaban un muro de escamas y fuego detrás de nosotros—. ¡Si el Altar no se activa, ninguno de nosotros saldrá vivo de este desierto!

Isadora

Corrimos por pasillos que desafiaban la gravedad. A veces el suelo se convertía en techo, y las paredes nos devolvían reflejos de nuestras peores pesadillas. Kaele luchaba como un demonio, sus garras desgarrando la sombra que intentaba atraparnos. Yo liberaba ráfagas de luz cada vez que sentía que el frío nos alcanzaba.

Llegamos a la Cámara del Corazón. Era una estancia inmensa, donde miles de espejos colgaban del techo, enfocando la luz hacia un pedestal central donde descansaba el Orbe del Equilibrio. Pero el orbe estaba cubierto de una costra de hielo negro que parecía palpitar.

—Ahí está —dijo Kaele, jadeando. Su ala herida sangraba de nuevo—. El origen del Frío Eterno. Si logramos purificar ese orbe, la tormenta de Ashra se disipará en todo el mundo.

Pero antes de que pudiéramos acercarnos, la Sacerdotisa de Ashra apareció frente al pedestal, materializándose de un espejo roto.

—Para purificar el orbe, Isadora, debes dar todo lo que eres —dijo la Sacerdotisa, una sonrisa cruel curvando sus labios azules —. Debes vaciarte de tu luz. Y cuando lo hagas, quedarás como una cáscara vacía. ¿Está el Lord Dragón dispuesto a ver cómo su "salvación" se marchita hasta convertirse en nada?

Kaele se tensó a mi lado. Vi la duda en sus ojos. Vi el miedo que había intentado ocultar durante todo el viaje.

—No lo hagas, Isadora —susurró—. Encontraremos otra forma.

—No hay otra forma, Kaele —respondí, caminando hacia el pedestal. El frío que emanaba del orbe era tan intenso que sentí que mis pulmones se cristalizaban—. Si no lo hago, el mundo morirá. Tú lo sabes. Arkon lo sabe.

—¡Me importa un bledo el mundo si no estás en él! —rugió Kaele, agarrándome del brazo con tal fuerza que me dolió—. No voy a perderte a ti también. No voy a romper otro cristal.

Le miré a los ojos. En ese momento, no vi al guerrero, ni al Lord Protector. Vi al hombre que me amaba con una

desesperación que superaba su odio y su deber.

—Kaele, escúchame —puse mis manos sobre su rostro, el calor de mi Luz Primordial fluyendo hacia él—. No voy a romperme. Voy a transformarme. Confía en lo que creamos en el puente. Confía en la verdad que compartimos.

La Sacerdotisa lanzó un ataque de sombras líquidas que nos envolvió a ambos. Kaele gritó, usando su cuerpo para protegerme, recibiendo el impacto directo del frío. Vi cómo su piel empezaba a cubrirse de escarcha.

—¡Kaele! —grité.

—¡Hazlo! —rugió él, su voz quebrándose por el dolor—. ¡Hazlo ahora, Isadora!

Me lancé hacia el pedestal. Puse mis manos sobre el hielo negro.

El contacto fue una agonía absoluta. Fue como si mil agujas de hielo me atravesaran los nervios. Sentí cómo mi luz era succionada por el orbe, cómo mi calor abandonaba mi cuerpo. Mi visión empezó a oscurecerse. Veía a Kaele luchando por levantarse, sus ojos ámbar perdiendo su brillo.

—Fui tuya desde el principio —susurré, mi voz apenas un siseo —, y seré tuya hasta el final.

Entregué todo. Cada chispa de poder, cada gramo de calor, cada recuerdo de sol y jazmín. Mi cuerpo se volvió blanco, mi cabello se tornó plateado y sentí que mi corazón se detenía.

Entonces, el orbe estalló.

No fue una explosión de fuego, sino una expansión de claridad absoluta. El hielo negro se desintegró. Las sombras de la cámara se disolvieron. La Sacerdotisa emitió un grito que se convirtió en nada mientras la luz la borraba de la existencia.

El templo entero empezó a vibrar, las Puertas de Zafiro se abrieron de par en par y una columna de luz blanca salió disparada hacia el cielo, atravesando la capa de ceniza y sombra de Ashra, devolviendo el azul verdadero al firmamento.

Kaele

Me arrastré por el suelo, ignorando el dolor en mi ala y el frío en mis huesos. Solo tenía una meta: llegar a ella.

Isadora yacía al pie del pedestal. Su piel era tan blanca como la nieve y su cabello, antes oscuro como la noche, ahora era de un plata iridiscente. No respiraba.

—No... no, no, no —gemí, tomándola en mis brazos. Su cuerpo estaba frío, una frialdad que me desgarró el alma—. Isadora, vuelve. Por favor, vuelve.

La apreté contra mi pecho, intentando pasarle mi propio calor, mi propio fuego de dragón. Pero yo también estaba agotado. Mi magia estaba bajo mínimos.

—Me has dicho que confiara —le susurré al oído, mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas—. Pues confío en que no puedes dejarme así. No después de haberme enseñado a sentir de nuevo.

Entonces, sentí un latido.

Fue débil, apenas una vibración bajo las escamas de su pecho. Luego otro. Y otro más fuerte.

Isadora abrió los ojos. Ya no eran ámbar. Eran prismas puros que contenían todos los colores del arcoíris. Sus manos, antes humanas, ahora tenían finas marcas plateadas que subían por sus brazos.

—Kaele... —susurró ella, su voz resonando con la armonía de las esferas.

—Estás viva —sollozé, besando su frente, sus mejillas, sus labios—. Estás viva, maldita sea.

—Ya no soy la misma, Kaele —dijo ella, sentándose con una gracia sobrenatural. Se miró las manos—. La Luz Primordial no se ha ido. Se ha fusionado conmigo. Ya no soy la Reina de las Cenizas.

—Eres la Reina de la Aurora —dije, mirando con asombro cómo la luz del sol entraba por el techo ahora transparente del templo, iluminándola como a una diosa.

Isadora

Me puse de pie, sintiendo una conexión con el mundo que nunca antes había imaginado. Podía sentir el pulso de los dragones que dormían bajo la arena, el crecimiento de las semillas en los valles lejanos, y sobre todo, el vínculo inquebrantable que me unía a Kaele.

Salimos del templo. El desierto ya no era un lugar muerto. Pequeños brotes de flores de cristal empezaban a surgir de la arena, alimentados por la luz que ahora emanaba de la tierra. Arkon y los demás guerreros nos esperaban fuera, arrodillándose al ver la transformación de su reina.

—El Frío Eterno ha sido derrotado —dijo Arkon, su voz llena de una reverencia que nunca antes había mostrado—. Pero el mundo ha cambiado, Kaele. Ella ha cambiado.

Kaele se puso a mi lado, su ala milagrosamente curada por la explosión de luz del altar. Me tomó de la mano, y esta vez, el nexo entre nosotros no era de enemigos que se desean, sino de dos almas que han forjado un nuevo universo.

—Aún me sacas de quicio —dijo él, con esa sonrisa lobuna que tanto amaba—. Pero supongo que una Reina de la Aurora necesita un Lord Dragón que le recuerde que las sombras también tienen su belleza.

—Y tú sigues siendo una bestia arrogante —respondí, besándolo bajo el sol purificado—. Pero eres mi bestia. Y este mundo es nuestro.

Caminamos hacia la caravana, listos para regresar a Valerius. Sabíamos que habría nuevos desafíos, que la reconstrucción del mundo no sería fácil y que la naturaleza de mi nueva existencia traería sus propias complicaciones. Pero mientras caminábamos sobre la arena que empezaba a cantar con el viento, supe que el *fuego lento* se había convertido en una luz eterna.

Capítulo 12: El Retorno del Hierro y la Sombra del Trono

El regreso a Valerius Magna no fue la marcha triunfal que los cantares de gesta suelen prometer. A medida que la caravana se acercaba a las murallas de la capital, el aire, antes purificado por el sacrificio en el Desierto de Cristal, comenzó a espesarse con un rastro metálico y agrio. El sol, aunque brillante, se reflejaba en las torres de la ciudad con un fulgor hostil.

Isadora, ahora envuelta en esa aura de aurora que convertía su cabello en hilos de plata líquida, sentía cada vibración del terreno. El vínculo con la tierra que había adquirido no solo le daba poder, sino una sensibilidad dolorosa hacia la discordia.

Isadora

El carruaje se detuvo ante las puertas principales de la ciudad. Kaele, que cabalgaba a mi lado en su forma humana pero con una tensión en los hombros que delataba al depredador listo para saltar, desmontó de un solo movimiento fluido. Su mirada escaneaba las almenas, donde normalmente los soldados de la Guardia de la Aurora —la nueva facción leal al pacto— deberían habernos recibido con vítores.

En su lugar, había silencio. Un silencio cargado de engranajes invisibles.

—Algo no va bien, Isadora —susurró Kaele, acercándose a la portezuela de mi carruaje. Su mano derecha descansaba sobre el pomo de su daga de obsidiana—. El pulso de la ciudad ha cambiado. No oigo el latido del mercado, oigo el siseo del vapor.

Bajé del carruaje. Mis pies, ahora marcados por finas líneas de plata que subían por mis tobillos, tocaron el suelo y una descarga de información me golpeó. El hierro. El maldito hierro volvía a estar activo bajo el pavimento.

—No están celebrando nuestra victoria —dije, sintiendo una punzada de amargura en mi pecho—. Están conspirando contra ella.

Las puertas de la ciudad se abrieron con un chirrido que no era de piedra, sino de metal sobre metal. De la penumbra del túnel de entrada surgió una figura que todos creíamos reducida a chatarra y ceniza. El Archiduque de Hierro, Maximus, caminaba con una cojera mecánica, pero su armadura ya no era el armatoste abollado que Kaele había destrozado. Ahora era una armadura de diseño estilizado, de un negro mate que parecía absorber la luz de la mañana.

A su lado, un grupo de ciudadanos, hombres y mujeres con el rostro demudado por el miedo, portaban pancartas que rezaban: *"¡Queremos humanidad, no monstruos de luz!"*.

—Bienvenidos, viajeros —la voz de Maximus, amplificada por un resonador en su cuello, sonaba como el choque de dos espadas—. Veo que la princesa ha vuelto... aunque dudo que quede mucho de la Isadora que conocimos en esa criatura brillante que tienes a tu lado, Lord Dragón.

—Maximus —gruñó Kaele, sus ojos ámbar encendiéndose con el fuego del desierto—. Debería haberte arrancado la cabeza cuando tuve la oportunidad.

—Tuviste tu oportunidad, bestia. Pero el hierro es más persistente que la carne —Maximus señaló hacia las murallas. De repente, cientos de ballestas automáticas, alimentadas por pequeñas calderas portátiles, se desplegaron desde las sombras —. El pueblo de Valerius ha visto lo que le pasó al cielo durante la tormenta. Han visto que tu "reina" puede volverse blanca y borrar la existencia con un parpadeo. Tienen miedo, Isadora. Y el miedo prefiere la seguridad del metal a la incertidumbre de la magia.

Kaele

Sentí la furia subir por mi garganta como lava. Quería transformarme, quería reducir a ese hombre a una mancha de grasa sobre el asfalto, pero la mano de Isadora sobre mi brazo me detuvo. Su tacto era cálido, pero tenía la firmeza de un glaciar.

—*No, Kaele* —su voz resonó en mi mente con una claridad cristalina—. *Si los atacamos ahora, confirmaremos sus peores temores. Él está buscando un mártir, no una batalla.*

—*Nos están rodeando, Isadora* —respondí a través de nuestro nexo—. *Este hombre ha convertido tu ciudad en una trampa de ratas mientras estábamos fuera salvando el mundo.*

Miré a la multitud. Maximus había sido astuto. No había usado soldados para darnos el alto; había usado a la gente común. Padres, artesanos, viudas. Los había convencido de que la transformación de Isadora era una enfermedad, una "corrupción dragón" que terminaría por consumir lo que quedaba de su humanidad.

—¡Isadora de Valerius! —gritó un anciano desde la multitud, con la voz temblorosa—. ¡Mi hijo dice que tus ojos ahora brillan como el fuego que quemó nuestras granjas hace siglos! ¡Dinos que sigues siendo nuestra princesa!

Isadora dio un paso al frente. Su aura de aurora se suavizó, volviéndose una luz tenue y reconfortante, pero no pudo ocultar la plata en sus ojos ni la elegancia sobrenatural de sus movimientos.

—Sigo siendo vuestra reina —dijo ella, y su voz no necesitó resonadores para llegar a cada oído—. Sigo siendo la mujer que se enfrentó a su propio padre para apagar las calderas que os estaban asfixiando. He traído el sol de vuelta, no para quemaros, sino para que podáis vivir sin cadenas de hierro.

—¡Mientes! —intervino Maximus—. ¡Has traído el sol para que tus mascotas aladas tengan dónde cazar! ¡Miradla! ¡Ya ni siquiera respira como nosotros!

Maximus activó un mecanismo en su guantelete. Una red de energía estática salió disparada, no hacia nosotros, sino hacia el cielo. Un sonido agudo y ensordecedor llenó el aire, un tono de alta frecuencia que hizo que mis oídos sangraran y que los dragones que nos seguían en el cielo soltaran alaridos de dolor, perdiendo altura.

—¡Es un anulador sónico! —grité, cayendo de rodillas mientras el mundo daba vueltas.

Isadora

Ver a Kaele sufrir fue como si me arrancaran el corazón con unas tenazas calientes. Mi Luz Primordial reaccionó antes de que yo pudiera pensar. Una explosión de claridad salió de mi cuerpo, chocando contra la red de energía estática de Maximus. El estallido lanzó a los ciudadanos al suelo y sobrecargó los circuitos de la armadura del Archiduque, haciéndolo retroceder entre chispas.

Pero el daño estaba hecho.

La gente gritó, aterrorizada por la explosión de luz. Para ellos, no había sido un acto de defensa, sino un ataque de la "reina monstruo".

—¡Ved! —gritó Maximus desde el suelo, señalándome—. ¡No puede controlarse! ¡Es una bomba de tiempo con corona!

—¡Basta! —mi voz tronó, y por un momento, el fuego de la aurora se volvió de un violeta peligroso—. ¡Kaele, vámonos! ¡Arkon, retirada al Nido del Viento!

—No vamos a huir, Isadora —dijo Kaele, levantándose con dificultad, limpiándose la sangre de los oídos—. Esta es tu casa.

—Ya no —dije, mirando los rostros llenos de odio y terror de mi pueblo. Me dolía más que cualquier herida física. El *enemies to lovers* que habíamos vivido Kaele y yo se reflejaba ahora de forma inversa con mi propio pueblo: los que debían amarme me trataban como al enemigo—. Si nos quedamos, habrá una masacre. Y no permitiré que se derrame más sangre de Valerius en mi nombre.

Kaele me miró, y por primera vez vi en él una comprensión amarga. Me tomó en sus brazos, ignorando las ballestas que empezaban a disparar virotes de hierro frío, y desplegó sus alas. Con un rugido de desafío que sacudió los cimientos de la puerta principal, nos elevamos en el aire, seguidos por el resto de los dragones, dejando atrás la capital que ahora nos consideraba parias.

Kaele

Volamos hacia el norte, hacia la seguridad de los glaciares, pero el silencio entre nosotros era más denso que las nubes que atravesábamos. Isadora se aferraba a mi cuello, su cabeza apoyada contra mis escamas. Podía sentir sus lágrimas; eran calientes, pero al tocar mi piel se evaporaban en pequeñas chispas de luz.

Al llegar al Nido del Viento, el ambiente no era mucho mejor. El Consejo de los Siete estaba en asamblea permanente. Arkon estaba furioso por el ataque sónico, y Lyra ya estaba hablando de quemar Valerius Magna hasta sus cimientos para "limpiar la infección del hierro".

Depositamos a Isadora en nuestra cámara. Ella se acercó a la ventana de hielo, mirando hacia el sur. Su nueva naturaleza de aurora la hacía parecer una estatua de cristal bajo la luna del norte.

—Me odian —susurró—. Después de todo lo que pasamos en el desierto, después de que casi muero para devolverles el equilibrio... prefieren a Maximus y sus máquinas de humo.

Me acerqué a ella, volviendo a mi forma humana. La rodeé con mis brazos desde atrás, sintiendo el aroma a jazmín y ozono que siempre emanaba de ella.

—Los humanos son criaturas de hábito, Isadora. Les prometiste libertad, pero la libertad es aterradora porque requiere responsabilidad. El hierro de Maximus es predecible. Es esclavo, pero es seguro.

—No puedo dejar que gane, Kaele —ella se giró en mis brazos, sus ojos prismáticos buscándome con una desesperación que me partía el alma—. Si Maximus retoma el control total de las calderas con esta nueva tecnología, no solo destruirá el pacto, destruirá el núcleo de nuevo. Esta vez no habrá un orbe que purificar.

—Entonces lucharemos —dije, besando su frente—. Pero no como una reina contra sus súbditos. Lucharemos como lo que somos. Dos parias que no encajan en ningún mundo, excepto en el que creamos entre nosotros.

Ella sonrió débilmente, y esa chispa de la Isadora desafiante que conocí en el templo volvió a brillar.

—Aún me sacas de quicio con tu fatalismo, Lord Protector.

—Y tú sigues teniendo esa manía de querer salvar a gente que no quiere ser salvada, Reina de la Aurora.

Nos besamos, y en ese beso hubo una mezcla de consuelo y preparación para la guerra. La pasión entre nosotros ya no era el choque de dos enemigos, sino el refugio de dos supervivientes. Pero mientras la estrechaba contra mí, una duda me asaltaba: ¿podría yo, un dragón de siglos, proteger a una mujer que se estaba convirtiendo en algo tan puro que el mundo mismo intentaba rechazarla?

Isadora

Pasaron tres días en el Nido del Viento. Tres días en los que mis sentidos se agudizaron hasta el punto de la locura. Podía oír el latido de los dragones dormidos a kilómetros de distancia. Podía sentir el crecimiento de los líquenes sobre las rocas. Pero lo que más me atormentaba era el siseo constante del hierro que venía del sur.

Maximus no estaba solo gobernando; estaba construyendo algo.

—Es una señal —dijo Arkon en la reunión del consejo esa noche—. Nuestros espías informan que ha movilizado a toda la población hacia las minas de los Montes de la Desolación. Está buscando el "Corazón de Antimateria", un mito del Reino de Hierro que se supone que puede anular cualquier forma de magia elemental de forma permanente.

—Si consigue eso —intervino Lyra—, no solo seremos parias. Seremos presas de nuevo. No podremos volar, no podremos respirar fuego. Seremos simples lagartijas a merced de sus martillos.

Kaele golpeó la mesa de piedra con el puño.

—No vamos a esperar a que nos corte las alas. Isadora y yo bajaremos. Pero no con un ejército. Entraremos por las minas.

—Es una locura —dije, mirando el mapa—. Las minas de la Desolación están llenas de trampas de presión y detectores térmicos. En cuanto mi aura toque el primer sensor, Maximus sabrá que estoy allí.

—No si aprendes a ocultarla —Kaele me miró con una intensidad nueva—. Isadora, el fuego primordial tiene una fase de sombra. Toda luz tiene un reverso. En el Desierto de Cristal aprendiste a iluminar; ahora debes aprender a eclipsar.

—¿Eclipse? —pregunté, confundida—. Mi naturaleza es la aurora, Kaele. No puedo ser sombra.

—No hablo de ser malvada. Hablo de introspección. Debes plegar tu luz hacia dentro de tu propio corazón. Si logras eso, serás invisible para sus máquinas. Y yo... bueno, yo soy un experto en moverme por las sombras.

Esa noche, bajo las luces del norte que bailaban en el techo de nuestra cámara, Kaele empezó mi entrenamiento en la ocultación. No fue una lección de magia, sino de intimidad.

—Siente mi latido —dijo, pegándome a su pecho desnudo—. No intentes brillar para el mundo. Brilla solo para mí. Concentra toda tu energía en el punto donde nuestras pieles se tocan.

Cerré los ojos, concentrándome en el calor de su cuerpo. Era difícil. Mi luz quería expandirse, quería tocar las estrellas, quería sanar cada grieta de las paredes de hielo. Pero bajo la guía de Kaele, empecé a retraer los hilos de plata. Los plegué sobre mi pecho, luego sobre mi corazón, hasta que sentí que mi cuerpo ya no emanaba luz, sino que la contenía como un cofre sellado.

—Lo estás logrando —susurró él, su aliento caliente en mi oído. Sus manos bajaron por mi espalda, trazando el contorno de mi columna vertebral—. Ahora, quédate así. No dejes que el deseo por el mundo exterior te distraiga del fuego que compartimos.

El entrenamiento se convirtió rápidamente en algo más. En la oscuridad de la habitación, sin mi aura que nos iluminara, solo nos teníamos el uno al otro. La pasión fue lenta, exploratoria, una comunión de sombras donde cada caricia era una forma de lenguaje secreto. Me sentí más humana en ese momento,

protegida por su oscuridad, que en todo el tiempo que había pasado como Reina de la Aurora.

—Fui tuya desde el principio —susurré, mientras nos fundíamos en un solo ser bajo las mantas de piel—, y seré tuya hasta el final. Incluso si el final es la sombra.

—La sombra es solo el lugar donde la luz descansa, Isadora —respondió él, sellando nuestra promesa—. Y yo seré tu sombra mientras tú seas mi sol.

Kaele

Partimos hacia los Montes de la Desolación al cuarto día. No llevamos escolta. Volamos bajo, casi rozando las copas de los árboles muertos, usando los valles de sombra para evitar los radares de vapor de Maximus. Isadora cumplía su parte: se mantenía en ese estado de eclipse, una presencia silenciosa y oscura a mi espalda que solo yo podía sentir a través de nuestro vínculo.

Las minas eran una herida abierta en la ladera de la montaña. Gigantescos taladros de vapor perforaban la roca, lanzando columnas de humo negro que ensuciaban la nieve virgen. El ruido era un martilleo incesante que hacía vibrar mis escamas.

—Están cerca de la veta principal —dijo Isadora en mi mente —. *Puedo sentir el dolor de la piedra. Están arrancando el Corazón de Antimateria a la fuerza.*

Aterrizamos en una saliente oculta sobre la entrada principal. Soldados con armaduras de hierro reforzado patrullaban los niveles superiores, armados con rifles de repulsión.

—Tenemos que entrar por los conductos de ventilación — indiqué—. *Si logramos llegar a la cámara central antes de que extraigan el núcleo, podemos sobrecargarlo con tu luz y sellar la mina para siempre.*

—Y Maximus estará allí —añadió ella. No era una pregunta, era una certeza.

—Sí. Y esta vez, no habrá ciudadanos que lo protejan.

Nos deslizamos por los conductos, moviéndonos como fantasmas. El calor dentro de la mina era asfixiante, un calor artificial y sucio que contrastaba con el fuego puro de Isadora. Descendimos nivel tras nivel, pasando sobre las cabezas de obreros exhaustos que trabajaban bajo el látigo de capataces mecánicos.

Finalmente, llegamos a la Gran Bóveda.

Era una cavidad natural inmensa, iluminada por focos de gas. En el centro, un meteorito de un metal violeta oscuro pulsaba con una energía que parecía succionar el sonido del aire. El Corazón de Antimateria. Alrededor de él, una estructura de andamios de hierro sostenía a Maximus y a su equipo de ingenieros.

—¡Más presión en las calderas! —gritaba Maximus—. ¡Necesito que el núcleo se estabilice antes de que la "reina" decida volver!

—Llegas tarde, Maximus —dijo Isadora, saliendo de las sombras y rompiendo su eclipse.

La luz de la aurora estalló en la bóveda, cegando a los ingenieros y haciendo que los focos de gas explotaran. Isadora se alzó en el aire, su cabello de plata brillando con una furia renovada.

—¡Isadora! —Maximus se giró, su armadura negra emitiendo un zumbido de advertencia—. Sabía que vendrías. Tu sentimentalismo por este montón de rocas es tu mayor debilidad.

—Mi debilidad es mi pueblo, Maximus. Pero estas rocas... estas rocas son mi fuerza.

Me lancé desde el andamio superior, transformándome en mi forma de medio dragón. Mis garras chocaron contra el escudo de energía de Maximus, creando una onda de choque que derribó las estructuras cercanas.

—¡Tú de nuevo! —rugió el Archiduque, lanzando un golpe de su mazo hidráulico que esquivé por milímetros—. ¡Deberíais haberos quedado en vuestro nido de hielo! ¡Este mundo pertenece a los que construyen, no a los que simplemente existen!

—Construyes tumbas, Maximus —respondí, barriéndole las piernas con mi cola—. Y hoy, vamos a enterrarte en la tuya.

Isadora

Mientras Kaele mantenía a raya a Maximus, yo me dirigí hacia el Corazón de Antimateria. La energía que emanaba del núcleo era repulsiva; era lo opuesto a la vida, una negación del calor. Al acercarme, mi luz empezó a parpadear, amenazando con apagarse.

—*Isadora, no puedes tocarlo directamente* —la voz de Kaele sonó en mi mente, cargada de urgencia—. *¡Te drenará hasta que no quede nada!*

—*Tengo que sellarlo, Kaele. Es la única forma de que el hierro deje de ser una amenaza.*

Puse mis manos sobre la superficie violeta del núcleo. El frío que sentí no fue como el de Ashra; no era una ausencia de calor, sino una destrucción activa de la materia. Mis dedos empezaron a volverse ceniza gris.

—¡Isadora, no! —Kaele se deshizo de Maximus con una llamarada de fuego negro y voló hacia mí, agarrándome por la cintura.

—¡Suéltame, Kaele! ¡Tengo que hacerlo!

—¡No sola! —gritó él. Se colocó detrás de mí, envolviendo sus manos sobre las mías, presionándolas contra el núcleo—. ¡Recuerda el pacto! ¡Lo que uno no puede sostener, dos lo llevarán!

Nuestra unión creó un fenómeno nuevo. El fuego negro de Kaele y mi luz de aurora se mezclaron, creando una energía de color índigo que empezó a envolver el Corazón de Antimateria. El núcleo luchaba, intentando devorarnos, pero la fuerza de nuestro vínculo —ese *enemies to lovers* forjado en el sacrificio— era un ancla que no podía romper.

—¡Imposible! —gritó Maximus, intentando alcanzarnos con su armadura sobrecargada—. ¡Ese poder es mío! ¡Yo lo descubrí!

El núcleo emitió un pulso final. Maximus fue lanzado hacia atrás, cayendo en el pozo de extracción principal mientras su armadura se desintegraba bajo la presión de la antimateria.

Y entonces, el silencio.

El Corazón de Antimateria se volvió piedra inerte. La luz violeta se apagó, dejando la bóveda en una penumbra suave iluminada solo por mi aura debilitada.

Kaele

Caímos al suelo del andamio, agotados. Isadora estaba pálida, sus manos cubiertas de finas cicatrices plateadas donde el núcleo la había tocado, pero estaba viva. La miré y vi que su cabello volvía a tener algunos mechones oscuros, un rastro de su humanidad que se negaba a desaparecer del todo.

—¿Se ha acabado? —preguntó ella, con voz apenas audible.

—La mina está sellada —respondí, mirando hacia el pozo donde Maximus había desaparecido—. Y el hierro de Valerius ha perdido su fuente de poder. Maximus ha caído en su propia ambición.

Salimos de las minas mientras las estructuras empezaban a colapsar detrás de nosotros. Afuera, el sol estaba empezando a ponerse sobre los Montes de la Desolación.

—No podemos volver a la capital, Kaele —dijo Isadora, mirando hacia el sur—. Todavía no. El miedo no se borra con una victoria en una mina. Necesitan tiempo para darse cuenta de que el sol no es su enemigo.

—Entonces volveremos al Nido —dije, tomándola de la mano —. Pero esta vez, no como exiliados. Volveremos como los soberanos de un reino que aún no tiene nombre. Un reino entre el cielo y la tierra, donde el fuego y la luz son uno solo.

Isadora se apoyó en mi hombro, mirando cómo las primeras estrellas aparecían en el firmamento.

—Aún me sacas de quicio, Lord Dragón —susurró.

—Y tú sigues siendo la mujer más terca de este y de cualquier otro mundo, Reina de la Aurora.

Nos elevamos en el cielo, dejando atrás las cenizas de la era del hierro. como nosotros.

Capítulo 13: La Diplomacia de las Sombras y el Hielo Quebrado

Isadora

El refugio del Nido del Viento, que en los primeros días de mi cautiverio me había parecido una prisión de cristal y escarcha, se había transformado en nuestro cuartel general de exilio. Pero la paz de las alturas es engañosa; el aire es más fino, las verdades más cortantes y el aislamiento tiene la capacidad de amplificar las dudas que el ruido de la ciudad logra sofocar.

Me encontraba en el balcón del Gran Observatorio, contemplando cómo las auroras boreales se entrelazaban con los últimos jirones de mi propia luz. Mi cuerpo se sentía extraño, una vasija que todavía estaba aprendiendo a contener la inmensidad de lo que ocurrió en el Desierto de Cristal. Mis dedos, a veces, dejaban un rastro de polvo estelar sobre los pasamanos de piedra, y mi corazón ya no latía con la urgencia del miedo, sino con la cadencia profunda de la tierra misma.

—Estás demasiado quieta, Isadora. Eso me pone nervioso —la voz de Kaele rompió el silencio de la noche.

No necesité girarme para saber que estaba allí. Podía sentir su calor a diez metros de distancia, un pulso ámbar que contrastaba con el azul del glaciar. Se acercó y se apoyó a mi lado, sus hombros anchos cubiertos por una capa de piel de lobo negro que lo hacía parecer una extensión de la montaña.

—Pienso en Maximus —admití, bajando la mirada hacia los valles ocultos por la niebla—. Pienso en cómo el miedo a lo desconocido pudo borrar años de lealtad en un solo día. No soy una reina para ellos, Kaele. Soy un fenómeno meteorológico que quieren predecir o destruir.

—Los humanos siempre han temido lo que no pueden encerrar en una caja de hierro —respondió él, tomando mi mano. Sus dedos entrelazaron los míos, y por un momento, la plata de mi piel y el bronce de la suya crearon un eclipse perfecto—. Pero no estás sola en este exilio. Los dragones están empezando a verte

como algo más que una aliada. Algunos te llaman la "Señora del Equilibrio".

—Eso solo añade más peso a mis hombros —suspiré, apoyando la cabeza en su hombro—. Los dragones esperan que los guíe a una era de oro, y los humanos esperan que me convierta en cenizas. Es una dicotomía agotadora.

—Aún me sacas de quicio con tu manía de querer complacer a todo el mundo —dijo él, girándome para que lo mirara. Sus ojos ámbar brillaban con esa chispa de arrogancia y deseo que siempre lograba sacarme de mi melancolía—. Eres Isadora. La mujer que me desafió en el templo cuando no tenías nada más que un vestido roto y una voluntad de acero. Esa es la mujer que yo sigo, no a una "Señora del Equilibrio".

Se inclinó y me besó, un beso que sabía a nieve y a una promesa que desafiaba a los reinos. Pero antes de que la pasión pudiera nublar mi juicio, un sonido metálico resonó en la entrada del observatorio. Un sonido que no pertenecía al norte.

Arkon entró, seguido por dos guardias escamosos. En medio de ellos, un hombre bajito, envuelto en una capa de viaje andrajosa y temblando de forma incontrolable, nos miraba con ojos desorbitados.

—Perdonad la interrupción, Señores —dijo Arkon, su voz resonando con desconfianza—. Hemos encontrado a este... espécimen intentando escalar el Paso del Lamento. Dice ser un enviado de la capital.

—¡Majestad! —el hombre se lanzó al suelo, sus rodillas golpeando el hielo con un estruendo—. ¡Soy Silas, aprendiz de la Gran Biblioteca! He viajado durante diez días para encontraros.

Me acerqué a él, haciendo una señal a los guardias para que lo soltaran. Mi luz de aurora se intensificó ligeramente, iluminando su rostro pálido y sudoroso.

—Levántate, Silas —dije con suavidad—. ¿Qué noticias traes de Valerius Magna que valgan el riesgo de morir congelado en nuestras puertas?

Kaele

Me mantuve a un paso de Isadora, observando al tal Silas con la sospecha grabada en mis facciones. No me gustaba su olor; olía a papel viejo, a tinta y a ese miedo rancio que los humanos suelen traer consigo.

—La ciudad está dividida, Majestad —dijo Silas, poniéndose en pie y frotándose las manos—. Maximus no ha muerto. Está herido, encerrado en los niveles inferiores del palacio, pero su lugarteniente, el General Krell, ha tomado el mando. Han instaurado la Ley del Hierro. Dicen que el sol que habéis traído es "fuego robado" que eventualmente nos consumirá a todos.

—¿Y el pueblo? —preguntó Isadora, su voz cargada de una preocupación que yo consideraba excesiva—. ¿Están todos de acuerdo con Krell?

—No todos, señora. Hay una resistencia silenciosa. Los que recuerdan cómo era respirar el humo de las calderas. Los que vieron vuestra luz y sintieron, por un segundo, que la esperanza era real. Me han enviado para deciros que no nos habéis perdido del todo. Pero Krell está preparando algo... algo llamado el "Proyecto Sudario".

—¿Sudario? —repetí, mi voz transformándose en un gruñido—. ¿Qué significa eso?

—Quieren cubrir la ciudad con una cúpula de plomo y antimateria —explicó Silas, bajando la voz como si las paredes pudieran oírlo—. Quieren vivir en una noche perpetua, alimentada por generadores internos, para que vuestra luz no pueda tocarlos. Prefieren la oscuridad absoluta antes que aceptar vuestro reino.

Isadora retrocedió, su rostro volviéndose casi tan pálido como el cabello de plata que ahora le caía por la espalda.

—Quieren enterrarse vivos —susurró ella—. Solo por odio.

—No es solo odio, Isadora —dije, acercándome a ella y poniéndole una mano en la base de la nuca para anclarla—. Es control. Krell sabe que si el pueblo ve la belleza del mundo que

hemos creado, su poder se desvanecerá. Necesita la oscuridad para que su hierro sea la única luz que conozcan.

Miré a Arkon. El viejo dragón asintió, comprendiendo la gravedad de la situación. Si la capital se cerraba bajo un "sudario", la reconexión entre nuestras razas sería imposible durante generaciones. El aislamiento se convertiría en guerra permanente.

—Lleva a este hombre a las cocinas —ordenó Arkon a los guardias—. Que le den calor y comida. Mañana decidiremos qué hacer con él.

Cuando nos quedamos solos en el observatorio, el silencio se volvió pesado. Isadora volvió a mirar al sur, pero esta vez su mirada no era de tristeza, sino de una resolución fría que me recordó a los días en que el fuego primordial era una llama indómita en su interior.

Isadora

—No voy a permitir que lo hagan, Kaele —dije, sin mirarlo.

—Sabes que esto es una trampa, ¿verdad? —él se colocó frente a mí, bloqueando mi vista del horizonte—. Envían a un bibliotecario con una historia de terror para que bajemos de nuevo. En cuanto pongamos un pie en los límites de la ciudad, activarán cualquier trampa que Maximus haya dejado preparada.

—Tal vez sea una trampa —admití, subiendo la mirada hacia sus ojos ámbar—. Pero si no bajamos, si nos quedamos aquí en nuestro castillo de cristal jugando a ser dioses exiliados, Maximus y Krell habrán ganado. Habrán convertido mi luz en una leyenda peligrosa y habrán encarcelado el futuro de mi pueblo.

Kaele soltó un suspiro exasperado y me agarró por los hombros. Sus dedos se hundieron en mi túnica, su calor quemando mi piel de plata.

—Aún me sacas de quicio con tu heroísmo suicida —gruñó—. ¿No lo entiendes? Eres la Reina de la Aurora. Ya no eres solo una humana que puede morir y ser enterrada. Si te capturan, si logran drenar esa luz que llevas para alimentar su "sudario", el

mundo entero se sumirá en el invierno eterno. No estás arriesgando solo tu vida; estás arriesgando la existencia.

—¿Y qué sugieres, Lord Protector? ¿Que esperemos a que construyan su cúpula y nos olviden? ¿Que vivamos aquí hasta que yo envejezca y tú sigas siendo el mismo dragón solitario en una montaña vacía?

La mención de mi mortalidad frente a su eternidad fue como un golpe físico. Los ojos de Kaele parpadearon, la pupila se volvió una hendidura fina. Era el tema que siempre evitábamos, el elefante de cristal en nuestra habitación. Mi transformación me había dado poder, pero no me había hecho inmortal. Seguía siendo una chispa breve en su larga noche.

—Lo que sugiero —dijo él, su voz volviéndose peligrosamente baja— es que dejemos de jugar bajo sus reglas. Si quieren un sudario, les daremos un incendio. Pero no iremos a la capital. Iremos a la fuente.

—¿La fuente?

—Los generadores de antimateria que Silas mencionó. No están en la ciudad. Están en las antiguas Forjas de la Gruta, bajo el Lago de Cristal. Si destruimos los generadores antes de que los transporten a la capital, el proyecto morirá antes de nacer.

Me quedé pensativa. Las Forjas de la Gruta eran un laberinto de túneles submarinos y cámaras de presión que ni siquiera los dragones se atrevían a explorar a menudo. El agua allí estaba tan cargada de minerales que era corrosiva para la magia convencional.

—Es peligroso para ti, Kaele. El agua del Lago de Cristal inhibe tu capacidad de transformación.

—Y es peligroso para ti, Isadora. Tu luz se refracta en el agua, podrías volverte ciega por tu propio poder. —Se acercó más, su frente apoyada contra la mía—. Pero es nuestra única oportunidad de detenerlos sin masacrar a los civiles en la plaza del palacio.

Nos quedamos así durante mucho tiempo, respirando el mismo aire gélido, unidos por un nexo que iba más allá del deber político. Éramos dos enemigos que habían encontrado su único

hogar en el otro, y ahora el mundo intentaba arrancarnos ese pedazo de suelo firme.

Kaele

Esa noche, antes de partir hacia el Lago de Cristal, la tensión entre nosotros alcanzó un punto de ruptura. No era solo el miedo a la misión; era la necesidad frenética de reafirmar nuestra existencia frente a la posibilidad del final.

Estábamos en nuestra estancia privada, iluminada solo por el brillo tenue que emanaba de la piel de Isadora. Ella se estaba despojando de sus ropajes de seda, cada movimiento revelando la elegancia de su nueva forma. Las marcas de plata en sus costillas parecían latir con una luz propia.

—Si no volvemos... —empezó ella, pero le tapé la boca con un beso.

—Volveremos —sentencié—. No he pasado trescientos años esperando a que apareciera una princesa impertinente solo para perderla en un lago sucio.

La levanté en vilo y la deposité sobre las pieles de oso. La pasión que siguió fue diferente a las anteriores. No hubo el choque violento del principio de nuestra historia, sino una profundidad devoradora. Mis manos recorrieron su cuerpo con una memoria sensorial que quería grabar cada curva en mi alma. Isadora respondió con una urgencia que me hizo rugir, sus uñas dejando surcos de luz en mi espalda.

En el clímax de nuestra unión, sentí cómo su aurora se expandía, envolviéndonos en un capullo de energía que parecía detener el tiempo. Por un segundo, no hubo dragón ni humana, no hubo exilio ni guerra. Solo hubo el incendio que compartíamos, la única verdad que importaba.

—Fui tuya desde el principio —susurró ella, su voz vibrando contra mi pecho mientras el calor se desvanecía lentamente—, y seré tuya hasta el final.

—Y yo seré tu sombra, Isadora. Siempre.

Isadora

Partimos al alba. El viaje hacia el Lago de Cristal fue una travesía silenciosa a través de bosques de coníferas cubiertos de escarcha. No llevamos escolta; la discreción era nuestra mejor arma. Silas se quedó en el Nido bajo la vigilancia de Arkon, aunque sus ojos llenos de culpa me persiguieron mientras nos alejábamos.

Al llegar a la orilla del lago, el paisaje era desolador. El agua, de un azul eléctrico debido a la concentración de antimateria, no se congelaba a pesar de la temperatura bajo cero. Grandes burbujas de gas subían a la superficie, estallando con un sonido metálico.

—Las Forjas están justo debajo de ese saliente —dijo Kaele, señalando una formación rocosa que se hundía en el abismo líquido—. Hay un sistema de esclusas de aire que los ingenieros de Krell deben estar usando.

—Siento la energía, Kaele. Es sucia, pesada... está asfixiando al lago.

Nos sumergimos en la oscuridad de los túneles de entrada. El ambiente era opresivo. El metal de las paredes estaba oxidado por la humedad ácida, y el zumbido de los generadores vibraba en mis dientes. Mi luz, como Kaele había predicho, empezó a reaccionar de forma extraña con la atmósfera. Rayos de luz aurora salían disparados en ángulos impredecibles, golpeando las paredes y creando espejismos de colores que me hacían perder el equilibrio.

—Mantén el eclipse, Isadora —me recordó Kaele, su mano firme en mi cintura—. No dejes que el poder se escape hasta que estemos en el núcleo.

Avanzamos por el laberinto, esquivando patrullas de autómatas de vapor. Estos no eran hombres; eran máquinas de guerra puras, carentes de alma, diseñadas para matar cualquier cosa que emitiera calor.

Finalmente, llegamos a la Gran Cámara de la Gruta.

Lo que vimos nos dejó sin aliento. No eran solo generadores. Maximus —o lo que quedaba de él— había construido una red de antenas de antimateria que se extendía por todo el techo de la caverna. Miles de cables de cobre, gruesos como troncos de árboles, canalizaban la energía hacia un punto central: un condensador gigante que brillaba con una luz violeta enfermiza.

—No quieren solo cubrir la capital —susurró Kaele, horrorizado —. Quieren usar el Lago de Cristal como una lente. Si activan esto, el rayo de antimateria se proyectará hacia la atmósfera y creará una capa permanente de nubes de plomo que cubrirá todo el hemisferio norte. No es un sudario para una ciudad; es una mortaja para un continente.

—¡Isadora! ¡Kaele! —una voz retumbó por los altavoces de la cámara.

En una plataforma elevada, el General Krell nos observaba. Vestía un uniforme de cuero negro reforzado con placas de plomo. A su lado, un Silas atado y amordazado era sostenido por un autómata.

—¿Silas? —grité—. ¡Pero si él estaba en el Nido!

—Un simple truco de proyecciones y gemelos, Majestad —dijo Krell con una sonrisa gélida—. El Silas que enviasteis al norte era un autómata de carne sintética. El verdadero Silas ha estado aquí, ayudándonos a calibrar el condensador para que reaccione específicamente a vuestra frecuencia de luz.

Sentí una oleada de náuseas. Nos habían guiado directamente a la boca del lobo.

—Habéis traído la pieza que faltaba —continuó Krell—. Necesitábamos un catalizador de luz pura para iniciar la reacción en cadena. El fuego de dragón es demasiado inestable, pero la luz de la Aurora... es perfecta.

Kaele

Antes de que Krell pudiera terminar su discurso, me transformé. La metamorfosis dolió más de lo habitual debido a la

atmósfera inhibidora del lago, pero el rugido que escapó de mis fauces sacudió los cables de cobre. Me lancé hacia la plataforma de Krell, pero una red de rayos de antimateria se interpuso, quemándome las escamas y lanzándome contra la pared de piedra.

—¡Kaele! —Isadora corrió hacia mí, pero los autómatas la rodearon.

—¡No te preocupes por mí! —le grité a través del nexo, mientras intentaba levantarme con el ala izquierda entumecida—. ¡Destruye el condensador, Isadora! ¡Olvida el eclipse, libera todo lo que tienes!

—Si lo hago, el lago estallará con nosotros dentro —respondió ella, sus manos ya empezando a emitir chispas de una intensidad cegadora.

—Entonces moriremos en el incendio más hermoso de la historia —dije, volviendo a mi forma humana para poder moverme con más agilidad entre los autómatas—. ¡Hazlo ahora!

Isadora

Cerré los ojos y busqué ese núcleo de paz que había encontrado en el Desierto de Cristal. Pero esta vez, no lo busqué para sanar. Lo busqué para sobrecargar.

Dejé que cada átomo de mi ser se convirtiera en luz. La plata de mi piel se volvió incandescente. Las marcas de mis costillas se abrieron como alas de fuego blanco. El General Krell gritó, cubriéndose los ojos mientras la oscuridad de la gruta era borrada por una radiación que derretía el metal.

—¡Esto es por Valerius! —grité, lanzando mis manos hacia el condensador violeta.

El choque de la Luz Primordial contra la antimateria creó una singularidad. El tiempo pareció ralentizarse. Vi a Kaele luchar contra los últimos autómatas, vi a Silas lograr desatarse en medio del caos, y vi cómo el rostro de Krell se desintegraba bajo la pureza de mi ataque.

El condensador empezó a agrietarse. La energía violeta se volvió blanca, luego azul, y finalmente dorada.

—*Kaele, agárrate a algo* —advertí mentalmente.

La explosión no fue hacia fuera, sino hacia dentro. El condensador colapsó sobre sí mismo, succionando toda la antimateria de la caverna y de los cables. El Lago de Cristal, por un segundo, se volvió agua pura y dulce, antes de que la presión de la gruta hiciera que el techo empezara a derrumbarse.

—¡Vámonos! —Kaele me atrapó en el aire, sus alas envolviéndome mientras nos lanzábamos hacia el túnel de escape.

Logramos salir a la superficie justo cuando el saliente de roca se hundía en el lago con un estruendo ensordecedor. Una columna de vapor blanco se elevó hacia el cielo, dispersando las nubes de tormenta y dejando ver, una vez más, las estrellas.

Kaele

Aterrizamos en la orilla opuesta, jadeantes y cubiertos de hollín. Silas había logrado salir por otra esclusa y estaba colapsado en la nieve, llorando de alivio.

Miré a Isadora. Estaba agotada, su luz reducida a un rescoldo suave, pero sus ojos prismáticos seguían brillando con esa inteligencia que me había cautivado desde el primer día.

—Se acabó el Proyecto Sudario —susurró ella, apoyando la cabeza en mi pecho.

—Y hemos salvado al bibliotecario —añadí, mirando a Silas—. Aunque me debe una explicación sobre su hermano autómata.

Permanecimos allí, viendo cómo el vapor del lago se disipaba. Habíamos ganado una batalla crucial, pero sabíamos que Maximus seguía vivo en algún lugar de las sombras de la capital, y que la ideología del hierro no se rendiría tan fácilmente.

—Aún me sacas de quicio, Lord Dragón —dijo Isadora, su voz volviendo a tener ese tono desafiante que tanto me gustaba.

—Y tú sigues siendo la Reina más peligrosa que ha pisado esta tierra —respondí, besándola mientras la aurora boreal bailaba

sobre nosotros, celebrando nuestra supervivencia.

El exilio continuaba, pero ya no nos sentíamos solos. Teníamos nuestro fuego, nuestra luz y la certeza de que, mientras estuviéramos juntos, ninguna cúpula de plomo podría apagar nuestro sol.

Capítulo 14: La Cruzada de la Aurora y el Corazón de la Plebe

Isadora

El eco de la destrucción de las Forjas de la Gruta todavía vibraba en mis huesos cuando el sol del norte comenzó a teñir de violeta las cumbres del Nido del Viento. No era el silencio de la paz lo que nos rodeaba, sino el silencio que precede a la avalancha. Habíamos detenido el Sudario, sí, pero al hacerlo habíamos mostrado nuestras cartas. Maximus y Krell ya no nos verían como una amenaza lejana, sino como un peligro inminente que debía ser extirpado de raíz.

Me encontraba en la Gran Plaza del Nido, observando cómo Silas —el verdadero Silas, el de carne y hueso que aún temblaba ante la presencia de un dragón— desplegaba mapas de las provincias exteriores sobre una mesa de piedra. Mi luz de aurora, aunque debilitada por el esfuerzo en el lago, seguía pulsando bajo mi piel, recordándome que ya no pertenecía del todo al mundo de los hombres, pero que mi destino seguía ligado a ellos.

—Valerius Magna es solo el cerebro del reino, Majestad —decía Silas, señalando con un dedo manchado de tinta las ciudades de la periferia—. Pero el corazón late en lugares como Oakhaven, las Tierras de Labranza, y en Port Brise, donde el comercio de hierro es ley. Si lográis que esas ciudades vean que la luz no es su enemiga, Maximus se quedará solo en su torre de vapor.

—¿Y cómo sugieres que lo hagamos, Silas? —preguntó Kaele, acercándose con esa elegancia felina que hacía que el bibliotecario retrocediera un paso instintivamente—. ¿Bajando a las plazas y pidiendo por favor que dejen de odiarnos?

—No pidiendo, Lord Protector. Mostrando —respondió Silas con una valentía inesperada—. La propaganda de Krell dice que la Reina es un monstruo que ha robado el sol. Id allí. Que os vean. Que vean que el dragón no devora a la princesa, sino que la protege. Nada rompe más rápido un prejuicio que un mito convertido en realidad frente a tus ojos.

Miré a Kaele. Sus ojos ámbar se encontraron con los míos, y vi en ellos el reflejo de la misma duda que me asaltaba.

—Es peligroso —dije, más para mí misma que para ellos—. Si bajamos sin un ejército, somos blancos fáciles para los asesinos de Krell.

—Ya somos blancos fáciles aquí, Isadora —replicó Kaele, rodeándome con su brazo. Su calor era el único suelo firme en mi mundo de luz—. Pero Silas tiene razón. Si queremos recuperar tu trono, no podemos hacerlo sobre las cenizas de tu pueblo. Debemos hacerlo sobre su esperanza.

Kaele

Decidimos partir hacia Oakhaven, la ciudad de los grandes bosques que una vez alimentaron las calderas de la capital y que ahora agonizaban bajo una plaga de hongos negros nacida de la contaminación del hierro. No llevamos escolta de guerra. Solo Isadora, yo, y Silas como nuestro heraldo.

Volar hacia el sur fue una experiencia agridulce. A medida que descendíamos de las montañas, el paisaje cambiaba de la pureza del hielo a la decrepitud de la industria abandonada. Pero Oakhaven era diferente. Los árboles, gigantescos robles que habían sobrevivido a eras, estaban cubiertos de una costra grisácea. El aire olía a moho y a desesperación.

Aterrizamos en los límites del bosque, a las afueras de la ciudad. Isadora se despojó de su capa de viaje, revelando su túnica de seda blanca y plata. Su presencia iluminaba la penumbra del bosque como una linterna mágica.

—Siento su dolor —susurró ella, acercándose a uno de los robles centenarios. Puso su mano sobre la corteza enferma, y vi

cómo las marcas de plata en su brazo empezaban a brillar—. La tierra está gritando, Kaele. El hierro no solo la ha asfixiado; la ha envenenado.

—No te agotes antes de llegar a la ciudad —le advertí, aunque sabía que era inútil pedírselo.

—Solo un poco... —respondió ella.

Cerró los ojos y dejó que una onda suave de luz de aurora fluyera de sus dedos hacia las raíces del árbol. No fue un estallido, sino una caricia. Vi, con un asombro que nunca admitiría en voz alta, cómo el hongo negro se marchitaba y caía, y cómo las hojas, antes grises, recuperaban un verde profundo y vibrante en cuestión de segundos.

—Si la gente de Oakhaven ve esto... —empezó Silas, maravillado.

—Si lo ven, sabrán que la Reina ha vuelto —concluí, sintiendo cómo mis sentidos de dragón se ponían en alerta. Había ojos observándonos desde la espesura.

Isadora

Entrar en Oakhaven fue como caminar por un sueño febril. Las calles estaban llenas de leñadores sin trabajo y familias que vivían bajo lonas de lona. Cuando me vieron pasar, acompañada por un hombre que irradiaba una presencia de depredador y un bibliotecario que gritaba mi nombre, el silencio se extendió como una mancha de aceite.

—¡Es ella! —gritó una mujer, señalando mis ojos—. ¡La Reina de la Aurora! ¡La que dicen que trae el fin de los hombres!

—¡No traigo el fin, traigo el mañana! —respondí, mi voz proyectada por la magia para que todos pudieran oírla—. He venido a ver vuestros bosques, a ver vuestro dolor. El hierro os prometió progreso, pero solo os ha dado hambre y ceniza.

Un grupo de hombres armados con hachas de tala se interpuso en nuestro camino. Su líder, un hombre con cicatrices de quemaduras de vapor en la cara, nos miró con odio.

—Krell dice que tu luz es una maldición, princesa. Dice que donde tocas, el hierro se oxida y las máquinas mueren. ¿Cómo vamos a alimentar a nuestros hijos sin las máquinas?

Kaele dio un paso al frente, sus garras empezando a asomar de sus dedos, pero le puse una mano en el pecho.

—El hierro se oxida porque el mundo ya no quiere ser una máquina —dije, acercándome al líder de los leñadores sin miedo —. ¿Qué preferís? ¿El ruido de una caldera que os quita el aire, o un bosque que vuelve a dar frutos? Mirad a vuestras espaldas.

Se giraron. El roble que yo había sanado en la linde del bosque se alzaba ahora por encima de los demás, sus hojas brillando con una salud sobrenatural bajo el sol de la tarde. El contraste era innegable.

—Si me permitís entrar en vuestro Gran Roble —continué, señalando el centro de la ciudad donde el árbol fundacional de Oakhaven languidecía—, os mostraré que mi luz no es una maldición. Es un regalo que vuestros antepasados conocían bien antes de que el primer Valerius forjara el primer clavo.

Kaele

El ambiente en Oakhaven era una olla a presión. Mientras Isadora se dirigía hacia el Gran Roble, yo me mantenía en la periferia, mis ojos escaneando los tejados. Sabía que Krell no nos dejaría hacer este "milagro" sin intentar intervenir.

Y no me equivoqué.

Entre la multitud, divisé el brillo del metal pulido. No eran leñadores. Eran los "Cazadores de Escamas", una unidad de élite de Maximus armada con arpones neumáticos y redes de choque. Estaban posicionados en las sombras de los almacenes de madera.

—Isadora, tenemos compañía —dije a través de nuestro nexo mental.

—Mantén la paz, Kaele. Si derramamos sangre aquí, el milagro no servirá de nada.

—Ellos no han venido a ver milagros, Isadora. Han venido a por tu cabeza.

Me moví entre las sombras, volviendo a mi estado de eclipse. Era irónico: la Reina de la Aurora necesitaba que su Lord Dragón fuera la oscuridad que ella ya no podía ser. Localicé al primer francotirador. Estaba ajustando la mira de un rifle de vapor cargado con proyectiles de plomo. Me deslicé detrás de él y, antes de que pudiera apretar el gatillo, le rompí el cuello con un movimiento seco y silencioso.

Uno menos. Faltaban cinco.

Mientras yo despachaba a los asesinos en silencio, Isadora llegó al Gran Roble. El árbol era una mole trágica, con el tronco abierto por grietas de las que supuraba un líquido negro y viscoso. La gente se arremolinó a su alrededor, guardando una distancia de seguridad, con los ojos llenos de una mezcla de esperanza y terror.

Isadora

Puse mis manos sobre el Gran Roble de Oakhaven. El dolor que sentí fue abrumador. Era como tocar una herida abierta que se extendía por kilómetros bajo tierra. Las máquinas de extracción de la capital habían drenado los nutrientes del suelo durante décadas, dejando solo veneno.

—*Ayúdame, Kaele* —pedí internamente.

Sentí su presencia en mi mente, un ancla de fuerza y oscuridad que me permitía no perderme en la agonía del árbol.

Empecé a canalizar la Luz Primordial. Pero esta vez no fue un hilo, fue un torrente. Mi cuerpo entero se volvió una antorcha de plata y violeta. El calor que emanaba de mí no quemaba la piel, pero hacía que el hongo negro estallara en chispas blancas.

—¡Mirad! —gritó Silas.

El Gran Roble empezó a vibrar. Las grietas en su tronco se cerraron, la savia negra fue reemplazada por un fluido dorado que brillaba bajo la corteza. Las ramas secas crujieron y se expandieron, brotando miles de hojas verdes en segundos. El aire

en la plaza de Oakhaven se volvió repentinamente dulce, fresco, lleno de una vitalidad que la ciudad no había conocido en un siglo.

La gente cayó de rodillas. Algunos lloraban, otros intentaban tocar el resplandor que yo dejaba a mi paso. El milagro era real. La luz no era el fin; era el renacimiento.

Pero entonces, un proyectil de plomo silbó en el aire, impactando en mi hombro.

Kaele

—¡NO! —mi rugido de dragón desgarró el aire de Oakhaven, rompiendo mi eclipse.

Me lancé desde el tejado donde acababa de eliminar al cuarto asesino. El quinto había logrado disparar antes de que yo lo alcanzara. Vi a Isadora tambalearse, la luz de su cuerpo parpadeando violentamente mientras la sangre —una sangre plateada y brillante— empezaba a manchar su túnica.

No me importó la discreción. No me importó la diplomacia. Me transformé en pleno aire, mis alas desplegándose con un estruendo que derribó las chimeneas cercanas. Aterricé frente a Isadora, mi forma de dragón cubriéndola de la multitud. Rugí con una furia que hizo que los leñadores se dispersaran como hojas, pero mi atención estaba fija en el edificio desde donde había venido el disparo.

Con un golpe de mi cola, demolí la estructura de madera. El último asesino intentó huir, pero mis garras lo atraparon antes de que tocara el suelo. Lo levanté hacia mi rostro, mis ojos a centímetros de los suyos.

—Dile a Krell —rugí, mi voz resonando como un terremoto— que si vuelve a tocarla, no quedará ni un clavo de hierro en todo Valerius para enterrar sus restos.

Lo lancé lejos y volví a mi forma humana, cayendo de rodillas al lado de Isadora. Ella estaba pálida, sus manos aún apoyadas en el árbol que acababa de salvar. El proyectil de plomo estaba

diseñado para inhibir la magia, y vi cómo la herida luchaba por cerrarse.

—Isadora... —la tomé en mis brazos, mi corazón latiendo con una desesperación que me asfixiaba—. Quédate conmigo. No dejes que la luz se apague.

Isadora

El dolor era un incendio frío en mi hombro, pero lo que más me dolía era la mirada de terror en los ojos de la gente que acababa de sanar. El ataque de Krell había logrado su objetivo secundario: convertir un momento de paz en un campo de batalla.

—Estoy... estoy bien, Kaele —susurré, apretando su mano. Usé el último rastro de mi energía para cauterizar la herida con mi propio fuego. La bala de plomo cayó al suelo con un tintineo metálico—. Ayúdame a ponerme en pie. No pueden verme caer.

Con la ayuda de Kaele, me levanté. El líder de los leñadores se acercó a nosotros, ya no con un hacha, sino con una rama verde del Gran Roble en la mano.

—Majestad —dijo, su voz entrecortada—. Nos habéis devuelto la vida. Krell ha intentado mataros en nuestra propia plaza... en nuestra propia casa. Oakhaven no olvidará esto.

—Oakhaven ya no pertenece al hierro —dije, mirando a la multitud—. Si queréis este futuro, debéis defenderlo. No por mí, sino por vosotros. La Cruzada de la Aurora ha comenzado.

Kaele

Salimos de Oakhaven esa misma noche, pero no solos. Una columna de quinientos hombres y mujeres, armados con herramientas de trabajo y una fe inquebrantable, nos seguía. No era un ejército profesional, pero tenían algo que los soldados de Krell habían perdido: un propósito.

Viajamos hacia el sur, hacia Port Brise. En cada aldea, en cada granja, Isadora repetía el milagro. Sanaba la tierra, curaba a los enfermos con su luz, y yo... yo era el recordatorio de que la luz

tenía colmillos. El rumor se extendía más rápido que los mensajeros de vapor. El "Enemigo Dragón" y la "Reina Monstruo" se estaban convirtiendo, en la mente colectiva del pueblo, en el "Guardián" y la "Salvadora".

—Lo estamos logrando, Isadora —dije una noche, mientras acampábamos en una colina desde la que se divisaban las luces de Port Brise—. La gente está despertando.

Ella estaba sentada junto al fuego, mirando sus manos. Las marcas de plata eran ahora más prominentes, subiendo hasta su cuello. Cada milagro le costaba un pedazo de su humanidad física, aunque su espíritu parecía fortalecerse.

—¿A qué precio, Kaele? —preguntó, mirándome con esos ojos que ahora contenían galaxias—. Siento que me estoy desvaneciendo. Ya no siento el frío, ni el hambre de la misma manera. A veces, cuando te miro, me cuesta recordar que una vez fui solo una princesa asustada en un palacio de mármol.

Me acerqué a ella y la tomé por el rostro. Mis manos, marcadas por las batallas, contrastaban con la suavidad sobrenatural de su piel.

—No te estás desvaneciendo, Isadora. Te estás convirtiendo en lo que siempre debiste ser. Y yo estoy aquí para recordarte quién eres cuando la luz sea demasiado brillante. Eres la mujer que me hizo amar de nuevo. Eres mi hogar.

La besé, y en ese beso, la tensión de la guerra y la política desapareció. Éramos solo dos seres, unidos por una pasión que desafiaba la lógica del mundo. En la oscuridad de la tienda, nuestra unión fue un acto de rebelión contra el destino. Cada caricia era un ancla, cada gemido una declaración de que, a pesar de la luz de aurora y las escamas de dragón, seguíamos siendo capaces de sentir el deseo más humano y terrenal.

—Fui tuya desde el principio —susurró ella, su cuerpo brillando suavemente bajo el mío—, y seré tuya hasta el final.

—El final no existe para nosotros, Isadora —respondí, hundiéndome en ella—. Solo existe este fuego.

Isadora

Port Brise fue el verdadero desafío. Como centro comercial del reino, la influencia del hierro era absoluta. Las murallas estaban erizadas de ballestas pesadas y el puerto estaba bloqueado por barcos de guerra de vapor. Krell había concentrado allí a su mejor división, sabiendo que si Port Brise caía, la capital quedaría aislada.

Cuando nuestra caravana de la aurora llegó a las puertas, no nos recibieron con dudas, sino con fuego.

—¡Fuego a discreción! —gritó el comandante desde las murallas.

Una lluvia de proyectiles de fósforo cayó sobre nuestra gente. Kaele no esperó mis órdenes. Se transformó en un estallido de sombras y llamas, elevándose hacia las murallas para interceptar los proyectiles antes de que tocaran el suelo. Sus alas creaban corrientes de aire que desviaban el fuego, y su rugido paralizaba a los artilleros.

—¡Gente de Port Brise! —grité, elevándome sobre una plataforma de luz—. ¡Vuestros barcos están oxidados y vuestro mar está muerto! ¡Abrid las puertas y dejad que el sol sane vuestras aguas!

—¡Jamás! —respondió el comandante—. ¡Preferimos el hierro al dominio de una bruja!

—Entonces veréis lo que una "bruja" puede hacer —dije, sintiendo una furia que no era mía, sino de la tierra misma bajo mis pies.

Extendí mis manos hacia el puerto. No ataqué a los soldados. Ataqué el sistema. Canalicé mi luz hacia las tuberías de vapor que alimentaban las ballestas y los barcos. El vapor, al contacto con la Luz Primordial, se expandió violentamente, haciendo que las válvulas estallaran y que las máquinas se detuvieran en un siseo de impotencia.

En cuestión de minutos, la tecnología de Port Brise quedó inerte. Los soldados, privados de sus armas de vapor, miraban

con asombro cómo la luz de la aurora empezaba a limpiar el agua del puerto, eliminando la mancha de aceite que lo cubría.

La resistencia interna no tardó en estallar. Los estibadores y marineros, hartos de la tiranía de Krell, abrieron las puertas desde dentro.

Kaele

La toma de Port Brise fue rápida, pero el coste emocional para Isadora fue evidente. Se desplomó en el muelle en cuanto la última caldera fue apagada. Su luz estaba tan tenue que casi parecía humana de nuevo, pero sus manos estaban quemadas por la energía que había canalizado.

—Lo hemos hecho... —susurró, mientras yo la sostenía—. Port Brise es nuestro.

—Sí —dije, mirando hacia el horizonte donde, a lo lejos, se divisaban las torres de Valerius Magna—. El camino a la capital está despejado. Krell ya no tiene dónde esconderse.

Pero mi instinto de dragón me decía que lo más difícil estaba por venir. Maximus no era un hombre que se rindiera por perder unas ciudades periféricas. En la capital, bajo el palacio, el núcleo original de las calderas seguía latiendo. Y Silas, que se había mantenido cerca de nosotros durante toda la cruzada, se acercó con una expresión de pánico absoluto.

—Majestad... Lord Protector... acabo de recibir un mensaje por paloma desde la biblioteca —dijo Silas, su voz temblando—. Krell ha activado el protocolo de "Tierra Quemada". Han empezado a sobrecargar el núcleo central de Valerius Magna. Dicen que si la Reina no puede tener el hierro, nadie tendrá la ciudad. La van a convertir en un cráter.

Isadora

Me puse de pie, ignorando el dolor en mis manos. La debilidad desapareció de golpe, reemplazada por una determinación fría.

—No vamos a permitirlo —dije, mirando a Kaele.

—Iremos directos al corazón, Isadora. Esta vez no habrá diplomacia. Esta vez, terminaremos esto de una vez por todas.

La Cruzada de la Aurora se convirtió en una carrera contra el tiempo. Dejamos Port Brise bajo el mando del líder de los leñadores y Silas, y nos lanzamos al aire hacia Valerius Magna. Los otros dragones del Nido, liderados por Arkon, se unieron a nosotros en pleno vuelo, formando una nube de alas que cubría el sol.

—*¿Estás lista, Isadora?* —preguntó Kaele a través de nuestro nexo.

—*He nacido para esto, Kaele. Desde que era una niña atrapada en ese palacio, he esperado el momento de apagar ese fuego.*

—*Entonces hagámoslo juntos.*

Capítulo 15: El Corazón Mecánico y el Último Aliento del Hierro

Isadora

El viento no solo azotaba mi rostro; intentaba arrancarme la identidad. Volábamos a una altitud donde el aire es una navaja de hielo, pero mi naturaleza de aurora, esa chispa divina y maldita que latía bajo mi piel, absorbía la fricción. Sentía la energía estática chisporrotear en mi cabello, convirtiéndolo en un estandarte de plata viva contra el cielo plomizo de Valerius Magna.

Debajo de nosotros, la ciudad que una vez llamé hogar se retorcía en una agonía de vapor y engranajes. El humo de las chimeneas industriales ya no subía al cielo; se quedaba estancado en las calles como una mortaja gris y pegajosa.

—Están sobrecargando las calderas primordiales, Isadora —la voz de Kaele retumbó en mi mente a través del nexo, vibrando con una urgencia salvaje que me erizó la piel—. El pulso de la ciudad es errático. Puedo sentir el metal sufriendo. Si no cerramos las válvulas del núcleo en los próximos veinte minutos, la explosión no dejará ni las cenizas para que las reines.

Apreté mis muslos contra sus costados. Sus escamas de obsidiana estaban tan calientes que el aire a nuestro alrededor se distorsionaba en ondas de calor. Kaele no era solo un dragón en ese momento; era una fuerza de la naturaleza reclamando su territorio.

—¡Entonces no perdamos tiempo con la infantería! —respondí, ajustando mi agarre en las espinas de su cuello—. ¡Lánzame hacia el balcón del trono!

La flota aérea de Krell se interpuso en nuestro camino. Una docena de acorazados flotantes, moles de hierro impulsadas por turbinas de vapor que rugían como bestias heridas, desplegaron sus redes de choque. Eran redes de cable de cobre diseñadas para conducir la electricidad y atrapar las alas de un dragón.

—¡Arkon, encárgate de los barcos! —rugió Kaele, y su voz física fue tan potente que los cristales de las torres cercanas estallaron.

El viejo dragón plateado y su escuadrón se lanzaron al ataque. Fue una danza macabra de fuego y acero. Vi cómo Arkon arrancaba una turbina de cuajo, lanzando un acorazado en una espiral de fuego hacia las barriadas bajas. Pero nosotros no nos detuvimos. Kaele cerró sus alas de golpe y se dejó caer en picado, convirtiéndose en un proyectil negro dirigido al corazón del palacio.

A escasos metros del gran ventanal del Salón del Trono, Kaele desplegó sus alas bruscamente. El frenazo inercial casi me descoyunta, pero la adrenalina era un veneno dulce.

—¡Ahora!

Salté. Mi cuerpo se convirtió en un rayo de luz blanca. Atravesé el cristal reforzado con plomo en una explosión de diamantes y polvo. Aterricé sobre el mármol negro del salón, rodando para disipar la energía del impacto. Al levantarme, mis manos emitían un fulgor violeta que iluminó las sombras de la estancia.

El Salón del Trono ya no era el lugar de mis recuerdos. Maximus lo había convertido en una cámara de tortura mecánica. Cables del grosor de troncos de árboles serpenteaban por el suelo, conectándose a una figura que ya no podía llamarse humana.

—Isadora... —la voz de Maximus salió de unos altavoces incrustados en su garganta, una vibración metálica que me revolvió el estómago—. Llegas a tiempo para ver cómo el progreso reclama su sacrificio final.

Kaele

Entré segundos después de ella, recuperando mi forma humana en una voltereta que me dejó de pie junto a mi reina. Mis garras estaban desplegadas y mi fuego negro bailaba en mis pupilas, sediento de sangre. El olor dentro del salón era una mezcla nauseabunda de ozono, carne quemada y aceite hirviendo.

—Suéltala, Maximus —gruñí, avanzando con pasos pesados. Mis pies dejaban marcas chamuscadas en la alfombra carmesí—. El juego del hierro se ha acabado.

Maximus soltó una carcajada que sonó como una trituradora de metal procesando chatarra. Se puso de pie, y el sonido de los pistones actuando en sus piernas fue como un trueno. Al levantarse, los cables que lo conectaban al suelo se tensaron. Su pecho era una caldera de cristal donde un fuego verde y tóxico burbujeaba, alimentado por el núcleo que rugía bajo nosotros.

—¿Juego? —Maximus alzó su brazo izquierdo, un pistón hidráulico terminado en una pinza de acero—. Esto es la

evolución. Vosotros, los dragones, sois reliquias de un pasado orgánico y débil. E Isadora... ella es un error de la naturaleza. Pero yo soy la perfección del motor. He convertido mi dolor en presión, y mi odio en combustible.

—¡Ella no es un error! —rugí, lanzándome hacia él.

Fui un borrón de sombra. Maximus lanzó un golpe con su brazo mecánico que habría pulverizado una columna de piedra. Lo esquivé por milímetros, sintiendo el desplazamiento de aire, y hundí mis garras en el metal de su hombro. Saltaron chispas azules, pero el metal era demasiado grueso.

—¡Es inútil! —gritó Maximus. Activó una válvula en su pecho y un chorro de vapor a presión me golpeó de lleno.

El dolor fue absoluto. El vapor abrasador penetró entre mis escamas, quemando la carne viva. Retrocedí rodando por el suelo, gritando de pura agonía.

—¡Kaele! —el grito de Isadora resonó en el nexo, cargado de un miedo que me dio fuerzas para levantarme.

—¡Isadora, el núcleo! —le devolví el pensamiento mientras escupía sangre—. ¡Yo lo mantendré ocupado, tú tienes que bajar a las calderas! ¡Si la ciudad estalla, no importará quién gane aquí!

Isadora

Miré a Kaele, cuyo rostro mostraba una determinación feroz a pesar de las quemaduras de vapor, y luego a la trampilla de servicio. Sabía que tenía razón. Corrí hacia el acceso, pero Maximus fue más rápido. Usó su brazo mecánico para arrancar una estatua de bronce de cinco metros y lanzarla en mi dirección.

Creé un escudo de aurora en el último segundo. El impacto creó un estallido sónico que me hizo retroceder, pero no me detuvo.

—¡Tu luz no es nada frente al vapor! —gritó Maximus, avanzando con pasos que hacían temblar el palacio.

—¡Entonces arde con ello! —respondí, lanzando una ráfaga de Luz Primordial directamente a su caldera central.

El impacto agrietó el cristal de su pecho. Un humo verde empezó a escapar, y Maximus rugió de dolor. Pero la energía que fluía por los cables de cobre volvió a sellar la fisura casi instantáneamente. Era un parásito; mientras las calderas estuvieran activas, él era indestructible.

Kaele aprovechó la distracción. Con un rugido de rabia, saltó sobre la espalda de Maximus, enterrando sus garras en las conexiones principales.

—¡Ve, Isadora! ¡Ahora! —gritó él, mientras Maximus intentaba quitárselo de encima como si fuera una alimaña.

No miré atrás. Me lancé por el hueco de la escalera de caracol, descendiendo hacia la oscuridad que palpitaba con un rojo febril. A medida que bajaba, el ruido se volvía ensordecedor: era el latido de un corazón mecánico a punto de sufrir un infarto masivo.

Llegué al Corazón de Hierro. La cámara era una esfera inmensa donde la caldera primordial giraba sobre un eje de magnetita. El vapor era tan denso que mis ojos ardían. Allí, frente a la consola de mando, estaba el General Krell.

—¡Princesa! —gritó, ajustando frenéticamente las válvulas de presión—. ¡En cinco minutos, la presión superará el límite de contención y esta ciudad será un sol de un solo segundo! Es una trampa perfecta. Si no haces nada, morimos. Si intentas detenerla con tu poder, la caldera absorberá tu magia y acelerarás la explosión.

Me detuve. Tenía razón. La caldera estaba diseñada para alimentarse de energía, fuera cual fuera su origen. Maximus había convertido mi propio poder en el gatillo del fin.

Kaele

Arriba, la batalla era una carnicería. Maximus me tenía atrapado con su mano mecánica, apretándome las costillas. Sentía mis huesos crujir, uno a uno. La presión era tal que el aire no llegaba a mis pulmones.

—El dragón muere con su dama —siseó Maximus, acercando su rostro de metal fundido al mío. Podía oler el aceite quemado en su aliento—. Dime, ¿vale la pena?

—Ella... no es su raza —respondí, escupiendo una mezcla de saliva y sangre sobre su lente óptica—. Ella es el mundo que vosotros... no sois dignos de ver.

Invocando hasta la última gota de mi fuego negro, no ataqué a Maximus. Concentré el calor en mi propio cuerpo. Elevé mi temperatura interna hasta que mis escamas empezaron a brillar con un blanco azulado, el calor de una estrella moribunda. El metal de la mano de Maximus empezó a ponerse al rojo vivo, luego al naranja, luego a fundirse.

—¿Qué estás...? —empezó a decir, pero sus sensores empezaron a sonar.

—Si vamos a arder, Maximus, asegurémonos de que sea un incendio que el infierno envidie.

El metal de su brazo se ablandó. Aproveché ese segundo para zafarme y, con una fuerza nacida de la desesperación, mordí el cable principal de alimentación que colgaba de su espalda. El sabor del cobre y el plomo llenó mi boca justo antes de que la descarga de alto voltaje recorriera mi sistema nervioso.

El mundo estalló en chispas azules y fuego negro.

Isadora

Sentí la onda de choque desde arriba. La caldera primordial soltó un rugido que hizo que el suelo se agrietara. Krell, aterrorizado por la inminencia de la muerte, soltó las palancas y trató de huir, pero una tubería reventó a su lado, envolviéndolo en una nube de vapor letal. Cayó sin un suspiro.

Me quedé sola frente al gigante de hierro que rugía. El cristal de la caldera estaba blanco, a punto de romperse.

—Kaele, escúchame —dije al nexo, aunque solo recibí estática y dolor—. No puedo apagarla. Pero puedo convertirla.

La antimateria del Lago de Cristal me había enseñado una lección fundamental: la energía no se destruye, solo cambia de forma. Si canalizaba mi luz no para detener la presión, sino para cambiar la naturaleza del combustible... podía transmutar el fuego de hierro en aurora.

—Isadora, eso te matará —la voz de Kaele llegó débil, como un susurro lejano—. Te convertirás en un conducto... y los conductos se queman.

—Entonces asegúrate de estar allí para recoger las cenizas.

No esperé respuesta. Me lancé hacia el núcleo central, atravesando el vapor abrasador que debería haber derretido mi piel. Puse mis manos sobre el cristal ardiente.

El dolor fue instantáneo y absoluto. Fue como si millones de agujas de diamante atravesaran cada una de mis células simultáneamente. Mis ojos se volvieron blancos. Mi piel empezó a descascarillarse, revelando la luz pura que latía debajo de la carne. Sentí mis recuerdos evaporarse: el olor de los libros de la biblioteca, el sabor del primer beso de Kaele, el frío de la nieve. Todo se convertía en combustible para la transmutación.

—Fui tuya desde el principio —susurré, mientras mis pies se elevaban del suelo—, y seré tuya hasta el final.

Entregué todo. Dejé que la caldera succionara mi esencia. Por un momento, el rojo de la cámara se volvió de un verde esmeralda brillante, luego violeta, luego plata. La presión empezó a bajar, no porque se detuviera, sino porque el vapor se estaba convirtiendo en luz líquida, una sustancia etérea que no conocía la fricción ni el calor destructivo.

Kaele

Sentí el momento en que Isadora se "rompió". No fue un sonido; fue un vacío repentino en mi alma, un silencio absoluto donde antes estaba la música de su presencia.

—¡ISADORA!

Ignoré a Maximus, que se arrastraba por el suelo intentando reconectar sus circuitos destrozados. Me lancé por el hueco de la escalera, bajando de tres en tres, mis garras destrozando cualquier obstáculo de metal. Cuando llegué a la cámara del núcleo, me quedé paralizado.

La cámara estaba llena de una niebla de aurora preciosa, de colores que no tenían nombre en ninguna lengua humana. El calor abrasador se había ido, reemplazado por una calidez reconfortante. En el centro, la caldera estaba silenciosa, brillando con una luz suave y constante.

Pero Isadora no estaba.

En el suelo, justo frente al núcleo, había una pila de túnicas de seda blanca, vacías. Un rastro de polvo plateado flotaba en el aire, moviéndose con una corriente invisible.

—No... —caí de rodillas, mis manos temblando mientras recogía la tela—. No puedes haberme dejado. ¡Isadora! ¡Vuelve!

Lloré como nunca lo había hecho en trescientos años de existencia. Lloré por la princesa que me odió, por la reina que me amó y por la mujer que había salvado un mundo que no la merecía. Mi fuego negro se sentía frío, una ceniza amarga en mi pecho.

—¿Buscabas esto, Lord Dragón? —una voz débil, pero cargada de una armonía celestial, resonó en la cámara.

Miré hacia arriba. En el centro de la caldera, flotando en el interior del cristal ahora transparente, había una figura. No era humana. Era una entidad de luz pura, con alas hechas de filamentos de aurora y ojos que contenían el nacimiento de galaxias. Pero su rostro... seguía siendo el de mi Isadora.

Extendió una mano y atravesó el cristal como si fuera agua. Al tocar el suelo, su forma se solidificó, volviéndose tangible. Su piel tenía un brillo de plata, y su cabello era una cascada de luz blanca, pero cuando la toqué, su piel estaba caliente. Su corazón latía con la fuerza de un imperio.

—He tenido que dejar ir a la princesa para que la reina pudiera nacer —dijo ella, envolviéndome en un abrazo que olía a ozono y

a esperanza—. El hierro ha muerto, Kaele. Valerius Magna ya no necesita calderas.

Isadora

Me sentía inmensa. Ya no era una mujer con poderes; era la encarnación del nuevo equilibrio entre lo orgánico y lo divino. La ciudad, allá arriba, ya no estaba en peligro. Las tuberías de vapor ahora transportaban luz líquida, una energía limpia que no contaminaba, sino que sanaba la tierra herida.

Pero antes de que pudiéramos celebrar, un estruendo vino de la escalera. Maximus, o lo que quedaba de sus circuitos, había bajado. Se sostenía contra la pared, su caldera interna apagada, su brazo mecánico colgando como chatarra inútil. Nos miró con un solo ojo orgánico lleno de una envidia amarga.

—Habéis ganado... —siseó—. Habéis matado el motor del mundo.

—No lo hemos matado, Maximus —dije, acercándome a él. Puse una mano sobre su hombro de metal frío. Una corriente de luz fluyó hacia él, no para destruirlo, sino para desconectarlo suavemente de su dolor—. Lo hemos liberado. Al igual que te libero a ti.

El metal de su armadura empezó a desprenderse, cayendo al suelo como cáscaras muertas.

Puse mi mano sobre su caldera rota. No para atacarlo, sino para apagar su dolor. Una última pulsación de luz aurora fluyó de mis dedos, inundando sus circuitos con una calma que el hierro nunca le permitió conocer. Maximus soltó un suspiro largo, una exhalación de vapor gris que se disipó en el aire frío, y sus ojos se cerraron para siempre. Con él, murió el último vestigio del Reino de Hierro.

Me puse en pie, pero el mundo se tambaleó. No era solo el cansancio; era mi propio peso. Al mirar mis manos, vi que no eran las mismas: mi piel emitía un fulgor nacarado, casi translúcido, y mi cabello de plata flotaba levemente, como si respondiera a una gravedad que solo yo podía sentir. Ya no era

solo una princesa con un don; me había convertido en el nexo viviente de Valerius Magna.

Kaele llegó a mi lado, respirando con dificultad, con sus ropajes de cuero destrozados y la mirada cargada de un asombro que rozaba el temor.

—Lo has hecho —susurró, rozando mis dedos con los suyos. Su tacto, antes ardiente, ahora se sentía equilibrado con mi propia vibración—. Has cambiado el motor del mundo.

—No lo he hecho sola —respondí, apoyándome en él—. Pero el mundo no nos va a perdonar tan fácilmente que hayamos apagado el fuego de sus fábricas.

Salimos al balcón principal. Abajo, la ciudad empezaba a brillar con esa nueva luz prismática que ahora nacía de las paredes mismas del palacio, sustituyendo al gas y al carbón. Era hermoso, sí, pero el silencio que se extendía más allá de las murallas era pesado.

—Mañana empezará la reconstrucción del Salón de los Engranajes —dijo Kaele, mirando hacia el horizonte, donde las fronteras de los reinos vecinos seguían sumidas en el humo—. Tendremos que aprender a ser gobernantes en un mundo que solo entiende de poder.

—Entonces cambiaremos las reglas, Kaele. Aunque tengamos que enfrentarnos a cada nación que prefiera el hierro a la luz.

Nos quedamos allí, contemplando cómo la aurora se fundía con el crepúsculo. Sabía que los días de batallas físicas habían terminado, pero una guerra mucho más sutil estaba a punto de cruzar nuestro puente. Mañana, el Salón de la Concordia abriría sus puertas por primera vez. Y mañana, el pasado vendría a reclamar su parte.

Capítulo 16: La Embajada de Sideria y las Espinas del Pasado

Isadora

El Salón de la Concordia, anteriormente el frío Salón de los Engranajes, estaba inundado por una luz suave y prismática que emanaba de las paredes. Ya no había necesidad de lámparas de gas. Mi reflejo en el gran espejo de obsidiana me devolvía la imagen de una mujer que apenas reconocía: mi piel tenía un brillo nacarado, mis ojos eran pozos de energía cambiante y mi cabello de plata parecía flotar con una gravedad propia.

—Estás radiante, Isadora, pero tus hombros están tan tensos que podrían partir un diamante —la voz de Kaele, baja y aterciopelada, llegó desde el umbral.

Me giré. Él vestía sus ropajes de gala: un jubón de cuero negro con detalles en bronce y una capa de escamas que brillaba como el petróleo. A pesar de la etiqueta, seguía pareciendo un depredador que apenas toleraba las paredes de un palacio.

—Los emisarios de Sideria cruzarán el puente en una hora, Kaele —dije, ajustándome la diadema de oro blanco—. No vienen a celebrar nuestra victoria sobre el hierro. Vienen a ver si somos vulnerables. Sideria suministraba el sesenta por ciento de los componentes mecánicos de Maximus. Con la caída del Reino de Hierro, su economía está en caída libre.

—Que se hundan —gruñó Kaele, acercándose para rodear mi cintura con sus manos grandes y cálidas—. Sus minas se alimentan del sudor de esclavos y sus forjas no conocen el descanso. Si quieren guerra, conocerán el fuego de mis hermanos.

—No queremos guerra —le recordé, apoyando mi cabeza en su hombro—. Queremos legitimidad. Si Sideria nos reconoce, el resto de los Reinos del Vapor nos seguirá. Pero si nos declaran una "amenaza mística", seremos el blanco de todas las naciones que temen perder sus máquinas.

Kaele soltó un suspiro, su aliento caliente rozando mi cuello. —Aún me sacas de quicio con tu diplomacia. Pero tienes razón. Solo espero que el enviado de Sideria sea alguien con cerebro y no otro fanático del pistón.

Un heraldo llamó a la puerta, interrumpiendo el momento. —Majestad, Lord Protector... La delegación de Sideria ha llegado. Está liderada por la Baronesa Vespera de la Estirpe del Acero.

Vi a Kaele tensarse. No fue una tensión de combate ordinaria; fue un espasmo, un parpadeo de sus pupilas que se volvieron finas hendiduras. Sus manos se apartaron de mi cintura casi instintivamente.

—¿Vespera? —susurró él, y el nombre sonó en su boca como una vieja herida que se abre.

—¿La conoces? —pregunté, sintiendo una punzada de algo frío y agudo en mi pecho que nada tenía que ver con la magia de la aurora.

Kaele no me miró. Sus ojos estaban fijos en el suelo de mármol. —Es una historia vieja, Isadora. Tan vieja como las ruinas de la Ciudad de Azufre.

Kaele

El nombre de Vespera era un fantasma que no esperaba ver en el corazón de mi nueva vida. Hace ochenta años, antes de que el Reino de Hierro se volviera una locura absoluta, Sideria y los dragones mantuvieron un pacto comercial frágil. Yo era el diplomático de mi especie en su corte. Vespera no era solo la hija de un magnate del acero; era la mujer que casi me convence de que un dragón podía vivir felizmente en una jaula de oro.

Caminamos hacia el Salón del Trono en silencio. Isadora caminaba con la gracia de una diosa, pero sentía su inquietud a través de nuestro nexo. Mi propia mente era un caos de recuerdos: el olor a perfume de sándalo y aceite de motor, las noches bajo la luna roja de Sideria, y la traición final que me llevó a huir hacia el norte, jurando no volver a confiar en una humana.

Las puertas se abrieron. La delegación de Sideria era una exhibición de opulencia industrial. Vestían sedas rígidas reforzadas con hilos de cobre y llevaban máscaras de gas decorativas en sus cinturones. En el centro, una mujer de belleza severa, con el cabello negro recogido en un moño complejo y ojos del color del mercurio, dio un paso al frente.

—Reina Isadora —dijo Vespera, haciendo una reverencia mínima, con una elegancia que rozaba el insulto. Luego, sus ojos se desviaron hacia mí, y una sonrisa cruel y nostálgica curvó sus labios—. Y Kaele. Veo que el tiempo no ha mermado tus escamas... aunque parece que has cambiado de dueña.

Isadora se irguió, su aura de aurora expandiéndose ligeramente, llenando el salón con un fulgor que hizo que los diplomáticos siderianos retrocedieran.

—Lord Kaele es el Lord Protector de este reino y mi compañero de vida, Baronesa —dijo Isadora, su voz resonando con el poder de un trueno lejano—. No es propiedad de nadie. Y os sugiero que vuestras palabras reflejen el respeto que este trono exige.

Vespera no se amilanó. Sus ojos mercuriales brillaron. —Por supuesto, Majestad. Mis disculpas. Es solo que la última vez que vi a Lord Kaele, estábamos en términos mucho más... íntimos. Pero el pasado es solo carbón quemado, ¿no es así, Kaele?

Miré a Isadora. El brillo en sus ojos no era solo poder; eran celos, una emoción tan humana y terrenal que me rompió el corazón verla en ella. Quise decir algo, pero Vespera continuó antes de que pudiera abrir la boca.

—Venimos con una propuesta —dijo la Baronesa, desplegando un pergamino de metal—. Sideria está dispuesta a reconocer la soberanía de la Aurora. A cambio, exigimos el derecho exclusivo de investigar la "Luz Líquida" que habéis creado. Mis ingenieros creen que podemos usarla para alimentar nuestras forjas sin necesidad de carbón.

—Queréis embotellar mi esencia —dijo Isadora, su voz gélida —. Queréis convertir la libertad de este pueblo en otro monopolio industrial.

—Queremos sobrevivir, Majestad. Y Kaele sabe mejor que nadie que Sideria no acepta un "no" por respuesta sin antes probar el filo de sus espadas.

Isadora

La cena oficial fue un ejercicio de hipocresía. Me senté en la cabecera, con Kaele a mi derecha y Vespera a mi izquierda. Cada palabra de la Baronesa era un dardo impregnado en veneno. Hablaba de las noches en Sideria, de las batallas que ella y Kaele habían luchado juntos contra los rebeldes de las minas, de secretos compartidos que yo nunca conocería.

Kaele se mantenía en un silencio sepulcral, bebiendo vino de fuego como si intentara ahogar los recuerdos. Pero yo podía sentir su agitación. No era amor lo que sentía por ella —eso lo sabía por nuestro vínculo—, era culpa. Una culpa espesa que oscurecía su fuego negro.

—¿Y bien, Kaele? —preguntó Vespera, moviendo su copa de cristal—. ¿No le has contado a tu Reina cómo terminó nuestra pequeña aventura? ¿Cómo me dejaste en el altar de la Catedral del Vapor para huir al Norte con tu orgullo herido?

El salón se quedó en silencio. Silas, que estaba sentado al final de la mesa, dejó caer su tenedor. Arkon, en su forma humana, gruñó en voz baja.

Miré a Kaele. Sus ojos ámbar estaban fijos en los míos, suplicando comprensión.

—Fue hace ochenta años, Isadora —dijo él, su voz quebrada—. Yo era joven. Creía que podíamos unir nuestros mundos a través de un matrimonio político. Pero Sideria no quería una unión. Querían un espécimen. Querían mi sangre para destilar el secreto del vuelo dragón. Vespera era la encargada de obtenerla.

—Fue por el bien de mi pueblo, Kaele —respondió Vespera con una frialdad aterradora—. Y sigo aquí por el mismo motivo. Isadora, esta luz que tienes... es demasiado para una sola mujer. Si no la compartes bajo nuestros términos, Sideria enviará a sus "Cazadores de Dioses". Tienen máquinas que pueden drenar la magia de un ser vivo hasta dejarlo como una cáscara vacía.

Me puse de pie. El suelo del gran comedor vibró. Mi aura estalló, no con la suavidad de la aurora, sino con la violencia de una supernova. Los platos de cristal estallaron y los invitados siderianos se cubrieron el rostro.

—Basta —dije, y mi voz ya no era humana. Era la voz de la Reina de la Aurora, la que había caminado por el fuego y el hielo —. Baronesa, vuestra embajada termina aquí. No permitiré que amenacéis a mi pueblo ni que insultéis a mi Lord Protector con fantasmas del pasado. Tenéis hasta el amanecer para abandonar Valerius Magna. Si vuestras máquinas se acercan a nuestras fronteras, no encontraréis hierro que fundir, solo cenizas.

Vespera se levantó, limpiándose una gota de vino de su vestido. Sus ojos de mercurio no mostraban miedo, solo una resolución sombría. —Habéis cometido un error, Majestad. Kaele siempre ha tenido debilidad por las causas perdidas. Supongo que por eso os eligió a vos.

Kaele

La delegación salió del salón escoltada por guardias dragón. Me quedé solo con Isadora en medio del desastre de la cena. El silencio era más doloroso que el estruendo de la explosión de luz.

—¿Por qué no me lo contaste? —preguntó ella, dándome la espalda. Sus hombros temblaban levemente.

—Porque me avergonzaba, Isadora. Fui un estúpido. Me dejé seducir por la idea de que los humanos podían cambiar. Ella me usó, y cuando me di cuenta, tuve que quemar media ciudad para escapar. Por eso odio tanto Sideria. Por eso me volví el cínico que conociste en la cueva.

Me acerqué a ella, pero no me atreví a tocarla. Su luz era tan intensa que sentía que podía quemarme si mi intención no era pura.

—Sentí sus celos, Kaele —dijo ella, girándose. Sus ojos prismáticos estaban llenos de lágrimas de plata—. No los tuyos, sino los de ella. Ella todavía te ama, a su manera retorcida. Y ver

que un dragón ha entregado su alma a una "niña de luz" la está volviendo loca. No ha venido a negociar. Ha venido a por ti.

—Ella no puede tenerme, Isadora. Mi alma es tuya desde el momento en que me desafiaste bajo la nieve.

—Pero ella tiene razón en algo —Isadora caminó hacia el ventanal, mirando hacia el sur—. Sideria es poderosa. Si se alían con los restos del Reino de Hierro, tendremos una guerra en dos frentes. Mi luz no es infinita, Kaele. Me canso. Siento que cada vez que uso mi poder, una parte de mi humanidad se evapora.

La rodeé con mis brazos, ignorando el aguijonazo de la energía estática. La apreté contra mi pecho, intentando transmitirle mi fuerza, mi fuego terrenal.

—Entonces no la uses sola —le susurré—. No eres una diosa, Isadora. Eres mi mujer. Y si el mundo entero quiere venir a reclamar tu luz, tendrán que pasar sobre mi cadáver carbonizado.

Isadora

Esa noche, el sueño fue un campo de batalla de recuerdos que no eran míos. A través de mi conexión con Kaele, vi destellos de su vida en Sideria. Vi a una Vespera más joven, riendo bajo la lluvia ácida de las forjas. Vi banquetes de carne cruda y oro fundido. Pero también vi el momento de la traición: Kaele encadenado en un laboratorio de plomo, con Vespera observando mientras los científicos extraían su esencia con jeringas de hierro.

Me desperté gritando, con el sudor empapando mis sábanas de seda. Kaele estaba a mi lado en un segundo, sus ojos ámbar brillando en la penumbra.

—Ha sido solo un sueño —dijo, acariciando mi frente.

—No, Kaele. Es una advertencia. Vespera no se ha ido de la ciudad. Puedo sentir su presencia... es como una mancha de aceite en el agua de mi aurora.

—Imposible. Arkon los escoltó hasta las Puertas de Hierro.

—Arkon no puede ver lo que yo veo. Ella ha dejado algo atrás. Un "Cazador de Dioses".

Antes de que Kaele pudiera responder, una explosión sacudió los cimientos del palacio. No fue una explosión de fuego, sino una de *vaciado*. Sentí como si me arrancaran el aire de los pulmones. Mi luz empezó a parpadear, succionada hacia algún punto en las catacumbas del palacio.

—¡El Núcleo! —grité, intentando levantarme, pero mis piernas cedieron. Estaba débil, como si hubiera corrido cien kilómetros—. ¡Están drenando el Núcleo de la Aurora!

Kaele

Cargué a Isadora en mis brazos y salí al pasillo. El palacio era un caos. Los guardias dragón estaban colapsados en el suelo, sus formas humanas parpadeando entre escamas y piel, asfixiados por la falta de energía mística en el ambiente. El aire se sentía pesado, cargado de un zumbido electromagnético que me hacía rechinar los dientes.

—¡Arkon! ¡A las armas! —rugí, pero mi propia voz sonaba débil.

Bajamos a las catacumbas, hacia el recinto del Gran Núcleo. Allí, en la oscuridad, una máquina gigantesca, de un diseño sideriano que recordaba a un insecto de metal, se había acoplado a la caldera de luz. Seis hombres con armaduras de plomo operaban los mandos, mientras Vespera observaba desde las sombras.

—Os dije que Sideria no aceptaba un no por respuesta —dijo la Baronesa, su voz amplificada por un resonador—. Este es el "Sifón de Almas". En diez minutos, vuestra querida Reina será solo una humana mortal de nuevo, y esta luz alimentará las forjas de mi patria por los próximos mil años.

—¡Suéltala, Vespera! —dejé a Isadora en el suelo, apoyada contra una columna, y me transformé.

Pero la transformación fue incompleta. Mis alas no se desplegaron del todo y mi fuego negro era apenas una chispa. La máquina estaba absorbiendo toda la energía ambiental, incluyendo la mía.

—Pobre Kaele —se burló Vespera, acercándose a mí con una daga de hierro frío—. Siempre tan protector. Siempre tan predecible. ¿Sabes qué es lo que más me dolió? No que huyeras. Sino que eligieras a una niña que ni siquiera sabe lo que es el verdadero poder.

Me lanzó un tajo con la daga. Lo esquivé, pero mis movimientos eran lentos. Ella era una humana, pero estaba equipada con exotrajes de vapor que le daban una fuerza y velocidad aumentadas. Me golpeó en el pecho, lanzándome contra la maquinaria.

Isadora

Ver a Kaele ser humillado por su pasado me devolvió la fuerza que el sifón me estaba quitando. El odio de Vespera era un combustible que yo podía usar. Si ella quería mi luz, se la daría. Pero no como ella esperaba.

—¿Quieres mi poder, Vespera? —dije, levantándome con dificultad. Mi piel empezó a brillar con un color blanco azulado, un tono de aurora que nunca había mostrado: la luz del frío absoluto.

—¡Isadora, no! —gritó Kaele—. ¡Te consumirá!

—¡Que me consuma! —respondí.

Me lancé hacia el Sifón de Almas. No intenté destruirlo; intenté *sobrecargarlo*. Abrí todas las compuertas de mi ser, dejando que la Luz Primordial fluyera sin restricciones hacia los captadores de la máquina.

—¡Eso es! ¡Dámelo todo! —gritaba Vespera, viendo cómo los indicadores de presión de su máquina subían hacia la zona roja.

La máquina empezó a vibrar. Los operarios siderianos gritaron cuando los cables de cobre empezaron a derretirse. El plomo de sus armaduras se volvió líquido. La luz que yo emitía era tan intensa que las sombras de la caverna desaparecieron por completo.

—¡Demasiado... es demasiado! —Vespera retrocedió, su rostro de porcelana agrietándose por el calor radiante.

—La luz no es un combustible, Vespera —dije, mi voz resonando como el nacimiento de una estrella—. Es una verdad. Y la verdad no se puede embotellar.

El Sifón de Almas estalló en una deflagración de energía pura. La onda de choque lanzó a Vespera contra la pared y destruyó la maquinaria sideriana, convirtiéndola en chatarra inútil. El Núcleo de la Aurora, libre de sus ataduras, soltó un pulso de luz que recorrió todo el palacio, despertando a los dragones y purificando el aire.

Kaele

Me arrastré hacia el centro de la cámara. Isadora estaba de pie en medio de los restos humeantes de la máquina. Su luz se había calmado, pero su cabello seguía flotando y sus ojos eran de un plata sólido. Parecía una estatua tallada en el corazón de un sol.

—Isadora... —la tomé de los hombros. Estaba fría, una frialdad estelar que me hizo estremecer—. Vuelve a mí.

Sus ojos parpadearon y recuperaron su color prismático. Se desplomó en mis brazos, exhausta. —Se ha ido, Kaele. La mancha de aceite se ha ido.

Miramos hacia donde Vespera había caído. No estaba muerta. Se levantaba con dificultad, con el rostro marcado por quemaduras de luz que nunca sanarían del todo. Su orgullo estaba roto, su embajada destruida.

—Habéis ganado esta noche —siseó Vespera, escupiendo sangre—. Pero Sideria no olvidará. Habéis declarado la guerra a la industria, Reina Isadora. Y la industria siempre gana al final.

—Lleváosla —ordené a los guardias que entraban en la cámara —. Y si vuelve a cruzar nuestra frontera, no habrá diplomacia que la salve.

Isadora

Pasaron tres días hasta que pude volver a ponerme en pie sin ayuda. La sobrecarga del sifón había dejado mi sistema místico exhausto, pero mi resolución era más fuerte que nunca. Sideria era un enemigo real, mucho más peligroso que Maximus, porque ellos no estaban locos; eran ambiciosos y racionales.

Kaele no se había movido de mi lado. Había dormido en una silla junto a mi cama, despertándose al menor movimiento mío. El incidente con Vespera había dejado cicatrices en ambos, pero también había limpiado el aire.

—¿Te duele? —pregunté, señalando las marcas de la daga de hierro en su brazo que yo ya había sanado con mi luz.

—Me duele haber dejado que ella se acercara tanto a ti —respondió él, tomando mi mano—. No debí ocultarte mi pasado. Creí que podía enterrarlo bajo la nieve, pero las sombras siempre encuentran una forma de volver.

—Vespera era una espina, Kaele. Pero ya nos la hemos arrancado. —Me incorporé en la cama, mirando hacia las montañas del norte—. Pero ella tenía razón en algo. La industria no se detendrá. Necesitamos aliados, no solo súbditos. Necesitamos que otros reinos vean que la aurora es mejor que el vapor.

—¿Y cómo lo haremos? —preguntó él, con esa sonrisa lobuna que tanto amaba—. ¿Otra cruzada?

—No. Una feria. Una Exposición de la Luz. Invitaremos a todos los reinos del mundo a Valerius Magna. Les mostraremos lo que podemos hacer. Les daremos la energía gratis, pero bajo nuestras leyes de equilibrio. Si quieren nuestra luz, deben abandonar sus cadenas de hierro.

Kaele se rió, un sonido ronco y lleno de admiración. —Eres una política peligrosa, Isadora. A veces me pregunto quién es el verdadero depredador en esta habitación.

—Aún te saco de quicio, ¿verdad? —le pregunté, tirando de su jubón para que se acercara.

—Cada segundo de cada día —respondió, antes de besarme con una pasión que borró cualquier rastro del frío de Sideria.

Kaele

Mientras la ciudad se preparaba para la gran Exposición, yo me encargué de la seguridad. Sabía que Sideria enviaría espías, saboteadores y quizás asesinos. Pero ya no tenía miedo de mi pasado. Vespera era una lección aprendida, una sombra que me había recordado por qué Isadora era tan especial.

Isadora no quería poseerme; quería volar a mi lado. No quería mi sangre para sus máquinas; quería mi fuego para iluminar su mundo.

—Lord Protector —dijo Arkon, acercándose a mí en las murallas—. Tenemos noticias de los exploradores. Sideria está movilizando su flota acorazada hacia el sur. No vienen hacia aquí, pero están bloqueando las rutas comerciales hacia los Reinos de la Costa.

—Quieren asfixiarnos económicamente antes de que la feria empiece —dije, mirando hacia el mar de nubes—. Quieren que los invitados tengan miedo de venir.

—¿Qué órdenes tenéis?

Miré hacia el palacio, donde la luz de la aurora brillaba con una fuerza renovada. Isadora estaba allí, planeando el futuro de un continente.

—Preparad a los jinetes de dragón —ordené—. No vamos a atacar. Vamos a hacer de escolta. Si un solo barco mercante es detenido por Sideria, les recordaremos por qué los cielos pertenecen a nuestra estirpe. Es hora de que el mundo vea que el Pacto de la Aurora no es solo una idea bonita. Es una ley de fuego y luz.

Isadora

La Exposición de la Luz estaba a punto de comenzar. La ciudad de Valerius Magna nunca se había visto tan hermosa. Las calles estaban limpias, los ciudadanos vestían ropas de colores vivos y los dragones volaban en formaciones ceremoniales que dejaban rastros de chispas doradas en el aire.

Pero en mi corazón, sabía que esto era solo la calma antes de la tormenta definitiva. Sideria no se rendiría con una feria. Y mientras me preparaba para recibir a los primeros reyes y embajadores, sentí un escalofrío. No era miedo, era premonición.

—Fui tuya desde el principio —susurré, viendo a Kaele aterrizar en el patio principal sobre su forma de dragón, transformándose con una gracia que siempre me cortaba el aliento—, y seré tuya hasta el final.

Él me miró desde abajo, sus ojos ámbar brillando con un amor que desafiaba a los siglos. Sabíamos que nuestra historia de enemigos a amantes era la base de este nuevo mundo. Y estábamos listos para defenderla, sin importar cuántas Vesperas o Siderias intentaran apagar nuestra luz.

Capítulo 17: El Banquete del Cáliz Negro y la Semilla de la Discordia

Isadora

El aire en Valerius Magna estaba cargado de una electricidad nueva, una mezcla de ozono purificado y la ansiedad de recibir al mundo entero. La Gran Exposición de la Luz no era solo una feria; era el escenario donde el futuro se decidiría entre un apretón de manos y un brindis envenenado. Las banderas de seda blanca y violeta ondeaban en lo alto de las torres que antes escupían hollín, mientras en el puerto, los barcos de vela y vapor de una docena de naciones se mecían sobre las aguas cristalinas.

Me miré en el espejo mientras dos doncellas ajustaban las placas de plata de mi vestido de gala. No era tela común; era una malla metálica que reaccionaba a mi estado de ánimo, brillando con un azul cobalto cuando estaba tranquila y destellando en blanco cuando mis nervios flaqueaban. Y hoy, mi reflejo devolvía un parpadeo constante de duda.

—Vespera sigue en la ciudad —dije, más para mí misma que para las criadas.

—Está bajo vigilancia constante en el ala de embajadores, Majestad —respondió Silas, entrando en la habitación con un fajo de informes—. Pero ha estado recibiendo visitas del Embajador Malakor de las Islas de Coral. Malakor es un hombre que vendería a su madre por un barril de lubricante de alta presión. No me gusta esa alianza.

—Malakor trae el regalo inaugural esta noche —recordé, sintiendo un escalofrío—. Un "Coral del Albor", supuestamente una reliquia que potencia la luz ambiental.

Kaele entró en la habitación. No vestía su armadura, sino una túnica de seda negra que dejaba ver las cicatrices de su pecho. Su rostro estaba sombrío. Se acercó y, por primera vez en semanas, no me rodeó con sus brazos. Se limitó a quedarse a un metro de distancia, observándome con una mezcla de adoración y una distancia nueva, una grieta que Vespera había plantado y que el silencio de Kaele estaba regando.

—Los dragones están inquietos, Isadora —dijo él, su voz ruda —. El olor a Sideria impregna el palacio. Sienten que nos estamos abriendo demasiado. Que estamos exponiendo nuestro cuello para que estos humanos nos lo corten con cubiertos de plata.

—Estamos construyendo puentes, Kaele —respondí, dándome la vuelta para enfrentarlo—. Si nos encerramos, seremos el objetivo de todos. La luz es para compartirla.

—La luz es para protegerla —replicó él, y vi un destello de fuego negro en sus ojos—. Estás tan obsesionada con ser la salvadora de todos que estás olvidando quiénes son tus verdaderos aliados. Arkon no confía en esta feria. Y yo tampoco.

Se dio la vuelta y salió antes de que pudiera responder. El nexo que compartíamos, antes vibrante y cálido, se sintió frío, como un hilo de seda estirado a punto de romperse.

Kaele

El Salón de los Banquetes era una exhibición de hipocresía dorada. Reyes de tierras lejanas, mercaderes de especias y barones del carbón se paseaban con sus mejores galas, todos

fingiendo asombro ante la iluminación de la Aurora, mientras sus ojos escaneaban los rincones buscando debilidades estructurales.

Me situé en un segundo plano, cerca de las columnas, dejando que Isadora brillara en el centro de la sala. Vespera estaba allí, sentada en la mesa de Sideria. No llevaba su armadura, sino un vestido de terciopelo negro que parecía absorber la luz. Me miró y levantó su copa. No hubo palabras, pero su sonrisa me dijo que el juego acababa de empezar.

El Embajador Malakor se levantó. Era un hombre gordo y untuoso, cubierto de joyas hechas de conchas marinas y oro.

—¡Majestad! ¡Lord Protector! —exclamó, su voz retumbando en la cúpula—. Como muestra de la buena voluntad de las Islas de Coral, os traigo el tesoro más grande de nuestros abismos. El Coral del Albor.

Dos criados trajeron un cofre de nácar. Cuando lo abrieron, un objeto orgánico, de un rojo pulsante y lleno de poros, emergió. Emitía una fragancia dulce, casi embriagadora, que llenó el salón instantáneamente.

—Dicen que este coral se alimenta de la luz para purificar el aire —continuó Malakor—. Colocadlo cerca del Núcleo de la Aurora, y vuestra ciudad será un jardín eterno.

Isadora se acercó, fascinada. Su luz reaccionó al coral, volviéndose de un color rosado suave.

—Es hermoso —susurró ella, extendiendo una mano para tocarlo.

—*¡No lo toques!* —rugí a través del nexo.

Isadora

El grito mental de Kaele fue tan violento que me hizo retroceder antes de rozar la superficie del coral. El salón entero se quedó en silencio. Malakor palideció y Vespera dejó su copa sobre la mesa con un golpe seco.

—¿Pasa algo, Lord Protector? —preguntó Vespera, su voz destilando una falsa preocupación—. ¿Acaso tu instinto animal te dice que un regalo de paz es una amenaza?

—Esa cosa... no es un coral —dijo Kaele, saliendo de las sombras. Su cuerpo estaba en tensión de combate, sus garras asomando—. Huele a putrefacción y a química sideriana. Silas, aléjate de ese cofre.

—¡Es un insulto a mi pueblo! —gritó Malakor, fingiendo indignación—. ¡He viajado meses para traer este presente!

—Kaele, por favor... —empecé a decir, sintiéndome humillada frente a todos los dignatarios extranjeros. Su paranoia estaba destruyendo meses de trabajo diplomático en un segundo—. Es solo un regalo. Malakor ha sido un aliado comercial durante años.

—No es un regalo, Isadora. Es un nido.

En ese momento, el coral pulsó con una fuerza inusitada. No emitió luz, sino una nube de esporas microscópicas, casi invisibles, que se dispersaron por los conductos de ventilación del palacio. La fragancia dulce se volvió ácida.

De repente, un alarido desgarrador resonó desde los techos del palacio. Fue un grito que conocía bien: el lamento de un dragón.

Kaele

Sentí el dolor antes de oírlo. Fue como si me inyectaran plomo derretido en los pulmones. Las esporas no afectaban a los humanos; estaban diseñadas específicamente para la fisiología dragón. Eran un patógeno biológico: el "Óxido de Escama".

Arkon, que estaba patrullando las almenas superiores, cayó al patio principal con un estruendo de huesos rotos y escamas que se desprendían como ceniza. Otros dragones en el aire empezaron a perder el control, sus llamas volviéndose de un color verde enfermizo antes de apagarse.

—¡Es un ataque! —grité, intentando transformarme, pero mi pecho ardió.

Caí de rodillas, tosiendo una sangre negra y espesa que quemaba el mármol. Mi nexo con Isadora se llenó de interferencias, de ruidos estáticos y del sufrimiento de toda mi estirpe.

—¡Kaele! —Isadora corrió hacia mí, su luz estallando para intentar sanarme, pero al tocarme, su energía pareció alimentar el óxido.

—¡No! —la aparté con brusquedad—. Tu luz... acelera el proceso... aléjate.

Vi el dolor en sus ojos cuando la rechacé. Vi cómo se rompía algo entre nosotros, una confianza que ya estaba herida.

Vespera se levantó tranquilamente, mientras los dignatarios corrían despavoridos. Malakor ya se había escabullido por una puerta lateral.

—El Óxido de Escama es una maravilla de la ingeniería sideriana, ¿no crees, Isadora? —dijo Vespera, caminando entre los dragones caídos con la elegancia de una reina de las sombras —. Se alimenta de la energía mística. Cuanto más intentes salvarlos con tu aurora, más rápido se pudrirán sus pulmones. Es una elección sencilla: o dejas que tus mascotas mueran, o usas tu luz para purificarlos, pero eso agotará el Núcleo de la Ciudad y dejará a Valerius Magna a merced de nuestra flota, que ya está entrando en el puerto.

Isadora

Miré a Kaele, que se retorcía en el suelo, sus escamas volviéndose grises y quebradizas. Miré hacia el ventanal, donde las luces de los acorazados siderianos ya se veían en el horizonte, aprovechando que las defensas de la ciudad estaban colapsando.

—Tengo que salvarlos —susurré.

—Si lo haces —dijo Silas, acercándose con el rostro demudado —, el escudo de la ciudad caerá. La Luz Líquida se agotará y volveremos a la oscuridad del hierro. Sideria nos tomará sin disparar un solo cañón.

—No puedo dejar que mueran —dije, mirando a Kaele.

—Hazlo —logró decir Kaele, mirándome con una mezcla de orgullo y una amargura que me heló la sangre—. Salva a la ciudad, Isadora. Olvídate de nosotros. Es lo que una reina debe hacer, ¿verdad?

Esa palabra, "reina", sonó como una condena. Kaele no me estaba pidiendo un sacrificio heroico; me estaba echando en cara que mi deber siempre estaría por encima de él. Estaba aceptando su muerte con una resignación que me dolió más que el ataque de Vespera.

Me elevé en el centro del salón. Mi luz ya no era aurora; era una llama blanca de desesperación. Expandí mi conciencia hacia cada dragón en la ciudad, sintiendo su podredumbre interna. Empecé a drenar el Núcleo de la Ciudad, sintiendo cómo la energía abandonaba las calles, apagando las farolas, deteniendo los ascensores, sumiendo a Valerius Magna en una penumbra que no conocía desde la caída de Maximus.

La purificación fue un proceso agónico. El Óxido de Escama luchaba, se alimentaba de mí. Sentí que me desgarraba por dentro, que mi propia esencia se volvía ceniza para que ellos pudieran respirar de nuevo.

Kaele

Vi cómo Isadora se consumía por nosotros. Vi cómo su luz se volvía cada vez más tenue, hasta que apenas fue un rescoldo. Los dragones a mi alrededor empezaron a recuperarse, sus escamas recuperando el brillo, pero a un coste que no podía aceptar.

Cuando ella finalmente cayó al suelo, exhausta y casi sin aliento, la ciudad estaba a oscuras. Las defensas eran nulas.

Me levanté, todavía débil, con el sabor del hierro en la boca. Me acerqué a ella, pero antes de que pudiera tocarla, Vespera se interpuso, rodeada por sus soldados de élite que habían entrado en el salón aprovechando el caos.

—Un sacrificio noble —dijo Vespera, mirando a Isadora con desprecio—. Pero ahora, Valerius Magna es propiedad de Sideria. Y tú, Kaele... tú vas a venir conmigo si quieres que tu "reina" siga respirando.

Miré a Isadora. Ella me miró, esperando que peleara, que la defendiera. Pero vi la debilidad en sus ojos, y vi la flota sideriana

desembarcando en los muelles. Si peleaba ahora, ella moriría en el fuego cruzado.

—Iré con ella —dije, mi voz muerta.

—¿Qué? —Isadora intentó levantarse, pero Silas la sostuvo—. ¡Kaele, no!

—Tú elegiste a tu pueblo, Isadora —dije, dándole la espalda para que no viera mis lágrimas—. Ahora me toca a mí elegir el precio de su supervivencia. Quédate con tu corona de luz apagada.

Vespera me puso una mano en el hombro, una mano fría que reclamaba su posesión. Salí del salón con ella, dejando atrás a la mujer que había amado, mientras la sombra de los acorazados cubría el palacio.

Isadora

Me quedé en el suelo, con las manos vacías y el corazón hecho jirones. La ciudad estaba en silencio, los dragones estaban a salvo pero humillados, y Kaele... Kaele se había marchado con la mujer que más odiaba.

No era solo el ataque de Sideria. Era que, en el momento de la verdad, nos habíamos fallado el uno al otro. Yo había elegido el deber, y él había elegido el martirio. La grieta que Vespera había plantado se había convertido en un abismo.

—Silas... —susurré, mientras las lágrimas de plata rodaban por mis mejillas.

—Aquí estoy, Majestad.

—Prepara la resistencia. No me importa que el Núcleo esté vacío. Encontraremos otra forma de arder.

Me levanté, tambaleándome, mirando hacia el lugar donde Kaele había desaparecido. Ya no era la princesa asustada, ni la reina radiante. Era algo nuevo, algo forjado en la traición y el frío.

—Caminamos juntos por el fuego —susurré para mí misma, recordando el principio de nuestra historia—, pero parece que solo yo estoy dispuesta a quemarme hasta el final.

La guerra por Valerius Magna acababa de entrar en su fase más oscura. Y mientras Sideria ocupaba las calles, supe que para recuperar a Kaele, primero tendría que destruir el mundo que él había intentado proteger.

Capítulo 18: El Trono de Ceniza y el Pacto del Silencio

Isadora

El silencio que siguió a la partida de Kaele no fue la ausencia de sonido, sino una presencia física, una losa de plomo que aplastaba el aire en el Salón de los Banquetes. Las luces de la Aurora, antes vibrantes y cálidas, se habían reducido a un parpadeo mortecino, reflejando el estado de mi propio espíritu. Valerius Magna, la joya de cristal y esperanza que habíamos construido juntos, ahora estaba sumida en una penumbra grisácea, ocupada por el ruido rítmico de las botas de los soldados de Sideria y el siseo constante de sus respiradores de vapor.

—Majestad, las patrullas siderianas han tomado la Gran Biblioteca y el Puerto de Aire —dijo Silas, su voz temblando por el frío y el agotamiento—. Vespera ha instaurado un toque de queda. Dicen que estáis enferma, que el "poder del sol" os ha consumido y que ellos están aquí para "estabilizar" el reino.

—No estoy enferma, Silas. Estoy despierta —respondí, aunque cada palabra me dolía en la garganta—. ¿Qué hay de los dragones?

—Están vivos, pero humillados. Arkon se niega a comer. Dice que el cielo se ha vuelto pesado. Y Kaele... Kaele está en el *Invicta*, el acorazado insignia de Vespera. Lo tienen en una cámara de inducción de plomo.

Al oír su nombre, el nexo en mi pecho pulsó con una punzada de dolor agudo. No era el calor reconfortante que solíamos compartir. Era una interferencia estática, un ruido blanco lleno de resentimiento. A través del vínculo, no sentía el deseo de ser rescatado; sentía una renuncia fría. Kaele no se había ido como un héroe; se había ido como un hombre que finalmente había aceptado que yo nunca lo elegiría a él por encima de mi corona.

—Él cree que lo abandoné —susurré, cerrando los ojos.

—Él cree que sois una Reina —corrigió Silas con una franqueza que me hizo sangrar—. Y para un dragón que valora la lealtad por encima de la supervivencia, una Reina es solo una forma elegante de decir "extraña".

Me levanté, sintiendo la debilidad en mis rodillas. Pero dentro de la debilidad, algo se estaba endureciendo. Una rabia cristalina, fría como el hielo del Norte, empezaba a llenar el vacío de mi luz.

—Si quiere una Reina, le daré una Reina —dije, mirando hacia la oscuridad del túnel—. No vamos a atacar de frente. Vamos a asfixiar sus máquinas. Silas, busca a los antiguos ingenieros de mi padre. Los que odiaban a Maximus pero aman su oficio. Es hora de demostrarle a Sideria que el hierro de Valerius todavía tiene dientes.

Kaele

La cámara de inducción en el *Invicta* era un ataúd de metal diseñado para sofocar mi esencia. Paredes de plomo reforzadas con bobinas electromagnéticas zumbaban constantemente, drenando cualquier intento de transformación. Me encontraba sentado en el suelo, mis manos encadenadas con grilletes de hierro frío que quemaban mi piel cada vez que mi fuego interno intentaba despertar.

La puerta de la cámara se deslizó con un silbido hidráulico. Vespera entró, despojándose de su capa de viaje. No traía guardias. Sabía que, en este estado, yo no era más que un animal enjaulado.

—Aún tienes ese brillo desafiante en los ojos, Kaele —dijo ella, sentándose en una silla de cuero frente a mí—. Es agotador, de verdad. Después de ochenta años, uno esperaría que hubieras aprendido a rendirte con un poco más de elegancia.

—Ochenta años no son nada para un dragón, Vespera —respondí, mi voz ronca y cargada de veneno—. Y rendirse no está en mi fisiología.

—¿Ah, no? —se inclinó hacia delante, y su perfume de sándalo llenó el espacio viciado—. ¿Y cómo llamas a lo que hiciste en el salón? Te entregaste. Dejaste que tu preciada "niña de luz" se quedara sola en la oscuridad. Sabes tan bien como yo que ella no vendrá por ti. Está demasiado ocupada reorganizando sus mapas y contando sus bajas. Ella es una Valerius, Kaele. El poder es su primer idioma. Tú solo eres un dialecto que está empezando a olvidar.

—Ella hizo lo que tenía que hacer —dije, aunque las palabras sonaban huecas incluso para mí.

—Hizo lo que una gobernante hace: sacrificar lo que ama para salvar su trono. Tú no eres su compañero, Kaele. Eres su arma. Y ahora que el arma está oxidada, ella la ha dejado de lado. —Vespera extendió una mano y acarició mi mejilla. Sus dedos estaban fríos—. Yo nunca te pedí que fueras una Reina, Kaele. Yo te pedí que fueras mío. Sideria puede darte lo que ella no puede: un propósito que no dependa de la moralidad de una corona.

Cerré los ojos, intentando buscar el nexo con Isadora, buscando un rastro de calor, una señal de que estaba planeando algo, de que me necesitaba. Pero solo encontré un muro de luz blanca y gélida. Ella estaba bloqueando el vínculo. Estaba protegiendo su mente, o quizás, simplemente, estaba cerrando la puerta.

—Ella me salvó —susurré, más para convencerme a mí mismo que a ella.

—Ella salvó a sus mascotas aladas —rio Vespera—. Tú solo fuiste el daño colateral que aceptó pagar. Únete a mí, Kaele. Ayúdame a estabilizar la Aurora Artificial. Con tu sangre y mi tecnología, podemos crear un mundo donde no necesitemos a ninguna Reina caprichosa para ver en la oscuridad. Sé el dios que siempre debiste ser, no el perro guardián de una Valerius.

Isadora

Tres días después de la ocupación, la resistencia estaba lista. Habíamos infiltrado a los ingenieros en los niveles inferiores del sistema de alcantarillado, conectando bypasses químicos a las tuberías que ahora los siderianos usaban para alimentar sus trajes y barcos.

—Cuando dé la señal —dije a los líderes de la resistencia en las catacumbas—, verteréis el compuesto inhibidor. El vapor se volverá inerte. Sus máquinas se detendrán. Sus barcos serán solo pedazos de metal flotando en el puerto.

—¿Y qué hay del *Invicta*? —preguntó uno de los hombres—. Tiene un núcleo independiente. No podemos detenerlo desde aquí.

—Del *Invicta* me encargo yo —respondí.

Me puse una capa negra sobre mi túnica de guerra. Mi luz estaba volviendo, pero ya no era la aurora danzante y colorida de antes. Era una luz fija, afilada, como el reflejo de la luna en una hoja de acero. Sentía que mi humanidad se replegaba, dejando paso a la soberanía absoluta.

Antes de partir, me detuve frente al espejo roto. Intenté abrir el nexo con Kaele una última vez. Quería decirle que iba a por él. Quería decirle que lo sentía. Pero cuando toqué el vínculo, solo sentí su amargura. Sentí la presencia de Vespera cerca de él, su influencia filtrándose por las grietas de su orgullo herido.

Él no estaba esperando un rescate. Estaba esperando una disculpa que yo no podía darle, porque volvería a elegir a mi pueblo una y mil veces.

—El amor es una debilidad que los tronos no pueden permitirse —susurré, repitiendo las palabras que mi padre me dijo una vez. En aquel entonces me parecieron crueles. Ahora, me parecían una profecía.

Cerré el vínculo con un golpe mental definitivo. Si Kaele quería creer que era un daño colateral, dejaría que lo creyera. No necesitaba su perdón para salvarlo; necesitaba su ausencia para ser la Reina que Valerius Magna exigía.

Kaele

Vespera me llevó a la cubierta del *Invicta* bajo la luz de la luna. La ciudad debajo de nosotros parecía un cadáver de hierro, con luces artificiales siderianas perforando la noche. Era una vista desoladora.

—Mira lo que ha hecho tu Reina —dijo Vespera, señalando las calles vacías—. Ha preferido la parálisis a la cooperación. Podríamos haber sido socios, Kaele. Podríamos haber llevado a este mundo a una era de oro. Pero ella prefirió el martirio.

—Ella no se ha rendido —dije, aunque sentía un vacío inmenso donde antes estaba el nexo. Isadora lo había cortado. Ya no sentía nada. Ni su miedo, ni su determinación. Nada. Estaba solo por primera vez en meses.

—Oh, no se ha rendido. Está ahí abajo, jugando a los soldados en las cloacas. Es tan predecible. Cree que puede derrotar a la industria con trucos de ingenieros retirados. Pero mientras ella se ensucia las manos, nosotros vamos a empezar el proceso.

Vespera hizo una señal y dos soldados trajeron una máquina que parecía una jeringa gigante conectada a un condensador de luz.

—Necesito tu fuego, Kaele. Solo un poco. Para calibrar la frecuencia de la Aurora Artificial. Si me lo das voluntariamente, prometo que dejaré que ella viva en el exilio. Si tengo que sacártelo a la fuerza... bueno, sabes que no soy tan delicada como Isadora.

Miré hacia la ciudad. Miré hacia el palacio oscuro. Isadora me había cortado. Me había dejado en manos de mi pasado. Una parte de mí, la parte herida y orgullosa que había vivido tres siglos en soledad, quería gritar de rabia. Quería castigarla por elegir el deber sobre nosotros.

—Hazlo —dije, extendiendo el brazo—. Toma lo que quieras. Al fin y al cabo, ya no me queda nada que proteger.

Vespera sonrió, una sonrisa de triunfo absoluto. Clavó la aguja en mi brazo, y sentí cómo mi fuego negro era succionado, drenado hacia el condensador. El dolor era inmenso, pero el vacío en mi pecho dolía más.

Isadora

El asalto comenzó al alba. El compuesto inhibidor funcionó a la perfección. En toda la ciudad, las máquinas siderianas empezaron a toser y a detenerse. Los soldados, de repente vulnerables sin sus exotrajes potenciados, se vieron rodeados por ciudadanos armados y jinetes de dragón que recuperaban el cielo.

Yo no me detuve en las calles. Usando el último rastro de mi luz, me propulsé hacia el aire, aterrizando pesadamente en la cubierta del *Invicta*.

Los soldados siderianos intentaron disparar, pero moví mi mano y una onda de choque de luz sólida los lanzó por la borda. Caminé hacia el centro del acorazado, donde Vespera y Kaele estaban junto a la máquina de extracción.

Me detuve en seco.

Kaele no estaba luchando. Estaba de pie, pálido, con la aguja clavada en el brazo, observando cómo su energía alimentaba el condensador sideriano. Me miró con unos ojos que ya no eran ámbar encendido, sino ceniza fría.

—Llegas tarde, Isadora —dijo Vespera, sin soltar la palanca de la máquina—. Tu Lord Protector ya ha hecho su elección. Ha comprendido que la lealtad es un camino de dos direcciones.

—¡Kaele, apártate de esa cosa! —grité, pero mi voz sonaba extraña en mis propios oídos, desprovista de la calidez habitual.

—¿Por qué? —preguntó Kaele, y su voz era un témpano de hielo—. ¿Para qué quieres que me aparte, Reina Isadora? ¿Para poder usarme en tu próxima estrategia? ¿Para ser el escudo que lanzas al fuego cuando la presión sube demasiado?

—¡Te estaba salvando! —exclamé, sintiendo que la rabia superaba a mi control—. ¡Tuve que elegir!

—Y elegiste. —Él se arrancó la aguja con un movimiento violento, dejando que su sangre negra manchara la cubierta—. Siempre elegirás el trono. Y yo siempre seré el que se quede atrás esperando a ver si esta vez soy lo suficientemente importante. Pues bien, ya he terminado de esperar.

Se dio la vuelta, ignorándome, y se dirigió hacia la borda del barco.

—¡Kaele! —intenté acercarme, pero Vespera activó un escudo de energía desde su brazalete.

—Déjalo ir, Majestad —se mofó Vespera—. Ya no es tu perro faldero. Ahora sabe lo que es ser valorado por lo que es, no por lo que puede hacer por tu reino.

Kaele

Me lancé al aire, transformándome en mi forma de dragón. Pero no era la transformación majestuosa de antes. Mis alas eran irregulares, mi fuego estaba débil y mi color era de un negro mate, como el carbón. Volé hacia las montañas del Norte, lejos de la ciudad, lejos de la luz de la aurora que ahora me resultaba hiriente.

No miré atrás para ver a Isadora luchar contra Vespera. No me importaba si ganaba o perdía. El nexo estaba roto, y con él, la ilusión de que un dragón y una reina podían construir un hogar en medio de una guerra.

Sentía un odio profundo, no solo hacia Vespera, sino hacia la propia Isadora. Me había convertido en un mártir sin pedirlo, y luego me había desechado en su mente para poder ser la gobernante perfecta. Pues bien, ahora era libre de ser perfecta. Sin mí.

Isadora

La batalla en el *Invicta* terminó rápidamente. Sin la energía de Kaele para alimentar sus defensas, Vespera se vio obligada a retroceder hacia la cápsula de escape. No la perseguí. No tenía fuerzas.

Me quedé sola en la cubierta del acorazado, viendo cómo la silueta negra de Kaele desaparecía entre las nubes del norte. La ciudad estaba siendo recuperada, los siderianos estaban huyendo, pero la victoria sabía a hiel.

Había recuperado mi reino, pero había perdido el corazón de mi mundo.

Bajé a las calles de Valerius Magna. El pueblo me vitoreaba. Los dragones, liderados por un Arkon todavía débil, inclinaban la cabeza a mi paso. Silas se acercó a mí con una corona de plata recuperada del tesoro real.

—Lo habéis logrado, Majestad. Sideria se retira. Sois la única gobernante de este mundo.

Me puse la corona. Pesaba una tonelada. Sentí que el metal se enfriaba contra mi frente, fusionándose con mi piel de plata.

—Busca a Kaele —ordené, mi voz plana y sin emociones.

—Nuestros exploradores dicen que se dirige a los Páramos de Hielo. No quiere ser encontrado, Isadora.

—No he dicho que lo traigas —respondí, dándole la espalda para que no viera cómo mi luz parpadeaba por última vez antes de volverse de un blanco absoluto y estático—. He dicho que lo busques. Quiero saber dónde está mi enemigo.

Silas retrocedió, asustado por el término. —¿Enemigo? Majestad, él es vuestro...

—Él es un dragón que ha abandonado su puesto —sentencié—. Y yo soy la Reina que ya no tiene tiempo para traidores.

Me senté en el trono del palacio, rodeada de escombros y de la luz artificial de las farolas que empezaban a encenderse de nuevo. La tensión entre nosotros ya no era un malentendido; era un abismo de resentimiento y orgullo. Kaele me odiaba por elegir

el deber, y yo lo odiaba por hacerme sentir culpable por ser quien tenía que ser.

—Caminamos juntos por el fuego —susurré, mirando el asiento vacío a mi lado—, pero al final, parece que las cenizas solo me pertenecen a mí.

Capítulo 19: El Filo del Invierno y el Rugido del Exilio

Isadora

El frío que emanaba del trono de Valerius Magna no procedía del mármol, sino de la ausencia de vida que se había instalado en sus pasillos. La ciudad, ahora iluminada por una luz blanca, constante y gélida, funcionaba con la precisión de un reloj suizo, pero había perdido su alma. Los ciudadanos caminaban con la cabeza baja, agradecidos por la seguridad, pero intimidados por la figura que los observaba desde las alturas: una Reina cuya piel parecía estar hecha de escarcha y cuyos ojos ya no contenían auroras, sino el vacío del espacio exterior.

Mis dedos tamborileaban rítmicamente sobre el brazo del trono. Cada golpe resonaba en el salón vacío, un metrónomo de mi impaciencia. Frente a mí, los mapas de las Tierras Fronterizas mostraban manchas de fuego rojo: las aldeas periféricas que aún se resistían a la integración en el nuevo Sistema de Luz. Pero el problema no eran los humanos. El problema eran las sombras con alas que los protegían.

—Los informes son unánimes, Majestad —dijo Silas, cuya presencia era lo único que aún me recordaba a mi humanidad perdida—. No es una simple rebelión campesina. Los dragones que desertaron tras la ocupación sideriana se han agrupado en el Macizo de las Sombras. Y no solo están defendiendo su territorio; están atacando nuestras caravanas de suministros.

—¿Arkon sabe algo? —pregunté, sin desviar la mirada del mapa.

—Arkon está... dividido. Sigue fiel al trono, pero sus hermanos lo llaman traidor. Dicen que se ha convertido en la mascota de una Valerius más eficiente que su padre. —Silas hizo una pausa, midiendo sus palabras—. Dicen que el líder de la facción rebelde es alguien que conoce vuestras tácticas mejor que nadie.

—Kaele —pronuncié el nombre, y por un segundo, la escarcha de mi pecho crujió. Pero lo sofoqué rápidamente. La Isadora que se derrumbaba ante ese nombre había muerto en la cubierta del *Invicta*—. No es una rebelión, Silas. Es un desafío personal. Él cree que puede demostrar que mi orden es una tiranía. Pues bien, si quiere ser un forajido, lo trataré como tal.

Me levanté, y mi capa de luz líquida arrastró tras de sí una estela de partículas brillantes.

—Prepara a la Legión de la Aurora. No vamos a enviar embajadores. Vamos a llevar la "pacificación" al Macizo de las Sombras. Si Kaele quiere guerra, dejaré de ser la reina que lo salvó para ser la reina que lo someta.

Kaele

El Macizo de las Sombras era un lugar donde el sol nunca tocaba el fondo de los valles. Era un laberinto de picos afilados y cuevas profundas, el refugio perfecto para aquellos que el mundo del "orden" había dejado atrás. Aquí, el aire sabía a nieve vieja y a la sangre de las presas cazadas al amanecer.

Me encontraba en la cima del Risco del Cuervo, observando el valle inferior. Mi forma de dragón era ahora una pesadilla de obsidiana mate. Las escamas que antes brillaban bajo el sol ahora parecían absorber la luz, dejándome como una mancha de oscuridad absoluta contra la nieve. Mi fuego ya no era naranja o rojo; era un azul eléctrico, inestable, nacido del resentimiento y de la energía que Vespera me había drenado.

—Vienen, Kaele —dijo un joven dragón llamado Zephyr, aterrizando a mi lado. Estaba herido; un rayo de luz sólida le

había quemado el ala derecha—. La Reina ha cruzado el Paso de las Lágrimas. Trae consigo a los jinetes y esas nuevas máquinas de luz que disparan lanzas de energía.

—Ella no sabe cuándo detenerse —gruñí, y mi voz hizo que las piedras pequeñas rodaran por la pendiente—. Cree que puede domesticar el mundo con su brillo. Pero la sombra no se rinde, Zephyr. Se esconde, espera y muerde.

—Muchos tienen miedo, Kaele. Dicen que ella es invencible. Que su luz es la voluntad del mundo.

—Su luz es una jaula —respondí, poniéndome en pie. Mis garras se hundieron en el granito—. Y yo ya he pasado suficiente tiempo en jaulas, ya sean de plomo o de "amor". Dile a los hermanos que se preparen. No vamos a enfrentarnos a su legión en campo abierto. Los atraeremos al desfiladero. Allí, su luz solo servirá para que sepamos dónde apuntar.

Sentí una punzada en el pecho. El nexo, aunque roto y silencioso, todavía emitía ecos cuando ella estaba cerca. Era como el dolor de un miembro fantasma. Podía sentir su determinación gélida, su falta de duda. Ya no era la mujer que temblaba en mis brazos. Era un monolito. Y yo... yo era el viento que intentaba derribarlo.

Isadora

La marcha por el Macizo de las Sombras era un ejercicio de agonía logística. Las máquinas de luz se atascaban en la nieve profunda, y el aire era tan fino que los soldados humanos apenas podían respirar. Pero yo no sentía nada. Flotaba a unos centímetros del suelo, mi propia energía alimentando el calor de mis tropas, convirtiéndome en un sol artificial que avanzaba inexorablemente hacia el corazón de la rebelión.

—Majestad, el desfiladero del Eco está adelante —advirtió el general de la Legión—. Es una posición de emboscada clásica. Si los dragones nos atacan desde arriba, nuestras lanzas de luz tendrán poco ángulo.

—Que ataquen —dije. Mis ojos escanearon las cimas—. Lo que Kaele no entiende es que yo no necesito ángulo. Yo soy el origen.

Entramos en el desfiladero. Las paredes de piedra negra se alzaban a cientos de metros, cerrándose sobre nosotros como las mandíbulas de una bestia. El silencio era absoluto, roto solo por el crujido de la nieve bajo las botas.

De repente, un rugido que conocía hasta en la médula de mis huesos desgarró la quietud.

Desde las alturas, una mancha de oscuridad se lanzó en picado. No era un ataque de fuego; era un bombardeo de sombras cinéticas. Kaele golpeó el suelo frente a mi vanguardia con el impacto de un meteorito, levantando una nube de nieve y escombros que cegó a mis soldados.

—¡Fuego a discreción! —gritó el general.

Las lanzas de luz se encendieron, trazando líneas blancas en la penumbra. Pero Kaele se movía con una agilidad desesperada. Esquivaba los disparos, devolviendo golpes de cola que destrozaban las máquinas de guerra. No buscaba matar; buscaba desarmar, humillar.

—¡Basta! —grité.

Me elevé en el aire, mi luz estallando en un pulso que despejó la niebla y la nieve. El desfiladero se iluminó con la intensidad de un mediodía de verano. Kaele se detuvo en medio del caos, su cuerpo de obsidiana humeando bajo mi resplandor. Se transformó en su forma humana en un abrir y cerrar de ojos, de pie sobre una pila de metal retorcido.

Estábamos a diez metros el uno del otro. El campo de batalla se detuvo a nuestro alrededor. Los soldados y los dragones observaban, sabiendo que esto no era una guerra de ejércitos, sino un ajuste de cuentas entre dos corazones rotos.

Kaele

Verla de cerca era como mirar directamente al núcleo de un volcán de hielo. Estaba hermosa, en una forma terrorífica y distante. La corona de plata parecía haber crecido en sus sienes,

y su piel tenía una transparencia que me recordaba a las medusas de las profundidades: hermosa, pero letal al tacto.

—Has caído muy bajo, Kaele —dijo ella, su voz proyectada por la magia para que cada rincón del desfiladero la oyera—. Atacar suministros de aldeas hambrientas no es la rebelión de un héroe. Es el berrinche de un cobarde.

—¿Y qué es esto, Isadora? —pregunté, señalando a los soldados—. ¿La "iluminación" a punta de lanza? No has cambiado nada. Has sustituido el vapor por la aurora, pero el látigo sigue siendo el mismo. Solo que ahora el látigo brilla.

—El orden requiere sacrificio. Algo que tú, en tu egoísmo de dragón, nunca entenderás. —Ella dio un paso hacia delante, y la nieve a sus pies se evaporó instantáneamente—. Te di la oportunidad de ser el guardián de este mundo. Elegiste ser su parásito.

—Elegí ser libre de ti —escupí las palabras—. De tu ambición, de tu frialdad. Preferiría morir en este desierto que vivir en tu palacio de cristal, donde el amor se mide en términos de utilidad política.

Isadora cerró los ojos un instante, y vi una grieta en su máscara. Pero cuando los abrió, eran de un plata puro, sin pupilas.

—Si la libertad es lo que buscas, te la daré —dijo ella—. La libertad del vacío.

Lanzó una ráfaga de luz sólida. No era una advertencia; era un golpe letal. Me arrojé hacia un lado, sintiendo el calor quemar mi túnica. Respondí con una ráfaga de mi fuego azul, una llama que no quemaba la carne, sino que drenaba la energía. Las dos fuerzas chocaron en el centro, creando una explosión de vacío que nos lanzó a ambos hacia atrás.

Isadora

El impacto me dolió, pero el dolor era un recordatorio de que todavía estaba viva. Me puse en pie, sintiendo cómo mi energía

se estabilizaba. Kaele también se levantaba, con un rastro de sangre negra en la comisura de sus labios.

—Caminamos juntos por el fuego —susurré, y esta vez el nexo se abrió por la pura fuerza de mi voluntad, obligándolo a escucharme en su mente—. Pero tú fuiste el primero en soltarme, Kaele. Me dejaste en ese salón porque tu orgullo era más grande que tu lealtad.

—*¡Te dejé porque ya no estabas allí!* —su voz resonó en mi cabeza, cargada de una agonía que me hizo tambalear—. *¡Habías dejado paso a la Reina antes de que Vespera siquiera tocara la puerta! ¡Me miraste como a una herramienta que se puede reemplazar!*

—*¡Era mi pueblo!*

—*¡Yo era tu vida!*

La furia estalló en ambos. Nos lanzamos el uno contra el otro, olvidando las armas, olvidando la magia a distancia. Fue una pelea física, brutal, en medio de la nieve. Mis manos, cargadas de luz, golpeaban su pecho; sus garras desgarraban mi túnica de seda. Rodamos por la pendiente, dos fuerzas de la naturaleza intentando destruirse para dejar de sentir el peso del otro.

Lo inmovilicé contra una pared de roca, mis manos rodeando su cuello, mi luz quemándole la piel. Él me tenía sujeta por las muñecas, sus colmillos de dragón a centímetros de mi yugular.

—Hazlo —siseó él—. Termina el trabajo de tu familia. Mata al último dragón que se atrevió a amarte.

—No me obligues, Kaele —dije, mis lágrimas hirviendo sobre sus mejillas—. Vuelve a Valerius. Acepta el perdón.

—¿Perdón? ¿De quién? ¿De la mujer que me cortó el alma para poder gobernar mejor? —Él soltó una carcajada amarga—. Prefiero ser tu enemigo, Isadora. Al menos como enemigo, sé que piensas en mí todas las noches.

Kaele

La miré a los ojos y vi el abismo. Vi que ella no podía retroceder. Su corona no era solo un adorno; era una parte de su

ser. Si ella cedía ahora, si me perdonaba, su reino se desmoronaría, porque su poder se basaba en la infalibilidad. Y ella lo sabía.

Usé mi fuerza de dragón para lanzarla lejos de mí. Me puse de pie, jadeando, sintiendo que mi fuego interno se agotaba.

—Esta no es la última batalla, Isadora —dije, transformándome lentamente en mi forma de obsidiana—. Puedes llevarte tus tierras fronterizas. Puedes quemar nuestras cuevas. Pero mientras yo respire, tu orden nunca será total. Siempre habrá una sombra que tu luz no pueda alcanzar.

Me elevé en el aire, mis alas batiendo con una fuerza que levantó una tormenta de nieve. Mis hermanos dragones se unieron a mí, surgiendo de las grietas de la roca como fantasmas.

—¡Retirada! —gritó el general de Isadora, al ver que la posición era insostenible ante una fuerza de ataque aérea coordinada.

Isadora se quedó allí, en medio del desfiladero, pequeña y solitaria bajo su propio halo de gloria. No ordenó que me dispararan. Simplemente me observó marcharme, una silueta de plata contra un mundo de gris.

Isadora

Regresé a Valerius Magna una semana después. La campaña fue declarada un "éxito estratégico" en los boletines oficiales. Habíamos asegurado las fronteras y dispersado a los rebeldes. Pero cuando caminé por los pasillos del palacio, el eco de mis propios pasos me recordaba que la victoria era una mentira.

Me encerré en mi habitación, la misma donde una vez Kaele me había prometido que seríamos un hogar. Me quité la corona y la dejé sobre la mesa. Mis manos temblaban.

—¿Majestad? —Silas llamó suavemente a la puerta.

—Déjame sola, Silas.

—Hay… hay una carta. Fue encontrada en una de las cuevas del Macizo. Es para vos.

Silas dejó el sobre sobre la mesa y se retiró. Lo abrí con dedos torpes. Dentro no había una carta, sino un pétalo de una flor de cristal, una de las que yo misma había creado cuando todavía creía en los milagros. El pétalo estaba carbonizado por los bordes, pero en su centro todavía quedaba un rastro de luz.

No había mensaje, pero el significado era claro. Kaele todavía guardaba los restos de lo que fuimos, no como un tesoro, sino como un recordatorio del incendio que nos había consumido.

Me senté en el suelo, abrazando mis rodillas. La Reina de la Aurora, la soberana indiscutible, la mujer que había vencido al hierro y a la traición, estaba llorando en la oscuridad. Porque al final, la luz es solitaria. La luz no tiene a nadie que la sostenga cuando el día termina.

—Caminamos juntos por el fuego —susurré a la habitación vacía—, pero yo soy la única que se quedó en las cenizas.

La tensión entre nosotros era ahora una herida abierta, infectada por el orgullo y el deber. Sabía que volveríamos a encontrarnos. Sabía que la próxima vez, la sangre sería real y el perdón sería imposible. Pero hasta entonces, viviría en mi reino de luz gélida, esperando el rugido de la sombra que, muy a mi pesar, seguía siendo la única cosa que me hacía sentir viva.

Capítulo 20: Las Cenizas de Sideria y la Verdad de Cristal

Isadora

El Palacio de la Aurora era ahora un reloj de arena gigante donde cada grano que caía era una mota de escarcha. La soledad de la corona no era un mito poético; era una temperatura. Desde mi enfrentamiento con Kaele en el Macizo de las Sombras, el mundo se había vuelto un lugar binario: luz u oscuridad, orden o caos, lealtad o traición. No había matices en mi reino, porque los matices requerían una calidez que yo ya no estaba dispuesta a permitirme.

El invierno perpetuo que se había instalado en mi pecho se vio sacudido por un vacío repentino en el palacio. No era la ausencia de Kaele —esa era una herida vieja ya—, sino un silencio en las bibliotecas, un hueco en los pasillos donde solía resonar la voz tranquilizadora de Silas. Mi heraldo, mi consejero, el único puente que me quedaba con la Isadora que una vez fue simplemente una mujer, había desaparecido.

En su lugar, sobre la mesa de mapas, encontré un cilindro de metal sideriano. Al tocarlo, un holograma de vapor se proyectó en el aire frío de mi estudio. Era la figura de Vespera, tan impecable y gélida como siempre.

—Has ganado una batalla en la nieve, Isadora, pero has perdido el hilo de tu propia historia —dijo la proyección, su voz destilando una elegancia venenosa—. Si quieres recuperar a tu pequeño bibliotecario antes de que su sangre alimente nuestras nuevas turbinas, ven a las ruinas de la Ciudad de Azufre. Trae a tu dragón exiliado contigo. Hay secretos enterrados bajo el hollín que incluso una Reina de la Aurora debería conocer antes de que su luz se apague para siempre.

Cerré el cilindro con tanta fuerza que el metal se combó bajo mi mano. No necesitaba buscar a Kaele; sabía que él también habría recibido el mensaje. Vespera no quería a Silas; quería el

enfrentamiento final. Quería ver cómo nos despedazábamos el uno al otro en el lugar donde el odio de Kaele por la humanidad había nacido.

Kaele

La Ciudad de Azufre era una herida abierta en la tierra, un recordatorio de lo que sucede cuando el hierro intenta devorar al sol. Ochenta años atrás, este lugar fue el orgullo de Sideria; ahora, era un esqueleto de acero retorcido y nubes de gas tóxico que solo los dragones podíamos respirar sin morir en minutos.

Aterrizé en la plaza central, donde los restos de la Catedral del Vapor se alzaban como costillas de un gigante muerto. Mis alas de obsidiana se plegaron con un crujido metálico. No estaba solo.

A unos metros, un rayo de luz blanca descendió del cielo ceniciento. Isadora aterrizó con la suavidad de un espectro. Llevaba su armadura de combate, una malla de luz sólida que la hacía parecer una estatua de diamante. Nos miramos, y el aire entre nosotros se cargó de una estática tan violenta que las chispas saltaron de los escombros.

—Has venido —dije, mi voz resonando en el silencio de la ciudad muerta.

—Silas está aquí —respondió ella, y sus ojos de plata me recorrieron con una frialdad que dolió más que cualquier lanza—. Y tú también. Supongo que Vespera sabe exactamente qué cuerdas pulsar para que sus marionetas bailen.

—No soy la marioneta de nadie, Isadora. He venido a terminar esto.

—¿A terminar qué, Kaele? ¿Nuestra guerra? ¿O tu propia agonía?

Antes de que pudiera responder, las compuertas de la catedral se abrieron. Vespera salió a la luz mortecina, arrastrando a un Silas encadenado y pálido, pero vivo. Detrás de ella, una máquina inmensa, un híbrido de tecnología sideriana y cristales de aurora robados, zumbaba con un tono bajo que hacía vibrar mis colmillos.

—Bienvenidos al hogar de vuestros pecados —dijo Vespera, soltando las cadenas de Silas, que cayó de rodillas—. Kaele, siempre dijiste que yo te traicioné. Isadora, siempre creíste que tu luz era un regalo divino, una bendición de la tierra para la heredera legítima. Ambos vivís en mentiras tan hermosas que me da casi pena destruirlas.

Isadora

—Cállate, Vespera —dije, dando un paso adelante. Mi luz empezó a pulsar, iluminando las ruinas con un fulgor violento—. Suelta a Silas y quizás deje que te marches con vida.

—¿Vida? —Vespera soltó una carcajada amarga—. Mi vida terminó cuando el padre de Kaele y tu abuelo, el Rey Valerius el Viejo, firmaron el Pacto del Hierro Sangriento. ¿Crees que tu luz nació de la nada, Isadora? ¿Crees que eres especial?

Vespera activó una consola en su máquina. Unas pantallas de cristal líquido mostraron registros antiguos, diagramas que hacían que mi sangre se enfriara.

—La Luz Primordial no fue un regalo —continuó Vespera, mirando a Kaele—. Fue un experimento. Los Valerius querían el poder de los dragones sin las escamas. Usaron a la madre de Kaele, una hembra de la estirpe del sol, y la mantuvieron en estas mismas catacumbas durante décadas. Extrajeron su esencia, la destilaron, la purificaron... y la inyectaron en el linaje real humano.

Miré a Kaele. Su rostro era una máscara de horror puro. Sus ojos ámbar temblaban mientras observaba las imágenes de una dragona encadenada, su luz siendo succionada por jeringas de hierro.

—Tú no eres una Reina de la Luz, Isadora —siseó Vespera—. Eres el resultado de un laboratorio. Tu "aurora" es la sangre procesada de la madre de Kaele. Cada vez que brillas, cada vez que usas tu poder para "salvar" al mundo, estás consumiendo el legado robado de su especie. Los Valerius no son salvadores; son parásitos que se disfrazaron de sol.

Kaele

El mundo se detuvo. El ruido del viento en las ruinas, el siseo del gas, el latido de mi propio corazón... todo se desvaneció, dejando solo la imagen de Isadora. Ella se tambaleó, sus manos brillando con esa luz que yo siempre había amado, esa luz que ahora sabía que procedía del tormento de mi propia madre.

—No... —susurró ella, mirando sus manos como si fueran garras manchadas de sangre—. No puede ser verdad.

—Es la verdad que tu abuelo borró de los libros —dijo Vespera, acercándose a ella—. Y es la razón por la que Kaele siempre se sintió atraído por ti. No era amor, Isadora. Era instinto. Su esencia reconociendo lo que le fue robado. Eres una trampa biológica, una imitación barata de la grandeza dragón.

Miré a Isadora y sentí una oleada de náuseas. Todo nuestro romance, cada beso, cada promesa de "enemies to lovers", se sentía ahora como una profanación. Ella llevaba mi herencia en sus venas, una herencia obtenida a través de la tortura. Mi amor no era una elección; era un eco de un crimen ancestral.

—¿Kaele? —preguntó ella, extendiendo una mano hacia mí. Su voz era un hilo de desesperación—. Por favor, mírame. Yo no lo sabía. Yo...

—No me toques —dije, y mi voz salió con un rugido que hizo que el suelo se agrietara.

Me transformé, pero esta vez la transformación no fue controlada. Fue un estallido de odio y dolor. Mi fuego negro se volvió una tormenta de ceniza. Me lancé no contra Vespera, sino contra el altar de la catedral, destrozándolo con mis garras.

—¡Lo sabías! —le grité a Isadora a través del nexo, que ahora era un canal de agonía pura—. ¡En el fondo lo sabías! ¡Por eso siempre te sentiste tan "cómoda" conmigo! ¡Porque me estabas devorando incluso antes de conocerme!

—*¡No! ¡Kaele, detente!* —ella lloraba, su luz parpadeando erráticamente—. *¡Yo te amo! ¡Eso es real!*

—*¡Nada es real!* —respondí, golpeando el suelo—. *Eres una Valerius. Eres el hierro disfrazado de aurora. Eres la asesina de mi*

madre.

Isadora

El dolor de Kaele me atravesaba como mil espadas de hielo. Ver la verdad reflejada en su odio fue el golpe definitivo a mi cordura. Mi luz, mi preciada luz, empezó a cambiar. Ya no era blanca; se volvió de un color gris metálico, pesado. Estaba empezando a colapsar sobre sí misma, volviéndose la energía de la destrucción que siempre había contenido en su núcleo robado.

—Esto es lo que quería —dijo Vespera, observando el caos con satisfacción—. Que veáis lo que sois en realidad. Dos monstruos creados por la ambición de hombres muertos. Ahora, Kaele, termina con ella. Recupera tu esencia. Si la matas aquí, en el altar de tu madre, su luz volverá a ti. Podrás ser el Rey Dragón que el mundo teme.

Kaele se giró hacia mí. Sus ojos eran dos pozos de fuego negro, sin rastro de la ternura que una vez habitó en ellos. Se agazapó, sus alas proyectando una sombra que cubría toda la plaza.

—Hazlo, Kaele —dije, dejando caer mis manos a los lados. Apagué mi escudo. Me quedé desnuda frente a su furia—. Si mi vida es un robo, tómala. Si mi luz es tu sangre, recupérala. No quiero ser esta reina si el precio fue tu dolor.

Me quedé inmóvil, esperando el golpe final. Silas gritaba desde las sombras, pero su voz era un murmullo lejano. Kaele rugió, un sonido que sacudió los cimientos de la Ciudad de Azufre, y se lanzó sobre mí.

Kaele

Mis garras estaban a centímetros de su garganta. Podía oler su miedo, pero también su resignación. Ella no estaba luchando. Estaba aceptando su destino con esa misma terquedad que me había enamorado. Y en ese microsegundo, en el nexo que aún nos unía por un hilo invisible, sentí algo que no era odio.

Sentí su pureza.

Isadora no era responsable de los pecados de sus antepasados. Ella era una víctima tanto como yo, una mujer nacida con una carga que nunca pidió, obligada a ser una luz en un mundo que solo quería usarla. Mi madre... mi madre no querría que recuperara su esencia a través del asesinato.

Frené mi ataque de golpe, mis garras apenas rozando su piel de plata. El impacto de mi propia inercia me hizo rodar por el suelo, volviendo a mi forma humana entre los escombros.

—No —susurré, jadeando—. No te daré ese gusto, Vespera.

—¿Qué? —Vespera dio un paso atrás, su rostro de porcelana retorciéndose de rabia—. ¡Ella es la ladrona! ¡Mátala y sé libre!

—La libertad no se construye sobre más cadáveres —dije, levantándome con dificultad. Miré a Isadora. Ella seguía allí, temblando, con los ojos llenos de una tristeza infinita—. Te odio por lo que llevas dentro, Isadora. Te odio porque cada vez que te miro, veré el dolor de mi estirpe. Pero no puedo matarte. Porque eso me convertiría en un Valerius.

Isadora soltó un sollozo que me desgarró el alma, pero no se acercó. Sabía que la distancia entre nosotros era ahora infranqueable. No era solo política; era biológica. Era una herida en la realidad que ninguna magia podía cerrar.

Isadora

—Vespera ha terminado su función —dije, mi voz volviéndose plana, desprovista de emoción. Me giré hacia la baronesa, y mi luz estalló con una intensidad que hizo que la máquina sideriana empezara a fundirse—. Has intentado usarnos una última vez. Pero solo has logrado recordarnos por qué el hierro debe ser erradicado.

No fue un ataque de aurora. Fue un ataque de pura presión lumínica. El Sifón de Almas de Vespera estalló en una lluvia de cristales y vapor. Vespera intentó huir hacia las sombras, pero la onda de choque la lanzó hacia el abismo de las antiguas minas. No miré para ver si caía. No me importaba.

Caminé hacia Silas y corté sus cadenas con un gesto. Él me miró con terror, habiendo escuchado toda la verdad.

—Vuelve a la ciudad, Silas —ordené—. Diles que la Reina está bien. Diles que la Exposición continúa.

—¿Y vos, Majestad?

Miré a Kaele. Él estaba de espaldas, observando las ruinas de su pasado. No se giró. No me llamó. El nexo estaba ahí, pero era como un cable muerto, transmitiendo solo el frío del vacío.

—Yo tengo que aprender a vivir con un fantasma —respondí.

Kaele

Isadora se marchó con Silas, elevándose hacia el cielo en un estallido de luz que me pareció, por primera vez, artificial y amarga. Me quedé solo en la Ciudad de Azufre, entre los huesos de mi madre y las cenizas de mis ilusiones.

Nuestra relación no estaba rota; estaba aniquilada. No había vuelta atrás después de esta revelación. Cada vez que nos encontráramos en el futuro, no vería a mi amante; vería el receptáculo de un crimen. Y ella, cada vez que me mirara, vería el juicio de una raza que su familia casi exterminó.

La tensión entre nosotros era ahora irreconciliable. Éramos dos polos iguales intentando juntarse, repelidos por la misma fuerza que una vez nos atrajo.

—Caminamos juntos por el fuego —dije al viento, mi voz perdiéndose en el siseo del azufre—, pero el fuego era el cuerpo de mi madre consumiéndose para iluminar tu trono.

Me transformé en dragón y volé en dirección opuesta, hacia el norte más profundo, hacia donde el sol no llegaba y la luz robada de Isadora no pudiera recordarme lo que había perdido. El amor había muerto en la Ciudad de Azufre, y en su lugar, solo quedaba una deuda de sangre que el tiempo difícilmente podría saldar.

Isadora

Regresé a Valerius Magna y me senté en el trono. Me puse la corona. Sentí su peso no sobre mi cabeza, sino sobre mi alma.

Ahora sabía por qué la corona estaba hecha de plata: para camuflar el brillo del robo.

Miré a mi pueblo desde el balcón. Ellos no sabían nada. Ellos veían a su Reina Radiante. No sabían que su luz era un grito de agonía procesado. No sabían que su Lord Protector nunca volvería porque no podía soportar el olor de su propia madre en el aliento de su reina.

Me quedé allí, inmóvil, una estatua de luz en un reino de sombras. El romance había terminado. La guerra de la verdad había comenzado. Y mientras la luz de la aurora brillaba sobre la ciudad, supe que yo era la mentira más hermosa jamás contada.

La grieta era total. Kaele y yo ya no éramos enemigos que se amaban; éramos dos supervivientes de un apocalipsis personal, separados por un océano de sangre destilada. Y en el silencio de mi cámara real, comprendí que la soledad de la luz es el precio de la verdad.

Capítulo 21: El Reflejo de la Escarcha y el Hambre del Nexo

Isadora

El invierno se había mudado al interior de mis huesos. Me encontraba en el Balcón de los Suspiros, observando cómo la ciudad bullía bajo un orden que rozaba la tiranía. Valerius Magna era ahora un mecanismo perfecto, pero yo me sentía como un engranaje desgastado. Mi luz, antes cálida y cambiante, se había vuelto de un blanco estático, una claridad que no iluminaba, sino que cegaba.

—Majestad, los niveles de inestabilidad en el Núcleo han vuelto a subir —anunció Silas, su voz cargada de una fatiga que yo misma compartía—. El consejo de ingenieros sugiere que...

—El consejo no sabe nada, Silas —le interrumpí, sin girarme. Mis dedos trazaron una línea de escarcha en la barandilla de mármol—. Lo que el Núcleo necesita no es más vapor ni más ajustes técnicos. Necesita lo que me falta a mí.

Me miré las manos. Bajo la piel translúcida, mis venas brillaban con un violeta oscuro, casi negro. Desde que supe que mi poder era un robo, mi cuerpo había empezado a rechazarlo. Era una enfermedad mística: la "Rechazo de la Estirpe". La esencia de la madre de Kaele, que durante generaciones había alimentado a mi familia, estaba empezando a volverse tóxica dentro de un recipiente que ahora conocía su propia mentira.

—Habéis recibido otra oferta de alianza del Reino del Sur —continuó Silas, intentando desviar el tema—. El Príncipe Alaric insiste en visitarnos. Dice que sus eruditos tienen tratados sobre el equilibrio de energías naturales.

—Alaric es un oportunista que busca una reina debilitada para expandir sus campos de trigo —respondí con desdén—. Que espere en la frontera. No permitiré que ningún humano vea cómo mi luz se desmorona.

A pesar de mis palabras, sentía una punzada de envidia hacia esos reinos que vivían bajo el sol natural. Hombres y mujeres que

no dependían de la agonía procesada de otra especie para ver en la oscuridad. Pero esa envidia era sofocada por una sensación mucho más potente: un hambre en el nexo que me quemaba las entrañas.

Kaele.

Lo odiaba. Le odiaba por haberme dejado sola con esta corona de ceniza. Le odiaba por haberme mirado como a una asesina en la Ciudad de Azufre, cuando yo solo era la víctima de un legado que no elegí. Pero más que odiarlo a él, odiaba mi propia fidelidad. Mi mente buscaba su rastro en el viento todas las noches. Mi alma seguía encadenada a su recuerdo con una lealtad que mi orgullo no lograba romper.

Kaele

El Norte Profundo no era lo suficientemente frío como para apagar el incendio de mi sangre. Había pasado un año en las cavernas de los Picos de Escarcha, rodeado de dragones que me miraban con una mezcla de respeto y lástima. Mi forma de obsidiana se había vuelto más tosca, más salvaje. Las cicatrices de las jeringas de hierro en mis hombros palpitaban cada vez que la luz de Valerius Magna alcanzaba el horizonte.

—Está ocurriendo, ¿verdad? —preguntó Arkon, aterrizando con pesadez sobre la nieve azulada.

—No sé de qué hablas —gruñí, aunque el nexo me estaba enviando oleadas de náuseas y frío que no me pertenecían.

—La luz de Isadora se está pudriendo, Kaele. El Rechazo de la Estirpe es real. Si no vuelves para estabilizarla, ella se convertirá en una supernova de sombra. Borrará la ciudad y se consumirá en el proceso.

—Que lo haga —dije, aunque mis garras se hundieron involuntariamente en el hielo hasta hacerlo estallar—. Ella eligió ser esa reina. Ella eligió quedarse con la esencia de mi madre para alimentar sus farolas. Que arda con su preciado orden.

—Mientes —Arkon se acercó, sus ojos plateados brillando con sabiduría—. No la odias por lo que es. La odias porque no puedes

dejar de ser parte de ella. Tu fidelidad es tu propia jaula, Kaele. Estás aquí, en el fin del mundo, y sigues contando sus latidos.

Rugí, y una llamarada de fuego azul eléctrico iluminó el valle. Era verdad. Odiaba que, después de toda la traición, después de saber que ella era el receptáculo de la tortura de mi madre, mi cuerpo seguía reclamándola. Mi nexo no buscaba venganza; buscaba el contacto. Sentía su debilidad, y cada vez que ella flaqueaba, una parte de mi fuego moría.

—Si ella muere —continuó Arkon—, la esencia de nuestra madre se perderá para siempre en la nada. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que el último rastro de tu estirpe se apague por tu orgullo?

No respondí. Me lancé al aire, batiendo mis alas con tal fuerza que creé una tormenta de nieve a mi alrededor. No volé hacia el norte. Volé hacia el sur, hacia la luz violeta y enferma que manchaba el cielo nocturno. No iba a salvar a la Reina; iba a reclamar lo que era mío.

Isadora

El Gran Baile de la Exposición era una farsa necesaria. Debía mostrarme ante los embajadores —incluido el persistente Alaric, que me observaba desde lejos con una mezcla de ambición y deseo— como una soberana inquebrantable. El salón estaba lleno de música, pero yo solo oía el latido irregular de mi propio poder.

De repente, la luz del salón cambió.

No fue un parpadeo de las lámparas, sino una intrusión de sombras. El aire se volvió pesado, saturado del olor a azufre y tormenta. El nexo, que había estado dormido y frío, estalló en un clamor de advertencia y posesión.

¡FUERA!

La proyección mental fue tan potente que los músicos dejaron de tocar y las copas de cristal estallaron. Me sujeté al trono, sintiendo cómo mi luz violeta reaccionaba a la presencia que se acercaba.

Las puertas del salón no se abrieron; se desintegraron.

Kaele entró caminando con la pesadez de una deidad caída. Su túnica de cuero negro estaba cubierta de escarcha y sus ojos ámbar eran dos pozos de furia incandescente. Los guardias de la Legión de la Aurora intentaron interponerse, pero él simplemente pasó entre ellos, y el aura de calor que emanaba de su cuerpo los lanzó hacia atrás.

—¿Cómo te atreves? —mi voz vibró con una mezcla de alivio y rabia que odié profundamente—. ¡Te exilié! ¡Te prohibí volver a pisar este palacio!

—Este palacio está construido sobre los huesos de mi gente, Isadora —dijo él, deteniéndose al pie del estrado—. No necesito permiso para entrar en mi propio cementerio.

Se acercó más. Podía sentir su fuego, ese calor salvaje que mi cuerpo recordaba con una traición instintiva. Alaric, intentando demostrar un valor que no poseía, desenvainó su espada decorativa y se puso entre nosotros.

—Lord Protector —dijo Alaric con voz firme—, la Reina no desea vuestra presencia. Retiraos o...

Kaele ni siquiera lo miró. Extendió una mano y, con un movimiento casi perezoso, agarró la espada por el filo. El metal se puso al rojo vivo instantáneamente y se dobló como si fuera cera.

—Vete, humano —gruñó Kaele—. Antes de que olvide que Isadora prefiere la paz a las cenizas.

Alaric retrocedió, pálido, y tras una mirada de impotencia hacia mí, se retiró junto con el resto de la corte, que huía despavorida del salón. Nos quedamos solos bajo la luz agonizante de las lámparas.

Kaele

Me quedé observándola. Estaba más delgada, su piel casi translúcida, y esa luz violeta que la rodeaba era como un parásito alimentándose de su vida. El odio que sentía por los Valerius luchó contra la agonía de verla así.

—Mírate —dije, mi voz rompiéndose—. Te estás convirtiendo en ceniza. Tu propio poder te está devorando porque sabe que no te pertenece.

—¡Es lo que querías, ¿no?! —gritó ella, bajando del trono. Se detuvo a un paso de mí, y el choque de nuestras auras hizo que el suelo de mármol crujiera—. ¡Querías que pagara! Pues bien, aquí me tienes. Me estoy muriendo, Kaele. La sangre de tu madre me está matando. ¿Has venido a disfrutar del espectáculo o a terminar el trabajo?

—He venido porque no puedo dejar que te apagues —confesé, y la verdad me dolió más que las cadenas de Sideria—. No por ti, no por tu reino. Sino porque mi alma no conoce otra dirección que la tuya.

La tomé por los hombros. Su piel quemaba con un frío estelar, un contraste violento con el calor de mi propia esencia. Ella intentó zafarse, golpeando mi pecho con sus puños cargados de luz, pero no la solté.

—¡Suéltame! —sollozó—. ¡Me odias! ¡Dijiste que nada era real!

—¡Dije muchas cosas en medio de una catedral en ruinas! —rugí, pegando su frente a la mía—. Pero sigo aquí. He volado por encima de mil leguas de hielo solo porque sentí que tu corazón fallaba un latido. ¿Crees que un dragón es fiel por elección? Es nuestra maldición, Isadora. Y tú eres la mía.

Isadora

Odiaba su contacto. Lo odiaba porque me recordaba que, a pesar de todo el orden que había impuesto, seguía siendo una esclava de mis sentimientos por él. Mi fidelidad no era una virtud; era una enfermedad. Por mucho que Alaric me ofreciera una vida tranquila, por mucho que el mundo me ofreciera otros pretendientes, ninguno de ellos podía hacerme sentir este incendio interno.

—No te perdonaré, Kaele —susurré, enterrando mis uñas en sus brazos—. No te perdonaré que me mires y veas a tu madre,

pero que aun así me toques. No te perdonaré que me hagas sentir que mi vida solo vale si tú me sostienes.

—No busco tu perdón —respondió él, y su mano subió hasta mi nuca, obligándome a mirarlo—. Busco el equilibrio.

Me besó. No fue un beso de amor, ni de reconciliación. Fue un beso de transferencia, un acto de supervivencia mística. Sentí cómo su fuego azul fluía hacia mi garganta, chocando con mi luz violeta y neutralizando el veneno del Rechazo de la Estirpe. Fue agónico. Sentí mis venas expandirse, mi luz cambiar de color, volviendo a un blanco puro y estable mientras su energía dragón "domesticaba" la esencia robada en mi interior.

Cuando nos separamos, yo estaba jadeando, apoyada en su pecho. Mi luz era ahora fuerte, vibrante, recuperada. Pero mi espíritu estaba destrozado.

—Ya está —dijo él, soltándome con una brusquedad que me hizo tambalear—. Estás a salvo. Tu luz volverá a brillar para tus súbditos y tus pretendientes humanos.

—¿Eso es todo? —pregunté, sintiendo un vacío inmenso—. ¿Vienes, me salvas y te vuelves a marchar a tus montañas?

—¿Qué quieres que haga, Isadora? ¿Que me siente a tu lado en ese trono y finja que no sé de qué está hecha tu corona? —Kaele se dio la vuelta, dirigiéndose hacia el balcón—. Te mantendré viva porque no puedo evitarlo. Pero no me pidas que te ame mientras lleves esa sangre en tus venas.

—Caminamos juntos por el fuego —dije, y él se detuvo en seco, sin girarse—, pero ahora sé que el fuego siempre fue tuyo. Yo solo soy la que se calienta en tus restos.

Kaele saltó al vacío, transformándose en dragón antes de que el ojo humano pudiera seguirlo. Se perdió en la noche, dejando tras de sí un rastro de ceniza y una reina que, aunque recuperada físicamente, ahora sabía que su fidelidad a él era su mayor tormento.

Me senté de nuevo en el trono. Mi luz era perfecta. Mi poder era inmenso. Pero en el silencio del salón de baile, comprendí que la tensión entre nosotros era ahora una cuerda de piano tensada al límite: cualquier movimiento hacia el perdón o hacia el olvido la

rompería para siempre. Era fiel a un hombre que me despreciaba, y él era fiel a una mujer que representaba su mayor dolor.

Capítulo 22: El Códice de la Sangre y el Sacrificio de la Luz

Isadora

El eco de las alas de Kaele aún vibraba en las vidrieras del gran salón cuando el silencio regresó, pesado y asfixiante como un sudario. Mi luz, ahora estabilizada por su fuego, brillaba con una intensidad renovada, pero me sentía como un cadáver pintado de colores vivos. La energía que recorría mis venas ya no me quemaba, pero el conocimiento de su origen —y la forma en que Kaele me había mirado mientras me salvaba— era un veneno más lento y eficaz.

Me quedé de pie en medio del desastre del baile, rodeada de cristales rotos y el rastro de azufre que Kaele siempre dejaba tras de sí. Los nobles, que habían empezado a asomar tímidamente por las puertas, retrocedieron al ver mi expresión. No había rastro de la reina compasiva; solo quedaba el fulgor blanco y gélido de una mujer que acababa de comprender que su existencia era una deuda que nunca podría pagar.

—Silas —dije, sin levantar la voz, pero mi tono cortó el aire como una cuchilla.

Mi consejero apareció de entre las sombras de las columnas. Sus manos temblaban mientras sostenía su túnica. Había visto el beso, había sentido la transferencia de poder, y sabía, mejor que nadie, que el equilibrio que acabábamos de alcanzar era una tregua firmada sobre un precipicio.

—Llevad a los invitados a sus aposentos. Decidles que el incidente ha sido... una purificación necesaria del sistema de luz —ordené—. Y después, Silas, ven a mi estudio privado. Trae la llave del archivo de plomo.

—Majestad... ese archivo no se ha abierto desde la muerte de vuestro abuelo —balbuceó él—. Se dice que lo que hay allí es...

—Lo que hay allí es la verdad —le interrumpí—. Y estoy harta de vivir en una mentira iluminada.

Caminé hacia mis estancias, sintiendo cómo mi fidelidad a Kaele se retorcía en mi pecho. Lo odiaba por haber vuelto solo para demostrarme que lo necesitaba. Lo odiaba por ser el único hombre en el mundo que podía tocarme sin desintegrarse, y por recordarme, con cada roce, que yo era la heredera de sus verdugos. Pero, sobre todo, me odiaba a mí misma por sentirme completa solo cuando su fuego corría por mis venas.

Silas

Entré en el estudio de la Reina una hora después. El aire estaba cargado de electricidad estática. Isadora estaba sentada frente a la chimenea, pero no había fuego en ella; la luz emanaba directamente de su piel, proyectando sombras alargadas y distorsionadas contra las paredes.

—Aquí está, Majestad —dije, depositando un cofre de plomo sobre la mesa. Pesaba más de lo que su tamaño sugería.

Isadora se levantó y, con un gesto de la mano, fundió la cerradura de hierro. Dentro, envuelto en telas que olían a conservantes químicos y tiempo, había un diario de cuero negro con el emblema de los Valerius en oro viejo.

—Mi abuelo, el Rey Valerius el Viejo, era un hombre de lógica —dijo ella, pasando las páginas con dedos temblorosos—. Él no creía en la magia como un milagro, sino como un recurso. Aquí están los cálculos... las dosis de esencia dragón... las fechas de los "ordeños" de la madre de Kaele.

Se detuvo en una página cuyas esquinas estaban manchadas de algo oscuro y seco. Sus ojos se abrieron de par en par.

—Silas... escucha esto: *"La esencia es inestable en el tejido humano. Con el tiempo, la sangre real intentará purgar el elemento extraño, lo que llevará a la combustión espontánea del portador. Solo hay una forma de estabilizar la unión de forma permanente o de revertirla sin matar al sujeto*".

—¿Revertirla? —pregunté, sintiendo un nudo en la garganta—. ¿Podríais volver a ser humana, Majestad? ¿Sin la luz?

—"Para revertir el proceso y purificar la sangre real de la mancha dragón, se requiere el Corazón de la Estirpe. Un sacrificio voluntario del último donante de sangre pura. La muerte del dragón original o de su descendiente directo, cuyo fuego debe ser consumido por el portador de la luz en un altar de hierro frío".

El silencio que siguió fue absoluto. Isadora dejó caer el diario sobre la mesa. Su luz parpadeó, volviéndose gris por un segundo. La solución a su tormento, la forma de dejar de ser un "monstruo" y de liberarse de la carga de Kaele, era matarlo. Consumir su corazón.

—Es una trampa —susurró ella, su voz quebrada—. El sistema fue diseñado para que los Valerius tuviéramos que exterminar a los dragones para sobrevivir. No es un error biológico, es un plan de seguro. Si el dragón se rebela, la reina debe matarlo para no morir ella misma.

Kaele

Me encontraba en un risco, a pocos kilómetros de la ciudad, lamiendo mis heridas emocionales mientras el frío de la noche intentaba apagar el calor residual de Isadora en mi piel. Mi nexo con ella, ahora saturado por mi propio fuego, era un canal abierto de angustia.

Sentí el momento en que ella leyó el diario. Sentí el horror, el descubrimiento y, finalmente, la fría comprensión.

Así que ese es el secreto de tu abuelo, Isadora, pensé, mirando hacia las luces de la ciudad que yo mismo había ayudado a mantener encendidas. *Me necesitas vivo para no quemarte hoy, pero me necesitas muerto para ser libre mañana.*

Rugí hacia la luna, un sonido lleno de una amargura que podría haber marchitado los bosques. Mi fidelidad hacia ella era una broma cruel del destino. Había vuelto para salvarla, para equilibrar su luz, sabiendo que al hacerlo estaba entregándole el

cuchillo con el que podía degollarme. Mi propia esencia ahora vivía en ella, susurrándole que mi muerte era su única salvación.

—¿Vas a dejar que lo haga? —preguntó Arkon, surgiendo de la oscuridad. El viejo dragón plateado me observaba con una tristeza infinita.

—Ella no es como su abuelo —dije, aunque mis propias dudas me quemaban.

—Ella es una reina bajo presión, Kaele. Y ahora que sabe que su propia luz la matará si no toma tu corazón... ¿cuánto tiempo crees que durará su "amor" frente al instinto de supervivencia?

—No es amor lo que tenemos, Arkon. Es una condena. Pero prefiero morir bajo su luz que vivir un siglo más en este frío sin ella.

Me transformé en mi forma humana, sintiendo el peso de los años. Mi fidelidad a Isadora no se basaba en la esperanza de un final feliz; se basaba en la imposibilidad de existir sin el peso de su presencia en mi mente. Era un adicto a su luz, incluso si esa luz estaba hecha de la sangre de mi madre.

Isadora

Pasé el resto de la noche encerrada en el archivo. Leí cada palabra, cada nota al pie del diario de mi abuelo. Había más. No solo se trataba de mi supervivencia. Sideria y los otros reinos del vapor habían empezado a notar mi debilidad. La noticia de que la Reina de la Aurora dependía de un dragón exiliado para no explotar se estaba extendiendo como el hollín.

—Majestad —Silas entró de nuevo, esta vez con una expresión de terror puro—. Hemos recibido informes de la frontera. No es una invasión militar común. Son los "Cazadores de Dioses" de Sideria. Han desarrollado un arma nueva basándose en la tecnología de Vespera. Saben lo del Corazón de la Estirpe.

—¿Cómo pueden saberlo? —pregunté, levantándome de golpe.

—Mi abuelo no fue el único que guardó registros. Sideria fue el laboratorio de los Valerius durante décadas. Ellos saben que si os capturan a vos y a Kaele, pueden forzar el sacrificio y destilar el

Corazón de la Estirpe para alimentar sus propios motores eternos. Ya no quieren vuestra luz, Majestad. Quieren el motor que la genera.

Me acerqué al ventanal. En el horizonte, hacia el sur, pude ver las columnas de humo de las naves siderianas. Ya no eran acorazados lentos; eran interceptores rápidos, diseñados para la caza.

—Están viniendo a por él —susurré.

—Vienen a por ambos —corrigió Silas—. Pero si os entregan a Kaele, Sideria promete dejar la ciudad en paz. El consejo ya está discutiendo la posibilidad. Dicen que entregar a un "monstruo" es un precio pequeño por la supervivencia de Valerius Magna.

La rabia que sentí fue tan inmensa que las lámparas de cristal del estudio se pulverizaron. Mi luz estalló en un blanco incandescente, llenando la habitación de un calor insoportable.

—¡Nadie entregará a Kaele! —rugí—. ¡Nadie tocará lo que es mío!

—Majestad, vuestra fidelidad hacia él os ciega —Silas dio un paso atrás, protegiéndose los ojos—. Él os odia. Él os desprecia. Y vuestra propia luz os está matando. Si entregáis a Kaele, os salváis a vos misma y a vuestro pueblo. Es la decisión lógica. Es la decisión de una Reina.

—¡Entonces que me llamen traidora! —grité—. ¡Que digan que la Reina de la Aurora prefirió quemarse con su dragón que reinar sobre un cementerio de cobardes!

Salí al balcón y proyecté mi voz a través del nexo, sin importarme quién más pudiera escucharla. No era una llamada de amor. Era una orden de combate.

¡KAELE! ¡VIENEN A POR TI! ¡Y SI QUIEREN TU CORAZÓN, TENDRÁN QUE ATRAVESAR EL MÍO PRIMERO!

Kaele

Escuché su grito en mi mente como una explosión de supernova. La fuerza de su voluntad casi me hace caer del risco. No era la voz de la reina que me pedía ayuda; era la voz de la

mujer que estaba dispuesta a incendiar el mundo para que nadie más me tocara.

Mi corazón, ese músculo que ella supuestamente necesitaba para su purificación, latió con una violencia renovada.

Isadora, quédate en tu palacio, respondí, mi voz mental resonando con la profundidad de un terremoto. *No dejes que tu luz se apague en una batalla que no es tuya. Yo soy el monstruo que buscan. Déjalos venir.*

¡No te atrevas a hacerme esto de nuevo, Kaele!, respondió ella, y pude sentir su luz acercándose a una velocidad increíble. *No me dejarás atrás de nuevo para jugar al mártir. Si vamos a morir por los pecados de mi abuelo, lo haremos luchando juntos, no en sacrificios solitarios.*

Me transformé en dragón y me lancé al aire. Vi la silueta de Isadora elevándose desde la ciudadela, una estela de plata contra el cielo nocturno. A lo lejos, las naves siderianas empezaron a disparar redes de hierro frío y arpones de plomo, diseñados para inmovilizar a un dragón en pleno vuelo.

Nos encontramos a medio camino entre la ciudad y la frontera. Isadora volaba sin alas, propulsada por su propia energía, su armadura de luz brillando tanto que parecía una segunda luna.

—Vete de aquí, Isadora —dije, mi forma de obsidiana flanqueándola—. Tu luz es inestable. Si disparan sus armas de vacío, explotarás.

—Entonces asegúrate de que no disparen —respondió ella, y por un segundo, a través del nexo, sentí una chispa de lo que solíamos ser. No era felicidad, era una sincronía perfecta de guerra.

La primera nave sideriana, la *Venganza de Acero*, surgió de entre las nubes. Era una fortaleza flotante, cubierta de placas de plomo para resistir el fuego dragón. De sus costados emergieron los "Cazadores de Dioses": soldados en exotrajes pesados, equipados con lanzas que vibraban a la frecuencia exacta para deshacer la luz de la aurora.

—Quieren mi corazón, Kaele —dijo Isadora, posicionándose a mi espalda—. El diario decía que el portador de la luz debe

consumir el corazón del dragón. Creen que pueden capturarnos y obligarme a matarte para obtener el resultado.

—Tendrían que matarme primero para sacármelo —gruñí.

—No —dijo ella, y su luz se volvió violeta una vez más—. No voy a dejar que se acerquen. Kaele... necesito tu fuego. No para estabilizarme, sino para *amplificarme*.

—Isadora, si mezclamos nuestras esencias a este nivel, el nexo se volverá permanente. No habrá vuelta atrás. Estaremos encadenados el uno al otro hasta que uno de los dos muera. Ni siquiera podrás odiarme en paz.

Ella me miró, y en sus ojos de plata vi una determinación que me dio escalofríos.

—Ya estamos encadenados, Kaele. El odio es solo la forma en que intentamos ocultarlo. Dame tu fuego. Ahora.

Rodeé su cuerpo con mi cola de dragón, atrayéndola hacia mi pecho. Abrí mis fauces y, en lugar de lanzar una llamarada hacia los enemigos, exhalé mi esencia directamente hacia ella. El fuego azul eléctrico envolvió su armadura de luz, y el nexo estalló en un rugido de poder puro.

Ya no éramos una reina y un dragón. Éramos una tormenta de luz y sombra. La energía violeta de Isadora se volvió blanca con vetas azules, una frecuencia de poder que nunca se había visto en la tierra. Las naves siderianas dispararon sus arpones, pero el metal se evaporó antes de siquiera tocar nuestra aura.

—¡Fuera de mi reino! —la voz de Isadora resonó no solo en el aire, sino en las mentes de cada soldado enemigo.

Extendió las manos y una onda de choque de luz y fuego barrió el cielo. La *Venganza de Acero* se partió por la mitad como si fuera de papel. Los exotrajes de los cazadores se fundieron instantáneamente. Fue una exhibición de poder absoluto, una carnicería de luz que duró apenas unos segundos.

Cuando el humo se disipó, el cielo estaba vacío de enemigos. Los restos de la flota sideriana caían hacia las montañas como estrellas fugaces de chatarra.

Isadora

La descarga de poder me dejó vacía. Sentí cómo mi conciencia se desvanecía, pero los brazos de Kaele —esta vez en su forma humana— me sostuvieron antes de que cayera al vacío. Aterrizamos en la cima de una montaña, lejos de los ojos de los hombres.

Me apoyé contra una roca, respirando con dificultad. Mi luz era tenue, un rescoldo apenas visible. Kaele estaba frente a mí, su pecho subiendo y bajando, su rostro cubierto de hollín y sangre.

—Lo has hecho —dijo él, su voz apenas un susurro—. Has salvado al monstruo.

—He salvado mi propia alma, Kaele —respondí, mirando hacia la ciudadela en la distancia—. Si te hubiera entregado, o si hubiera usado ese diario para matarte... me habría convertido en lo que mi abuelo quería. Habría sido la Reina Perfecta del Hierro. Y prefiero ser una paria contigo que una diosa sobre un trono manchado de tu sangre.

Me miró fijamente, y por primera vez en un año, vi una grieta en su muro de odio. Sus ojos ámbar se suavizaron, y la amargura que siempre lo rodeaba pareció disiparse por un momento.

—El nexo... —dijo él, tocándose el pecho—. Es permanente ahora. Siento cada pensamiento tuyo. Siento tu arrepentimiento, Isadora. Siento que realmente no sabías lo del laboratorio.

—¿Y es suficiente para perdonarme? —pregunté, sintiendo que la fidelidad que me había atormentado durante meses empezaba a transformarse en algo más profundo, algo que dolía pero que ya no me destruía.

—No lo sé —confesó él, sentándose a mi lado en la nieve—. El perdón es una palabra humana. Los dragones tenemos memorias largas. Pero... ya no siento el impulso de huir de ti.

Se hizo el silencio, un silencio de montaña, puro y frío. Sabíamos que nuestra lucha no había terminado. Sideria volvería, el consejo de Valerius Magna me vería como una traidora, y nuestra propia naturaleza —el robo biológico que nos unía—

seguiría siendo una sombra entre nosotros. Pero por primera vez, no estábamos en lados opuestos del campo de batalla.

—Ese diario... —dijo Kaele, mirando hacia el horizonte—. Hay una forma de purificar tu luz sin matarme. Pero tu abuelo la ocultó porque requería que la Reina renunciara a su soberanía absoluta.

—Dímelo —dije, tomando su mano. No me importó que su fuego me quemara un poco.

—Requiere que la luz deje de ser un recurso y vuelva a ser una vida. Tienes que devolver la esencia a la tierra, Isadora. Tienes que dejar de ser la fuente de energía de Valerius Magna. La ciudad tendrá que encontrar otra forma de brillar. Si lo haces, la sangre de mi madre dejará de ser una carga en tus venas y se convertirá en un pacto de sangre. Serás humana de nuevo... pero seguirás vinculada a mí.

Miré hacia mi ciudad. Brillaba en la oscuridad, hermosa y dependiente de mi agonía. Si renunciaba a mi luz, les devolvería su humanidad, pero les quitaría su utopía. Y yo... yo dejaría de ser la Reina de la Aurora para ser simplemente Isadora.

—Lo haré —dije, con una firmeza que me sorprendió—. No quiero un reino que se alimente de tu estirpe.

—No será fácil —advirtió Kaele, apretando mi mano—. El mundo no perdona a los dioses que se vuelven hombres.

—Caminamos juntos por el fuego —susurré, apoyando mi cabeza en su hombro—, y si el fuego debe apagarse para que podamos vernos de verdad, que así sea.

Kaele no respondió con palabras, pero su nexo se inundó de una calidez que no sentía desde antes de la caída de Maximus. No era el perdón total, pero era el comienzo de una tregua real. La Reina y el Dragón se sentaron juntos en la oscuridad de la montaña, esperando el amanecer de un mundo donde la luz ya no sería un robo, sino una elección.

La tensión entre nosotros seguía ahí, un hilo invisible de orgullo y dolor, pero ahora, por primera vez, ese hilo no era una soga que nos asfixiaba, sino el ancla que nos impedía perdernos en la tormenta que estaba por venir

Capítulo 23: El Ocaso de los Ídolos y el Trono de Hierro Frío

Isadora

Entré en la ciudad a pie, con Kaele caminando a mi sombra. Ya no volaba. Mi luz, después de la unión violenta de nuestras esencias en la batalla, se sentía pesada, como si mis venas estuvieran llenas de mercurio líquido. Cada paso que daba sobre el pavimento de cristal de la avenida principal enviaba pequeñas grietas hacia los lados. Mi poder estaba buscando una salida, rechazando el recipiente que ahora, por voluntad propia, quería dejar de ser un santuario.

El pueblo se agolpaba en las aceras, pero no había vítores. Había un silencio sepulcral, roto solo por el susurro de las túnicas y el rítmico golpe de los bastones de los vigilantes. Vieron a su Reina, despeinada y con la armadura manchada de hollín, y vieron al dragón en su forma humana, un hombre que representaba todos sus miedos ancestrales.

—Mirad sus ojos —susurró una mujer, retrocediendo—. Ya no son de aurora. Son de fuego negro. El monstruo la ha infectado.

Kaele tensó la mandíbula, y sentí a través del nexo su impulso de rugir, de recordarles que si no fuera por ese "monstruo", Sideria ya estaría repartiendo sus órganos en bandejas de plata.

—Déjalos, Kaele —le envié mentalmente—. Tienen derecho a tener miedo. Les voy a quitar el mundo que conocen.

Llegamos a las puertas de la Ciudadela. Silas nos esperaba allí, pero no estaba solo. A su lado, el Consejo de los Doce, los hombres y mujeres que manejaban la economía y la infraestructura del reino, vestían sus togas de gala. En sus manos no llevaban flores de bienvenida, sino pergaminos sellados con el escudo del Protectorado Civil.

—Majestad —dijo Silas, y su voz sonó como el crujido de un papel viejo—. El Consejo ha convocado una sesión de emergencia. Se os acusa de alta traición, de poner en peligro la

seguridad nacional al proteger a un enemigo del Estado y de desestabilizar la fuente de energía del reino.

—Yo *soy* la fuente de energía del reino, Silas —respondí, subiendo el primer escalón. Mi luz estalló en un pulso violeta que hizo que los consejeros retrocedieran—. Y si el Consejo cree que puede juzgar a la mujer que los mantiene calientes por la noche, es que han olvidado quién lleva la corona.

—La corona pertenece al linaje Valerius, no a una mujer que se entrega a las bestias —dijo el Gran Canciller, un hombre de rostro cetrino llamado Malvorn—. Hemos recibido informes de Sideria. Sabemos que habéis rechazado el sacrificio que estabilizaría la Aurora. Habéis elegido vuestro deseo personal por encima de la supervivencia de vuestro pueblo.

—He elegido la verdad por encima de un crimen —repliqué, sintiendo cómo el fuego de Kaele en mi interior me daba una fuerza que no era mía—. Y esa verdad es que vuestra utopía es un robo.

Kaele

Me mantuve detrás de ella, mis sentidos alerta a cada movimiento en las sombras de las columnas. Podía oler la traición. No era solo política; olía a pólvora sideriana y a aceite de máquinas. Estos hombres no estaban actuando por el bien del pueblo; estaban comprados.

—Isadora, muévete —susurré, poniendo una mano en su hombro—. El ambiente está saturado. Hay tiradores en las galerías superiores.

—No se atreverán —respondió ella, pero sentí su duda a través del nexo.

Entramos en el Salón del Trono, que ahora parecía más una sala de tribunal que un lugar de gobierno. El aire estaba viciado. Las lámparas de luz líquida parpadeaban, reaccionando a la inestabilidad de Isadora. Ella caminó hacia el trono, pero antes de que pudiera sentarse, Malvorn levantó su bastón de mando.

—¡Basta de teatro! —gritó el Canciller—. Isadora de Valerius, por decreto del Consejo, quedáis inhabilitada. El mando de la Aurora pasa a la regencia civil hasta que podamos encontrar una forma de extraer la esencia sin vuestra cooperación. Y en cuanto a la criatura... —nos señaló con desprecio—, los Cazadores de Sideria están en los sótanos, esperando para tomar lo que es suyo por derecho de contrato.

En ese momento, las puertas laterales se abrieron y una docena de soldados con armaduras de plomo irrumpieron en el salón. No eran guardias de la ciudad. Eran mercenarios siderianos, armados con redes de inhibición magnética.

—¡Traición! —gritó Silas, pero fue derribado por uno de los guardias.

—¡Isadora, transfórmate! —rugí, lanzándome hacia el primer grupo de soldados.

Mis garras se hundieron en el plomo, pero sentí una descarga eléctrica que me recorrió el cuerpo, entumeciéndome los músculos. Eran armas de "pulso estático", diseñadas específicamente para interferir con el sistema nervioso de un dragón. Caí de rodillas, mis pulmones ardiendo.

Isadora

Vi a Kaele caer y algo dentro de mí se rompió. No fue la luz; fue la última pizca de paciencia que me quedaba como reina. Mi nexo con él vibró con su dolor, y esa agonía se transformó en una explosión de energía pura.

—¡FUERA DE MI VISTA! —grité.

Mi luz no fue un rayo, fue una marea. El Salón del Trono se convirtió en un sol blanco. Los mercenarios siderianos fueron lanzados contra las paredes, sus armaduras fundiéndose por el calor. El Canciller Malvorn cayó al suelo, cubriéndose los ojos mientras gritaba de terror.

Pero el esfuerzo me pasó factura. La inestabilidad que Kaele había ayudado a calmar volvió con una fuerza redoblada. Sentí

que mi piel se agrietaba, que la luz intentaba salir no por mis manos, sino a través de mis poros, desgarrándome.

—Isadora... —Kaele se arrastró hacia mí, su mano buscando la mía.

—Tengo que hacerlo ahora —susurré, colapsando junto al trono—. El proceso de purificación... si no devuelvo la luz a la tierra ahora, la explosión matará a todos en la ciudad.

—No estás lista —dijo él, envolviéndome en sus brazos. Su calor era lo único que me mantenía consciente—. Tu cuerpo no soportará la pérdida de energía tan rápido. Es como vaciar un océano a través de una aguja.

—No tengo elección, Kaele. Me han juzgado como traidora por quererte. Pues bien, seré la traidora que les devuelva su oscuridad para que aprendan el precio de su luz.

Kaele me llevó hacia el centro del salón, donde se encontraba la lente focal del Núcleo de la Aurora, un cristal inmenso que conectaba con las venas de la tierra. Debajo de nosotros, a cientos de metros, se encontraba el depósito de Luz Líquida que alimentaba todo el reino.

—Pon tus manos sobre el cristal —ordenó Kaele, su voz firme a pesar de su propio agotamiento—. Yo mantendré el nexo abierto. Usaré mi fuego para actuar como un puente térmico. Si la luz se vuelve demasiado fría, te congelarás; si se vuelve demasiado caliente, te quemarás. Yo seré tu termostato, Isadora. Pero te dolerá. Te dolerá como si te arrancaran el alma centímetro a centímetro.

—Hazlo —dije, cerrando los ojos.

Toqué el cristal. Instantáneamente, sentí una succión violenta. Era como si la tierra misma recordara que lo que yo llevaba en mis venas le pertenecía. La esencia de la madre de Kaele, destilada y maltratada durante décadas, empezó a fluir hacia abajo.

¡AHHHHH!

Grité, pero el sonido no salió de mi boca, sino del nexo. Vi mi vida pasar ante mis ojos: la niña que jugaba con chispas de aurora, la princesa que heredó una corona de mentiras, y la mujer que encontró en un monstruo su única verdad. Cada recuerdo estaba

ligado a un gramo de esa luz, y mientras la luz se iba, los recuerdos se volvían grises, distantes.

Kaele me rodeó por detrás, sus manos cubriendo las mías sobre el cristal. Su fuego azul fluía hacia mí, envolviéndome en un abrazo de calor salvaje que contrarrestaba el vacío gélido que dejaba la luz al marcharse.

—*Mírame, Isadora* —su voz resonó en mi mente, clara y potente —. *No te pierdas en el vacío. Sigue mi fuego. Sigue el latido de mi corazón. No eres una reina, no eres una Valerius. Eres Isadora. Y yo estoy aquí.*

Kaele

Sentía su agonía como si fuera mía. La transferencia de energía era tan masiva que el aire en el salón empezó a ionizarse. Rayos de electricidad estática saltaban de las columnas, y el suelo bajo nosotros empezó a brillar con un rojo incandescente. Isadora estaba desapareciendo frente a mis ojos; su piel perdía ese brillo plateado, volviéndose opaca, humana, mortal.

Era lo que queríamos, ¿verdad? La libertad. Pero verla sufrir así, ver cómo su esencia era succionada por la tierra, me hacía querer detenerlo todo.

—*Un poco más, Isadora* —le imploré a través del nexo—. *Ya casi está. La luz se va... el peso se va.*

A lo lejos, escuché los gritos de la ciudad. Las farolas de las calles se apagaban una a una. Los ascensores de cristal se detenían entre los pisos. Los hornos de las fábricas se enfriaban. Valerius Magna estaba muriendo, sumiéndose en una penumbra que no conocía desde hacía siglos. El "Orden de la Aurora" se estaba desintegrando en tiempo real.

De repente, un estallido final de luz blanca nos lanzó a ambos hacia atrás.

El silencio que siguió fue absoluto. Ya no había zumbido en las paredes. Ya no había vibración en el suelo. El gran cristal focal estaba opaco, oscuro.

Me levanté con dificultad, mis músculos temblando. El salón estaba en penumbra, iluminado solo por la tenue luz de la luna que entraba por las vidrieras rotas. En el centro, tirada sobre el mármol, estaba Isadora.

Isadora

Abrí los ojos. El mundo estaba oscuro. Por primera vez en mi vida, no sentía el zumbido constante de la energía en mis oídos. El silencio era aterrador, pero también hermoso. Intenté invocar una chispa, un pequeño destello para ver en la oscuridad, pero no pasó nada. Mis manos eran solo manos. Mi piel era solo piel.

Sentí frío. Un frío real, no místico. Un frío que me hizo temblar.

—¿Kaele? —susurré. Mi voz sonaba diferente; ya no tenía ese eco de autoridad divina. Era solo la voz de una mujer.

Una mano cálida me tomó la mejilla. En la oscuridad, vi dos puntos de color ámbar brillando con una suavidad que me dio ganas de llorar. Kaele seguía allí. Su fuego, a diferencia de mi luz, era una parte intrínseca de su ser. Él no necesitaba a la tierra para brillar.

—Lo has hecho —dijo él, y su voz estaba cargada de una emoción que nunca le había oído—. Eres libre, Isadora. Ya no hay sangre robada en ti.

Intenté levantarme, pero mis fuerzas me fallaron. Kaele me cargó en sus brazos, como si no pesara nada. Miré hacia el trono, que ahora parecía una silla de piedra vieja y sin importancia en medio de la penumbra.

—Tenemos que irnos —dijo él—. El Consejo no tardará en darse cuenta de que la luz se ha ido para siempre. Y cuando lo hagan, buscarán a alguien a quien culpar.

—Que busquen —dije, apoyando mi cabeza en su pecho—. Ya no soy su reina. Ya no les debo nada.

Kaele me llevó por los pasajes secretos que solo nosotros conocíamos. A medida que salíamos del palacio, el caos en la ciudad era evidente. La gente corría por las calles con antorchas de fuego real, gritando de miedo. La "civilización" que habíamos construido se estaba desmoronando ante la falta de electricidad.

—¿A dónde vamos? —pregunté, mientras sentía el viento nocturno en mi rostro.

—A las montañas. Al norte. Donde el fuego importa más que la luz.

Nos detuvimos en el borde del precipicio que daba al puerto. Kaele se transformó, y esta vez, el proceso fue lento, casi majestuoso. Sus alas de obsidiana se desplegaron, atrapando la luz de las estrellas. Me subí a su lomo, agarrándome a sus escamas calientes.

—Caminamos juntos por el fuego —susurró él, y el nexo, ahora purificado de la interferencia de la luz robada, vibró con una claridad asombrosa—, y ahora, por fin, el fuego es lo único que nos queda.

Volamos sobre la ciudad oscura. Valerius Magna ya no era una joya; era una mancha de sombra en el mundo. Vi a Silas en una de las torres, sosteniendo una lámpara de aceite, mirando hacia el cielo. No me sentí culpable. Sentí que les había dado el regalo más grande posible: la necesidad de aprender a vivir por sí mismos, sin chupar la sangre de los dioses.

Llegamos a las cavernas del norte cuando el primer rayo de sol —el sol de verdad, el que sale por el este— empezó a iluminar los picos. Kaele volvió a su forma humana y me llevó al interior de una cueva donde un fuego real ya estaba ardiendo.

Me senté junto a las llamas, frotándome los brazos. El cambio era brutal. Me sentía pequeña, vulnerable, mortal. Miré a Kaele, que me observaba desde el otro lado del fuego.

—¿Y ahora qué? —pregunté—. Ya no tengo luz. Ya no tengo reino. Solo tengo esta piel que siente el frío.

—Ahora empezamos de verdad, Isadora. Sin deudas. Sin laboratorios. Sin mentiras.

Se acercó y se sentó a mi lado. El nexo seguía ahí, pero era diferente. Ya no era un cable de alta tensión; era un puente suave, una conversación constante de sentimientos. Sentí su cansancio, pero también su alivio. Y sentí, por primera vez, que su amor por mí no estaba condicionado por la esencia de su madre. Me amaba por la mujer que había tenido el valor de renunciar a todo.

—Siguen odiándome, ¿verdad? —pregunté, refiriéndome a los otros dragones.

—Algunos sí. Otros ven lo que has hecho y empiezan a entender que no todos los Valerius son iguales. Pero eso no importa ahora. Lo que importa es que estás viva.

Me recosté contra él, sintiendo el latido de su corazón. Ya no era el latido de un motor; era el latido de una vida. La tensión entre nosotros, el dolor de la traición y el peso del pasado, no habían desaparecido por arte de magia, pero ahora teníamos tiempo. Teníamos toda una vida de humanos para aprender a perdonarnos.

—Kaele... —dije, cerrando los ojos—, tengo miedo.

—Yo también, Isadora. El mundo va a ser muy oscuro a partir de ahora. Pero mientras yo tenga fuego, nunca pasarás frío.

Nos quedamos allí, abrazados frente a la hoguera, mientras el mundo exterior empezaba a reorganizarse sin nosotros. El reinado de la Aurora había terminado, y en su lugar, nacía algo mucho más frágil y precioso: la verdad de dos seres que habían tenido que perderlo todo para encontrarse a sí mismos.

Semanas después, los informes llegaban a las montañas a través de Arkon. Valerius Magna no había colapsado del todo. Bajo el mando de Silas, la ciudad estaba aprendiendo a usar el vapor de forma más eficiente, y habían empezado a comerciar con los reinos del sur de forma justa, sin la arrogancia de la luz superior. Sideria, sin el "Corazón de la Estirpe", había perdido interés en la conquista y se centraba en sus propias crisis internas.

Isadora caminaba por la nieve, vestida con pieles pesadas. Su piel ya no brillaba, pero sus ojos tenían una chispa de vida que nunca tuvieron en el trono. Aprendía a recolectar hierbas, a leer las estrellas sin la interferencia de la aurora artificial, y a escuchar el lenguaje del viento.

Kaele la observaba desde la entrada de la cueva. Su forma de dragón era ahora una leyenda que protegía las fronteras del norte, un mito que los humanos respetaban desde la distancia.

—¿En qué piensas? —preguntó él, acercándose.

—En que la oscuridad no es tan mala cuando tienes a alguien que te sujeta la mano —respondió ella, sonriendo—. ¿Sabes? A veces echo de menos el poder. La sensación de ser capaz de cambiar el mundo con un dedo.

—Es el precio de la humanidad, Isadora. La debilidad es lo que hace que cada momento sea importante.

Ella lo abrazó, hundiendo su rostro en su pecho. El nexo vibró con una paz profunda, una nota sostenida que resonaba con la armonía del mundo natural.

—Caminamos juntos por el fuego —susurró ella, repitiendo sus palabras—, y esta vez, Kaele, el fuego no nos quema. Nos ilumina el camino a casa.

Capítulo 24: El Eco del Acero Negro y la Corona de Carne

Isadora

El aire de Valerius Magna ya no olía a ozono y pureza celestial, sino a la realidad acre del carbón quemado y al miedo rancio de una población que había olvidado cómo sobrevivir en la penumbra. Mientras caminábamos hacia el palacio, el silencio de las calles era más ruidoso que cualquier estruendo de batalla. Los ciudadanos nos miraban desde las grietas de sus puertas, sus ojos reflejando la luz de las antorchas, buscando en mí un rastro de la divinidad que les había arrebatado.

Me levanté con un quejido sordo. Mis articulaciones, antes lubricadas por la luz líquida, ahora protestaban por el suelo duro. Caminé hacia la entrada de la cueva, donde la luz del sol invernal se filtraba con una timidez que me resultaba extraña. Durante años, yo había sido mi propio sol; ahora, dependía de una esfera distante y pálida para ver el mundo.

—Estás forzando tu cuerpo, Isadora —dijo Kaele.

Estaba sentado en un saliente de roca, tallando un trozo de madera con una daga de obsidiana. Su forma humana parecía haber ganado solidez desde que yo perdí mi luz. Sin el fulgor que nos separaba, podía ver cada detalle de su rostro: la pequeña cicatriz en su ceja, el tono ámbar profundo de sus ojos que ya no luchaban contra mi resplandor.

—Tengo que acostumbrarme, Kaele —respondí, frotándome los brazos—. Si me quedo junto al fuego, mis músculos se olvidarán de cómo moverse. ¿Hay noticias de Arkon?

Kaele dejó de tallar. Su mirada se ensombreció.

—El mundo no ha aceptado tu renuncia tan bien como tú. En Valerius Magna, Silas está haciendo lo que puede, pero la escasez de energía ha provocado disturbios. Y en el sur... algo nuevo está naciendo. Lo llaman el "Culto del Acero Negro".

—¿Acero Negro? Suena a algo que Vespera habría inventado.

—Es peor. Son fanáticos, Isadora. Antiguos ingenieros siderianos y nobles de tu propia corte que no perdonan que les quitaras su utopía. Creen que la Luz de la Aurora no se ha ido, sino que tú la has escondido dentro de ti. Dicen que si te capturan y te "abren", podrán recuperar la llama.

Un escalofrío que no tenía nada que ver con el clima me recorrió la espalda. Ya no era una diosa a la que adorar; era una mina de oro a la que saquear. Mi vulnerabilidad no solo era física; era una invitación al martirio.

Kaele

Observé a Isadora mientras ella procesaba la información. Se veía pequeña bajo aquellas pieles, pero su espalda seguía tan recta como cuando llevaba la corona de plata. Su fidelidad a la verdad me seguía asombrando. Había renunciado a la inmortalidad técnica por un pacto de sangre conmigo, y aunque el nexo ahora era un murmullo suave de afecto y preocupación, la sombra de su sacrificio colgaba sobre nosotros.

—No dejaré que se acerquen —dije, poniéndome en pie. Mi instinto de protección, antes empañado por el resentimiento, ahora era una llama pura.

—No puedes ser mi guardia personal para siempre, Kaele. Tarde o temprano, tendré que enfrentarme a lo que dejé atrás.

—No eres la misma mujer que huyó de la ciudad, Isadora. Ahora eres una presa. Y los depredadores que vienen no usan lógica; usan fe. La fe en el acero y en el poder que les robaste.

De repente, el nexo vibró. No era una emoción de Isadora, sino una perturbación en el aire, una frecuencia metálica que me hizo rechinar los dientes. Un sonido que conocía bien: el zumbido de los rotores de vapor, pero afinados a una frecuencia más alta, más agresiva.

—Ya están aquí —gruñí. Mis ojos se dilataron, buscando en el horizonte de nieve.

Tres naves ligeras, pintadas de un negro mate que absorbía la poca luz del día, surgieron de entre los picos. No traían emblemas de

Sideria ni de Valerius. En sus velas de metal estaba pintado un círculo negro con un rayo blanco atravesándolo. El Acero Negro.

—¡Entra en la cueva! —ordené, transformándome. El proceso fue un estallido de escamas de obsidiana y fuego azul.

Isadora

Corrí hacia el interior, pero no para esconderme. Busqué mi vieja espada de entrenamiento, un acero que mi abuelo me regaló antes de que mi luz despertara. Era pesada y torpe en mis manos inexpertas, pero era lo único que me quedaba del mundo físico.

Afuera, el estruendo fue ensordecedor. Kaele se lanzó al aire, una sombra colosal que interceptó a la primera nave. Vi cómo sus garras desgarraban el casco de metal, pero los tripulantes no huyeron. Eran hombres con túnicas reforzadas con placas de hierro, y no usaban cañones de vapor comunes. Usaban "Arpones de Vacío", diseñados para drenar la energía térmica de cualquier cosa que tocaran.

—¡Kaele, cuidado! —grité.

Un arponazo le dio en el ala izquierda. El fuego azul que solía emanar de sus heridas no salió; en su lugar, el área se volvió gris y quebradiza. El Acero Negro no quería matarlo, querían inmovilizarlo para llegar a mí.

Escuché pasos pesados en la entrada de la cueva. No era Kaele.

Tres hombres entraron. Sus rostros estaban cubiertos por máscaras de gas de hierro negro, y sus ojos brillaban con una luz artificial roja. Llevaban guanteletes que zumbaban con una energía eléctrica residual.

—La Reina Exiliada —dijo el que iba en el centro. Su voz estaba distorsionada por el respirador—. Devuélvenos lo que es nuestro, Isadora de Valerius. Devuélvenos la Aurora.

—La Aurora se ha ido —respondí, levantando la espada con ambas manos. Mis brazos temblaban, no por miedo, sino por el esfuerzo físico de sostener el acero—. Lo que queda de ella está en la tierra, donde siempre debió estar.

—Mientes. Eres el cáliz. Y si no viertes la luz voluntariamente, beberemos de tus venas.

Se lanzaron hacia mí. El primero intentó agarrarme con su guantelete eléctrico. Esquivé el golpe por puro instinto, sintiendo el calor del rayo rozarme la mejilla. Lancé una estocada, pero el metal rebotó contra su armadura de hierro negro. Me derribó de un golpe en el estómago, y el aire abandonó mis pulmones.

Por un segundo, busqué la luz. Busqué ese estallido violeta que solía lanzar a mis enemigos a kilómetros de distancia. Pero no hubo nada. Solo el frío del suelo y el sabor a sangre en mi boca.

Kaele

El dolor de Isadora me golpeó a través del nexo como un látigo. Rugí, ignorando el frío que se extendía por mi ala herida. Me dejé caer sobre la plataforma de la nave principal, destrozando los motores con mi peso. El fuego azul de mis fauces incineró a los artilleros, pero el arponero principal logró disparar otro proyectil que se hundió en mi pecho.

El vacío empezó a succionar mi calor interno. Sentí que mis llamas se apagaban, que mi esencia de dragón luchaba contra un frío que no era de este mundo.

¡Isadora! —llamé mentalmente, desesperado.

Vi la entrada de la cueva. Los fanáticos la estaban arrastrando hacia afuera. Ella luchaba, mordiendo y arañando, pero su fuerza humana era insuficiente contra el acero de sus captores. Estaban preparando una camilla de inducción, un artefacto que reconocí con horror: era una versión portátil de la mesa de extracción de mi madre.

La furia que sentí entonces fue más allá de lo físico. Si la tocaban, si volvían a convertirla en un recurso, el mundo no merecería seguir existiendo.

Forcé mi cuerpo a transformarse de nuevo a su forma humana. Era más arriesgado, pero necesitaba la precisión. Con el arpón todavía clavado en mi hombro, corrí hacia la cueva. El dolor era un incendio blanco en mis nervios.

—¡Soltadla! —rugí, y mis manos se envolvieron en un fuego azul tan intenso que la nieve a mi alrededor se convirtió en vapor

instantáneamente.

Isadora

Vi a Kaele llegar. Ya no era el dragón majestuoso; era un hombre herido, sangrando una esencia que brillaba débilmente en la nieve. Los hombres del Acero Negro se giraron hacia él, activando sus guanteletes.

—El Lord Protector —dijo el líder, soltándome el brazo—. El último de los donantes. Capturadlo también. Dos corazones bombean mejor que uno.

Kaele no esperó. Se lanzó contra ellos con una ferocidad suicida. No usaba armas, usaba su propio cuerpo como un proyectil de fuego. Golpeó al primero, fundiendo su máscara de hierro con un puñetazo incandescente. Pero los otros dos lo rodearon, hundiendo sus picas eléctricas en sus costados.

Kaele cayó de rodillas, gritando.

En ese momento, algo cambió dentro de mí. No fue el regreso de la luz divina. Fue algo más antiguo, más humano. Fue la comprensión de que Kaele estaba muriendo por una mujer que ya no podía protegerse a sí misma. Mi fidelidad hacia él, que antes era una cadena de culpa, se transformó en un arma de voluntad pura.

Agarré la daga de obsidiana que Kaele había estado tallando esa mañana, que había quedado tirada en el suelo. No tenía luz, pero tenía el filo de la tierra.

Me puse en pie, ignorando el dolor en mis costillas. Me acerqué al hombre que sostenía la pica sobre el cuello de Kaele. Él no me vio venir; me despreciaba por ser solo "carne".

Hundí la daga en la articulación de su armadura, justo bajo la axila. El hombre soltó un grito ahogado y cayó. El otro se giró hacia mí, sorprendido, y le arrojé un puñado de nieve a los visores de su máscara. Fue un truco sucio, humano, indigno de una reina, pero funcionó.

Kaele aprovechó el segundo de distracción para agarrar al líder por el cuello y desatar lo último de su fuego azul. El estallido fue tan potente que nos lanzó a todos hacia atrás.

Cuando el humo se disipó, las naves del Acero Negro estaban huyendo o ardiendo en los riscos. Los tres hombres en la cueva estaban muertos o inconscientes. Me arrastré hacia Kaele, que yacía en la nieve, con su pecho subiendo y bajando con dificultad. El arpón de vacío seguía allí, drenando su vida.

—Kaele... mírame —susurré, tomando su rostro entre mis manos. Sus ojos ámbar estaban nublados.

—Lo has hecho... —tosió, y un rastro de sangre azul manchó la nieve—. Has luchado como una... como una humana.

—No hables. Tengo que sacarte esto.

Agarré el eje del arpón. Estaba congelado. Sabía que si lo sacaba sin cuidado, desgarraría su corazón. Cerré los ojos y, por primera vez, no pedí a la aurora que me ayudara. Pedí al nexo, a la conexión que nos unía, que me prestara un poco de su calor para fundir el hielo del metal.

Sentí una chispa. No fue una explosión, fue un calor suave en las puntas de mis dedos. El metal crujió y se ablandó. Con un movimiento firme, saqué el arma.

Kaele soltó un gemido largo y luego su cuerpo se relajó. El nexo se volvió un hilo muy fino, pero seguía ahí. Estaba vivo.

Isadora

Pasé la noche cuidándolo, usando las pieles para mantener su calor. El fuego de la cueva ardía con fuerza, alimentado por los restos de madera de las naves destruidas. Kaele deliraba, hablando en el lenguaje antiguo de los dragones, llamando a su madre, llamándome a mí.

Me di cuenta de que el mundo no nos iba a dejar en paz. La purificación de la luz no había terminado con el conflicto; lo había transformado en una cacería de brujas.

—Silas tiene razón —murmuré, mientras limpiaba la herida de Kaele con nieve derretida—. Valerius Magna no puede vivir sin un líder, y el mundo no puede vivir con un vacío de poder. El Acero Negro solo es el principio. Vendrán otros. Sideria enviará a sus

diplomáticos disfrazados de salvadores, y mi pueblo morirá en la oscuridad de la ignorancia.

Kaele abrió los ojos a mitad de la noche. La fiebre había bajado, pero estaba débil.

—¿Isadora? —su voz era un susurro.

—Estoy aquí, Kaele. Siempre estoy aquí.

—Me has salvado... sin usar la luz. Usaste tus manos.

—Mis manos están manchadas de sangre ahora, Kaele. Ya no soy la Reina Pura de la Aurora. Y creo que me gusta más así.

Él sonrió, una sonrisa cansada pero genuina. El nexo vibró con un sentimiento de respeto mutuo que nunca habíamos alcanzado cuando yo era una diosa. Éramos dos cicatrices andantes, dos supervivientes de una utopía rota.

—Tenemos que volver —dije, y la palabra me supo a hiel—. Pero no como soberanos. Tenemos que volver para proteger a Silas y para asegurarnos de que el Acero Negro no convierta mi legado en una religión de sangre.

—Si volvemos, intentarán coronarte de nuevo —advirtió Kaele—. O intentarán encadenarme.

—Que lo intenten. Ahora sé que mi voluntad es más fuerte que su hierro. Y sé que tu fuego es más que un combustible. Es mi hogar.

Tres días después, descendimos de las montañas. Kaele volaba bajo, todavía herido, y yo cabalgaba sobre su lomo, no como una carga sagrada, sino como una guerrera que regresaba del exilio.

Al llegar a las afueras de Valerius Magna, la imagen era desoladora. La ciudad de cristal estaba apagada, envuelta en una bruma grisácea. El humo de las hogueras de carbón subía desde los barrios bajos. La gente caminaba envuelta en mantas, con ojos asustados. El "Orden" se había evaporado, dejando paso a una realidad cruda y difícil.

Entramos por la puerta principal. Esta vez, nadie se atrevió a susurrar. Los ciudadanos nos miraron con una mezcla de terror y

esperanza. Vieron las heridas de Kaele y vieron mi ropa desgarrada y mis manos vendadas.

Silas salió a nuestro encuentro en el patio de la Ciudadela. Se veía demacrado, pero al vernos, cayó de rodillas, llorando.

—Majestad... habéis vuelto.

—Levántate, Silas —dije, bajando de Kaele. Mis pies tocaron el suelo con un golpe sólido—. No he venido a recuperar mi trono. He venido a terminar lo que empezamos.

—El Consejo ha sido tomado por el Acero Negro, Isadora —dijo Silas, señalando las torres—. Tienen prisioneros. Dicen que el sol volverá esta noche si sacrifican a los "traidores".

Miré a Kaele. Sus ojos ámbar brillaron con una luz renovada.

—Parece que la oscuridad ha hecho que la gente olvide quiénes somos —dijo él, y su voz resonó en toda la plaza.

—Caminamos juntos por el fuego —susurré, agarrando la daga de obsidiana que ahora colgaba de mi cinturón—, y si el mundo necesita que seamos monstruos para proteger su libertad, les daremos la pesadilla que se merecen.

La tensión en Valerius Magna ya no era entre la luz y la sombra, sino entre la libertad dolorosa y la esclavitud brillante. La Reina sin Luz y el Dragón Herido caminaron hacia el palacio, no para reclamar su gloria pasada, sino para enfrentarse a las cenizas de su propio mito. La batalla por el alma del reino acababa de empezar, y esta vez, el acero negro se encontraría con la voluntad de carne y hueso de aquellos que ya no tenían nada que perder.

Capítulo 25: El Avatar de la Mentira y el Trono de Ceniza

Isadora

Mis botas golpeaban el pavimento de cristal con un sonido sólido, sordo. Ya no había un eco de energía acompañando mis pasos. Sentía el peso de la daga de obsidiana en mi cadera y la rigidez de las vendas en mis manos. A mi lado, Kaele caminaba con una cojera casi imperceptible, pero su presencia era como un muro de calor que mantenía a raya la bruma gélida de la ciudad.

—El palacio está saturado de una frecuencia extraña —dijo Kaele, deteniéndose ante la escalinata principal—. No es luz natural, Isadora. Es algo forzado, algo que grita.

—El Acero Negro —susurré.

Las puertas de la Ciudadela, que una vez se abrieron ante mi simple presencia, ahora estaban custodiadas por hombres con armaduras pesadas, grabadas con ese círculo negro y el rayo blanco. No esperaron a que habláramos. Alzaron sus lanzas de inducción, pero antes de que pudieran activarlas, Kaele fue una ráfaga de movimiento. Sin transformarse del todo, sus manos se volvieron garras de ébano y, con una fuerza que hizo crujir el metal, apartó a los guardias como si fueran paja seca.

—Entra —gruñó él—. Yo me encargo de que nadie nos siga.

Subí los escalones corriendo. Mis pulmones ardían; la falta de luz divina hacía que mi resistencia fuera puramente humana, limitada y dolorosa. Entré en el Salón del Trono y me detuve en seco.

El lugar estaba transformado. El cristal focal del Núcleo, que yo misma había vaciado, ahora brillaba con una luz artificial, de un color naranja amarillento que recordaba a la bilis. Cables de cobre grueso serpenteaban por el suelo, conectados a generadores siderianos que rugían en las esquinas, llenando el salón de un humo aceitoso.

Y en mi trono, sentado con una postura de absoluta arrogancia, estaba Alaric.

Pero no era el príncipe de sol y seda que recordaba. Su piel estaba pálida, recorrida por venas de un azul eléctrico que

palpitaban bajo la superficie. Llevaba una corona de hierro negro conectada directamente a los cables del Núcleo. Sus ojos, antes verdes y cálidos, ahora eran dos faros de una luz sintética y cegadora.

—Has tardado mucho en volver a casa, Isadora —dijo Alaric. Su voz ya no era humana; era una superposición de frecuencias metálicas que me hicieron castañear los dientes—. Mira lo que he hecho con tu "oscuridad".

—Alaric... ¿qué te has hecho? —di un paso atrás, horrorizada—. Has convertido tu cuerpo en una batería. Estás muriendo.

—¡Estoy naciendo! —gritó, y al levantarse, el suelo bajo el trono estalló en chispas—. Me rechazaste porque era "débil", porque era solo carne. Pues bien, he encontrado la forma de ser tu igual. El Acero Negro me dio la tecnología; Sideria me dio el combustible. He destilado los restos de la esencia que dejaste en la tierra. Soy el nuevo sol de este mundo.

Kaele

Entré en el salón justo cuando Alaric liberaba un pulso de energía amarillenta. El impacto me lanzó contra una columna. El olor a carne quemada me llenó las fosas nasales; el ataque de Alaric no era luz, era radiación pura, una imitación barata y letal de la aurora.

—¡Apártate de ella, parásito! —rugí, intentando transformarme.

Pero el aire en el salón estaba saturado de interferencias. Sentí que mis escamas intentaban emerger y luego se retraían, bloqueadas por la frecuencia de los generadores. Alaric rió, un sonido que era puro estática.

—No hay dragones en el nuevo orden, Kaele. Solo hay máquinas y hombres que saben gobernarlas.

Alaric levantó una mano y un rayo de energía sintética golpeó a Kaele de lleno en el pecho, lanzándolo a través de las vidrieras hacia el patio inferior.

—¡KAELE! —grité, intentando correr hacia el balcón.

Alaric apareció frente a mí en un parpadeo, su velocidad impulsada por los servos eléctricos de su armadura oculta. Me

agarró por el cuello y me levantó del suelo. Sus manos estaban calientes, pero no con el calor vivo de un dragón, sino con el calor abrasador de un metal sobrecalentado.

—Tú me hiciste esto, Isadora —siseó, acercando su rostro al mío. Podía ver el metal injertado en su mandíbula—. Tu desprecio me enseñó que la única virtud en este mundo es la potencia. Ahora, dime... ¿dónde está el resto? Sé que no devolviste toda la luz. Sé que guardaste una semilla dentro de ti.

—No guardé nada, Alaric —dije, luchando por respirar—. Lo que sientes es solo el vacío que dejaste en tu propia alma.

Isadora

Me soltó, lanzándome contra el altar de hierro frío. El impacto me nubló la vista. Alaric caminó hacia el cristal central, sus manos rodeadas de arcos voltaicos.

—Si no me la das tú, la tomaré del nexo —dijo él, mirando hacia donde Kaele había caído—. El dragón todavía tiene el fuego original. Y ese fuego servirá para estabilizar mi corona para siempre.

Vi cómo se preparaba para saltar hacia el patio, para terminar con un Kaele debilitado. No podía permitirlo. Mi mente trabajó a una velocidad frenética. Ya no tenía magia, pero conocía la arquitectura de la luz mejor que nadie. Miré los cables, los generadores, la forma en que la energía artificial de Alaric dependía del flujo del Núcleo.

Él no era una fuente; era un conductor.

Me puse en pie, agarrando la daga de obsidiana. No para apuñalarlo a él, sino para cortar el cordón umbilical que lo mantenía "divino".

—¡Alaric! —grité para llamar su atención—. Tienes razón. Hay una semilla. Está en el centro del cristal. Pero solo la mano de un Valerius puede activarla.

Se detuvo, su codicia superando a su rabia. Se giró hacia mí, sus ojos de faro parpadeando con anticipación.

—Hazlo —ordenó—. O verás cómo quemo la ciudad hasta que solo quede cristal fundido.

Me acerqué al cristal focal. Los generadores siderianos zumbaban a mi alrededor, creando un campo de fuerza que hacía que mi piel hormigueara. Puse mi mano sobre el cristal frío y oscuro. Alaric se acercó, poniéndose justo detrás de mí, su aura de radiación quemándome la espalda.

—*Ahora* —susurré.

No invoqué la luz. Invocó la *tierra*. Recordé el proceso de purificación, la sensación de cómo la energía regresaba a las raíces del mundo. En lugar de intentar sacar luz del cristal, empujé la energía de los generadores de Alaric *hacia dentro*.

Cerré el circuito usando mi propio cuerpo como puente, pero no para absorber la energía, sino para desviarla. La daga de obsidiana, un mineral conductor de frecuencias telúricas, sirvió como toma de tierra.

—¿Qué estás...? —Alaric gritó cuando sintió que su propia potencia empezaba a ser succionada hacia el Núcleo.

—¡Tú querías la Aurora, Alaric! —grité, sintiendo que mis nervios se incendiaban—. ¡Pues aquí tienes el vacío!

Kaele

Me levanté en el patio, mis costillas rotas gritando de dolor. Vi el resplandor amarillento en el salón del trono volverse errático, parpadeando con explosiones de luz azul y naranja. El nexo con Isadora se volvió un alarido de agonía pura. Ella estaba actuando como un fusible humano.

—¡Isadora, no! —rugí, ignorando el daño y transformándome a medias, mis alas desgarradas impulsándome de nuevo hacia el salón.

Entré por el hueco de la vidriera justo cuando el cristal focal empezaba a agrietarse. Alaric estaba pegado al cristal, sus venas brillando con una intensidad insoportable, sus gritos fundiéndose con el chirrido del metal. Isadora estaba agarrada a él, su rostro contraído por el esfuerzo, su mano sosteniendo la daga de obsidiana clavada en la base del pedestal.

—¡Suéltalo! —grité, lanzándome para arrancarla de allí.

—¡No! —respondió ella a través del nexo—. ¡Si lo suelto, los generadores explotarán y la ciudad arderá! ¡Tengo que drenarlo!

Me agarré a ella, poniendo mis manos sobre las suyas. No para detenerla, sino para compartir la carga. Mi fuego azul fluyó hacia ella, creando una capa de protección térmica que impedía que su corazón se detuviera por la descarga.

—*Juntos* —le dije mentalmente.

El estallido final no fue de luz, sino de presión. Los generadores siderianos implosionaron, y la corona de hierro negro de Alaric se fragmentó en mil pedazos. Una onda de choque de energía residual nos lanzó a los tres en direcciones opuestas.

Cuando el humo se disipó, el salón estaba en ruinas. El Núcleo de la Aurora estaba muerto, esta vez de forma definitiva; el cristal se había convertido en polvo fino. Alaric yacía junto al trono, su piel quemada, sus ojos vacíos de toda luz artificial. Seguía vivo, pero el metal en su cuerpo se había enfriado, dejándolo como una cáscara rota de lo que una vez fue un hombre.

Me arrastré hacia Isadora. Estaba inconsciente, con el cabello plateado cubierto de hollín, pero su pecho subía y bajando rítmicamente. La tomé en mis brazos, sintiendo que el nexo volvía a su murmullo habitual.

—Se acabó —susurré, mirando a los miembros del Consejo que empezaban a entrar en el salón, temblorosos y avergonzados.

Silas se acercó, mirando los restos de Alaric y luego a nosotros.

—Lo ha salvado todo de nuevo —dijo Silas, con voz quebrada—. Y nadie sabrá nunca el precio que ha pagado.

—Yo lo sé —respondí, poniéndome en pie con Isadora en brazos —. Y eso es suficiente.

Isadora

Desperté tres días después en una cama que no era la mía. Era una habitación pequeña, en los niveles inferiores de la Ciudadela, lejos del lujo del palacio. La habitación estaba iluminada por una simple vela de cera.

Kaele estaba sentado a los pies de la cama, observando la llama.

—Alaric ha sido enviado de vuelta al Sur, bajo custodia —dijo, sin mirarme—. No volverá a caminar, ni a brillar. El Acero Negro se ha disuelto; sin su "avatar", no son más que hombres asustados con máquinas rotas.

Me incorporé lentamente. Todo me dolía, pero era un dolor que me hacía sentir viva.

—¿Y la ciudad?

—Están aprendiendo. Silas ha formado un gobierno provisional. Ya no te buscan como a una reina, Isadora. Te buscan como a una leyenda. Y las leyendas no viven en palacios.

Me levanté y caminé hacia la ventana. Valerius Magna estaba a oscuras, pero en las calles, la gente había empezado a colgar farolillos de papel. No era la aurora, pero era *su* luz. Una luz que ellos mismos tenían que encender cada noche.

—Es hora de irse, ¿verdad? —pregunté.

Kaele se levantó y se puso a mi lado. El nexo vibró con una paz absoluta.

—Nuestra historia en este lugar terminó el día que apagaste el cristal, Isadora. Todo lo demás ha sido el eco del acero.

Salimos de la ciudad esa misma noche, sin guardias, sin ceremonias. Caminamos por la puerta principal como dos viajeros cualquiera. En el horizonte, las montañas del Norte nos esperaban, envueltas en un misterio que ya no nos daba miedo.

—Caminamos juntos por el fuego —susurré, apretando la mano de Kaele—, y aunque el fuego se apague, siempre nos quedarán las cenizas para recordar que fuimos reales.

Kaele se transformó bajo la luz de las estrellas, sus alas de obsidiana cortando el aire frío. Me subí a su lomo, sintiendo el calor de su fuego vivo contra mis piernas. Volamos hacia el norte, dejando atrás la corona de carne y la corona de luz, buscando un mundo donde el único orden fuera el del corazón y la única aurora fuera la que el sol regalaba a los hombres libres.

La tensión del pasado se había disuelto en la inmensidad del cielo. Éramos la Reina sin Trono y el Dragón sin Exilio, y por primera vez, el nexo no era una cadena, sino el ala que nos permitía volar.

Capítulo 26: La Estirpe del Sol y el Juicio de las Escamas

Isadora

Me encontraba en la entrada de nuestra cueva, observando cómo los copos de nieve caían sobre el valle con una pereza hipnótica. A lo lejos, las ruinas de una antigua atalaya humana servían como refugio para Arkon y otros dragones que habían decidido seguir a Kaele en su retiro. Sin embargo, ese día el nexo —ese puente invisible que unía mi mente a la de Kaele— no vibraba con su habitual serenidad de fuego lento. Estaba erizado, cargado de una estática que hacía que el vello de mis brazos se erizara.

—Kaele —susurré, aunque él no estaba en la estancia.

Sentí su presencia antes de verlo. Descendió del cielo no con su gracia habitual, sino con una violencia que levantó una tormenta de nieve a su alrededor. Se transformó a mitad del salto, aterrizando en su forma humana con el rostro pálido y los ojos ámbar dilatados por un miedo que no conocía.

—Isadora, entra. Ahora mismo —su voz era un látigo de urgencia.

—¿Qué sucede? ¿Es el Acero Negro? ¿Han vuelto?

—Ojalá fuera el acero —respondió él, tomándome por los hombros. Sus manos temblaban—. Es la Sangre Pura. Han despertado.

Antes de que pudiera preguntar qué era la Sangre Pura, el cielo sobre nosotros se desgarró. No fue el rugido de los motores siderianos, sino un sonido mucho más antiguo y aterrador: el canto de guerra de los Dragones del Sol. Tres figuras inmensas, cuyas escamas no eran de la obsidiana de Kaele ni de la plata de Arkon, sino de un oro incandescente que parecía haber sido forjado en el núcleo de una estrella, descendieron sobre el valle.

Su luz no era el frío violeta de mi Aurora artificial; era un calor sofocante que empezó a derretir la nieve perpetua en segundos, convirtiendo el suelo en un lodazal de vapor y lodo.

Kaele

Me puse delante de Isadora, desplegando mis alas para protegerla de la radiación que emanaba de aquellos seres. La Sangre Pura. La leyenda decía que un grupo de nuestra especie se había ocultado en las cámaras de magma de las Islas de Fuego cuando los Valerius empezaron su cacería. Eran los guardianes de la esencia original, aquellos que nunca habían sido tocados por las manos de los hombres ni debilitados por el cautiverio.

El mayor de ellos, un dragón de escamas doradas cuya envergadura eclipsaba el sol, aterrizó frente a nosotros. Sus ojos eran dos pozos de luz blanca, desprovistos de pupila.

—Kaele, hijo de la Estirpe Caída —dijo el dragón, y su voz no salió de su garganta, sino que resonó directamente en nuestras mentes como el golpe de un martillo sobre un yunque—. Hemos sentido el final del robo. La Aurora de los hombres se ha apagado. Pero el hedor de la traición sigue manchando el aire del Norte.

—¿Traición? —rugí, sintiendo cómo mi propio fuego azul se encendía en señal de desafío—. He devuelto la luz a la tierra. He liberado a nuestra estirpe del yugo de la Ciudadela.

—Has liberado la esencia, pero te has encadenado a la ladrona —el dragón dorado clavó su mirada en Isadora, que permanecía firme tras mi espalda—. Te has vinculado a la descendiente de Valerius. Has mezclado el fuego sagrado con la sangre del parásito.

—Ella no es su abuelo —dije, aunque sabía que para ellos, los matices humanos no existían.

—Ella es la deuda —sentenció la criatura—. Hemos venido a reclamar la restauración. La Estirpe del Sol regresará a este mundo para borrar el rastro del hierro, pero el pacto exige limpieza. Kaele, se te ofrece el perdón. Se te ofrece restaurar tus alas con la luz verdadera, volver a ser el señor de los cielos que estabas destinado a ser.

Sentí una pulsación en mis alas heridas. El fuego dorado de estos seres prometía una curación total, una fuerza que me permitiría dejar de ser un exiliado herido. Pero el precio ya estaba escrito en el aire cargado de azufre.

—¿A cambio de qué? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

—A cambio de la humana. Ella debe ser llevada a las Cámaras de Juicio. Sus antepasados bebieron nuestra vida; ella pagará con la suya para que el ciclo se cierre. Entrega a la Valerius, Kaele, y vuelve a casa.

Isadora

El nexo se inundó de una lucha interna tan violenta que me hizo tambalear. Sentía el anhelo de Kaele por la curación, el deseo primario de su especie de volver a la gloria que les fue arrebatada. Y sentía también su amor por mí, un amor que ahora parecía una carga injusta frente a la oportunidad de su propia redención.

—Kaele —dije suavemente, poniendo una mano en su espalda desnuda. Sentí cómo su piel ardía bajo mi tacto—. Mírame.

Él se giró. Su rostro estaba torturado. Aquellos dragones representaban todo lo que él había perdido, la familia que nunca tuvo, la pureza que yo, con mi sola existencia, había "manchado".

—No tienes que hacerlo —continué, manteniendo mi voz firme—. Si mi muerte es lo que necesita tu raza para sanar, si mi sangre es el precio de tu libertad definitiva...

—¡Cállate, Isadora! —me cortó él, y por primera vez en meses, vi el destello salvaje en sus ojos—. No hables de sacrificios. No después de todo lo que hemos pasado.

Se giró de nuevo hacia el dragón dorado.

—Ella no es una moneda de cambio —dijo Kaele, y su voz vibró con una autoridad que hizo que los otros dos dragones retrocedieran un paso—. Isadora renunció a su corona y a su divinidad para devolveros vuestra esencia. Ella mató el legado de su familia con sus propias manos.

—Ella solo devolvió lo que no podía retener —replicó el de Sangre Pura—. Un ladrón que devuelve el botín cuando se ve rodeado no deja de ser un ladrón. Ella será juzgada. Si te opones, Kaele, serás considerado parte de la infección. Serás exterminado junto con ella.

No nos dieron tiempo a responder. Los dos dragones menores se lanzaron al ataque, pero no con fuego, sino con ondas de presión térmica. Kaele me agarró de la cintura y saltó hacia el interior de la

cueva justo cuando la entrada se colapsaba bajo una explosión de calor.

—¡Corre hacia el fondo! —me ordenó, transformándose en su forma de obsidiana—. ¡Busca las galerías de cristal! ¡Su luz no puede penetrar allí!

—¡No voy a dejarte solo contra ellos! —grité, agarrando una pica de hierro que guardábamos para la caza.

—¡Isadora, eres humana! ¡Si te toca uno de sus rayos, te desintegrarás! ¡Vete!

Me obligué a correr, sintiendo cómo el calor a mi espalda derretía las paredes de la cueva. El nexo era ahora un caos de dolor y furia. Kaele estaba luchando en el espacio angosto, usando su conocimiento del terreno para compensar la superioridad numérica de los Sangre Pura. Escuché el crujido de las escamas contra la piedra y el rugido sordo de su fuego azul chocando contra el oro.

Llegué a las galerías profundas, donde los cristales naturales crecían en las paredes. El aire aquí era frío y húmedo, un refugio contra el infierno que se desataba arriba. Me quedé allí, jadeando, apretando la pica de hierro hasta que mis nudillos se pusieron blancos.

Kaele... por favor...

¡Huye, Isadora!, su voz mental llegó débil, cargada de fatiga. *Son demasiado fuertes. Su luz es... es pura. Mi fuego no puede herirlos.*

Escuché un impacto masivo y luego el silencio. Un silencio que me aterró más que cualquier grito. Corrí de vuelta hacia la galería principal, ignorando el peligro. Al llegar, vi a Kaele enterrado bajo toneladas de escombros, su ala derecha rota en un ángulo antinatural.

El dragón dorado estaba allí, en su forma humana ahora: un hombre alto, con cabellos de oro líquido y ojos que brillaban con un fulgor insoportable. Vestía una túnica de luz tejida.

—Ves, pequeña Valerius —dijo, acercándose a mí con una elegancia depredadora—. Tu "vínculo" no es más que una cadena que lo arrastra a la tumba. Él prefiere morir como un perro por ti que reinar como un dios con nosotros. ¿Es eso lo que llamas amor? Nosotros lo llamamos enfermedad.

—Lo llamamos lealtad —respondí, levantando mi pica. Me sentía ridícula, una mujer mortal con un trozo de hierro frente a una deidad solar, pero no retrocedí—. Algo que vuestra "pureza" parece haber olvidado en sus cámaras de magma.

—La lealtad se debe a la sangre, no a los enemigos —el hombre dorado extendió una mano y, con un simple gesto, mi pica de hierro se puso al rojo vivo, obligándome a soltarla—. Ven. El tribunal espera. Y no creas que tu muerte será rápida. Cada gota de esencia que tus padres destilaron será cobrada en tu carne.

Kaele

El dolor era una neblina roja, pero la imagen de Isadora siendo arrastrada por Solis —el líder de la Sangre Pura— me dio una fuerza que mis músculos ya no poseían. Me arrastré fuera de los escombros, sintiendo mis huesos recolocarse con chasquidos agonizantes.

—¡SUÉLTALA! —rugí, intentando lanzar una llamarada, pero solo salió una nube de humo gris. Mi fuego estaba agotado.

Solis se giró, mirándome con desprecio.

—Mírate, Kaele. Estás vacío. Has dado tanto de ti mismo a esta humana que ya no queda nada del dragón. Eres un cascarón.

—Me queda... —dije, levantándome con dificultad, apoyándome en la pared de piedra—, me queda la verdad que vosotros no tenéis el valor de afrontar.

—¿Qué verdad, mestizo?

—Que vuestra "pureza" es soledad. Vinisteis aquí no para juzgarla a ella, sino porque tenéis miedo. Tenéis miedo de que el mundo haya cambiado y que ya no haya sitio para vuestra luz absoluta. Habéis despertado y habéis visto que los humanos y los dragones pueden coexistir sin cadenas, y eso os aterra más que los laboratorios de Valerius.

Solis estrechó los ojos. Por un segundo, la luz de su aura vaciló.

—La coexistencia es una mentira —siseó—. O eres el martillo o eres el yunque. Y hoy, ella es el yunque.

Isadora

Me llevaron a una meseta elevada, donde los otros dos dragones esperaban en su forma humana. Me obligaron a arrodillarme sobre el círculo de piedras antiguas. El calor que emanaban era tan intenso que sentía que mi piel empezaba a ampollarse.

—Isadora de Valerius —dijo Solis, volviendo a su forma de dragón para el juicio oficial. Su voz retumbó en las montañas—. Se te acusa de existir. Se te acusa de ser la heredera de la profanación. ¿Tienes algo que decir antes de que tu esencia sea devuelta al sol mediante el fuego purificador?

Miré a mi alrededor. Vi a Kaele en la distancia, intentando llegar a la meseta, siendo retenido por los otros dos guardianes. Vi a Arkon y a los dragones del Norte observando desde lejos, incapaces de intervenir contra la Sangre Pura.

—Tengo mucho que decir —dije, y mi voz, aunque humana y pequeña, no tembló—. Mis antepasados cometieron crímenes atroces. Se bañaron en vuestra sangre y construyeron un imperio sobre vuestro dolor. No pido perdón por ellos. No puedo.

Solis bajó su inmensa cabeza, sus ojos blancos a centímetros de mi rostro.

—Pero —continué—, si me matáis ahora, estaréis admitiendo que sois iguales a mi abuelo. Él mataba por poder; vosotros matáis por venganza. Al final, el resultado es el mismo: un mundo donde el más fuerte decide quién tiene derecho a respirar. Si me matáis, estaréis matando la única posibilidad de que nuestras especies dejen de ser verdugos y víctimas.

—¡Palabras de humana! —rugió uno de los otros dragones—. ¡Palabras de alguien que teme la hoguera!

—¡Temo la hoguera! —grité—. ¡Pero temo más un mundo donde Kaele tenga que vivir sabiendo que su propia raza es tan cruel como la mía! Si sois tan puros, demostradlo. Demostrad que vuestra luz puede iluminar el futuro, no solo quemar el pasado.

Kaele logró zafarse de sus captores con un estallido final de voluntad. Corrió hacia el círculo y se puso entre Solis y yo. No se transformó. Se quedó en su forma de hombre, vulnerable y herido.

—Si la quemáis a ella, me quemáis a mí —dijo Kaele. Su nexo conmigo estaba tan abierto que sentía el latido de su corazón fundirse con el mío—. Mi sangre está mezclada con la suya. Mi fuego vive en sus venas desde el día de la transferencia. No podéis "purificarla" sin destruir lo que queda de mí.

Solis gruñó, un sonido que hizo temblar la montaña.

—¿Estás dispuesto a morir por este parásito, Kaele? ¿Estás dispuesto a que tu linaje termine aquí, en la nieve, por una mujer que morirá de vieja en unas pocas décadas mientras tú podrías vivir milenios?

—Prefiero una década de verdad con ella que una eternidad de mentiras con vosotros —respondió Kaele, tomando mi mano.

Hubo un silencio tenso. El aire olía a ozono y a decisión. Solis observó nuestras manos entrelazadas —la mano de escamas y la mano de carne— y algo en su milenaria conciencia pareció crujir.

—El juicio no puede ser evadido —dijo Solis finalmente—. Pero la forma del sacrificio puede cambiar.

Solis se transformó de nuevo en humano y se acercó a nosotros. En su mano derecha apareció una daga de luz sólida, una hoja que parecía hecha de un rayo capturado.

—Kaele, si quieres salvarla, debes demostrar que vuestro vínculo es más fuerte que la historia —dijo Solis—. El Ritual de la Compartición. Unirás tu vida a la suya de forma física. No un nexo mental, sino una transferencia vital. Ella vivirá lo que tú vivas. Ella sentirá lo que tú sientas. Pero a cambio, perderás tu inmortalidad. Te volverás tan mortal como ella. Seréis dos humanos con un solo corazón de dragón repartido entre ambos.

Miré a Kaele, horrorizada.

—¡No! —grité—. ¡Kaele, no! No puedes renunciar a tu naturaleza por mí. ¡Es demasiado!

Kaele me miró, y en sus ojos vi una paz que nunca había estado allí. El exilio, la guerra, el odio... todo parecía desvanecerse ante la idea de ser simplemente él, sin el peso de ser el último de su estirpe, sin la soledad de los siglos.

—Es el trato más justo que me han ofrecido en la vida, Isadora —susurró él.

—¿Estás seguro? —preguntó Solis, con una nota de algo parecido al respeto en su voz—. Una vez hecho, no hay vuelta atrás. Seréis vulnerables. Seréis olvidados por la historia.

—Ya somos olvidados —respondió Kaele—. Y la vulnerabilidad es lo único que nos hace reales.

Solis nos ordenó sentarnos frente a frente. Tomó la daga de luz y trazó una línea en la palma de mi mano derecha y en la de la mano izquierda de Kaele. La sangre —mi rojo carmesí y su azul eléctrico— empezó a manar, mezclándose en el suelo de piedra.

—Caminamos juntos por el fuego —comenzó Solis, recitando las palabras del pacto antiguo—, pero hoy el fuego deja de ser un arma para convertirse en un hogar. Sangre de hombre, sangre de dragón. Una sola vida, un solo destino.

Sentí un dolor agudo, como si me estuvieran cosiendo el alma a la suya con hilos de fuego. La luz de Solis nos envolvió, y por un momento, vi el universo entero: las estrellas naciendo, los dragones volando en cielos que ya no existían, y a Isadora y Kaele, dos puntos de luz en la inmensidad del tiempo.

Sentí cómo su fuerza fluía hacia mí, fortaleciendo mis huesos, alargando mi horizonte de vida. Y sentí cómo mi humanidad, mi capacidad de sentir el momento, de valorar la brevedad, fluía hacia él, calmando su furia milenaria.

Cuando la luz se apagó, los dragones de Sangre Pura ya se estaban elevando hacia el cielo.

—El juicio ha terminado —la voz de Solis resonó desde las alturas —. Vivid vuestra vida pequeña, humanos. Pero recordad que ahora lleváis el peso del sol en vuestra fragilidad. Si uno cae, el otro se apaga. No desperdiciéis el regalo.

Isadora

Me quedé sentada en la nieve, jadeando. Miré mi mano; la herida se había cerrado, dejando una cicatriz dorada. Miré a Kaele. Su ala herida ya no estaba rota; se había curado, pero sus escamas de

obsidiana habían perdido ese brillo metálico agresivo, volviéndose más suaves, más... vivas.

—¿Cómo te sientes? —pregunté, con miedo de lo que pudiera ver en sus ojos.

Él se tocó el pecho, donde el latido de su corazón ahora sonaba doble, una sincronía perfecta con el mío.

—Siento... —hizo una pausa, y una lágrima, una lágrima humana, rodó por su mejilla—, siento que por fin tengo tiempo. No siglos de soledad, sino tiempo de verdad. Contigo.

Lo abracé con una fuerza que no sabía que tenía. El nexo ya no era un murmullo; era una melodía constante. Éramos un solo ser repartido en dos cuerpos.

—Se han ido —dije, mirando al cielo vacío—. No nos han matado.

—No —respondió él, besando mi frente—. Nos han dado la mayor de las libertades: la de poder morir juntos cuando sea nuestro momento.Esa noche, en la cueva, el fuego no fue una necesidad de supervivencia, sino un testigo. Arkon y los otros dragones se acercaron para rendir homenaje a la nueva unión. Sabían que algo fundamental había cambiado. El ciclo de odio entre los Valerius y la Estirpe se había cerrado no con una victoria militar, sino con una renuncia mutua.

—Caminamos juntos por el fuego —susurré, mientras me quedaba dormida en los brazos de Kaele—, y ahora el fuego es nuestro, y de nadie más.

La tensión de los Sangre Pura seguía latente en el horizonte —sabíamos que ellos vigilarían el mundo desde sus islas de fuego—, pero ya no éramos sus presas. Éramos el experimento de un nuevo mundo. Un mundo donde la luz no se robaba, y donde el fuego no se temía.

Habíamos sobrevivido al juicio de las escamas, y mientras la nieve seguía cayendo sobre el Norte, la Reina sin Trono y el Dragón Mortal cerraron los ojos, sabiendo que mañana, por primera vez en toda su historia, despertarían sin el peso de la eternidad sobre sus hombros.

Capitulo 27: El Estabilizador de Azufre y la Sangre de los Mortales

Isadora

El nexo que nos unía, antes una autopista de energía vibrante y eléctrica, se había transformado en un hilo de seda, delicado y cálido, pero aterradoramente frágil. Desperté con el cuerpo entumecido por el frío del Norte, sintiendo el peso de la manta de lana y el calor humano —demasiado humano— de Kaele a mi lado. Ya no era el estruendo de un motor de combustión divina lo que escuchaba en su pecho; era el tic-tac de un reloj que, por primera vez, tenía un final.

Me incorporé lentamente, tratando de no despertarlo. Su rostro, en la penumbra de la cueva, lucía exhausto. La palidez de su piel no era la de la porcelana real, sino la de la fatiga acumulada. Desde el ritual de los Sangre Pura, sus heridas de Sideria —aquellas marcas profundas donde el hierro frío había succionado su esencia— habían dejado de ser cicatrices heroicas para convertirse en llagas que su nuevo cuerpo mortal no sabía cómo cerrar.

Salí a la entrada de la cueva. El aire me cortó la cara, pero no retrocedí. Tenía que aprender a soportar el mundo sin el filtro de la Aurora. Arkon estaba allí, su inmensa silueta de plata recortada contra el gris del amanecer.

—Se está apagando, Isadora —dijo Arkon, y su voz resonó en mi mente con el peso de una sentencia—. Su corazón de dragón está intentando bombear una vida que sus venas humanas ya no pueden contener.

—Iré a la Ciudad de Azufre —sentencié—. Kaele no puede saberlo. Si se entera de que voy a arriesgarme por él, se levantará de esa cama aunque le cueste la vida.

Caminé durante horas a través de los senderos ocultos hacia las tierras bajas. Al cruzar los muros derruidos de la ciudad de los parias, me subí la capucha. El olor a azufre y metal oxidado me golpeó, trayendo recuerdos de la caída de Maximus. Me sentí pequeña, vulnerable. Busqué al Doctor Vane, el jefe de investigación

de mi abuelo. Lo encontré en un sótano iluminado por lámparas de aceite.

—Necesito el estabilizador de pulso de grado cinco —le dije, poniendo sobre la mesa un pequeño lingote de oro con el sello real —. El que usabais para los ejemplares alfa.

—Eso es veneno puro para un humano, Majestad —dijo Vane con una sonrisa retorcida—. Pero para un dragón, es lo único que mantiene sus venas unidas. El precio no ha sido solo el oro. Alaric y los suyos están ofreciendo una recompensa por vuestra cabeza. Salid antes de que se den cuenta de quién sois.

Salí del laboratorio con el corazón en un puño, sintiendo un tirón violento en el nexo. Kaele se había dado cuenta. Sentí su miedo, su agonía. Al doblar una esquina, tres cazadores de recompensas me cortaron el paso. Me derribaron al suelo y el sabor metálico de la sangre llenó mi boca mientras protegía el matraz de medicina contra mi pecho.

Kaele

Desperté sintiendo un vacío gélido en el costado de la cama. El nexo, que solía ser una melodía constante de la presencia de Isadora, emitía ahora una nota de engaño y urgencia. Intenté incorporarme, pero mi pecho se sintió como si estuviera lleno de cristales rotos. Me cubrí con la mano, tratando de ocultar el temblor que recorría mis hombros.

—*¿A dónde vas, Isadora?* —pregunté en mi mente, pero solo recibí una imagen borrosa de la atalaya. Mentía. Sabía que mentía porque mi corazón, aunque debilitado, seguía reconociendo cada matiz de su espíritu.

Cuando el nexo estalló en una oleada de terror puro, supe que estaba en la Ciudad de Azufre. Me puse en pie, gritando de dolor cuando mis antiguas heridas se tensaron. Arkon intentó detenerme, pero mis ojos ya eran de fuego ámbar. Forcé mi cuerpo al límite, ignorando que mis venas estaban empezando a romperse bajo la presión del fuego que intentaba invocar.

Llegué al callejón justo cuando un gigante la golpeaba. El odio y el instinto de protección anularon mi razón. Caí desde el tejado como una sombra de muerte, rodeado de un aura de vapor azulado. No usé armas; mis manos, calientes como el magma, fundieron el hierro de sus picas. Los golpeé con una ferocidad ciega, sintiendo cómo cada estallido de calor me restaba meses de vida.

—¡Alejaos de ella! —rugí, y escuché mis propios huesos crujir bajo el esfuerzo.

Cuando los cazadores huyeron, me quedé de pie, jadeando. La neblina azul se disipó y mis fuerzas se evaporaron. Caí de rodillas, escupiendo sangre azul sobre la nieve sucia del callejón. Sentí sus manos, cálidas y temblorosas, sosteniéndome la cabeza.

—Te dije... que no te alejaras... —susurré, con la mirada perdida.

Bebí el líquido amargo que me ofreció. El alivio fue violento; sentí cómo el estabilizador forzaba a mi corazón a mantener un ritmo mecánico, apagando el incendio de mis nervios. Pero también sentí la cadena. Ya no era el fuego de la estirpe lo que me mantenía en pie, sino la alquimia de mis verdugos.

Isadora

Ayudé a Kaele a ponerse en pie, cargando gran parte de su peso sobre mis hombros. Caminamos penosamente fuera de la Ciudad de Azufre mientras el silencio de las ruinas se volvía amenazador. Arkon nos recogió en el límite de los escombros y el vuelo de regreso al Norte fue un calvario de sombras y premoniciones.

Al llegar a la cueva, lo instalé de nuevo en el lecho. Me senté a su lado, sosteniendo su mano mientras el calor de la hoguera iluminaba sus facciones recuperadas artificialmente.

—¿Por qué lo hiciste, Isadora? —preguntó él horas más tarde—. Me has vuelto un esclavo de la misma ciencia que destruyó a mi familia.

—Lo hice porque no estoy lista para perderte —respondí—. He renunciado a una corona por estar contigo. No voy a dejar que un corazón defectuoso me quite lo único que he elegido por voluntad propia.

—Mi corazón no es defectuoso —dijo él, poniendo mi mano sobre su pecho—. Simplemente late por algo que no es la eternidad. Pero ahora saben dónde estamos. Vane no guarda secretos.

Me quedé dormida escuchando ese latido "corregido", soñando con una aurora que se consumía. Al amanecer, Arkon se posó en la entrada de la cueva. Sus ojos plateados reflejaban el metal de las naves que aparecían en el horizonte.

—Se acercan —dijo el dragón—. Alaric ha enviado a un ejército.

Me puse en pie, sintiendo el peso de la daga de obsidiana. Miré a Kaele, que se levantaba con una determinación mortal, sostenido por la química de Vane.

—Caminamos juntos por el fuego —dije, mirándolo a los ojos—, y si esta es la última vez que el fuego nos sostiene, que sea para incinerar a los que creen que pueden volver a encadenarnos.

Kaele asintió, y el nexo se iluminó con una chispa final. Estábamos listos para recibir el final de nuestra mortalidad con las manos manchadas de la misma sangre que nos había unido.

Capítulo 28: La Frecuencia del Alma y el Escudo de la Montaña

Isadora

El estruendo no provino del cielo, sino de la misma piedra sobre la que dormíamos. Las vibraciones de los motores de asedio de Alaric eran una nota grave y discordante que sacudía el polvo de los techos de la cueva, recordándonos que el tiempo de las plegarias y los silencios se había agotado. Me levanté sintiendo el frío de la obsidiana en mi cintura, mientras el nexo con Kaele pulsaba con una intensidad metálica, fruto de la alquimia de Vane que ahora corría por sus venas.

Salí a la plataforma de piedra, y lo que vi me heló la sangre más que el viento del Norte. En el valle, donde antes solo había nieve y sombras, ahora se desplegaba una maquinaria de guerra que parecía un insulto a la naturaleza. Naves de transporte negras, erizadas de antenas y cañones de vapor, descargaban regimientos de soldados del Acero Negro. Pero no eran simples hombres;

llevaban exotrajes pesados que zumbaban con una energía que yo conocía bien. Eran resonadores. Estaban aquí para amplificar la inestabilidad de cualquier rastro de luz o fuego que quedara en la montaña.

—Están preparando un barrido de frecuencia —dijo Kaele a mi espalda. Su voz era firme, pero a través de nuestra unión sentí el esfuerzo sobrehumano que realizaba para mantener sus pulmones expandidos. El estabilizador de azufre lo mantenía en pie, pero sus ojos tenían un brillo febril, una chispa que no era suya, sino prestada por el laboratorio—. Si activan esos resonadores, Arkon y los demás dragones caerán del cielo. Sus escamas vibrarán hasta romperse.

—Y tú también —susurré, volviéndome hacia él. Kaele ya no era el dragón invencible, sino un hombre cuya estructura celular estaba unida por un hilo alquímico. Un barrido de alta frecuencia lo desintegraría desde dentro.

—No si los mantengo ocupados en tierra —dijo él, apretando los puños. Sus uñas se volvieron garras de ébano por un segundo, chisporroteando con un fuego azul que se apagaba y encendía como una lámpara defectuosa—. Arkon volará bajo, tratará de crear una cortina de humo. Yo iré al centro del despliegue.

—No puedes, Kaele. El suero de Vane solo te da fuerza, no invulnerabilidad. Tu corazón no aguantará una batalla de desgaste.

—Entonces no será de desgaste. Será una carnicería rápida —me miró, y por un momento vi al Lord Protector, al guerrero que me amaba con una ferocidad que me aterraba—. Isadora, quédate en las galerías altas. Si logran entrar, usa los túneles del norte hacia el mar de hielo.

—No voy a huir, Kaele. Ya no.

Me quedé allí, observando cómo él se lanzaba al vacío, transformándose en una sombra de obsidiana a mitad de caída. Pero su vuelo era errático. Sus alas se desplegaban con dificultad, y el fuego que exhalaba para frenar su descenso era pálido, casi transparente. A través del nexo, sentí el primer latigazo de la frecuencia enemiga. Era un chirrido en la base del cráneo, una presión que me hacía querer gritar.

Bajé la vista a mis manos. Estaban vacías. No tenía luz, no tenía fuego. Pero cuando la primera nave de asedio disparó un pulso sónico contra la montaña, un sonido escapó de mi garganta de forma involuntaria. No fue un grito de miedo, sino una nota larga, pura y cristalina.

Para mi sorpresa, la onda de choque del cañón de vapor se desvió unos metros antes de golpear la roca, como si hubiera chocado contra una pared invisible.

Kaele

El aire me quemaba. Cada vez que mis alas batían, el estabilizador de Vane enviaba una descarga eléctrica a través de mi espina dorsal para obligar a mis músculos a responder. Era una agonía química. Al aterrizar en medio de la primera línea del Acero Negro, el suelo crujió bajo mis garras, pero mis patas flaquearon.

—¡Fuego a discreción! —gritó un oficial humano, protegido tras un escudo de plomo.

Los proyectiles de hierro frío me golpearon en los costados. En otro tiempo, habrían rebotado contra mis escamas como gotas de lluvia, pero ahora cada impacto me abría una brecha. La sangre azul manchaba la nieve, mezclándose con el aceite de los motores enemigos. Rugí, pero el sonido fue ahogado por el zumbido de los resonadores.

Isadora... vete... —intenté enviarle, pero el nexo estaba saturado de interferencia sónica.

Sentí que mi corazón se detenía por un segundo, abrumado por la frecuencia. Los soldados se acercaban con lanzas de inducción, listos para terminar el trabajo. Estaba rodeado. El fuego en mis pulmones se sentía como plomo derretido que no lograba salir. Iba a morir allí, en el barro, como el último vestigio de una raza que el mundo ya no quería.

Entonces, lo escuché.

No fue un trueno, ni el rugido de Arkon. Fue una melodía. Una voz humana, clara y vibrante, que descendía desde las alturas de la montaña. Era Isadora. Estaba cantando, pero no eran palabras; eran

frecuencias puras, notas que resonaban con la estructura misma de la atmósfera.

Vi cómo los resonadores del Acero Negro empezaban a echar humo. Las luces rojas de los exotrajes parpadearon y se apagaron. Los soldados se tambalearon, llevándose las manos a los cascos mientras sus sistemas de comunicación estallaban en estática.

El dolor en mi pecho disminuyó. La frecuencia de Isadora estaba creando un vacío, un escudo de silencio sónico que anulaba la tecnología de Alaric.

Sigue, Isadora... —le pedí, sintiendo cómo mi corazón encontraba un ritmo estable bajo su voz—. *Canta para mí.*

Isadora

No sabía qué estaba haciendo, solo sabía que no podía parar. Cada vez que abría la boca, sentía que la vibración nacía desde el fondo de mis pulmones, desde el lugar donde la luz de la Aurora había vivido durante años. La luz se había ido, pero el canal que había dejado en mi cuerpo seguía allí. Mi voz era el aire llenando el vacío de un instrumento divino.

Caminé hacia el borde del precipicio, extendiendo los brazos. Veía las naves de Alaric tambalearse en el aire. Sus motores de vapor, diseñados para trabajar en una frecuencia perfecta, empezaron a toser y a soltar vapor negro. Las válvulas estallaban. Los engranajes se bloqueaban. Mi voz no los quemaba, los desajustaba. Era la entropía de la carne contra el orden del acero.

—¡Concentrad el fuego en la plataforma superior! —escuché un grito lejano desde una de las naves—. ¡Silenciad a la mujer!

Un proyectil de fragmentación estalló cerca de mí, lanzándome metralla de piedra a la cara. Sentí un corte en la mejilla, pero no dejé de cantar. La nota subió de tono, volviéndose tan aguda que los cristales de las naves empezaron a estallar.

A través del nexo, sentí a Kaele recuperarse. Estaba usando este respiro para abrirse paso entre las líneas enemigas. Su fuego azul, ahora estabilizado por mi frecuencia, se volvió más brillante, más

denso. Lo vi desgarrar el casco de un transporte, arrancando los generadores de frecuencia con sus garras.

Pero el esfuerzo físico me estaba consumiendo. Mis cuerdas vocales ardían y un sabor metálico —sangre— empezó a llenar mi garganta. Mi cuerpo humano no estaba diseñado para ser un resonador de este calibre. Cada nota me desgarraba por dentro, recordándome que el precio de proteger la montaña era mi propia integridad.

Kaele

La vi desde abajo. Una figura pequeña y plateada contra la inmensidad de la roca, rodeada de un halo de sonido que hacía vibrar el aire como un espejismo en el desierto. Isadora no era una reina; era un escudo. Pero sentí su agonía. Su nexo conmigo era un grito sordo de dolor físico. Sus pulmones estaban al límite de su capacidad, sus cuerdas vocales se estaban desgarrando.

—¡Arkon! —llamé mentalmente al dragón de plata, que sobrevolaba la zona atacando las naves deshabilitadas—. ¡Cúbrela! ¡Van a disparar el cañón de vacío principal!

Solis y los Sangre Pura nos habían dado una advertencia: "Si uno cae, el otro se apaga". Si Isadora moría por el esfuerzo de salvarme, yo no duraría ni un segundo bajo el efecto del estabilizador de azufre sin su ancla emocional.

Me lancé contra la nave insignia de Alaric, el *Leviatán de Hierro*. Era una fortaleza flotante que se mantenía en el aire por pura fuerza bruta. En su cubierta, vi a los artilleros cargando un proyectil de plomo sólido, diseñado para colapsar toda la plataforma donde Isadora estaba.

No llegaría a tiempo en vuelo. Mis alas estaban rotas por el esfuerzo previo.

—*Isadora... baja el tono... cambia la frecuencia...* —le imploré.

Ella me escuchó. En medio de su canto, sentí que la nota cambiaba. Ya no era un escudo, era un martillo. La vibración se concentró en un punto único: el depósito de presión del *Leviatán*.

—¡AHORA! —gritó ella, y la última nota fue un estallido sónico que me dejó sordo por un instante.

La caldera de la nave insignia explotó desde dentro. El metal se retorció como si manos invisibles lo estuvieran doblando. El *Leviatán* empezó a caer, envuelto en llamas negras y vapor hirviente, aplastando los resonadores que quedaban en el valle.

Isadora cayó de rodillas, su voz desapareciendo en un susurro quebrado.

Isadora

El silencio que siguió fue absoluto, roto solo por el crepitar de los incendios en el valle. Me desplomé sobre la piedra, con la garganta en carne viva, incapaz de producir ni un solo sonido. El nexo con Kaele era un zumbido débil, como una radio perdiendo la señal.

—Lo... lo hice... —intenté decir, pero solo salió un rastro de sangre por mis labios.

Veía borroso. Las naves que no habían sido destruidas estaban huyendo, sus sistemas de navegación arruinados por la interferencia. El Acero Negro se retiraba, dejando tras de sí un cementerio de tecnología inútil. Habíamos ganado, pero me sentía vacía, como si hubiera vertido cada gota de mi vitalidad en ese último canto.

Sentí una presencia cálida a mi lado. Kaele, en su forma humana, se arrodilló y me tomó en sus brazos. Estaba cubierto de hollín y sangre, con la ropa hecha jirones, pero sus ojos estaban llenos de un alivio desesperado.

—No vuelvas a hacer eso —susurró, pegando su frente a la mía. Su calor era lo único que me impedía desvanecerme—. No me obligues a vivir en un mundo donde el silencio significa que te has ido.

Intenté sonreír, pero el dolor era demasiado fuerte. Él me apretó contra su pecho, y sentí la vibración del estabilizador de azufre bajo su piel. Seguía latiendo, pero su ritmo era errático. La batalla le había pasado una factura que ninguna medicina podría pagar del todo.

—Estamos vivos —logré susurrar, con una voz que no reconocí.

—Sí —respondió él, mirando hacia el valle en ruinas—. Pero Alaric no se detendrá. Ha visto de lo que eres capaz ahora. No eres la

Reina de la Aurora, Isadora. Eres algo mucho más peligroso para ellos. Eres la Canción de la Tierra. Y no descansarán hasta que esa canción sea suya o se apague para siempre.

Kaele

La cargué de regreso al interior de la cueva. Arkon aterrizó en la entrada, sus escamas plateadas manchadas de hollín. El viejo dragón nos observó con una mezcla de orgullo y pesar.

—Habéis salvado la montaña —dijo Arkon—. Pero habéis revelado vuestro secreto. El mundo de los hombres sabe ahora que la magia no ha muerto, sino que ha cambiado de forma. Isadora ha usado la frecuencia del alma, algo que los Valerius nunca entendieron.

—Necesita descansar, Arkon —dije, acomodándola en el lecho de pieles. Le di un poco de agua helada, viendo cómo el color regresaba lentamente a sus mejillas—. Y yo necesito más suero. Siento que mi cuerpo se está deshaciendo.

Arkon bajó la cabeza, sus ojos plateados fijos en el frasco casi vacío que Isadora había traído de la Ciudad de Azufre.

—El suero es una trampa, Kaele. Cuanto más lo uses, menos dragón serás. Tus células se están volviendo dependientes de la alquimia humana para no colapsar bajo el peso de tu propio fuego. Si sigues por este camino, te convertirás en un hombre de hojalata, sostenido por veneno.

—Es el precio de estar con ella —respondí, mirando a Isadora mientras dormía un sueño profundo y febril—. Y lo pagaría mil veces más.

Esa noche, me quedé vigilando la entrada. El nexo estaba en calma, pero era una calma tensa. Podía sentir el eco de la canción de Isadora vibrando todavía en las rocas. Ella no lo sabía, pero su voz había despertado algo en la montaña. No era luz, era una conciencia antigua, una resonancia que había estado dormida desde antes de que el primer Valerius robara el fuego.

Al amanecer, vi algo que me hizo estremecer. En las grietas de la plataforma donde Isadora había cantado, pequeñas flores de cristal

empezaban a brotar. No necesitaban la Aurora. Se alimentaban de la frecuencia que ella había dejado atrás.

—Caminamos juntos por el fuego —susurré, sintiendo el pinchazo de la necesidad del suero en mis venas—, y si el fuego se convierte en una canción, bailaremos hasta que nuestras cenizas se fundan con la tierra.

Pero el peligro no se había ido. En el horizonte, más allá de las columnas de humo, vi una sola nave, pequeña y rápida, que no huía hacia Sideria, sino que se dirigía hacia el Gran Archivo del Oeste. Sabía lo que buscaban. Si Alaric no podía capturar a Isadora, buscaría el "Códice de la Resonancia", el único libro que explicaba cómo silenciar la voz de la tierra.

Miré a Isadora y luego a mis propias manos, que temblaban bajo el efecto de la abstinencia química. La guerra por nuestra mortalidad apenas estaba comenzando, y esta vez, el campo de batalla no sería solo de carne y acero, sino de sonido y alma.

Capítulo 29: El Abismo del Silencio y el Laberinto de Espejos de Hielo

Isadora

El frío que nos recibió en el Desfiladero de las Sombras no era el de las montañas, sino un frío muerto, una ausencia total de vibración. A medida que nos alejábamos de las galerías del Norte, el zumbido constante que siempre me había acompañado —el latido de la tierra, el susurro mental de Kaele— empezó a desvanecerse, tragado por una neblina densa que parecía absorber incluso el sonido de nuestras pisadas. Estábamos entrando en la primera "Zona de Silencio", un lugar donde la densidad de los minerales inhibidores anulaba cualquier nexo telepático o vestigio de energía residual.

Me detuve en seco cuando el silencio me golpeó. Fue como quedar ciega en medio de una multitud. De repente, la presencia constante de Kaele en el rincón de mi mente desapareció. Busqué desesperadamente ese hilo de seda que nos unía, esa melodía de fuego y calma que era mi ancla, pero no encontré nada más que una pared de estática fría.

Me giré hacia él, con el corazón martilleando contra mis costillas. Kaele caminaba a mi lado, pero sus ojos estaban fijos en el suelo y su paso era pesado, errático. Sin el nexo, no podía sentir su dolor, pero podía verlo. Su piel tenía un matiz grisáceo bajo la luz mortecina de la tarde, y el temblor en sus manos era ahora un espasmo constante. El estabilizador de azufre se estaba agotando, y sin la conexión conmigo para equilibrar su psique, la abstinencia química estaba empezando a destrozarlo.

—Kaele —dije, pero mi voz sonó pequeña, ahogada por la bruma.

Él no me miró. Seguía murmurando algo entre dientes, un lenguaje antiguo que ya no tenía la resonancia del poder, sino el rastro de la locura. Tomé su mano, pero estaba gélida. Al tacto, él dio un salto, mirándome con una desconfianza que me dolió más que cualquier herida. En ese silencio absoluto, Kaele no me veía a mí; veía los fantasmas de Sideria.

—No me toques, Valerius —siseó. Sus ojos ámbar estaban inyectados en sangre—. Sé lo que buscas. Buscas la aguja. Buscas el drenaje.

—Kaele, soy yo. Soy Isadora —intenté decir, pero él se apartó de un empujón, tambaleándose hacia las paredes de hielo del laberinto —. No hay agujas aquí. Solo estamos nosotros.

Pero no había "nosotros" en la Zona de Silencio. Éramos dos extraños atrapados en la misma pesadilla. Sin la telepatía, Kaele estaba solo con sus traumas, y yo estaba sola con mi fragilidad humana. Me di cuenta de que mi canción, la frecuencia que había salvado la montaña, tampoco funcionaría aquí. El aire era demasiado denso, demasiado muerto para transportar mi voz.

Tenía que guiarlo a través del laberinto de hielo antes de que el frío o su propia paranoia terminaran con él. El Gran Archivo estaba al

otro lado, pero este lugar estaba diseñado para perder a los cuerdos y consumir a los heridos.

Kaele

La oscuridad en mi cabeza era un rugido ensordecedor. Sin la voz de Isadora para calmar el incendio de mis nervios, el suero de Vane se había convertido en un veneno que gritaba por más. Sentía que mis escamas intentaban emerger bajo mi piel, pero no para protegerme, sino para rasgarme desde dentro. Cada centímetro de mi carne era una herida abierta.

¿Dónde estaba ella? Veía una figura caminando a mi lado, una mujer de cabello plateado que se parecía a la Reina, pero su silencio era sospechoso. En Sideria, los verdugos también guardaban silencio antes de clavar el hierro.

—*Isadora... contéstame...* —grité en el vacío de mi mente, pero no hubo respuesta. El silencio me confirmó mis peores miedos. Ella se había ido. Me había dejado solo en este túnel de cristal para que las sombras me devoraran.

De repente, las paredes de hielo empezaron a proyectar imágenes. No eran reflejos, eran recuerdos amplificados por la fiebre. Vi a mi madre encadenada, su luz siendo succionada por una red de cables dorados. Vi a mi yo más joven, rugiendo de impotencia mientras el abuelo de Isadora me miraba con una curiosidad clínica.

—Es por tu bien, pequeño —decía la imagen de Maximus Valerius en el hielo—. Solo queremos que seas eterno.

—¡Mientes! —rugí, lanzando un puñetazo contra la pared de hielo. Mis nudillos se rompieron y la sangre azul manchó el cristal, pero la imagen no desapareció. Solo se multiplicó—. ¡Isadora, ayúdame! ¡Sácame de aquí!

Pero no había nadie. La mujer a mi lado intentó agarrarme del brazo de nuevo. Vi su boca moverse, pero no escuché nada. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero en mi delirio, las lágrimas parecían aceite hirviendo. La empujé con una fuerza que no sabía que me quedaba. La vi caer sobre la nieve, pequeña y rota, y por un segundo, una chispa de mi verdadera conciencia luchó por salir.

No la lastimes... ella es tu hogar...

Pero la chispa se apagó bajo una oleada de náuseas. El laberinto de hielo empezó a cerrarse sobre mí. El techo de cristal se hundía, las paredes se estrechaban. Estaba de nuevo en la caja de transporte de Sideria. Estaba de nuevo en el vacío.

Isadora

Me levanté de la nieve, frotándome el hombro donde Kaele me había golpeado. No sentí rabia, solo una compasión devastadora. Verlo así, reducido a un manojo de nervios y terror, me recordó que su amor por mí le había costado su cordura de dragón. Había cambiado su omnisciencia por este caos de sensaciones humanas que no sabía gestionar.

Me acerqué a él con cautela. Estaba acurrucado contra una columna de hielo, sollozando sin sonido. Su cuerpo vibraba con una frecuencia errática que amenazaba con deshacerlo. Saqué el último matraz del estabilizador de Vane. Solo quedaba una dosis. Si se la daba ahora, quizá recuperara la lucidez suficiente para salir de la Zona de Silencio, pero si lo hacía, estaríamos indefensos en el Gran Archivo.

—No tengo elección —susurré para mí misma.

Me acerqué por detrás, evitando que viera mi sombra para no asustarlo. Le puse la mano en el cuello, buscando el pulso. Era una carrera de caballos desbocada. Con un movimiento rápido, le obligué a beber el líquido.

Él luchó al principio, derramando parte del preciado suero, pero finalmente tragó.

El efecto fue casi instantáneo, pero no de la forma que esperaba. Kaele no recuperó la calma; entró en una especie de trance catatónico. Sus ojos se fijaron en un punto inexistente y su respiración se volvió lenta, pesada. El estabilizador estaba forzando a su sistema a ralentizarse para evitar el colapso, pero lo dejaba a merced de las alucinaciones.

—Frío... —susurró él. Fue la primera palabra que escuché claramente en horas. El silencio de la zona parecía estar perdiendo

fuerza o mi oído se estaba acostumbrando—. Todo está tan frío, madre.

Lo tomé de la mano y lo levanté. Sus piernas eran como de trapo.

—Camina, Kaele. Solo un paso más. Tenemos que llegar a la luz del Archivo —le dije, aunque sabía que no me escuchaba del todo.

Lo guié a través del laberinto, usando los restos de mis conocimientos de cartografía real para orientarme por la posición de las estrellas que apenas se veían a través del techo de hielo. Cada paso era una batalla. Tenía que sostener casi todo su peso, sintiendo el frío de sus escamas latentes quemándome a través de la ropa.

De repente, el laberinto se abrió. Las paredes de hielo dieron paso a una estructura de piedra antigua, grabada con runas que brillaban con una luz azul tenue. Estábamos en la entrada del Gran Archivo.

Al cruzar el umbral de piedra, el nexo regresó de golpe.

Kaele

Fue como si me arrojaran a una piscina de agua hirviendo después de estar congelado. La conexión con Isadora regresó con tal violencia que me hizo caer de rodillas, gritando. Sentí todo de golpe: su cansancio extremo, el dolor en su hombro por mi golpe, su amor desesperado, su miedo a perderme.

¡Isadora! —mi voz mental resonó en su cabeza, clara y potente.

Sentí sus manos en mi rostro, limpiándome el sudor y la sangre. La vi de verdad, no como un fantasma de Sideria, sino como la mujer que me había arrastrado a través del infierno del silencio.

—Lo siento... Isadora, lo siento tanto —dije, llorando abiertamente mientras la abrazaba. El nexo vibraba con mi arrepentimiento, una marea de culpa que ella intentó calmar de inmediato.

—No fuiste tú, Kaele. Fue el silencio. Fue la medicina —me consoló, pero su mente estaba agotada. Podía sentir la debilidad de sus propios pulmones tras el canto de la montaña.

Nos miramos, y en ese momento comprendimos la cruda realidad: estábamos en la entrada del Gran Archivo, el lugar que contenía el

secreto para silenciarnos, pero estábamos rotos. Yo era un adicto al suero de mis enemigos y ella era una humana que había agotado su vitalidad para protegerme.

—Alaric ya debe estar dentro —dijo Kaele, levantándose con dificultad. El nexo nos advertía de una presencia hostil en las profundidades de la biblioteca de piedra—. Siento su rastro. Es como una mancha de aceite en el agua.

—El Códice de la Resonancia —susurró Isadora—. Si lo encuentra antes que nosotros, no importará cuántas canciones cante o cuántos fuegos lances. Sabrá exactamente cómo desconectar nuestro vínculo de forma permanente.

Isadora

Entramos en la gran sala de los archivos. Era una catedral de conocimiento, con estantes que subían hasta perderse de vista, llenos de pergaminos y cristales de memoria. El aire olía a polvo antiguo y a la energía estática de los secretos guardados durante milenios.

En el centro de la sala, bajo una cúpula de cristal que reflejaba la luna, estaba Alaric.

No estaba solo. Lo acompañaban cuatro de sus guardias de élite, pero él era el que más había cambiado desde nuestro encuentro en la Ciudadela. Sus venas ya no brillaban solo con azul; ahora eran de un violeta oscuro, casi negro. Llevaba una túnica de seda sideriana y sostenía un libro pesado, encuadernado en piel de dragón antigua.

—Llegáis tarde, primos —dijo Alaric, sin apartar la vista del Códice —. El silencio del laberinto es un excelente filtro para los débiles. Me sorprende que hayáis sobrevivido. Especialmente tú, Kaele. Hueles a estabilizador de grado cinco. El olor de la derrota química.

—Suelta el libro, Alaric —dije, dando un paso adelante. Mi voz todavía era un susurro quebrado, pero el nexo con Kaele me daba una fuerza prestada—. No sabes lo que estás despertando. Ese conocimiento no es para hombres como tú.

—¿Hombres como yo? —Alaric rió, y el sonido resonó en las bóvedas del archivo—. Yo soy el único que entiende el valor de la

armonía. Vosotros dos sois una anomalía. Una reina sin corona y un dragón sin fuego, unidos por un hilo de sentimientos baratos. Este Códice me enseñará a convertir la "canción" de Isadora en un arma de control global. Imagina, Isadora... una frecuencia que obligue a todo el continente a marchar al mismo ritmo. Sin guerras. Sin disensiones. Solo... paz.

—La paz de las tumbas —rugió Kaele, intentando invocar su fuego, pero solo logró una chispa débil que se extinguió en el aire frío.

—No lo intentes, Lord Protector —dijo Alaric, haciendo una señal a sus guardias—. El Archivo está protegido por campos de supresión. Aquí, vuestra "magia" es solo ruido.

Los guardias avanzaron con redes de captura electrificadas. Kaele se puso frente a mí, pero su cuerpo no respondió. Sus piernas cedieron y cayó sobre una rodilla, con el rostro contraído por el dolor de la abstinencia.

Estábamos atrapados. Sin el nexo para coordinarnos, sin mi voz y sin el fuego de Kaele, éramos presas fáciles.

Kaele

Vi a los guardias acercarse. Vi el triunfo en los ojos de Alaric. Y sentí la desesperación de Isadora. Ella buscó mi mano, uniendo nuestros dedos en un último gesto de desafío.

Si vamos a caer, caeremos juntos —me dijo a través del nexo.

Pero algo sucedió cuando nuestras manos se tocaron en medio de la sala del Archivo. Las runas del suelo, las mismas que habían estado brillando débilmente, estallaron en una luz azul cobalto. El Códice en manos de Alaric empezó a vibrar con tal violencia que se lo arrancó de las manos.

No era la Aurora. No era el fuego. Era la Resonancia.

Alaric no lo entendía, pero el Códice no era un manual de instrucciones; era un instrumento que respondía a la verdad de quienes lo buscaban. Alaric buscaba control, pero Isadora y yo éramos, en nosotros mismos, la prueba viviente de la resonancia perfecta entre dos especies. Nuestra unión, forjada en el dolor y el

sacrificio, era la clave que el Archivo había estado esperando durante siglos.

—¿Qué es esto? —gritó Alaric, retrocediendo ante la luz—. ¡Detenedlos!

Pero los guardias no pudieron acercarse. Una cúpula de sonido puro, una nota sostenida que parecía nacer del mismo centro del planeta, nos rodeó. Sentí que mi cuerpo se llenaba de una energía que no era química. El estabilizador de azufre en mis venas se desintegró, purificado por la frecuencia. Mi corazón de dragón empezó a latir con una fuerza que ya no era humana ni animal; era la fuerza de la tierra misma.

—Caminamos juntos por el fuego —la voz de Isadora resonó no en el aire, sino en la realidad misma. No necesitaba cantar; ella *era* la canción.

La luz del Archivo se concentró en el Códice, y las palabras grabadas en piel de dragón empezaron a flotar en el aire, envolviéndonos. Alaric intentó agarrar las letras flotantes, pero estas le quemaron las manos como si fueran brasas.

—¡Es mío! ¡Yo soy el heredero! —gritaba él, pero las runas lo ignoraban.

Sentí que mi conciencia se expandía. Vi la historia de mi raza, no como esclavos, sino como guardianes del sonido del mundo. Vi que la "Canción de la Tierra" que Isadora había despertado era la única forma de sanar la herida que los Valerius habían abierto.

Isadora

La energía que fluía a través de nosotros era insoportable y hermosa a la vez. Vi a Alaric y a sus hombres ser lanzados hacia las sombras por la simple presión del sonido. El Códice se cerró con un estruendo y cayó a mis pies.

El silencio regresó, pero ya no era el silencio muerto del laberinto. Era un silencio fértil, lleno de promesas.

Kaele se levantó. Su piel ya no era gris; tenía un brillo sano, y sus ojos ámbar eran claros, libres de la bruma del veneno de Vane. El ritual de la resonancia del Archivo había hecho lo que la medicina no

pudo: estabilizar su existencia mortal mediante la frecuencia de mi propia alma.

—¿Estás bien? —le pregunté, con la voz volviendo a mi garganta, suave y entera.

—Estoy... completo —respondió él, mirando sus manos. El temblor se había ido—. Isadora, el Códice... no es para nosotros. Es para el mundo.

Recogí el libro. Pesaba como una vida entera. Alaric se arrastraba por el suelo, mirando con odio cómo el secreto de su poder se nos entregaba.

—Habéis ganado una batalla —siseó Alaric, escupiendo sangre—. Pero el mundo de los hombres no aceptará una canción que no puedan controlar. Os perseguirán hasta el fin de los tiempos.

—Que nos persigan —dije, mirando a Kaele—. Ya no estamos huyendo.

Salimos del Gran Archivo bajo la luz de un amanecer que ya no parecía frío. El laberinto de hielo se había derretido tras nuestro paso, abriendo un camino directo hacia las tierras del Oeste. Teníamos el Códice, teníamos nuestra vida mortal y, sobre todo, teníamos una armonía que ni el acero negro ni la aurora robada podrían romper jamás.

—Siempre caminamos juntos —dijo Kaele, rodeándome con su brazo mientras mirábamos el nuevo horizonte—, y ahora, Isadora, el mundo por fin va a escuchar nuestra canción.

Pero mientras bajábamos hacia el valle, una sombra inmensa cruzó el sol. No era Arkon. Era algo mucho más grande, algo que venía de las Islas de Fuego. Los Sangre Pura habían visto la luz del Archivo, y su paciencia con los "mortales" se había terminado. El verdadero juicio estaba por comenzar.

Capítulo 30: El Canto de la Creación y el Santuario de la Carne

Isadora

El amanecer sobre las estribaciones del Gran Archivo no trajo la paz, sino una claridad despiadada. El Códice de la Resonancia pesaba en mis manos como el corazón de un astro muerto, frío y vibrante a la vez. Alaric había huido hacia las sombras de la Ciudad de Azufre, derrotado pero no destruido, dejando tras de sí un silencio que se sentía como la calma antes de que el cielo se desplomara.

Pero lo que nos acechaba no era el acero de los hombres.

Una sombra colosal barrió la nieve, una mancha de oscuridad dorada que hizo que el aire se cargara de electricidad estática. Arkon, que nos esperaba en la base de la estructura, emitió un graznido de terror y huyó hacia los riscos más bajos. Yo sentí que el nexo con Kaele, ahora purificado y robusto tras la resonancia del Archivo, se tensaba como una cuerda de violín a punto de romperse.

Solis descendió. No lo hizo con la furia de un guerrero, sino con la inevitabilidad de un dios. Al tocar tierra, su forma de dragón de oro líquido se contrajo, transformándose en aquel hombre de belleza aterradora y ojos de luz blanca. El calor que emanaba de él hizo que la piedra del Archivo crujiera y que los restos de hielo se convirtieran en vapor instantáneamente.

—Habéis despertado la Voz de la Tierra —dijo Solis, y su voz era una vibración que sentí en la médula de mis huesos—. Un error que no puedo permitir. Los humanos convirtieron la luz en veneno; no dejaré que conviertan la resonancia en un arma.

—No es un arma, Solis —respondí, dando un paso al frente y apretando el Códice contra mi pecho—. Es la cura. Es la forma de que el mundo deje de morir por el vacío que dejamos.

—Es una carga que tu cuerpo de arcilla no puede sostener. Entrégame el Códice, Isadora de Valerius. Si lo haces, permitiré que vivas tus pocos años restantes en la ignorancia. Si te niegas, tu final será el silencio absoluto.

Kaele se interpuso, su mano buscando la mía. No había rastro del temblor del suero; el Archivo lo había estabilizado, pero frente a Solis, él era una vela frente a un incendio forestal.

—Si quieres el Códice, tendrás que escuchar lo que tiene que decir —dijo Kaele, y a través del nexo, sentí su resolución: él estaba dispuesto a morir para darme el tiempo necesario para abrir el libro.

—No habrá lucha, Kaele —le dije mentalmente, una instrucción que él recibió con sorpresa—. Si intento luchar, perdemos. Solo hay una forma de que entienda.

Abrí el Códice. Las runas no eran letras, eran frecuencias visuales. El libro empezó a levitar entre mis manos, y sentí que la montaña misma bajo mis pies se abría para conectarse con mi columna vertebral. El "Canto de la Creación" no era una canción de voz; era un acto de desintegración controlada.

Empecé a emitir la nota.

Fue un sonido que nació de las estrellas y bajó por el aire hasta mi garganta. Mi visión se volvió blanca. Sentí que mis células vibraban a tal velocidad que mi piel empezaba a brillar con una luz que no era la Aurora, sino el resplandor de la materia misma deshaciéndose.

Solis retrocedió, cubriéndose los ojos. No era un ataque, era la verdad pura. La resonancia mostró la interconexión de todo: la sangre del dragón, el aliento del hombre, el silicio de la roca. Mostré a Solis que su "pureza" era una prisión, y que la mezcla que Kaele y yo representábamos era el siguiente paso de la existencia.

El dolor fue insoportable. Sentí que mis pulmones se llenaban de fuego y que mi corazón se expandía hasta casi estallar.

—¡Basta! —rugió Solis, pero no con odio, sino con una agonía de comprensión—. ¡Detenlo, humana! ¡Tu cuerpo se va a romper!

Kaele me agarró por la cintura, uniendo su frecuencia a la mía, actuando como una toma de tierra para la energía masiva que me atravesaba. Juntos, cerramos el Códice.

El silencio que siguió fue absoluto. Solis cayó de rodillas, con lágrimas de oro líquido rodando por sus mejillas. Miró sus manos, que ahora vibraban en sintonía con la montaña.

—Habéis ganado... por ahora —susurró Solis, levantándose con dificultad—. Habéis demostrado que la armonía existe, pero el precio será vuestra propia vida. La resonancia os consumirá si no encontráis una forma de equilibrar este poder en vuestra carne.

Solis se transformó y se elevó hacia el sol, desapareciendo en un destello dorado. Nos había dejado vivos, pero marcados.

Kaele

Llevé a Isadora al refugio más cercano, una cabaña de piedra oculta en el valle del Oeste, lejos de las miradas de los hombres y de los dragones. Ella estaba en un estado de trance, su piel irradiando un calor que no era fiebre, sino el eco del Canto. El nexo entre nosotros estaba tan abierto que no había secretos, no había muros. Sentía su miedo a la mortalidad y su deseo desesperado de sentirse real, de sentirse viva después de haber rozado la desintegración divina.

—Estamos solos, Isadora —susurré, dejándola sobre un lecho de pieles frente a la hoguera que acababa de encender.

Ella abrió los ojos, y ya no eran los ojos de una reina o de una mártir. Eran los ojos de una mujer que había mirado al abismo y había decidido volver por el hombre que amaba.

—Kaele... —su voz era un roce de seda—. Siento que todavía estoy vibrando. Siento que si no me sostienes, me convertiré en luz y desapareceré.

Me acerqué a ella, despojándome de las protecciones de cuero y acero que ya no servían de nada. El nexo se volvió un incendio de necesidad. No era solo deseo; era la urgencia de dos seres que sabían que su tiempo era finito, que cada latido era un regalo robado al destino.

Isadora

Cuando las manos de Kaele tocaron mi piel, el mundo exterior desapareció. El nexo, que antes era una comunicación de pensamientos, se transformó en una sinfonía de sensaciones táctiles. Sentí la rugosidad de sus palmas contra mis hombros, un contraste

perfecto con la suavidad de mi propia piel que aún palpitaba con la energía del Canto.

Me quitó la túnica con una lentitud que me hizo temblar. No había prisa, solo una devoción hambrienta. Bajo la luz naranja de la hoguera, su cuerpo humano, ahora fuerte y libre de la ponzoña de Vane, era un mapa de cicatrices y belleza ruda.

—Dime que eres real —susurré, atrayéndolo hacia mí.

—Soy tuyo —respondió él, y su voz vibró en mi pecho—. En cada fibra, en cada gota de sangre.

Me besó, y el beso fue una colisión de dos mundos. Sentí el sabor del fuego y la frescura de la nieve. Sus manos recorrieron mis costados, bajando por mis caderas, y cada caricia parecía armonizar la vibración caótica que el Canto había dejado en mi interior. El nexo se inundó de una imagen compartida: nosotros dos, entrelazados, no como una reina y su guardián, sino como la tierra y el cielo encontrándose en el horizonte.

Kaele

Su piel olía a ozono y a flores silvestres. Al entrar en contacto directo con ella, sentí que mi propio fuego interno, ese latido de dragón que ahora compartíamos, encontraba su ancla. Isadora se arqueó bajo mi toque, sus dedos enterrándose en mi espalda, reclamándome.

La amé con una intensidad que rozaba la desesperación. Cada movimiento era una nota en esa resonancia que habíamos descubierto. El roce de mi pecho contra sus senos, el calor de nuestro aliento compartido, el ritmo de nuestros corazones latiendo al unísono... era el verdadero Canto de la Creación. No hecho de sonido, sino de carne.

—Más... —me pidió a través del nexo, un susurro mental que me hizo perder el control de mi propia contención.

Me hundí en ella, y la unión física fue como el estallido de una estrella. No hubo barreras. Sentí su placer como si fuera mío, un oleada de luz blanca que recorrió mi columna vertebral. El nexo se volvió una espiral de éxtasis donde no sabíamos dónde terminaba mi cuerpo y dónde empezaba el suyo. Era una comunión absoluta; mis

músculos se tensaron al unísono con los suyos, mis pulmones buscaron el aire que ella exhalaba.

En ese momento, la mortalidad no era una maldición, era el condimento que hacía que cada sensación fuera insoportablemente preciosa. Éramos dos humanos, frágiles y temporales, pero en la oscuridad de esa cabaña, éramos eternos.

Isadora

El placer me desgarró de una forma que la luz divina nunca pudo. Era un dolor dulce, una plenitud que me llenaba el alma. Sentí el peso de Kaele sobre mí, su fuerza contenida, su vulnerabilidad expuesta. A través del nexo, sentí su adoración, una marea de amor que me envolvió y me protegió de los fantasmas de mi familia.

—Quédate conmigo —jadeé, mientras el clímax nos alcanzaba, una explosión de resonancia que hizo que los cristales de la cabaña vibraran en sintonía con nuestro placer—. No me dejes volver al silencio.

—Nunca —susurró él en mi oído, su voz rota por la emoción—. Estás grabada en mi alma, Isadora.

Nos quedamos entrelazados mientras el fuego de la hoguera se consumía lentamente. El nexo, antes una tempestad, ahora era un lago tranquilo, reflejando la paz que solo se encuentra tras la batalla total. Por primera vez en mi vida, no sentía la necesidad de brillar para el mundo. Me bastaba con el calor de este hombre, con el sabor de su piel y el ritmo tranquilo de nuestro único corazón compartido.

A la mañana siguiente, el frío del Norte regresó, pero ya no se sentía como una amenaza. Me levanté y vi a Kaele durmiendo, su rostro relajado, una mano extendida hacia el lugar donde yo había estado. El nexo me devolvió una sensación de seguridad absoluta.

Caminé hacia la ventana. Fuera, la nieve empezaba a cubrir las huellas de Solis. Pero algo había cambiado. Donde el Canto de la Creación había tocado la tierra, el hielo se había retirado, dejando ver pequeños brotes verdes que no deberían existir en este clima.

El mundo estaba respondiendo.

—Despierta, Kaele —dije suavemente, volviendo al lecho—. El Códice nos mostró el camino, pero nuestro acto de anoche... creo que ha sellado algo más.

Él abrió los ojos, brillando con una salud que no era artificial. Se incorporó y me abrazó por la cintura, apoyando la cabeza en mi vientre.

—Lo siento en la tierra —dijo él—. La frecuencia ha cambiado. Ya no somos dos parias ocultos. Somos el centro de una red que se está extendiendo.

—Alaric vendrá por esto —susurré, acariciando su cabello oscuro —. Y los hombres de Sideria. No entenderán que la vida ha vuelto porque nosotros decidimos ser mortales.

—Que vengan —respondió Kaele, poniéndose en pie con la gracia de un depredador que ha encontrado su propósito—. Tenemos el Códice, tenemos el apoyo de Solis —o al menos su silencio— y, sobre todo, tenemos una canción que ellos no pueden silenciar porque nace de la libertad, no de la cadena.

Isadora

Me vestí, sintiendo que mi cuerpo era ahora un instrumento afinado. El Canto de la Creación no era un evento único; era una forma de vivir. Cada paso que daba, cada palabra que pronunciaba, vibraba con la verdad de lo que éramos.

Salimos de la cabaña y Arkon descendió de los riscos. El dragón de plata ya no nos miraba con lástima, sino con una reverencia que me hizo sentir humilde.

—La noticia se está extendiendo por el Norte —dijo Arkon—. Los dragones que vivían en las sombras han sentido la resonancia. Dicen que la Reina sin Luz y el Dragón de Obsidiana han encontrado la Fuente Original.

—No hay fuente, Arkon —dije, mirando a Kaele—. Solo hay voluntad.

—Sea lo que sea, ha despertado a los durmientes. Alaric ha tomado el Gran Puerto del Oeste. Está reuniendo una flota de naves

con cañones siónicos. Quiere ahogar la canción del mundo con un grito de hierro.

Kaele me miró, y a través del nexo, vi la estrategia formándose. Ya no huiríamos. No nos esconderíamos en cuevas esperando que el mundo nos perdonara.

—Iremos al Gran Puerto —dijo Kaele—. Si Alaric quiere una guerra de frecuencias, le daremos la sinfonía final.

—Caminamos juntos por el fuego —susurré, tomando su mano—. Y esta vez, Kaele, el fuego no consumirá el mundo. Lo purificará.

Cabalgué sobre el lomo de Arkon, con Kaele volando a nuestro lado en su forma de obsidiana, recuperada y fortalecida por la resonancia del Archivo y nuestra unión carnal.

Capítulo 31: El Dilema del Silencio y el Escudo de Carne

Isadora

El frío del Oeste no era como el del Norte; no tenía la pureza del hielo eterno, sino la humedad salada y rancia de un mar que había sido testigo de demasiadas conquistas. El Gran Puerto del Oeste, una estructura de muelles de hierro y grúas de vapor que se alzaba como un esqueleto negro sobre el océano, estaba ahora bajo el control absoluto de Alaric. Desde el lomo de Arkon, el panorama era desolador: una flota de naves de guerra siderianas, blindadas con placas de plomo y erizadas de antenas siónicas, se preparaba para zarpar.

Pero no era el metal lo que hacía que el nexo con Kaele vibrara con una nota de angustia. Era la presencia de una frecuencia familiar, una nota de lealtad y cansancio que languidecía en el centro de la flota.

—Es Silas —susurré, apretando las manos sobre las escamas de Arkon—. Está en la nave insignia, el *Monolito*. Lo siento, Kaele. Su mente está siendo fragmentada para alimentar el campo de vacío.

Kaele, volando a mi derecha con sus alas de obsidiana extendidas, emitió un rugido sordo que resonó en mi pecho. A través de nuestra unión, sentí su furia. Silas no era solo mi antiguo mentor y consejero; era el hombre que había mantenido viva la humanidad de los Valerius cuando el resto del linaje se entregó a la ambición.

—Alaric sabe que no atacaremos la nave si él está allí —dijo la voz de Kaele en mi mente, cargada de una amargura metálica—. Ha convertido la lealtad en nuestra mayor debilidad. Ese campo de vacío que Silas está obligado a generar no solo nos impedirá usar la resonancia, sino que está matándolo lentamente.

Miré hacia abajo. El *Monolito* estaba en el centro de una formación circular. Unas cúpulas de energía violeta oscuro emanaban de su puente de mando, creando una zona de exclusión donde el sonido moría antes de nacer. Era una tecnología de "Vacío Acústico" perfeccionada. Si intentaba cantar el Canto de la Creación, la vibración rebotaría contra Silas, desgarrando su sistema nervioso antes de llegar a la flota.

—Es un escudo humano sónico —concluí, sintiendo una lágrima helada resbalar por mi mejilla—. Si destruyo la flota para salvar el mundo, mato al único hombre que me amó como a una hija. Si no lo hago, Alaric llegará a las costas del Sur y convertirá a cada ciudadano en un esclavo de su frecuencia de control.

Kaele

Sentí el desgarro en el alma de Isadora. El peso de la corona que ella ya no llevaba seguía ahí, en forma de decisiones imposibles. Me acerqué más a ella, rozando la punta de mis alas con las de Arkon.

—No tendrás que elegir —le dije a través del nexo, con una resolución que hizo que mis propias cicatrices de Sideria ardieran—. Yo me infiltraré. El campo de vacío anula la resonancia externa, pero mi fuego es interno, nacido de nuestra unión. Puedo entrar en el *Monolito* desde el agua, por los túneles de refrigeración.

—Es un suicidio, Kaele —respondió ella, y su miedo me envolvió como una manta gélida—. Alaric te está esperando. Si el estabilizador de azufre falla o si te separas demasiado de mi frecuencia, tu corazón se detendrá.

—Entonces no dejes de cantar, Isadora. No cantes para destruir, canta para guiarme. Canta en una frecuencia que solo yo pueda oír, un hilo de Ariadna en medio del silencio de Alaric.

Descendí en picado antes de que pudiera protestar. El aire silbaba contra mis escamas mientras me dirigía hacia las aguas oscuras y aceitosas del puerto. Al tocar el mar, me transformé en mi forma humana, sintiendo el choque térmico como mil agujas. El agua estaba contaminada con el residuo de los motores de vapor, pero nadé con una fuerza que no era mía, sino el eco de nuestra noche en la cabaña. Cada latido de mi corazón era un "te amo" que Isadora me devolvía desde las nubes.

Logré entrar por las tuberías de succión del *Monolito*. El interior de la nave era un laberinto de pistones rugientes y cables de alta tensión. El olor a ozono era sofocante. Me arrastré por los conductos de ventilación, sintiendo cómo el campo de vacío de Alaric intentaba succionar mi propia esencia. Era como caminar en el fondo de un océano de nada.

Isadora

Desde el cielo, vi cómo las naves de Alaric empezaban a encender sus motores siónicos. El sonido era un chirrido insoportable que hacía que los dragones menores de nuestra flota retrocedieran, desorientados.

—Arkon, mantén la posición —ordené en voz alta—. No ataques hasta que yo dé la señal.

Cerré los ojos y busqué el rastro de Kaele. Lo encontré: una pequeña brasa de calor moviéndose por las tripas del monstruo de acero. Pero también sentí a Silas. Estaba encadenado a una silla de inducción en el centro del puente. Su pulso era errático, una señal de socorro que se debilitaba por momentos.

—Alaric... —susurré, y mi voz, imbuida ahora por el Códice, hizo que el aire a mi alrededor vibrara—. No permitas que esto termine en sangre.

Pero no hubo respuesta, solo el aumento del campo de vacío. Alaric estaba usando a Silas como una antena parabólica inversa, absorbiendo toda la armonía del entorno para alimentar sus armas.

Empecé a cantar.

No fue el Canto de la Creación que Solis temía. Fue una melodía de búsqueda, una nota pura y constante, tan baja que era casi inaudible para el oído humano, pero que resonaba directamente en los huesos de Kaele. Estaba trazando un camino seguro para él, señalando los puntos de presión de la nave donde el vacío era más delgado.

Pero al hacerlo, me expuse. Los cañones siónicos de la flota giraron hacia mí.

—¡Fuego! —la voz de Alaric, amplificada por altavoces de vapor, resonó por todo el puerto.

Rayos de energía violeta surcaron el cielo. Arkon maniobró con una agilidad milagrosa, esquivando los disparos que evaporaban las nubes a nuestro paso. Sentí que mis pulmones ardían. Cada nota que emitía para guiar a Kaele era una invitación a la flota para que me destruyera.

Kaele

Llegué a las puertas del puente de mando. Mis manos estaban quemadas por el contacto con los cables de alta tensión, y el nexo con Isadora era un hilo tan fino que temía que se rompiera en cualquier momento. El vacío aquí era tan denso que me costaba respirar.

Derribé la puerta con un estallido de mi fuego azul, que ahora parecía más una llama de gas débil que el incendio de un dragón.

Alaric estaba allí, de pie ante una consola de cristal, observando las pantallas de radar. Y en el centro, Silas. El pobre hombre estaba cubierto de electrodos, su rostro una máscara de agonía, con los ojos vueltos hacia atrás. Su piel brillaba con una luz violeta enfermiza.

—Has llegado, perro de la Valerius —dijo Alaric sin volverse—. Llegas justo a tiempo para ver cómo tu reina se queda sin aire.

—Suéltalo, Alaric —jadeé, intentando mantenerme en pie. El estabilizador en mi sangre estaba luchando contra la frecuencia de vacío, y sentí que mis venas estaban a punto de colapsar—. Has perdido. El Archivo nos dio la clave.

—El Archivo os dio un juguete —Alaric se giró, y su rostro estaba transformado. El metal sideriano se había fundido con su mandíbula, dándole un aspecto de autómata de pesadilla—. Yo tengo la fuente. Silas es un conducto perfecto. Su lealtad a ella es el combustible que alimenta mi escudo. Cuanto más intenta ella salvarlo, más fuerte es el vacío. Es una ironía poética, ¿no crees?

Me lancé hacia Silas para arrancar los cables, pero Alaric fue más rápido. Me golpeó con un bastón sónico que me lanzó contra el mamparo de hierro. El impacto me nubló la vista.

—Si desconectas a Silas ahora, el choque de retorno lo matará instantáneamente —rió Alaric—. Y si no lo haces, Isadora acabará por desgarrarse la garganta intentando penetrar el escudo. De cualquier forma, yo gano.

Isadora

Sentí el golpe de Kaele a través del nexo. Sentí su desesperación. Y sentí que la vida de Silas se escapaba. La flota estaba a punto de alcanzar la velocidad de crucero. Si salían del puerto, el campo de vacío se expandiría, engullendo las ciudades costeras.

Tenía que tomar una decisión.

Silas... perdóname... —pensé, con el alma rota.

Pero entonces, algo cambió en la frecuencia de Silas. En medio de su agonía, sentí un destello de conciencia. El viejo consejero no estaba muerto; estaba escuchando mi canción. A través del vacío, él me devolvió una nota, una señal de voluntad pura que decía: *Hazlo, Isadora. Deja que sea yo quien cierre la puerta.*

Silas no estaba siendo una víctima pasiva. Estaba usando lo que quedaba de su fuerza para sobrecargar el sistema de Alaric desde

dentro. Estaba absorbiendo el vacío, convirtiéndose en un agujero negro de energía sónica.

—¡Kaele, ahora! —grité a través del nexo—. ¡No saques los cables, sobrecarga el generador! ¡Dale tu fuego!

Kaele

Entendí el plan de inmediato. Era una locura. Si le daba mi fuego a Silas mientras él absorbía el vacío, crearíamos una singularidad que destruiría el puente, y posiblemente a todos los que estábamos en él.

Miré a Silas. Por un breve segundo, sus ojos se enfocaron y me miraron. No había miedo, solo una paz infinita. Él asintió.

Me levanté y, en lugar de atacar a Alaric, puse mis manos sobre los hombros de Silas. El contacto fue como tocar un rayo. Sentí que mis escamas se vaporizaban y que mi carne se fundía, pero no solté. Vertí cada onza de la resonancia que Isadora me había dado, cada recuerdo de nuestra noche en la cabaña, cada gramo de mi esencia de dragón.

—¡NO! —gritó Alaric, lanzándose hacia nosotros—. ¡Detenedlo!

Pero ya era tarde. El fuego azul y la energía violeta se fusionaron en un torbellino cegador. El campo de vacío del *Monolito* colapsó hacia adentro, creando una onda de choque sónica que desintegró los cristales del puente y lanzó a Alaric a través del ventanal hacia el mar embravecido.

Isadora

El estallido fue una nota de una pureza insoportable que limpió el puerto de toda interferencia. El *Monolito* se detuvo en seco, sus sistemas eléctricos echando chispas. El silencio que siguió no fue el vacío de Alaric, sino el silencio de la victoria pagada con sangre.

—¡KAELE! ¡SILAS! —grité, impulsando a Arkon a descender hacia la cubierta de la nave insignia.

Aterrizamos en medio del humo y el metal retorcido. Corrí hacia el puente destrozado. El techo se había derrumbado y el aire estaba cargado de un olor a ozono y carne quemada.

Encontré a Kaele entre los escombros. Estaba en su forma humana, con el pecho cubierto de quemaduras y la piel pálida como la muerte. Sus manos seguían extendidas hacia donde había estado la silla de Silas.

A unos metros, Silas yacía inmóvil. Sus ojos estaban cerrados y su rostro tenía una expresión de tranquilidad absoluta, como si finalmente hubiera encontrado el descanso tras décadas de servir a una familia que casi destruye el mundo. Estaba muerto, pero su sacrificio había desactivado la flota entera. Las naves siónicas, sin el conducto de Silas, eran ahora simples cáscaras de metal a la deriva.

—Silas... —me arrodillé junto a él, tomando su mano fría—. Gracias. Gracias por todo.

Kaele tosió, escupiendo un hilo de sangre azul. Me acerqué a él y lo tomé en mis brazos, sintiendo que su corazón latía con una debilidad aterradora. El esfuerzo de sobrecargar el vacío casi lo había apagado.

—¿Está... se ha ido? —susurró Kaele, mirando el cuerpo de Silas.

—Se ha ido como un héroe —respondí, besando su frente—. Como el último de los hombres de verdad de Valerius Magna.

Permanecimos en la cubierta del *Monolito* mientras los dragones del Norte, liderados por Arkon, rodeaban la flota deshabilitada. Los soldados del Acero Negro, privados de su líder y de su tecnología, empezaron a rendirse. Alaric no aparecía por ninguna parte; el mar se lo había tragado, aunque una parte de mí sabía que un monstruo como él no moriría tan fácilmente.

Pero la victoria se sentía como ceniza. Habíamos salvado el mundo, pero habíamos perdido a Silas, el último puente con mi pasado. Y Kaele... miré sus manos quemadas. Sabía que el daño no era solo externo. Al fusionar su fuego con el vacío, había forzado su naturaleza mortal hasta un punto de no retorno.

—Isadora —dijo Kaele, con la voz apenas audible—. Siento que el nexo... se está enfriando.

—No, no digas eso —apreté su mano contra mi pecho—. El Códice dice que la resonancia es eterna. Solo necesitamos descansar.

—No es el nexo lo que falla —sonrió él con tristeza—, es el envase. Mi cuerpo ya no puede contener la canción, Isadora. El sacrificio de Silas me mostró que para que la armonía sea total, a veces el instrumento debe romperse.

Lo abracé con todas mis fuerzas, ignorando el humo y el olor a guerra. En la distancia, el sol empezaba a ponerse sobre el Gran Puerto, tiñendo las aguas de un color naranja que recordaba a la Aurora, pero una aurora de verdad, nacida del cielo y no de las máquinas.

Llevamos el cuerpo de Silas a las montañas, donde fue enterrado bajo un árbol de cristal que empezó a florecer en el momento en que su piel tocó la tierra. No hubo funerales de estado, ni discursos reales. Solo estábamos Kaele, Arkon y yo.

—Caminamos juntos por el fuego —susurré sobre su tumba—, y ahora tú caminas por la luz.

Pero la batalla del puerto había dejado una herida abierta. El mundo había visto el poder de la resonancia, y aunque Alaric había desaparecido, otros ojos estaban observando. En las sombras de Sideria, una nueva facción estaba surgiendo: aquellos que no buscaban controlar la frecuencia, sino extinguirla por completo para que el hombre no tuviera que depender de "dioses y dragones" nunca más.

Kaele se sentó a mi lado, envuelto en mantas, su respiración todavía dificultosa. El nexo estaba allí, pero ahora era un susurro de advertencia.

—No ha terminado, Isadora —dijo él, mirando hacia el horizonte —. Alaric solo era el síntoma. La enfermedad es el miedo a lo que no pueden entender. Y ahora que saben que tu voz puede hundir flotas, el miedo se convertirá en odio.

—Que odien —respondí, mirando el Códice que descansaba a mis pies—. Ya no soy la Reina que ellos crearon. Soy la mujer que Silas salvó. Y si tengo que cantar hasta que mis pulmones se conviertan en cristal para que este mundo sea libre, lo haré.

Pero mientras hablaba, sentí un pinchazo de duda. Mis propias manos empezaban a tener un brillo translúcido, una señal de que la resonancia estaba empezando a transformar mi propia biología, tal

como Solis había advertido. Estábamos ganando la guerra por el mundo, pero estábamos perdiendo la guerra por nuestra propia humanidad.

—Caminamos juntos por el fuego —repitió Kaele, tomando mi mano—, y aunque el fuego nos cambie hasta no reconocernos, siempre seremos el eco el uno del otro.

Capítulo 32: El Secreto en las Cenizas y el Trono de Escamas Rojas

Isadora

El calor de las Islas de Fuego no era como el de la hoguera de nuestra cabaña; era un calor ancestral, pesado, que olía a azufre y a los albores del mundo. Mientras Arkon nos guiaba hacia el archipiélago de ceniza, el aire se volvía tan denso que cada bocanada se sentía como tragar metal líquido. Kaele, recostado contra las escamas plateadas del dragón, apenas mantenía el conocimiento. Su piel, antes de un ébano vibrante, parecía ahora una cáscara de ceniza que amenazaba con deshacerse al menor contacto. El sacrificio en el *Monolito* no solo había quemado sus manos, había agrietado el núcleo mismo de su existencia mortal.

Me sentía extraña. No era solo el agotamiento del Canto o el duelo por Silas lo que pesaba en mi pecho. Había una náusea persistente, un mareo que no cedía ni con el aire fresco de las alturas, y una vibración nueva en mi interior. No era la resonancia del Códice, ni el eco de Kaele. Era una nota sorda, rítmica y minúscula, un latido que no debería estar allí.

Al aterrizar en la Playa de Obsidiana, el nexo con Kaele se agitó. Él intentó incorporarse, buscando mi mano con sus dedos vendados.

—Isadora... —susurró, y su voz era el crujido de hojas secas—. Siento... algo diferente en ti. Tu frecuencia... ha cambiado. Es más densa.

Me quedé helada. El nexo era una bendición, pero en este momento era una trampa. Me obligué a proyectar una imagen de preocupación por su estado, ocultando la verdad tras un muro de

ansiedad por su salud. No podía decírselo. No aquí, no ahora que íbamos a entrar en el cubil de los Sangre Pura. Si Kaele sabía que un hijo nuestro, una mezcla imposible de sangre real humana y esencia de dragón, crecía en mi vientre, no permitiría que diéramos un paso más. Se entregaría a cualquier destino con tal de ponerme a salvo, y yo lo necesitaba luchando por su propia vida.

—Es el calor, Kaele —mentí, y la punzada de culpa en el nexo fue como una espina—. Mi cuerpo aún se está adaptando a la ausencia de la Aurora y a la carga del Canto.

Él me miró con sus ojos ámbar, empañados por el dolor, pero asintió. No tenía fuerzas para dudar de mí.

Arkon nos condujo hacia la Gran Caldera, pero al llegar, el silencio que nos recibió no era el de Solis. No había dragones de oro volando en círculos de paz. En su lugar, el cielo estaba manchado por un humo rojo carmesí y la atmósfera vibraba con un rugido de guerra que hacía que las piedras saltaran bajo nuestros pies.

Kaele

Sentía que me estaba desintegrando. El nexo con Isadora era lo único que mantenía mis átomos unidos, pero ese hilo de seda se sentía extraño hoy. Había una calidez en ella que me atraía, un magnetismo nuevo que me hacía querer acurrucarme contra su vientre y dormir para siempre. Pero mi cuerpo era una prisión de agonía.

Al entrar en el Anfiteatro de Magma, vi que Solis ya no ocupaba el lugar de honor. El dragón dorado estaba encadenado con grilletes de piedra volcánica a los pies del trono. Sobre el estrado de basalto se alzaba Ignis, un dragón de escamas rojas tan oscuras que parecían sangre coagulada. Sus ojos no eran blancos como los de Solis, sino pozos de lava hirviente llenos de un odio milenario.

—El mestizo y la ladrona —rugió Ignis, y el calor en la sala subió diez grados de golpe—. Habéis venido a morir en el lugar donde nació vuestro pecado.

—Vinimos a buscar la cura para la degradación —dije, apoyándome en Isadora. Cada palabra me costaba una vida—. Solis

nos prometió que la armonía sería el camino.

—Solis es un anciano débil que se dejó seducir por una melodía humana —Ignis descendió del trono, transformándose en un hombre masivo, con cicatrices que parecían ríos de fuego en su piel—. La armonía es una mentira. La única forma de que nuestra estirpe sobreviva al vacío que dejaron los Valerius es resucitar a *Aethelgard*, el Gran Ancestro.

Sentí que Isadora se estremecía a mi lado. Aethelgard no era un dragón; era una fuerza de la naturaleza, el primer fuego. Pero su conciencia era incompatible con la individualidad. Resucitarlo requería un receptáculo puro, un cuerpo que hubiera albergado la esencia pero que estuviera vacío de voluntad.

—Él no tiene fuego —dijo Ignis, señalándome con un dedo humeante—. Sus venas son humanas, pero su molde es divino. Kaele, serás el recipiente. Tu conciencia humana será borrada, y en su lugar, el Ancestro despertará para reducir Sideria y el mundo de los hombres a cenizas.

Isadora

El horror me inundó. Querían usar a Kaele como una cáscara vacía. Miré a Solis, que bajó la cabeza con vergüenza. Ignis no buscaba la salvación; buscaba el apocalipsis.

—¡No lo permitiré! —grité, y mi voz resonó en la caldera, activando las runas del Códice que llevaba en la cintura.

—No tienes elección, pequeña reina —siseó Ignis—. Si te opones, tu precioso guardián morirá en agonía ahora mismo. Mira su carne; se está cayendo. Solo el ritual de resurrección puede "salvarlo", aunque el hombre que amas deje de existir.

Puse mi mano sobre mi vientre instintivamente. *No solo es el hombre que amo*, pensé con una desesperación creciente, *es el padre de lo que llevo dentro*. Si Kaele desaparecía en la conciencia de Aethelgard, mi hijo nacería en un mundo de fuego, huérfano de un padre que se habría convertido en el monstruo que destruyó su hogar.

El nexo vibró con el pensamiento de Kaele. Él estaba considerando la oferta. A través de la unión, sentí su lógica retorcida: si él aceptaba, si se convertía en ese receptáculo, quizá Ignis me dejaría marchar. Quizá yo podría vivir.

—No lo hagas, Kaele —le supliqué mentalmente—. Hay otra forma. El Códice...

—Isadora, me estoy muriendo —me devolvió él, y su resignación me rompió el corazón—. Si Aethelgard toma mi cuerpo, tú vivirás. Es el último sacrificio que puedo ofrecerte.

No podía decírselo. No podía decirle: "Si mueres tú, matas también la esperanza de nuestro hijo". El secreto me quemaba la garganta, pero si lo soltaba bajo la mirada de Ignis, el dragón rojo usaría al bebé como palanca o como un ingrediente más para su ritual de sangre.

Ignis no esperó. Con un gesto de su mano, las paredes de la caldera empezaron a verter lava en los canales del suelo, formando un círculo de fuego alrededor de Kaele. Los guardias de Ignis me sujetaron, y aunque intenté cantar, la vibración del magma era tan potente que ahogaba mi frecuencia.

Kaele fue elevado en el aire por corrientes de calor. Sus ropas se consumieron, dejando ver las grietas doradas en su piel que ahora brillaban con un rojo siniestro.

—¡KAELE, ESCÚCHAME! —grité a través del nexo, forzando cada onza de mi voluntad—. ¡TU VIDA NO ES SOLO TUYA! ¡HAY UNA NOTA EN LA RESONANCIA QUE AÚN NO HAS ESCUCHADO!

Él abrió los ojos, suspendido en medio del torbellino de fuego. El ritual de Ignis estaba empezando a despojarlo de sus recuerdos. Vi cómo las imágenes de nuestra vida —la Ciudadela, el Norte, Silas, la cabaña— salían de su mente como hilos de humo plateado.

Ignis empezó a recitar el conjuro de invocación en la lengua antigua, un sonido que era como el choque de placas tectónicas. El aire se volvió insoportable. Sentí que mi propio corazón fallaba, y en ese momento de debilidad, la pequeña vida dentro de mí dio un vuelco. Fue una pulsación de energía pura, una chispa de luz dorada y fuego azul que emanó de mi vientre y se disparó a través del nexo directo al pecho de Kaele.

No fue un pensamiento. Fue una presencia.

Kaele

En medio del dolor absoluto, cuando sentía que mi identidad se desvanecía en un océano de fuego rojo, algo me detuvo. No fue Isadora. O mejor dicho, no fue solo ella.

Sentí un latido.

Era un latido minúsculo, pero tenía la fuerza de mil soles. Era una frecuencia que no pertenecía al pasado, sino al futuro. Al tocar mi conciencia, los hilos de mis recuerdos, que Ignis estaba arrancando, volvieron a pegarse a mi alma con una fuerza inquebrantable.

Esa chispa... olía a Isadora, pero tenía el sabor de mi propio fuego.

¿Qué es esto? —pregunté al vacío, y por un segundo, el nexo me mostró una imagen que Isadora estaba intentando ocultar con todas sus fuerzas: una pequeña luz creciendo en la oscuridad de su cuerpo.

El choque fue mayor que cualquier explosión sideriana. El asombro me devolvió la voluntad. No podía morir. No podía dejar que Aethelgard tomara este cuerpo. Este cuerpo ahora era el guardián de algo más que una reina; era el guardián de una nueva especie.

—¡NO! —rugí, y mi voz recuperó el eco metálico del dragón de obsidiana.

El fuego rojo que Ignis estaba inyectando en mis venas fue rechazado por una explosión de fuego azul brillante, imbuido con la luz dorada de la vida que Isadora cargaba. La onda de choque lanzó a Ignis contra el trono de basalto y rompió las cadenas de Solis.

Caí al suelo, jadeando, pero mis manos ya no estaban agrietadas. La energía de ese momento, la conexión con mi hijo no nacido, había forjado una armadura de resonancia en mis células. No era una cura, era un milagro temporal.

Isadora

Kaele se levantó del suelo, rodeado de un aura que hizo que incluso los dragones de Sangre Pura retrocedieran con pavor. Sus ojos ya no eran solo ámbar; tenían motas de plata, la marca de los Valerius fundida con la esencia de la tierra.

Ignis se levantó, transformándose en su forma de dragón rojo, furioso.

—¡Has profanado el ritual! —rugió Ignis—. ¡Pagarás con sus cenizas!

—El ritual ha terminado, Ignis —dijo Kaele, y su voz hizo que la lava de los canales se congelara en piedra negra—. No habrá antecesores. Solo habrá futuro.

Solis, ahora libre, se puso al lado de Kaele.

—Ignis, has visto lo que ha sucedido —dijo Solis—. La resonancia los ha protegido. La vida misma ha rechazado tu destrucción. Vete a las cámaras de magma profundas y no vuelvas a salir hasta que el fuego en tu corazón se enfríe.

Ignis, humillado y superado por la nueva presencia de Kaele, emitió un último rugido de odio y desapareció en las profundidades de la caldera. Los otros dragones, confundidos y asombrados, bajaron las cabezas.

Me acerqué a Kaele, temblando. Él se giró hacia mí, y antes de que pudiera decir una palabra, puso su mano quemada, ahora suave y cálida, sobre mi vientre.

El nexo estaba en silencio, pero era un silencio lleno de una comprensión tan profunda que no hacían falta palabras. Él lo sabía. Lo había sentido en el umbral de la muerte.

—¿Por qué no me lo dijiste? —susurró, con los ojos llenos de una mezcla de terror y una alegría que me hizo llorar.

—Tenías que luchar por ti, Kaele —respondí, rodeando su cuello con mis brazos—. No quería que te sacrificaras por nosotros. Quería que vivieras *con* nosotros.

Él me apretó contra su pecho, y por primera vez desde que salimos de Valerius Magna, sentí que el suelo bajo mis pies era firme. Estábamos en las Islas de Fuego, rodeados de dragones que nos temían o nos adoraban, pero éramos una familia. Una familia que desafiaba todas las leyes de la naturaleza.

—Solis —dijo Kaele, volviéndose hacia el dragón dorado—. La degradación se ha detenido, pero sé que es temporal. El niño… ¿qué será de él?

Solis nos miró con una sabiduría triste.

—Será el puente, Kaele. O el abismo. Dependerá de si podéis enseñarle a cantar antes de que aprenda a quemar. Pero vuestra estancia aquí ha terminado. Ignis no olvidará, y el mundo de los hombres sentirá el eco de lo que acaba de nacer aquí.

Salimos de la caldera hacia la Playa de Obsidiana. El sol se ponía, tiñendo el mar de un rojo que ya no me daba miedo. Sabía que el camino de regreso sería el más peligroso de todos. Alaric seguía ahí fuera, y la "Purga de los Científicos" en el Sur estaba convirtiendo el continente en un polvorín.

Pero mientras subíamos al lomo de Arkon, Kaele me tomó de la mano y me atrajo hacia él.

—Caminamos juntos por el fuego —susurró en mi mente, pero esta vez la frase tenía un nuevo peso—. Y protegeremos nuestra chispa contra cualquier viento.

Capítulo 33: El Camino de los Brotes de Cristal y la Persecución del Silencio

Isadora

El vuelo de regreso desde las Islas de Fuego no fue el regreso triunfal de dos héroes, sino la huida silenciosa de dos fugitivos que cargaban con el peso de un milagro prohibido. Sobre el lomo de Arkon, el viento ya no se sentía como una caricia de libertad, sino como un recordatorio constante de que el aire mismo estaba cambiando. Isadora se acurrucaba contra el pecho de Kaele, sintiendo el calor de su cuerpo —ahora firme, aunque todavía marcado por las cicatrices del ritual fallido— y la pulsación rítmica que emanaba de su propio vientre.

El secreto ya no estaba solo en su mente; ahora era una presencia física, una tercera nota en el nexo que armonizaba el fuego de Kaele con la voluntad de Isadora. Pero esa armonía tenía un precio visual que no podían ignorar.

Lo noté por primera vez cuando aterrizamos en la costa continental para descansar. Al bajar del lomo de Arkon y pisar la hierba seca del acantilado, la tierra bajo mis botas no se hundió. En su lugar, un crujido cristalino resonó en el aire. Miré hacia abajo y ahogué un grito. Mis huellas no eran de barro; eran de cuarzo translúcido. Pequeñas flores de cristal, con pétalos que vibraban en un tono azul celeste, brotaban instantáneamente donde mi piel o mi ropa tocaban el suelo.

—Isadora... —Kaele se acercó, mirando los brotes con una mezcla de fascinación y terror—. Es la resonancia. El niño está amplificando tu conexión con el Códice. No estás solo cantando a la tierra; la estás transformando a cada paso.

—No puedo controlarlo, Kaele —susurré, intentando cubrir las flores con tierra, solo para que más cristales brotaran de mis dedos —. Es como si la vida dentro de mí necesitara materializarse en el mundo exterior.

—Es una baliza —dijo Arkon, sus ojos plateados fijos en el rastro que dejábamos tras nosotros—. Alaric y los cazadores de Sideria no

necesitan espías para encontrarnos. Solo tienen que seguir el rastro de jardines de cristal que dejas a tu paso. El mundo de los hombres está en llamas, Isadora. La "Purga de los Científicos" ha comenzado en el Sur. Cualquier rastro de lo que ellos llaman "magia biológica" es exterminado.

Me abracé a mí misma, sintiendo que mi propia naturaleza se volvía mi peor enemiga. Estábamos en una carrera contra el tiempo. Debíamos encontrar a los Alquimistas Disidentes, aquellos que habían trabajado con Silas y que ahora se ocultaban en las Minas de Sal de Erandur. Solo ellos tenían los laboratorios necesarios para ocultar mi frecuencia y permitir que este embarazo llegara a término sin convertirnos en una señal luminosa para la flota de Alaric.

Kaele

Sentía la energía de Isadora como una marea constante. El niño era un sol naciente en medio de nuestras sombras. Pero mi instinto de protección estaba en alerta máxima. El nexo me enviaba constantes señales de peligro: el eco de motores de vapor en la distancia, la vibración de las naves de patrulla que peinaban la costa.

—Caminaremos por los senderos de piedra dura —le dije a través del nexo, tratando de calmar su ansiedad—. Si evitamos la tierra orgánica, quizá el rastro sea menos evidente.

Pero no funcionó. Incluso sobre la piedra desnuda, el sudor de mi mano al sostener la suya hacía que pequeños filamentos de cristal crecieran en las grietas. Éramos una anomalía viviente.

Al entrar en los bosques que precedían a las Minas de Erandur, el aire se volvió pesado. El olor a pino fue reemplazado por el hedor metálico del aceite quemado. Las aldeas que cruzábamos estaban desiertas o marcadas con el sello de la Inquisición Sideriana: un círculo tachado con una espada de hierro frío.

—Han pasado por aquí —dije, señalando las cenizas de una botica en la linde del camino—. Están buscando a cualquiera que entienda de resonancia. Alaric no quiere gobernar el mundo; quiere esterilizarlo para que solo su tecnología sobreviva.

De repente, un zumbido agudo cortó el silencio del bosque. No era natural. Era el sonido de un Dron de Reconocimiento, una de las nuevas creaciones de Alaric tras la batalla del Gran Puerto. Era pequeño, rápido y estaba equipado con lentes de cristal refractario diseñadas para detectar la luminiscencia de la resonancia.

El dron se cernió sobre nosotros, su lente girando frenéticamente al captar las flores de cristal que crecían a los pies de Isadora.

—¡Abajo! —rugí, empujando a Isadora tras un afloramiento rocoso mientras lanzaba una bola de fuego azul.

El dron explotó en mil pedazos, pero el daño ya estaba hecho. Antes de desintegrarse, emitió una señal de pulso que resonó en mis propios huesos. Había enviado nuestra ubicación exacta.

—Vienen hacia aquí —dijo Isadora, su voz temblando. Sus manos estaban apoyadas en su vientre, y pude sentir el miedo del niño, una pulsación aguda que hizo que las flores a su alrededor crecieran el doble de tamaño—. Kaele, no podemos luchar contra un ejército en este estado.

Isadora

El pánico amenazaba con bloquear mi garganta, pero el Códice en mi mente susurró una melodía de calma. Tenía que usar mi debilidad como arma. Si no podía ocultar el rastro, tendría que multiplicarlo.

—Kaele, Arkon, escuchadme —dije, levantándome con una determinación que me sorprendió incluso a mí—. Van a seguir los cristales. Pues les daremos cristales de sobra.

Cerré los ojos y, por primera vez, no intenté contener la energía del niño. Dejé que fluyera libremente hacia la tierra. Empecé a cantar una nota baja, una frecuencia que imitaba el crecimiento acelerado. A mi alrededor, el bosque pareció cobrar vida en una explosión de geometría sagrada. Los árboles se cubrieron de escarcha de cuarzo y el suelo se convirtió en un mar de pétalos de cristal que reflejaban la luz del sol en todas direcciones, creando un laberinto de espejos y destellos que cegaría cualquier sensor siónico.

—Corred hacia las minas —les ordené a través del nexo—. Yo mantendré el señuelo.

—No te dejaré sola —replicó Kaele, sus ojos brillando con una furia protectora.

—No estoy sola, Kaele. Tengo la canción. Y tengo a nuestro hijo. Id por los túneles de ventilación. Los alquimistas os reconocerán por el fuego de Kaele. Yo llegaré por el camino principal una vez que los haya confundido.

Fue la decisión más difícil de mi vida, pero Kaele vio la lógica en mis ojos. Él era demasiado reconocible como dragón; yo, como humana, podía moverme con más agilidad en el caos que estaba creando. Con un gesto de dolor, Kaele asintió y desapareció con Arkon hacia las sombras de las montañas de sal.Las naves de transporte de Alaric llegaron minutos después.

Eran tres "Avispones de Hierro", naves ligeras diseñadas para el asedio rápido. Al ver el bosque transformado en una catedral de cristal, las naves vacilaron. Los sensores debían de estar volviéndose locos; la resonancia estaba en todas partes, rebotando en cada superficie facetada.

Me moví entre los árboles de cuarzo, sintiendo que el Canto me agotaba, pero la vida en mi interior parecía alimentarse del esfuerzo. Cada vez que una patrulla de soldados bajaba a tierra, yo emitía una nota que hacía que los cristales vibraran, creando ilusiones ópticas y ruidos fantasmales que los hacían disparar a la nada.

—¡Allí! —gritó un oficial, señalando un reflejo—. ¡Es la Reina!

Dispararon una red de inducción, pero solo atraparon una estatua de hielo y sal que yo había moldeado con la frecuencia. Me sentía como una sombra, un eco que jugaba con los hombres de acero.

Sin embargo, el esfuerzo físico empezó a pasarme factura. Un dolor agudo recorrió mi espalda y caí de rodillas sobre un lecho de flores de cristal. El brillo de mi piel era ahora tan intenso que podía verse a través de mi capa.

—*Resiste... solo un poco más...* —le pedí a mi hijo.

En ese momento, una figura emergió de entre la bruma de vapor y cristales. No era un soldado. Llevaba una armadura de placas negras y un casco que ocultaba su rostro, pero el aura que emanaba era de un frío absoluto. Era un "Silenciador", un asesino de élite entrenado por Alaric específicamente para cazar a los Sangre Pura.

En su mano llevaba una espada de hierro frío que vibraba con una frecuencia inversa a la mía. Una hoja diseñada para cortar el sonido.

Kaele

Llegué a la entrada de las Minas de Sal de Erandur. Los guardias, científicos harapientos armados con frascos de reactivos, se quedaron paralizados al ver a un hombre con ojos de dragón y manos quemadas.

—¡Soy Kaele, Lord Protector de Isadora de Valerius! —rugí, y mi voz hizo que los cristales de sal de la entrada vibraran—. ¡Traigo la marca de Silas! ¡Dejadnos entrar o el mundo arderá antes de que vuestras máquinas se enfríen!

Un hombre mayor, con gafas rotas y una túnica manchada de ácido, se adelantó. Era el Doctor Harek, el segundo de Silas.

—¿El protector? —Harek me miró con asombro—. Pensábamos que habíais muerto en el Puerto. ¿Dónde está la Reina?

—Está creando una distracción. Vienen tras nosotros. Necesitamos el laboratorio de supresión sónica. ¡Ahora!

—No podemos, Kaele —dijo Harek con tristeza—. El laboratorio está siendo alimentado por un generador de vapor inestable. Si lo activamos, la señal será tan fuerte que Alaric sabrá exactamente dónde estamos. Estamos atrapados en un callejón sin salida.

Sentí que el nexo con Isadora se debilitaba. Un dolor punzante me recorrió el pecho. No era mío. Era el dolor de ella. Estaba en peligro. Estaba enfrentándose a algo que su canto no podía detener.

—Arkon, quédate con ellos —ordené—. Si no vuelvo en una hora, quemad las minas y huid hacia el Gran Hielo.

No esperé respuesta. Me transformé, ignorando el dolor de mis huesos que aún no se habían curado del todo. El fuego azul en mi interior se avivó con el miedo de perderla. Volé hacia el bosque de cristal, una mancha de obsidiana cortando el cielo dorado.

Isadora

El Silenciador avanzó con una parsimonia aterradora. Cada paso que daba hacía que las flores de cristal a su alrededor se

marchitaran y se convirtieran en polvo gris. Su espada estaba succionando la resonancia del aire.

Intenté cantar, pero mi voz murió en mi garganta. El aire a mi alrededor estaba "muerto". Era el Vacío Acústico, pero portátil, concentrado en una hoja de metal.

—Isadora de Valerius —dijo el asesino, y su voz era un siseo mecánico—. Tu canción termina aquí. Alaric reclama el fruto de tu traición.

Se lanzó hacia mí con una velocidad inhumana. Esquivé el primer tajo, pero la punta de la espada rozó mi brazo, y sentí que mi propia sangre se congelaba. La resonancia en mi cuerpo gritó de dolor. El niño se agitó violentamente, y una oleada de náuseas me hizo tambalear.

El Silenciador levantó la espada para el golpe final. Cerré los ojos, poniendo mis manos sobre mi vientre, preparándome para lo inevitable.

Pero el golpe nunca llegó.

Un estallido de fuego azul impactó contra el asesino, lanzándolo contra un árbol de cuarzo que estalló en mil esquirlas. Kaele aterrizó entre nosotros, en su forma humana, pero con sus garras de dragón extendidas y sus alas batiendo con una furia que hizo que el suelo temblara.

—No la toques —siseó Kaele, y su voz no era la de un hombre, sino la de una deidad antigua—. Ni a ella, ni a lo que lleva dentro.

El Silenciador se levantó, su armadura negra echando chispas. La espada de hierro frío brilló con una luz violeta oscura. El enfrentamiento fue una danza macabra de luz y sombras. Kaele luchaba con una desventaja táctica: cada vez que se acercaba al asesino, su fuego se debilitaba por el efecto de la espada.

—¡Es un parásito sónico! —le grité a Kaele, tratando de recuperar el aliento—. ¡No uses el fuego directamente! ¡Usa la vibración del suelo!

Kaele entendió. En lugar de lanzar llamas, golpeó el suelo con sus garras, enviando ondas de choque sismicas que fracturaron los cristales. El asesino perdió el equilibrio. Kaele aprovechó el momento

para rodearlo, moviéndose con la agilidad que solo un cuerpo mixto podía ofrecer.

Pero el Silenciador era un profesional. Lanzó una granada de vacío que estalló a los pies de Kaele, creando una burbuja de silencio absoluto que lo dejó sordo y desorientado. El asesino se preparó para ensartar a Kaele por la espalda.

—¡NO! —el grito no salió de mi boca, sino de mi alma.

La resonancia en mi vientre estalló. No fue una melodía, fue un grito de guerra puro. Una onda de choque de color blanco cegador salió de mi cuerpo, recorriendo el bosque de cristal. Al tocar las superficies facetadas de los árboles, la luz se multiplicó y se amplificó, convirtiéndose en un láser sónico de una potencia incalculable.

La burbuja de vacío del Silenciador estalló. Su armadura negra se resquebrajó y su espada de hierro frío se hizo añicos, incapaz de absorber tal magnitud de energía. El asesino fue lanzado por los aires, desapareciendo entre la maleza de cristal.

Kaele se desplomó, recuperando el aliento mientras el bosque de cristal empezaba a desvanecerse, su energía agotada por el estallido. Corrí hacia él y nos abrazamos en medio de la desolación de cuarzo roto.

—¿Has visto eso? —susurré, jadeando—. Ha sido... él. El niño ha respondido.

—Es demasiado poderoso, Isadora —dijo Kaele, mirando mi vientre con un temor reverencial—. Si Alaric descubre que el niño puede emitir pulsos de esa magnitud, enviará a todo su ejército. Ya no somos solo fugitivos; somos una amenaza para la estabilidad de la física del mundo.

Regresamos a las Minas de Sal, donde Harek y los suyos nos recibieron con una mezcla de miedo y esperanza. Nos llevaron a las profundidades, a una cámara revestida de placas de sal pura y plomo, un lugar donde el sonido no podía escapar ni entrar.

Allí, bajo la luz mortecina de las lámparas de aceite, Isadora se acostó en una camilla de piedra. Harek acercó un dispositivo de escucha sónica a su vientre. El nexo estaba en calma, pero la tensión en la sala era palpable.

—Es increíble —susurró Harek, ajustando sus gafas—. No es un latido humano. Es una secuencia armónica compleja. Es... está cantando antes de nacer.

—¿Puede ocultarse? —preguntó Kaele, apretando la mano de Isadora—. ¿Podéis detener el crecimiento de los cristales?

—Podemos sintonizar la habitación a una frecuencia de fase inversa —explicó Harek—. Eso anulará su rastro hacia el exterior. Pero la Reina deberá permanecer aquí, en el silencio absoluto, hasta el parto. Si sale, si siente una emoción fuerte, el rastro volverá a activarse.

Isadora miró a Kaele. El silencio absoluto. Una prisión de sal para proteger la vida que llevaban dentro.

—Lo haré —dijo ella, con una voz que ya sonaba a cristal—. Por él. Por nosotros.

Las semanas pasaron en la penumbra de las minas. Kaele se convirtió en el guardián de la entrada, trabajando con los alquimistas para fortificar las defensas. Arkon vigilaba los cielos, informando de que Alaric había declarado la "Ley Marcial Sónica" en todo el continente. Los pianos eran quemados, los teatros clausurados. El mundo se estaba volviendo mudo por el miedo a la canción de una mujer.

Isadora, en su celda de sal, sentía que su cuerpo cambiaba. Ya no era solo el embarazo; sus venas empezaban a brillar con una luz tenue, y su cabello plateado parecía estar hecho de hilos de cuarzo. La resonancia la estaba transformando en algo que ya no era del todo humano, un ser de sonido puro contenido en un envase de carne.

—Caminamos juntos por el fuego —le decía Kaele cada noche a través de la puerta de sal, el único vínculo que les permitía comunicarse sin alertar a los drones—. Y pronto, Isadora, caminaremos por la luz de un mundo nuevo.

—¿Y si el mundo nuevo no nos quiere, Kaele? —respondía ella, sintiendo cómo el niño se movía con una fuerza que hacía vibrar las paredes de la mina—. ¿Y si nuestro hijo es el final de todo lo que conocemos?

—Entonces seremos el eco que quede tras el estallido.

Pero mientras hablaban, en la superficie, una nueva flota de naves negras aparecía en el horizonte. Alaric no se había rendido. Había construido una nueva arma: el "Colapsador de Frecuencia", una máquina capaz de hacer que la tierra misma se trague cualquier fuente de resonancia. Estaban cavando, buscando el corazón de las minas de sal.

Capítulo 34: El Primer Grito y el Silencio de la Reina

El aire en las profundidades de las Minas de Erandur era denso, saturado con el sabor amargo de la sal y el zumbido eléctrico de los inhibidores de plomo. Las paredes de la cámara, reforzadas con placas de metal sordo, parecían cerrarse sobre nosotros como un ataúd de alta tecnología. Fuera, el mundo vibraba con una frecuencia de muerte: el "Colapsador de Frecuencia" de Alaric ya estaba operando, una nota tan baja y masiva que hacía que los cimientos de la montaña se licuaran lentamente.

Isadora

El dolor no era humano. No era el dolor de las contracciones que las parteras de Valerius Magna describían en los libros de anatomía. Era una presión tectónica, como si una estrella intentara nacer en el centro de mi pecho y expandirse a través de mis caderas. Cada vez que una ola de dolor me recorría, las paredes de sal de la cámara se agrietaban, soltando nubes de polvo blanco que brillaban con la luz azul que emanaba de mi piel.

—Respira, Isadora —la voz del Doctor Harek era un susurro lejano, ahogado por el estruendo de los terremotos que sacudían la mina—. Tienes que contener la nota. Si dejas que la resonancia escape antes de que el niño salga, la montaña colapsará sobre nosotros.

—No... puedo... —jadeé, apretando los bordes de la camilla de piedra. Mis dedos dejaron surcos en el basalto, que se transformaron instantáneamente en vetas de cuarzo—. El niño... él quiere salir... y quiere cantar.

Sentí la mano de Kaele en la mía. Estaba caliente, una ancla de realidad en medio de un océano de interferencia. A través del nexo, su presencia era un muro de fuego azul que intentaba contener mi luz dorada. Pero incluso él estaba sufriendo; la frecuencia de Alaric estaba diseñada para desestabilizar la estructura molecular de los

dragones, y podía sentir cómo sus músculos se contraían en espasmos de dolor compartido.

—Estoy aquí —su voz mental era un refugio—. No dejes que el miedo rompa la armonía. Somos el eco, Isadora. Somos el eco.

Un estallido mayor que los anteriores sacudió la cámara. El techo se agrietó y una lluvia de cristales de sal cayó sobre nosotros. Los sensores de Harek empezaron a pitar con una histeria roja. El Colapsador de Alaric había encontrado nuestra frecuencia de fase inversa. El asedio ya no era solo físico; era un intento de borrar nuestra existencia del mapa sónico.

Kaele

Me levanté con dificultad, soltando la mano de Isadora solo cuando estuve seguro de que Harek tenía la situación bajo control. Mi cuerpo se sentía como si estuviera lleno de plomo derretido. El daño que sufrí en el Gran Puerto, sumado al efecto del Colapsador, me tenía al borde del colapso, pero la furia que sentía por la agonía de Isadora me mantenía en pie.

—Arkon —llamé a través del nexo, saliendo a los túneles exteriores—. ¿Qué tan cerca están?

—A las puertas del infierno, Kaele —respondió el viejo dragón desde la superficie. Podía sentir su cansancio; estaba luchando solo contra una flota de naves negras que oscurecían el sol—. Las máquinas de excavación sónica han perforado el nivel superior. Los Silenciadores están bajando por los huecos. No puedo retenerlos mucho más tiempo. Mi fuego se apaga con su vacío.

Miré hacia el pasillo oscuro que llevaba a la superficie. Podía oír el siseo de las espadas de hierro frío, el sonido del "silencio absoluto" que Alaric utilizaba para cazar.

Regresé a la cámara y miré a Isadora una última vez. Estaba rodeada de un halo de energía blanca y azul que hacía que el aire mismo ondulara. Su cabello plateado flotaba como si estuviera bajo el agua, y sus ojos eran faros de luz pura. Estaba dejando de ser mujer para convertirse en un fenómeno de la naturaleza.

—Harek —dije, y mi voz recuperó el tono de mando del Lord Protector—. Haz lo que tengas que hacer. Si Alaric entra aquí, el niño será su prioridad. No dejes que lo toquen.

—¿Y tú, Kaele? —preguntó el médico, sudando copiosamente.

—Yo voy a recordarles por qué los hombres solían temer a la oscuridad.

El primer grito de Isadora no fue vocal. Fue una onda de choque telepática que me lanzó contra la pared del túnel. Sentí que mi alma se estiraba, conectada a esa nueva vida que luchaba por cruzar el umbral. El niño no estaba naciendo; estaba irrumpiendo.

En ese momento, los Silenciadores llegaron al nivel de la cámara. Eran sombras envueltas en armaduras de fibra de carbono y plomo, sus rostros ocultos tras máscaras que absorbían toda la luz. Se movían en formación, con las espadas desenvainadas, listos para ejecutar la "Purga de la Frecuencia".

Me transformé a mitad de carrera. Ya no me importaba el dolor de mis huesos o el riesgo de desintegración. El fuego azul estalló de mis poros con una intensidad que no había sentido desde antes de Sideria. Pero no era solo mi fuego. El nexo con el niño, esa conexión que nos había salvado en las Islas de Fuego, estaba alimentando mi fuerza.

Luché como un demonio en los pasillos de sal. Cada golpe de mis garras destrozaba las armaduras de los asesinos. El hierro frío de sus espadas intentaba succionar mi calor, pero la fuente era ahora inagotable. Estaba protegiendo mi nido, mi sangre, mi futuro.

Sin embargo, en el fondo de la cámara, Isadora alcanzó su límite.

—¡Ya viene! —escuché el grito de Harek.

El Colapsador de Alaric alcanzó su potencia máxima. La montaña se estremeció violentamente. El suelo se abrió bajo mis pies, y vi cómo una de las máquinas de excavación de Alaric, un taladro inmenso de obsidiana y vapor, perforaba el techo de la cámara de Isadora.

Isadora

El mundo se volvió luz blanca. Sentí que mi conciencia se fragmentaba en mil pedazos de cristal. Ya no era Isadora. Era la canción, era la sal, era la montaña. Y entonces, sentí el tirón final. Una presión inmensa, un estallido de calor, y luego... un vacío repentino.

El niño estaba fuera.

Por un segundo, hubo un silencio absoluto. Incluso las máquinas de Alaric parecieron detenerse, intimidadas por la magnitud de lo que acababa de ocurrir.

Entonces, el bebé abrió la boca.

No fue un llanto de niño. Fue una frecuencia primordial, una nota que contenía el nacimiento de las estrellas y el susurro de las mareas. Era la Resonancia Pura, sin filtrar, sin las limitaciones de un cuerpo humano adulto o las heridas de un dragón.

La onda de choque salió de la cámara como una explosión nuclear de sonido. Vi, con una cámara lenta de pesadilla, cómo el taladro de Alaric se desintegraba en polvo fino al ser tocado por el sonido. Las placas de plomo de las paredes se arrugaron como papel. Harek y los alquimistas fueron lanzados contra los rincones, protegidos solo por los campos de supresión que habían instalado, que estallaron al instante.

Pero la onda no se detuvo en la montaña.

Kaele

Estaba a punto de ser rodeado por cinco Silenciadores cuando el grito nos alcanzó. Sentí que el tiempo se detenía. La vibración pasó a través de mí, y por un momento de agonía extrema, pensé que me iba a desintegrar. Pero no me destruyó.

El sonido del niño reconoció mi frecuencia.

Sentí que mis quemaduras se enfriaban. Mis huesos, astillados y débiles, se soldaron con un brillo de diamante. Mis alas, que apenas podían sostener mi peso, se expandieron y sus escamas se volvieron tan duras como la obsidiana celestial. El grito del bebé estaba

reconstruyendo mi biología, purgando el veneno de Sideria y la debilidad del estabilizador de azufre.

Rugí, y esta vez el rugido fue el de un dragón completo, una bestia de leyenda que hacía que la montaña misma se inclinara.

Fuera, en la superficie, el grito alcanzó a la flota de Alaric. Las naves de guerra, con sus sistemas electrónicos diseñados para captar frecuencias, se convirtieron en sus propias trampas. Los sensores explotaron, los motores siónicos se sobrecargaron y estallaron en bolas de fuego violeta. El Colapsador de Frecuencia de Alaric, la máquina que iba a silenciarnos, se retorció bajo la presión del sonido hasta que sus engranajes se fundieron y la tierra se tragó sus restos.

La flota de Sideria no cayó; se desvaneció. El sonido del niño había "desprogramado" la materia de las máquinas.

Isadora

Estaba en el suelo de la cámara, exhausta, envuelta en una manta de lino manchada de sangre y sal. Harek se acercó a mí, temblando, y puso al niño en mis brazos.

Era pequeño, con la piel de un color perlado y unos mechones de cabello que brillaban como el oro fino. Sus ojos, todavía cerrados, tenían párpados que palpitaban con una luz tenue. Era perfecto. Era el fin del mundo y el comienzo de otro.

—Kaele... —intenté decir.

Pero no salió ningún sonido.

Abrí la boca de nuevo. Intenté llamar a su nombre, intenté proyectar mi voz como lo había hecho durante años, pero mi garganta estaba muerta. No era dolor; era una ausencia total. El precio de haber sido el conducto para esa frecuencia divina había sido mi propia voz. El Canto de la Creación me había utilizado como un instrumento y, tras la nota final, las cuerdas se habían roto.

Me llevé la mano al cuello, con los ojos llenos de lágrimas. Podía sentir el nexo con el niño, y el nexo con Kaele, pero mi capacidad de comunicarme con el mundo exterior se había extinguido. Había dado mi voz para que mi hijo pudiera tener la suya.

Kaele entró en la cámara minutos después. Ya no era el hombre herido y gris que había entrado. Caminaba con una majestad recuperada, su piel brillando con una salud vibrante. Se detuvo al ver la escena: el taladro destruido, los alquimistas recuperándose y yo, sosteniendo al pequeño milagro en mis brazos.

Se arrodilló a mi lado y nos rodeó a ambos con sus brazos. El calor que emanaba de él era reconfortante, una hoguera eterna.

—Está a salvo —me dijo al oído, y a través del nexo, su voz era una sinfonía de gratitud—. Has salvado al mundo, Isadora. Alaric ha huido, su flota ha sido borrada del mapa.

Lo miré y moví los labios, intentando explicarle lo que había pasado con mi voz. El nexo, siempre fiel, le transmitió la verdad instantáneamente.

Kaele se quedó helado. Su alegría se tiñó de una tristeza profunda al comprender el sacrificio. Tomó mi rostro entre sus manos y me besó la frente, las mejillas y finalmente los labios.

—No importa —susurró en mi mente—. Ya no necesitas cantar para el mundo. Tu hijo es tu canción ahora. Y yo seré tu voz siempre que lo necesites. Mi fuego hablará por tu silencio.

Harek se acercó con cautela, sosteniendo un sensor que ahora solo emitía una nota tranquila y constante.

—La frecuencia se ha estabilizado —dijo el médico—. El primer grito ha purgado la zona. Pero el niño... él es diferente. No es humano, ni es dragón. Es un Resonador Primario. Su mera existencia alterará la física de cualquier lugar donde se encuentre. No podéis quedaros aquí.

—Iremos al Norte Profundo —dijo Kaele, levantándose y tomándome en brazos junto con el bebé—. Más allá de las montañas de Arkon. Allí donde el hielo no tiene fin y el sonido puede viajar sin herir a nadie.

Miré a mi hijo. Había dejado de llorar y ahora me miraba con ojos de un azul infinito. En su mirada vi el futuro: un mundo donde las máquinas de Alaric ya no tendrían poder, donde la armonía volvería a ser la ley. Pero también vi la soledad. Seríamos los guardianes de un dios niño, exiliados por nuestra propia luz.

Salimos de la mina hacia el aire fresco del amanecer. La nieve caía suavemente, pero al tocar la piel del bebé, se convertía en pétalos de cristal que flotaban a nuestro alrededor. Arkon nos esperaba en la cima, habiendo recuperado también su vigor gracias al grito.

—Caminamos juntos por el fuego —pensé, mirando a Kaele—. Y ahora, caminamos por el silencio.

Él asintió, y mientras nos elevábamos hacia las nubes, dejando atrás las ruinas de la ambición de Alaric, comprendí que mi silencio no era una pérdida. Era el espacio necesario para que la nueva vida creciera. La Reina de la Aurora ya no tenía voz, pero su hijo era el grito que despertaría al universo.

Capítulo 35: El Santuario del Silencio y el Eco de las Estrellas

Isadora

El silencio en mi garganta era una caverna profunda, pero el silencio en mi mente era un jardín floreciente. No tener voz me había obligado a sintonizar mis sentidos de una manera que nunca creí posible. Ya no escuchaba el viento; sentía la presión del aire sobre las alas de Arkon. Ya no miraba a Kaele; percibía el calor de su núcleo de fuego como un sol cercano.

Al llegar a la cima del Pico Quebrado, el lugar donde el mundo se acaba y comienza el Gran Hielo, descendimos. Mis pies tocaron la nieve virgen y, esta vez, no brotaron flores de cristal. El entorno era demasiado hostil, o quizá mi cuerpo había gastado toda su energía en el parto.

Kaele aterrizó pesadamente a mi lado, transformándose en su forma humana con una gracia que me hizo suspirar. Se acercó y, sin decir una palabra, puso su mano sobre mi hombro.

—Hemos llegado —su voz en mi mente era ahora más clara que nunca, filtrada por la pureza del aire ártico—. Aquí, el mundo no puede oírnos. Aquí, Elias puede aprender a ser sin destruir.

Le sonreí, aunque mis labios se sentían pesados. Intenté proyectar una imagen de paz, pero en el fondo de mi psique, una nota discordante empezaba a vibrar. Desde que perdí mi voz humana, el Códice de la Resonancia en mi mente se había vuelto... locuaz. Ya no eran instrucciones o canciones; eran susurros de la tierra misma.

Caminamos hacia una formación natural de hielo transparente que recordaba a una catedral gótica. Kaele, usando su fuego azul con una precisión quirúrgica, empezó a tallar el interior del glaciar. No era solo para darnos refugio; estaba creando una caja de resonancia inversa. Cada ángulo del hielo estaba diseñado para absorber y disipar las vibraciones que Elias emitía, incluso en sueños.

Me senté en un lecho de sal y pieles, observando a mi hijo. Elias abrió los ojos. No eran azules, ni ámbar. Eran de un color mercurio, líquidos y brillantes. Al mirarme, sentí un tirón violento en mi conciencia.

Madre.

No fue una palabra. Fue una sensación de pertenencia total. Pero tras esa palabra, llegó una cascada de imágenes que no eran mías: dragones gigantescos descendiendo de las estrellas, no de fuego y escamas, sino de luz pura y gravedad. Vi la tierra como un huevo que se resquebrajaba bajo el peso de una canción que aún no se había escrito.

Me estremecí y abracé al bebé con más fuerza. Elias volvió a cerrar los ojos, pero la semilla de la duda estaba plantada. Mi hijo no era el final de una guerra; era el preludio de un regreso.

Kaele

Pasé los primeros días en el glaciar construyendo lo que yo llamaba el "Santuario de Cristal". Cada bloque de hielo que cortaba, cada runa que grababa con mis garras, era un acto de amor y de paranoia. El niño crecía a una velocidad antinatural. En apenas una semana, ya sostenía la cabeza y nos miraba con una inteligencia que me helaba la sangre.

Isadora estaba cambiando. Su silencio la había vuelto espectral. Se pasaba horas sentada frente al abismo de hielo, con Elias en su regazo, ambos sumidos en una comunión telepática que yo no podía penetrar del todo. El nexo con ella seguía ahí, pero se sentía como si estuviera intentando hablar con alguien a través de una cascada de agua cristalina: veía la forma, pero el mensaje se distorsionaba.

—Isadora —la llamé una tarde, mientras el sol de medianoche teñía el glaciar de un rosa iridiscente—. Harek envió un mensaje a través de Arkon. Alaric no ha muerto. Dicen que ha descendido a las Viejas Raíces, buscando a los Caminantes del Vacío. Sabe que el niño es la llave para algo más grande que Sideria.

Ella se giró hacia mí. Sus ojos plateados brillaron. No emitió sonido, pero en mi mente sentí una presión fría, como si mil voces

hablaran a la vez.

—Él no busca a Alaric —me respondió ella, y su "voz" mental sonaba múltiple, como un coro—. Elias está escuchando el cielo, Kaele. El primer grito no fue para destruir la flota; fue una llamada. Los Antiguos Dragones Estelares, los que Solis solo menciona en mitos, están respondiendo.

Me acerqué a ella y la tomé por los brazos. Su piel estaba fría, casi como el hielo que nos rodeaba.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué dragones estelares?

—Los que crearon la Aurora —continuó Isadora, y su imagen mental me mostró a Elias rodeado de gigantes de luz—. Ellos no ven a los hombres, ni a los dragones de carne como tú, como algo que valga la pena salvar. Para ellos, este mundo es un nido que ha cumplido su función. Elias es su ancla. Si ellos regresan, la atmósfera misma cambiará. El oxígeno se quemará. Solo los que resuenen con ellos sobrevivirán.

Sentí un vacío en el estómago. Había pasado toda mi vida luchando por la libertad de mi especie, por la seguridad de la mujer que amaba. Y ahora, mi propio hijo era el faro que llamaba a la extinción de todo lo que conocíamos.

—¿Puedes detenerlo? —pregunté, mirando al bebé, que ahora jugaba con una pequeña esfera de hielo que flotaba entre sus manos, movida por su propia voluntad sónica.

—Es su naturaleza, Kaele. Es como pedirle al fuego que no queme.

Esa noche, el cielo del Norte no mostró la aurora habitual. En su lugar, unas grietas de color violeta oscuro aparecieron entre las estrellas. No era luz; era la ausencia de ella. Arkon, que dormía en la entrada de la catedral de hielo, despertó con un rugido de terror puro.

—¡El Vacío! —gritó el dragón de plata, su voz resonando en las paredes de cristal—. ¡Alaric ha abierto las puertas!

Me puse en pie, sintiendo que mi fuego azul se activaba por instinto. Salí al exterior y vi lo que Arkon temía. Desde el horizonte, unas formas negras, como manchas de tinta en el aire, se deslizaban hacia nosotros. No tenían forma física; eran sombras que consumían

la luz a su paso. Los Caminantes del Vacío, seres de una era antes de la luz, que Alaric había liberado en su desesperación por recuperar el control.

—Isadora, entra en el núcleo del santuario —ordené, mientras mi cuerpo empezaba a cubrirse de escamas de obsidiana—. Lleva a Elias al centro de la caja de resonancia. ¡Ahora**!**

Ella no dudó. Tomó al niño y corrió hacia la parte más profunda de la estructura de hielo.

Me enfrenté a la primera sombra. Al intentar lanzarle fuego, me di cuenta de que mi calor no les afectaba. Las sombras no quemaban; simplemente hacían que el fuego dejara de existir. Eran el silencio absoluto hecho materia.

—¡Kaele, no uses el fuego! —gritó Arkon, lanzándose contra una de las manchas negras—. ¡Usa la vibración física! ¡Rompe el aire a su alrededor!

Entendí el mensaje. En lugar de exhalar llamas, empecé a golpear mis alas, creando ondas de choque sónicas que hacían que el hielo bajo mis pies estallara. El impacto físico parecía herir a las sombras, obligándolas a retroceder, pero eran demasiadas. Alaric había hecho un pacto con la nada, y la nada estaba hambrienta.

Isadora

Dentro de la cámara de cristal, el ambiente era asfixiante. Podía sentir el combate afuera, el miedo de Arkon y la furia desesperada de Kaele. Pero lo que más me aterraba era Elias.

El bebé no lloraba. Estaba de pie —sí, de pie, aunque apenas tenía días de vida— en el centro de la sala. Sus ojos de mercurio estaban fijos en el techo de hielo, mirando a través de él hacia las grietas violetas del cielo. Su cuerpo emitía un zumbido constante, una nota que hacía que mis propios huesos vibraran hasta el dolor.

Vienen.

La voz de Elias en mi mente ya no era la de un niño. Era una frecuencia multiversal.

—No, pequeño... todavía no —le supliqué mentalmente, arrodillándome ante él—. Tu padre está luchando por este mundo.

No dejes que lo borren.

Elias me miró. En sus ojos vi una compasión que me hizo llorar. Extendió una mano minúscula y tocó mi garganta.

Sentí una descarga eléctrica. Por un segundo, mi voz regresó, pero no era la mía. Era una nota de una potencia tal que el santuario de hielo entero empezó a brillar con una luz blanca cegadora.

—CANTAD —ordenó la presencia en mi mente.

No fue un canto de paz. Fue el Canto del Rechazo. Abrí la boca y, por primera vez desde el parto, el sonido salió. Fue una nota que cortó la realidad. El aire se convirtió en una cuchilla de sonido que salió disparada desde la cámara, atravesando el glaciar y proyectándose hacia el cielo.

Kaele

Estaba a punto de ser engullido por una masa de vacío cuando la nota de Isadora me alcanzó. No me hirió; pasó a través de mí como si yo fuera humo, pero al tocar a los Caminantes del Vacío, estos estallaron. No hubo fuego, ni escombros. Simplemente se deshicieron, su estructura molecular negada por la frecuencia de Isadora.

Miré hacia el santuario y vi que la luz blanca que emanaba de él estaba cerrando las grietas violetas del cielo. Isadora estaba usando la conexión de Elias para luchar contra el vacío, pero el esfuerzo era evidente. El hielo de la catedral empezaba a vaporizarse por el calor de la nota.

—¡Arkon, ayuda a contener la estructura! —grité, volando hacia la entrada.

Entré justo cuando la nota terminaba. Isadora estaba colapsada en el suelo, su garganta sangrando de nuevo, su silencio regresando como una marea negra. Elias estaba sentado a su lado, con la mirada de nuevo infantil, como si nada hubiera pasado.

Pero el cielo ya no era el mismo. Las grietas violetas se habían cerrado, pero las estrellas... las estrellas brillaban ahora con una intensidad inquietante. Los Dragones Estelares habían escuchado. El

vacío de Alaric había sido solo el ruido de fondo; nosotros habíamos dado el concierto principal.

Horas más tarde, cuando el silencio volvió al glaciar, Kaele y yo nos sentamos frente a una pequeña hoguera azul. Elias dormía en una cuna tallada en sal, con su mano pequeña apretando un fragmento de obsidiana.

—No podemos quedarnos aquí —me dijo Kaele, y sentí su mano temblar al tocar la mía—. Solis tenía razón. El niño es un puente. Pero Alaric no se detendrá, y ahora el cielo mismo nos observa. Si los Dragones Estelares regresan, no habrá lugar donde esconderse.

Yo lo miré con tristeza. Mi voz se había ido de nuevo, quizá para siempre esta vez. Pero mi conexión con la tierra era absoluta. Sabía algo que Kaele aún no quería aceptar.

—Los estelares no son el enemigo, Kaele —le proyecté, con una imagen de paz—. Ellos son el equilibrio. Pero el mundo de los hombres no puede coexistir con ellos tal como es ahora. Elias está preparándonos para una transformación, no para una extinción.

—¿A costa de qué, Isadora? ¿A costa de nuestra humanidad? Mira tus manos. Mira tus ojos. Ya no eres la mujer que rescaté de la Ciudadela. Eres algo... más.

Me miré las manos. Eran casi transparentes bajo la luz de la luna, con venas que brillaban como hilos de plata. Mi cuerpo se estaba convirtiendo en el mismo cristal que brotaba de mis huellas.

—Caminamos juntos por el fuego —le recordé, acariciando su rostro—. Y si el fuego nos convierte en cristal, seguiremos caminando.

Kaele me abrazó, y en ese abrazo sentí su decisión. Él no elegiría a su especie sobre su familia. Él elegiría ser el escudo de lo que fuera que Elias representara, incluso si eso significaba enfrentarse a los antiguos dioses del cielo o a los últimos restos de la humanidad.

En la distancia, el rugido de Arkon nos avisó de que no estábamos solos. En la base del glaciar, miles de luces empezaban a brillar. No eran las naves de Alaric. Eran personas. Refugiados de la Purga, científicos, músicos, parias... todos aquellos que habían sentido la nota de Isadora desde lo más profundo de sus almas. Habían caminado a través de la nieve, guiados por la resonancia.

—Vienen a por el nuevo mundo —dije, sintiendo la vibración de miles de pies sobre el hielo.

—O vienen a morir con nosotros —respondió Kaele, poniéndose en pie y desplegando sus alas de obsidiana bajo las estrellas vibrantes.

Capítulo 36: La Comunión de los Desterrados y el Toque de la Gracia

Isadora

El viento en la cumbre del Glaciar Eterno ya no siseaba; ahora cantaba. Miles de refugiados, con los rostros curtidos por el frío y los ojos encendidos por una esperanza desesperada, se habían asentado en las faldas de nuestra catedral de hielo. Habían convertido las cuevas de sal y las grietas térmicas en un hogar improvisado, una ciudad de cristal que vibraba al unísono con el latido de Elias.

Pero la paz era un velo fino. En el horizonte, el cielo no era azul, ni negro. Era de un color ceniza muerta, el rastro de la aproximación de Alaric y lo que quedaba de su ejército espectral.

Mis manos ya no sentían el frío. Se habían vuelto de un blanco translúcido, como el alabastro pulido, y mis uñas tenían el brillo del cuarzo. Mi cuerpo humano se estaba retirando, cediendo espacio a la arquitectura de la resonancia. En mi mente, el murmullo de los miles de almas que acampaban allá abajo era como una orquesta afinando sus instrumentos. Podía sentir sus miedos, sus hambres, pero sobre todo, su fe.

No me buscaban a mí como reina; me buscaban como el diapasón del mundo.

Elias estaba sentado en el centro de la sala, rodeado de un círculo de niños que habían nacido durante la Gran Purga. No hablaban. Elias les enseñaba a comunicarse a través de colores que proyectaba en las paredes de hielo. Era una guardería de dioses en potencia, un nuevo lenguaje que prescindía de las cuerdas vocales que yo había perdido.

De repente, una sombra cruzó mi visión interna. No era una sombra física, sino un agujero negro en la red de resonancia.

—Está aquí —le dije a Kaele, proyectando la imagen de un vacío que se tragaba la luz.

Kaele, que estaba en la entrada coordinando a los jinetes de dragones y a los ingenieros alquimistas, se tensó. Su presencia era

una columna de fuego azul en medio de mi mundo de cristal.

—Lo sé. Arkon lo ha visto desde la estratosfera. Ya no son naves, Isadora. Es una nube de antimateria sónica. Alaric ha dejado de ser un hombre; es el anfitrión del Vacío.

Kaele

Bajé a la primera línea de defensa. Los refugiados habían construido balistas de cristal, diseñadas por Harek, que disparaban proyectiles de frecuencia sintonizada. Al lado de cada máquina, un músico —antiguos maestros de Sideria que habían salvado sus instrumentos de las llamas— esperaba la orden.

La nube de Alaric apareció sobre el horizonte como una marea de tinta. No hacía ruido, lo cual era lo más aterrador. El vacío no suena; borra el sonido.

—¡Preparad los resonadores! —rugí, y mi voz, amplificada por el nexo con Elias, resonó en todo el glaciar.

Las naves de Alaric, ahora meras cáscaras negras movidas por una voluntad alienígena, descendieron. No dispararon cañones. Simplemente pasaron, y allí donde tocaban el aire, la luz desaparecía y los hombres caían al suelo, no muertos, sino vacíos, con sus almas succionadas por la nada.

Me transformé en pleno vuelo, mis alas de obsidiana cortando el aire helado. Me lancé contra la nave insignia, una mole de hierro que parecía estar deshaciéndose en humo negro. Al acercarme, sentí que mi fuego se enfriaba. El Vacío no solo absorbía el sonido; absorbía la entropía, la vida, la pasión.

—¡Alaric! —grité en el nexo—. ¡Detén esta locura! ¡Estás devorando el mundo que querías gobernar!

—Gobernar es una ambición de seres limitados, Kaele —la voz de Alaric no llegó por el oído, sino como un cáncer en mi mente—. Yo soy el silencio que queda después de que el último sol se apaga. Soy la perfección de la nada.

Isadora

Desde el santuario, vi cómo Kaele luchaba contra una marea de sombras. Pero mi atención se desvió hacia el interior. Elias se había puesto en pie. Los otros niños retrocedieron, sintiendo que la temperatura en la cámara descendía drásticamente.

Elias caminó hacia la entrada del santuario. Sus pies, pequeños y firmes, no tocaban el suelo; flotaban sobre una capa de aire comprimido por el sonido.

—Elias, no —le supliqué, tratando de ponerme en medio—. Es peligroso.

Él me miró con sus ojos de mercurio. En ellos no había miedo, solo una curiosidad divina. Puso su mano en mi pierna y sentí una oleada de calma que me obligó a apartarme. Él no iba a luchar. Él iba a conocer.

Salimos al exterior, al balcón de hielo que dominaba el campo de batalla. Abajo, el caos era total. Los dragones caían del cielo como estrellas apagadas. Kaele estaba siendo rodeado por filamentos de sombra que se enroscaban en su cuello y sus alas.

Entonces, la nave de Alaric se detuvo justo frente a nosotros.

La rampa de la nave se abrió y una figura descendió. No caminaba; flotaba en un capullo de antimateria. Era lo que quedaba de Alaric. Su rostro era una máscara de carne gris y translúcida, sus ojos eran dos pozos negros sin fondo. No quedaba rastro de la arrogancia sideriana, solo una vacuidad infinita.

—El Resonador Primario —siseó la voz de Alaric, y el aire alrededor de Elias empezó a congelarse—. La nota que completará mi silencio.

Kaele se lanzó desde el cielo para interponerse, pero Alaric, con un simple gesto de su mano sombría, lo inmovilizó en el aire. El fuego de Kaele se volvió gris, sus escamas empezaron a resquebrajarse.

—¡KAELE! —intenté gritar, pero solo el cristal de mis pies estalló.

Elias dio un paso adelante. No mostró miedo. Al contrario, extendió sus brazos hacia la monstruosidad que era Alaric, como un niño que busca el abrazo de un pariente perdido.

—¿Qué haces? —la voz del Vacío en Alaric pareció vacilar—. Yo soy tu fin.

Elias llegó hasta el borde del balcón. Alaric se acercó, impulsado por el hambre de la nada, pero cuando sus dedos de sombra estuvieron a milímetros de la frente del niño, algo sucedió.

Elias no emitió un grito. No usó la resonancia para destruir. Simplemente tocó la mano de Alaric.

En el momento del contacto, una nota de una pureza absoluta, una nota que no pertenecía a este plano de la realidad, nació del punto de unión. No fue una explosión; fue una implosión de luz. La antimateria que envolvía a Alaric empezó a vibrar, a cambiar de frecuencia. El negro se volvió violeta, luego azul, y finalmente un blanco cegador.

Vi cómo la carne gris de Alaric recuperaba el color por un instante. Vi cómo sus ojos negros se aclaraban, volviendo a ser los ojos azules del primo que una vez jugó conmigo en los jardines de la Ciudadela.

—Isadora... —la voz de Alaric fue real, humana, por un solo segundo—. Hace tanto frío...

Elias cerró los ojos y su cuerpo entero brilló como una estrella. Estaba realizando una transferencia de frecuencia. No estaba matando al Vacío; estaba dándole una razón para ser. Estaba "humanizando" la nada a través del sacrificio de su propia energía pura.

El Vacío dentro de Alaric gritó. No podía soportar la presencia de la gracia. La antimateria empezó a colapsar sobre sí misma, consumiendo lo que quedaba del cuerpo de Alaric para intentar defenderse de la luz de Elias.

—¡Vete! —gritó Alaric, y esta vez sus ojos estaban llenos de lágrimas—. ¡Llévatelo, Isadora! ¡No dejes que me consuma a él también!

Con un último esfuerzo de voluntad, Alaric empujó a Elias hacia atrás, hacia mis brazos. La nave negra y las sombras que rodeaban el glaciar empezaron a ser succionadas hacia el pecho de Alaric, como si él se hubiera convertido en un tapón para el agujero que él mismo había abierto.

—Caminamos... por el fuego... —susurró Alaric, mirándome una última vez. Fue una redención trágica, el reconocimiento de que su

búsqueda de orden solo había traído el caos.

Hubo un estallido silencioso. Una onda de presión que no destruyó la materia, sino que simplemente la "limpió". Las sombras desaparecieron. La nave negra se desintegró en pétalos de metal que cayeron sobre la nieve como nieve negra. Alaric se había ido, llevándose consigo la conexión con el Vacío.

Kaele

Caí sobre la nieve, recuperando mi forma humana. Mi cuerpo dolía como si me hubieran arrancado la piel, pero el nexo estaba volviendo a la normalidad. Miré hacia el balcón. Isadora sostenía a Elias, que parecía agotado, casi desvanecido.

Me levanté y corrí hacia ellos. El ejército de sombras se había disuelto, y los refugiados abajo gritaban de alegría, pero arriba, en el santuario, la atmósfera era solemne.

—¿Ha terminado? —pregunté, abrazando a Isadora y sintiendo el cuerpo pequeño de Elias entre nosotros.

Isadora no me miró a mí. Miró al cielo.

Las estrellas ya no estaban solo brillantes. Estaban descendiendo.

El acto de Elias, ese toque de gracia que había disuelto el Vacío, había sido la señal definitiva. Los Dragones Estelares, esas entidades de luz pura que Isadora temía, ya no estaban en el horizonte. Estaban entrando en nuestra atmósfera.

—No ha terminado, Kaele —su voz mental era un susurro cansado, pero lleno de una nueva sabiduría—. Alaric era el último obstáculo del viejo mundo. Ahora, los arquitectos del nuevo mundo han llegado para ver su obra.

El cielo se llenó de una luz que no era sol, ni luna. Gigantescas formas geométricas, hechas de sonido y luz refractada, se cernieron sobre el Glaciar Eterno. Los refugiados cayeron de rodillas, no de miedo, sino por el peso de la belleza de esas entidades. No tenían alas de carne; sus alas eran auroras boreales.

Una de las entidades, la más grande de todas, se acercó al santuario. No hablaba, pero su presencia hacía que cada átomo de mi cuerpo vibrara con una armonía perfecta.

—Solis tenía razón —dije, sintiendo que mis escamas de obsidiana empezaban a brillar en sintonía con la entidad—. Somos el experimento que funcionó.

La entidad estelar extendió un filamento de luz hacia Elias. El niño despertó y, por primera vez, sonrió. No con la sonrisa de un niño, sino con la de un creador que reconoce a sus iguales.

Isadora se adelantó, entregando al niño a la luz, pero sin soltarlo. La entidad envolvió a los tres —a Isadora de cristal, a Kaele de obsidiana y al niño de mercurio— en un capullo de resonancia.

En ese momento, comprendí lo que Elias había hecho. Al tocar a Alaric, no solo lo había redimido; había mostrado a los Dragones Estelares que la humanidad, con todo su caos y su capacidad de autodestrucción, también poseía la nota de la compasión.

Los Estelares no venían a quemar el nido. Venían a elevarlo.

El Glaciar Eterno empezó a transformarse. El hielo no se derritió; se convirtió en una sustancia nueva, una mezcla de sal, cristal y luz que no se veía afectada por las estaciones. La ciudad de los refugiados se expandió, sus tiendas convirtiéndose en torres de resonancia donde el sonido se usaba para curar, para crear, para unir.

Isadora me miró. Su voz no había regresado, pero ya no la necesitaba. A través del nexo, sentí que ella ahora escuchaba no solo mis pensamientos, sino los de cada ser vivo en el glaciar. Ella era la Gran Madre de la Resonancia, la conductora de la orquesta mundial.

—Caminamos juntos por el fuego —le dije, mientras las entidades estelares empezaban a fusionarse con la atmósfera del planeta, estabilizando la frecuencia de la tierra—. Y ahora, caminamos por la luz.

Ella asintió, y mientras Elias levitaba entre nosotros, rodeado de chispas de oro y plata, supe que Sideria, Valerius Magna y las guerras de los hombres eran ahora solo un eco lejano. Estábamos en el año cero de una nueva era.

Pero mientras la luz nos envolvía, una pequeña duda cruzó mi mente. En las profundidades de la tierra, donde Alaric había caído, una pequeña chispa de vacío todavía quedaba, un recordatorio de

que la luz siempre necesita una sombra para ser vista. Pero esa sería una batalla para otro tiempo, para otra generación.

Hoy, el mundo por fin estaba en sintonía.

Capítulo 37: La Sinfonía del Perdón y el Borrado del Alma

Isadora

Mis manos ya no eran de carne, sino de un cristal flexible que reflejaba el pulso del planeta. En el silencio de mi garganta, el Códice de la Resonancia ya no era un libro de hechizos; era una conexión directa con la mente de los Estelares. Ellos no entendían el concepto de "guerra". Para ellos, los humanos éramos como células en un cuerpo enfermo que debían ser sanadas o extirpadas para que el organismo sobreviviera.

Elias, mi hijo, flotaba en el centro del santuario, conectado por filamentos de luz a la entidad más grande del cielo. Él era el traductor. A través de él, recibí la imagen final de los Estelares: una purga total. Querían emitir una frecuencia de "limpieza" que desintegrara cualquier átomo que vibrara con la intención de destruir. Eso significaba la muerte de millones.

—No —proyecté con una fuerza que hizo que las paredes de cristal del glaciar se agrietaran—. No podéis simplemente borrarlos. Son mis hermanos. Son el barro del que yo misma nací.

La entidad estelar envió un pulso de duda. En su lógica, el odio era una disonancia que ponía en peligro la música de las esferas. Me mostraron el avance de Vane: una flota de bombarderos de largo alcance cargados con cabezales de "Presión Sónica Cero". Armas nucleares acústicas que colapsarían el glaciar y a todos los que estábamos en él en una milésima de segundo.

Vane no buscaba ganar. Buscaba el silencio mutuo.

—Hay otra forma —dije, sintiendo que el nexo con Kaele se tensaba. Él estaba en las murallas, listo para el combate final—. Puedo cantar el Canto del Perdón. Puedo sintonizar sus mentes con la frecuencia de la empatía. Puedo borrar el odio.

La entidad estelar me mostró el precio. Emitir una nota de esa magnitud, que cubriera todo el continente y penetrara en los corazones de millones, requeriría que yo me convirtiera en un canal puro. Para sintonizar a la humanidad, tendría que soltar mis propios

anclajes. Mis recuerdos, mi identidad, mis lazos personales... todo tendría que ser sacrificado para convertirme en la nota perfecta.

Si cantaba el Perdón, salvaría al mundo, pero olvidaría quién era el hombre que estaba muriendo por protegerme.

Kaele

Sentí el frío de la decisión de Isadora antes incluso de que ella la formulara. En las murallas de cristal, con mis escamas de obsidiana brillando bajo la luz de los Estelares, miré hacia el horizonte. Los bombarderos de Vane eran puntos negros en un cielo demasiado brillante.

—No lo hagas, Isadora —le supliqué a través del nexo, mi voz mental quebrando por la angustia—. Si lo haces, nos perderás. Me perderás.

—Si no lo hago, Kaele, no quedará nadie para ser perdido —su respuesta llegó como un roce de seda fría en mi mente—. Vane ya ha dado la orden de lanzamiento. En diez minutos, la presión sónica convertirá este glaciar en una tumba de cristal triturado.

Bajé de la muralla y corrí hacia el santuario. Los refugiados me abrían paso, viendo en mí la furia de un dragón que se negaba a aceptar el destino. Entré en la cámara y la vi. Isadora estaba suspendida en el aire, sus pies de cristal desvaneciéndose en luz pura. Elias estaba a su lado, actuando como el amplificador de su alma.

—Isadora, encontraremos otra forma. Déjame volar hasta esos bombarderos, los quemaré antes de que lleguen.

—Son demasiados, Kaele. Y aunque los detengas, el odio en Sideria seguirá creciendo. La única forma de romper el ciclo es la armonía forzada.

Ella me miró, y en sus ojos plateados vi la última chispa de la mujer que conocí en las celdas de la Ciudadela. La mujer que se escondía bajo una capa de lana y soñaba con la libertad.

—Mírame, Kaele —me pidió—. Guarda este momento por los dos. Porque cuando termine, yo no sabré quién eres.

Isadora abrió la boca. No salió sonido humano, sino un estallido de luz dorada que llenó la cámara y se expandió hacia el exterior.

El Canto del Perdón no era una melodía; era una reescritura de la realidad. Sentí que la nota me atravesaba. En Sideria, los generales que tenían el dedo sobre el botón de lanzamiento sintieron un calor repentino en el pecho. Las imágenes de sus víctimas, de sus miedos, de sus propios hijos, se volvieron tan reales que el odio se evaporó, reemplazado por una compasión devastadora.

En los bombarderos, los pilotos soltaron los controles, llorando sin saber por qué. Los cabezales de presión sónica cayeron al mar, desactivados no por el fuego, sino por la falta de voluntad de sus creadores.

Pero mientras el mundo sanaba, Isadora se desvanecía.

Vi cómo los recuerdos de nuestro viaje salían de ella en forma de mariposas de cristal. Vi la imagen de nuestro primer beso en el bosque del Norte, la noche en la cabaña, el nacimiento de Elias... todo se elevaba hacia los Estelares, alimentando la potencia del Canto.

—¡ISADORA! —rugí, intentando agarrarla, pero mis manos pasaban a través de ella como si fuera humo de incienso.

Su rostro se volvió inexpresivo. La calidez del amor fue sustituida por una paz geométrica y perfecta. Ella ya no era mi Isadora; era la Madre de la Frecuencia, un órgano vivo del planeta.

La nota terminó. El silencio que siguió fue el más puro que el mundo había conocido jamás. En todo el continente, los hombres bajaron sus armas. La Comandante Vane, en su centro de mando, se quitó el casco y miró sus manos, horrorizada por lo que había intentado hacer. El perdón se había extendido como una mancha de aceite sobre aguas turbulentas.

Isadora descendió lentamente hasta el suelo de la cámara. Su piel ya no brillaba, pero se sentía sólida de nuevo. Elias se acercó a ella y le tocó la mano, pero ella no reaccionó.

Me acerqué a ella con el corazón latiendo con una fuerza dolorosa.

—¿Isadora? —susurré en voz alta, olvidando por un momento que ella no podía oír. Busqué el nexo, pero donde antes había un puente

de fuego y seda, ahora había una pared de cristal liso.

Ella me miró. Sus ojos eran claros, hermosos, pero vacíos de reconocimiento. No había miedo en ellos, ni odio, ni amor. Solo una curiosidad tranquila.

—¿Quién eres tú? —su voz mental llegó a mi cabeza, pero ya no era "nuestra" voz. Era la voz de alguien que observa una piedra o un árbol—. Hueles a fuego y a historia antigua. Pero no te encuentro en mi memoria.

Me dejé caer de rodillas, con las lágrimas rodando por mis escamas. El mundo estaba a salvo. La humanidad tenía una segunda oportunidad. Pero mi hogar, el único lugar donde mi alma de dragón encontraba descanso, se había borrado.

Los Dragones Estelares empezaron a ascender de nuevo hacia el espacio profundo, dejando atrás un mundo que ya no necesitaba ser purgado. Elias, sintiendo el dolor de su padre, puso su pequeña mano en mi frente.

—Ella ha dado su ayer para que nosotros tengamos un mañana —me dijo el niño, con una madurez que me heló la sangre—. No está perdida, padre. Simplemente está en todas partes ahora. Cada vez que el viento sople sobre el cristal, ella te estará escuchando. Pero ya no puede amarte como una mujer ama a un hombre. Su amor es ahora la gravedad que nos mantiene unidos.

—No puedo aceptarlo, Elias —dije, mirando a la mujer que alguna vez fue mi reina y mi amante. Ella estaba observando las flores de cristal que crecían de sus propios pies con una sonrisa de asombro infantil—. No puedo vivir en un mundo salvado si ella no está en él para verlo conmigo.

—Entonces deberás volver a enamorarla —respondió el niño, mirando hacia el horizonte donde el sol de verdad empezaba a salir por primera vez en semanas—. El Canto borró el pasado, pero no puede borrar el destino. Si vuestras almas resuenan, crearéis un nuevo nexo.

Isadora (El Vacío Blanco)

Todo era nuevo. El hombre que lloraba ante mí me resultaba familiar en la forma en que el sol resulta familiar a una planta, pero no sabía su nombre. Sentía que en mi interior había grandes bibliotecas vacías, estantes donde antes hubo risas y llantos, ahora cubiertos de una luz blanca y pacífica.

Me levanté y caminé hacia la entrada del santuario. El mundo de afuera era hermoso. Miles de personas miraban hacia arriba, orando o cantando en voz baja. Sentí su gratitud como una corriente cálida.

El hombre de los ojos ámbar me siguió. Su presencia era intensa, llena de un dolor que me daban ganas de consolar, aunque no supiera por qué.

—¿Por qué sufres? —le pregunté, extendiendo mi mano de cristal hacia su rostro—. El mundo es armónico ahora. Ya no hay fuego negro en las venas de los hombres.

—Sufro porque te extraño —dijo él, y aunque no pude oír sus palabras, sentí la vibración de su desesperación—. Te extraño a pesar de que estás aquí.

Le toqué el rostro. Al contacto, una pequeña chispa saltó entre nosotros. No fue un recuerdo, sino una sensación de *pertenencia*. Mi cuerpo de cristal vibró en una nota que no conocía.

—Kaele —susurré en mi mente. El nombre apareció de repente, como una perla encontrada en el fondo de un océano vacío. No

sabía qué significaba, pero al pronunciarlo, mi corazón —o lo que quedaba de él— latió con una fuerza que me hizo temblar.

Mientras en el Norte el milagro se consolidaba, en las ruinas de Sideria algo se movía. La Comandante Vane, aunque perdonada y llena de una paz forzada, no era una mujer común. En su laboratorio subterráneo, oculto bajo capas de plomo que el Canto de Isadora apenas había rozado, el suero original de Kaele seguía burbujeando.

Vane miraba las pantallas que mostraban la ascensión de los Estelares. Sus ojos estaban llenos de lágrimas de compasión, pero su cerebro, entrenado para la lógica fría, seguía funcionando.

—Nos han lobotomizado —susurró para sí misma—. Nos han quitado el derecho al odio, y con él, el derecho a la ambición. Es una paz de esclavos.

Tomó una jeringa llena de una sustancia negra. Si el mundo iba a ser una sinfonía perfecta dirigida por una reina de cristal, ella sería la nota discordante necesaria para que la voluntad humana no muriera en la complacencia.

—Perdóname, Isadora —dijo Vane, inyectándose el fluido—. Pero alguien tiene que recordar que somos humanos, y los humanos sangramos, odiamos y luchamos.

Sus venas se volvieron negras. El perdón de Isadora empezó a luchar contra el veneno en su sangre, creando un conflicto interno que la hizo gritar. Vane se estaba convirtiendo en algo que el Canto no podía alcanzar: un ser definido por el dolor voluntario.

Isadora y Kaele estaban sentados en el borde del glaciar. Elias volaba con Arkon en el cielo despejado. El nexo ya no existía, pero Kaele le estaba contando historias. Le hablaba de una niña que vivía en una torre, de un dragón que olvidó cómo volar y de un viaje a través del silencio.

Isadora escuchaba, con la cabeza apoyada en el hombro de obsidiana de Kaele. No recordaba las historias, pero amaba la forma en que su voz mental vibraba contra su cristal.

—Cuéntame otra vez la parte de la cabaña —le pidió ella, y por un segundo, su mano buscó la de él con un instinto que el olvido no pudo borrar.

Kaele sonrió a través de sus lágrimas. El camino sería largo. Tendría que reconquistar el alma de la mujer que había salvado el universo, pieza por pieza, nota por nota. Pero mientras el sol iluminaba el nuevo mundo, supe que la armonía no era la ausencia de conflicto, sino la voluntad de seguir cantando incluso cuando has olvidado la letra.

Capítulo 38: El Eco de las Ruinas y la Paradoja del Sufrimiento

Kaele

Me quedé observándola desde las sombras de una columna de hielo. Isadora sostenía a un niño herido, y de su mano de cristal brotaba una melodía que sellaba la carne de forma instantánea. El niño sonreía, pero en sus ojos no había el alivio de quien ha superado el dolor; había la vaciedad de quien ha olvidado que el dolor existía.

—No es ella, Kaele —la voz de Arkon resonó en mi mente. El viejo dragón de plata estaba echado cerca de la entrada, observando con tristeza la "perfección" del lugar—. Es un instrumento afinado por los Estelares. Si no recupera sus sombras, terminará convirtiéndose en una estatua de luz.

—Lo sé —respondí, apretando los puños. Mis escamas de obsidiana se sentían pesadas, un recordatorio de que yo seguía siendo un ser de carne, sangre y cicatrices—. Vane está moviéndose en las sombras del Sur. El "Perdón" no funcionó con todos. Hay una frecuencia de odio que está creciendo, y si Isadora no recuerda por qué luchamos, no sabrá cómo defendernos cuando la música se detenga.

Me acerqué a ella. Isadora se giró, su rostro hermoso y sereno mostrándome una sonrisa que no me pertenecía a mí, sino al universo entero.

—Kaele —me saludó mentalmente. Su voz ya no tenía la vibración ronca y dulce de su humanidad; era el sonido de un cristal golpeado por la seda—. ¿Vienes a buscar la armonía? Tu frecuencia sigue siendo turbulenta. Tienes nudos de tristeza en tu alma que puedo desatar.

—No quiero que los desates, Isadora —dije en voz alta, aunque sabía que solo sentía mis vibraciones—. Esos nudos son lo que me queda de ti. Necesito que vengas conmigo. Lejos de esta paz.

—¿Lejos? El mundo es armónico ahora. No hay lugar que no esté bajo la canción.

—Hay un lugar donde la canción todavía no ha llegado. Un lugar donde tu alma dejó sus raíces.

La llevé en el lomo de Arkon. Isadora miraba el paisaje pasar con una curiosidad científica, como si estuviera observando un mapa

antiguo de un país que nunca visitó. A medida que volábamos hacia el Sur, el aire empezaba a cambiar. El brillo de los Estelares se volvía más tenue, oculto por las nubes de tormenta que se acumulaban sobre las ruinas de la Ciudadela de Valerius Magna.

Cuando aterrizamos en el patio central de la Ciudadela, el silencio fue sobrecogedor. No era el silencio de la paz, sino el de la tumba. Los muros de mármol negro estaban ennegrecidos por el fuego de la guerra civil; las estatuas de mis antepasados —los reyes que Isadora una vez odió— estaban decapitadas en el suelo.

Isadora bajó de Arkon. Sus pies de cristal tocaron la piedra fría y, por primera vez en semanas, no brotaron flores de cuarzo. El suelo aquí estaba demasiado saturado de historia y dolor para permitir la belleza fácil.

Caminó hacia la Torre del Silencio, el lugar donde había pasado su infancia encerrada, esperando a que su voz despertara.

—Siento... una presión aquí —proyectó ella, llevándose la mano al pecho de cristal. Su expresión de serenidad absoluta vaciló por un segundo—. Es una frecuencia de... disonancia.

—Se llama memoria, Isadora. Y aquí es donde empezó tu tormento.

Isadora

Entré en mis antiguos aposentos. Los muebles estaban cubiertos de polvo y ceniza. Vi la cama donde solía llorar en silencio, el espejo donde buscaba señales de la Aurora en mis ojos. Toqué la pared y, de repente, una imagen me golpeó con la fuerza de un rayo.

Un hombre de oro me gritaba. Mi padre. Sentí el dolor de una bofetada en mi mejilla... pero no sentí el golpe físico, sino la humillación sónica.

—¡Ah! —un pequeño gemido salió de mi mente.

Retrocedí, pero Kaele no me dejó huir. Me llevó hacia las mazmorras, hacia la celda donde él había estado encadenado cuando nos conocimos. El olor a hierro y a desesperación seguía impregnado en las paredes.

—Mírame, Isadora —Kaele se puso frente a mí, su presencia ocupando todo el espacio—. Aquí es donde me encontraste. Aquí es donde decidiste que valía la pena quemar el mundo para salvarme. Me amabas no porque el universo fuera armónico, sino porque yo era el único caos que tenía sentido para ti.

Él tomó mi mano y la puso sobre la cicatriz que cruzaba su pecho, la marca que Vane le había dejado.

—Si quieres ser una diosa, quédate en el glaciar. Pero si quieres volver a ser mi reina, tienes que aceptar el dolor de recordarme.

Cerré los ojos. El nexo, que había sido una pared de cristal, empezó a agrietarse. A través de las fisuras, el pasado entró como una inundación negra. Vi a Silas morir. Vi el nacimiento de Elias en medio del terremoto sónico. Sentí el terror de perder mi voz. Y sobre todo, sentí el amor desesperado, hambriento y humano que me unía a este hombre de obsidiana.

El cristal de mis manos empezó a volverse translúcido, revelando venas rojas que volvían a latir con sangre. Mis pies volvieron a sentir el frío de la piedra. El perdón de los Estelares estaba siendo expulsado por el veneno del recuerdo.

—Kaele... —el nombre ya no era una perla en el fondo del mar. Era un grito—. ¡Me duele! ¡Todo me duele!

—Lo sé, mi vida. Lo sé. Pero ahora estás aquí.

En ese momento de vulnerabilidad total, la Ciudadela se estremeció. No fue un terremoto natural. Fue una explosión de antimateria sónica que derrumbó la cúpula de la mazmorra.

Desde las ruinas superiores, una figura descendió. Ya no era la Comandante Vane que conocíamos. Su piel era una malla de metal y carne negra, y sus ojos brillaban con una luz de azufre. A su alrededor, una docena de "Resistentes" —hombres que se habían inyectado el suero de la agonía para rechazar el perdón— apuntaban con armas de vacío.

—Qué conmovedor —dijo Vane, y su voz era como el chirrido de metal sobre metal—. La diosa ha bajado al barro por su perro.

Kaele se interpuso, desplegando sus alas, pero su poder parecía amortiguado por la presencia de Vane. Ella no usaba resonancia; usaba la ausencia de ella.

—Habéis creado un mundo de ovejas, Isadora —continuó Vane, bajando hacia nosotros—. Un mundo donde nadie lucha, donde nadie desea. Habéis asesinado la ambición humana. Yo soy el recordatorio de que preferimos el infierno a vuestro cielo aburrido.

—Vete, Vane —proyecté, aunque mi mente todavía estaba fragmentada por el regreso de mis recuerdos—. No hay lugar para tu guerra en este mundo.

—El mundo siempre tiene lugar para la guerra, querida. Solo hay que saber dónde golpear para que la armonía se rompa.

Vane activó un dispositivo en su muñeca. Una frecuencia de "Angustia Pura" llenó la sala. No era un ataque físico; era la amplificación de cada trauma, cada miedo y cada arrepentimiento de los que estábamos allí. Para los refugiados del glaciar, esto habría sido mortal. Para mí, que acababa de recuperar mis memorias, fue un calvario.

Kaele rugió de dolor, cayendo de rodillas. Sus recuerdos como esclavo de Sideria estaban siendo utilizados como un arma contra él.

Kaele

El dolor era insoportable. Veía a Vane riendo, veía los laboratorios donde me inyectaban el suero, sentía el peso de las cadenas. Pero a través de la agonía, vi a Isadora. Estaba llorando, lágrimas de verdad, lágrimas de agua y sal, no de cristal.

Había recuperado su humanidad. Y con ella, su vulnerabilidad.

—¡Huye! —le grité a través del nexo—. ¡Isadora, llévate a Arkon y vete! No puedes luchar contra el vacío con el alma rota.

—No te dejaré otra vez, Kaele —su respuesta fue un susurro de hierro.

Ella se levantó, enfrentándose a Vane. Su luz ya no era la luz blanca y pacífica de los Estelares. Era una luz roja, turbulenta, alimentada por la rabia y el amor recuperado. Isadora abrió la boca y, aunque no salió sonido, la onda de choque mental lanzó a los Resistentes contra las paredes.

Sin embargo, Vane se mantuvo firme. El metal negro de su cuerpo absorbía la energía.

—Eso es, reina. Úsalo. Muéstranos que sigues siendo una asesina bajo esa piel de cristal. ¡Aliméntame con tu odio!

Vane se lanzó contra nosotros, y la batalla por las ruinas de la Ciudadela comenzó. Fue un combate sucio, físico y brutal. Kaele luchaba contra los soldados, sus garras de obsidiana arrancando metal y carne, mientras Isadora y Vane se batían en un duelo de voluntades que hacía que el aire mismo ardiera.

Al final del enfrentamiento, Vane y sus hombres se retiraron hacia las sombras del Sur, pero no fue una derrota. Fue un repliegue táctico. Habían conseguido lo que querían: habían roto la burbuja de perfección de Isadora.

Nos quedamos solos en el patio de la Ciudadela, bajo la lluvia que empezaba a caer.

—¿Estás bien? —pregunté a Isadora, que miraba sus manos, ahora humanas y temblorosas.

—Recordar es una maldición, Kaele —me dijo, abrazándome con una fuerza que me hizo saber que ella había vuelto del todo—. Pero no te cambiaría por mil cielos de cristal.

Me separé un poco para mirarla a los ojos. El nexo estaba ardiendo de nuevo, lleno de pasión, miedo y una premonición oscura que no pude ocultar.

—Isadora, Vane tiene un plan mayor. Ese dispositivo de angustia... solo era una prueba. Están construyendo algo en el Cráter de Azufre. Algo que puede desconectar a los Estelares de la tierra permanentemente.

—Entonces iremos allí —dijo ella, con una determinación que me dio escalofríos—. Y terminaremos esto de una vez.

—Prométeme una cosa —dije, sintiendo que el aire se volvía frío a mi alrededor—. Si algo sucede... si la sinfonía requiere un sacrificio final... cuida de Elias. Enséñale que el amor es el único ruido que vale la pena conservar en el silencio.

—No hables así, Kaele. No te voy a perder.

Pero en mi interior, el fuego azul de mi núcleo palpitaba con una advertencia. El equilibrio del mundo exigía un precio que la luz de Isadora no podía pagar sola. La sombra necesitaba un guardián.

Regresamos al glaciar, pero ya no como dioses, sino como guerreros cansados. Elias nos recibió, y al tocar a su madre, supo que ella había vuelto. El niño lloró de alegría, pero su mirada se cruzó con la mía, y vi en él la misma sombra que yo cargaba.

—Caminamos juntos por el fuego —susurré, mientras el sol se ocultaba tras los picos de hielo.

—Y por la luz —respondió ella.

Capítulo 39: La Oscuridad en el Corazón del Mundo

El aire sobre el Cráter de Azufre no era aire, sino una mortaja de ceniza y estática. El suelo, una costra de azufre amarillo y roca volcánica, vibraba con una frecuencia enferma que hacía que los dientes de Kaele dolieran y que la piel de cristal de Isadora emitiera un chirrido constante. Este era el lugar donde la tierra se negaba a sanar, un punto ciego para los Dragones Estelares y su armonía celestial.

Kaele

Sobrevolamos el abismo volcánico. Isadora iba sentada sobre el lomo de Arkon, y yo volaba a su lado, sintiendo cómo mi núcleo de fuego azul fluctuaba violentamente. El dispositivo de Vane, enterrado en las profundidades del cráter, estaba creando un pozo de gravedad sónica. Era un "Agujero Negro de Sonido".

—Kaele, el nexo... se está deshilachando —la voz de Isadora en mi mente sonaba débil, como un susurro a través de una tormenta —. Siento que la luz de los Estelares se aleja. No puedo ver el mañana.

—Mantente cerca de mí, Isadora —le respondí, forzando mi propia energía para proyectar una imagen de solidez—. Vane quiere que tengamos miedo. La oscuridad solo es la ausencia de una nota que aún no hemos cantado.

Pero yo también lo sentía. En el centro del cráter, una estructura de metal negro y plomo se erguía como una aguja clavada en el corazón del planeta. Era la "Torre del Vacío Absoluto". Alrededor de ella, cientos de Resistentes, hombres y mujeres con las venas negras por el suero de la agonía, custodiaban la maquinaria. No tenían dragones, pero tenían cañones de vacío que apuntaban directamente hacia nosotros.

—¡Fuego! —el grito de la Comandante Vane resonó a través de unos altavoces que distorsionaban el aire.

Una salva de proyectiles de antimateria sónica surcó el cielo. No explotaban con fuego; explotaban con silencio. Allí donde impactaban, el aire desaparecía, creando vacíos que hacían que las alas de Arkon perdieran sustentación.

—¡Abajo! —rugí, lanzándome en picado para interceptar un proyectil que iba directo hacia Isadora.

El impacto del vacío contra mis escamas de obsidiana fue como si me arrancaran la piel con un gancho de hielo. Sentí que una parte de mi esencia era borrada de la existencia. Caí hacia el suelo de azufre, recuperando la forma humana justo antes del impacto, rodando por la ceniza caliente.

Isadora

—¡KAELE! —mi grito mental fue un estallido de luz que cegó a los artilleros por un segundo.

Salté desde el lomo de Arkon mientras él se encargaba de destruir las baterías de cañones con su aliento de plata. Mis pies tocaron la

tierra abrasadora y, por primera vez, sentí el dolor físico del calor. Mi cuerpo de cristal se estaba volviendo quebradizo.

Corrí hacia Kaele, pero una barrera de soldados de Vane se interpuso. Se movían con una coordinación inhumana, impulsados por una frecuencia de odio que mi perdón no podía penetrar.

—¡Es inútil, Reina! —Vane apareció en lo alto de una plataforma, su armadura negra echando chispas—. Aquí no hay armonía que valga. Aquí solo hay la voluntad de sobrevivir a cualquier precio.

Vane saltó hacia abajo, aterrizando con la pesadez de una máquina. Sus manos eran ahora garras de metal que vibraban en una frecuencia de disonancia pura. Se lanzó contra mí, y el duelo fue un torbellino de luz blanca contra sombras metálicas. Cada vez que intentaba proyectar una nota de paz, Vane respondía con un grito de dolor grabado en su armadura, anulando mi frecuencia.

A pocos metros, Kaele se levantó. Su rostro estaba cubierto de sangre y hollín, y su brazo izquierdo colgaba inútil a su lado, consumido por el vacío. Pero sus ojos... sus ojos ámbar brillaban con una resolución que me dio terror.

—Isadora... tienes que llegar al núcleo de la torre —me dijo a través del nexo, que ahora apenas era un hilo de seda a punto de romperse—. Si la torre alcanza su frecuencia crítica, desconectará la conciencia del planeta de los Estelares. La humanidad volverá a la oscuridad, y esta vez no habrá aurora.

—¡No puedo dejarte así! Vane te matará.

—No si yo la mato a ella primero. ¡Ve!

Kaele se lanzó contra Vane con una ferocidad que nunca le había visto. No luchaba como un caballero, ni como un rey; luchaba como una bestia herida que protege a su cría. Sus garras de obsidiana chocaban contra el metal de Vane, creando chispas que quemaban el aire.

Yo aproveché el espacio y corrí hacia la entrada de la torre. El interior era un laberinto de cables y generadores de vapor que zumbaban con una nota que me hacía sangrar los oídos. En el centro, un orbe de antimateria sónica palpitaba, creciendo con cada latido de la tierra.

—Elias... ayúdame —pedí al niño, que estaba a kilómetros de distancia en el glaciar, pero cuya conciencia siempre estaba conmigo.

Madre, el vacío está devorando el nexo. No puedo alcanzarte... Padre está... Padre se está apagando.

Sentí una punzada de agonía en el pecho. Miré hacia atrás a través de la entrada de la torre. Kaele estaba en el suelo, y Vane le estaba clavando una hoja de hierro frío en el hombro. Pero Kaele no gritaba. Tenía su mano derecha agarrando el cuello de Vane, y su núcleo de fuego azul estaba empezando a brillar con una intensidad suicida.

—¡KAELE, NO! —supe lo que iba a hacer—. ¡Si sobrecargas tu núcleo, te desintegrarás!

—Caminamos juntos por el fuego, Isadora —su voz en mi mente fue clara por última vez, llena de una dulzura que me rompió el alma —. Hoy, el fuego es solo mío. Prométeme que cantarás por los dos.

Kaele soltó un rugido que no fue sónico, sino puramente energético. Su cuerpo entero se convirtió en una supernova de fuego azul. La explosión no fue hacia afuera, sino hacia adentro, creando un escudo de calor absoluto que envolvió a Vane y a los generadores principales de la torre.

Vi cómo el cuerpo de Kaele se volvía luz. Vi cómo Vane era consumida por la pureza de esa llama que ella misma había ayudado a crear años atrás en sus laboratorios. El fuego azul de Kaele era el antídoto perfecto para el vacío: era energía pura, sacrificio puro.

La onda de choque de su sacrificio golpeó el orbe de antimateria. La torre empezó a colapsar.

—¡KAELE! —caí de rodillas mientras el suelo se hundía.

El nexo se rompió.

Fue como si una parte de mi cerebro hubiera sido arrancada de cuajo. El silencio que siguió no fue el silencio de la paz, ni el silencio de la meditación. Fue el silencio de la muerte. Un vacío blanco donde antes habitaba la voz, el calor y el olor a humo de sándalo del hombre que amaba.

La torre explotó en una nube de ceniza y vapor azul. Los soldados de Vane, libres del control de la frecuencia de odio, huyeron o cayeron desmayados. Arkon descendió del cielo, lanzando un

lamento que hizo que las montañas temblaran. El viejo dragón se posó a mi lado, bajando la cabeza en señal de luto.

Isadora

Caminé entre los escombros humeantes. Mis manos de cristal estaban manchadas de la ceniza azul que era todo lo que quedaba de Kaele. No había cuerpo. No había rastro. Solo un fragmento de obsidiana, pequeño y caliente, que encontré en el centro del cráter.

Lo tomé y lo apreté contra mi corazón.

—Has ganado, Kaele —susurré, y esta vez, mi voz humana salió de mi garganta, rota y áspera—. La torre ha caído. El cielo vuelve a ser nuestro.

Pero al mirar hacia arriba, las estrellas de los Estelares me parecieron frías y distantes. La armonía del mundo me resultaba insultante. ¿De qué servía una sinfonía perfecta si faltaba el primer violín? ¿De qué servía la luz si la sombra que me daba forma se había ido?

Elias aterrizó a mi lado, traído por uno de los dragones jóvenes. El niño se acercó a mí y me abrazó las piernas. Él también estaba en silencio. Los dos miramos el cráter vacío, el lugar donde el Lord Protector de la Aurora había dado su última nota.

Pasaron los días. Regresamos al Glaciar Eterno, pero la alegría de la victoria sobre Vane fue corta. El mundo estaba en paz, sí. Sideria se había rendido, los Resistentes se habían dispersado y la humanidad estaba aprendiendo a vivir bajo la luz de los Estelares. Pero para mí, el sol se había apagado.

Me sentaba en el trono de hielo, con el fragmento de obsidiana en mi regazo. Elias intentaba consolarme, pero su propia luz recordaba demasiado a la que había consumido a su padre.

—Madre, él no se ha ido del todo —me decía Elias—. Su energía está en la red de resonancia. Está en el viento.

—No quiero el viento, Elias. Quiero su mano. Quiero su terquedad. Quiero su dolor.

Capítulo 40: El Último Latido del Hierro y la Sombra

El invierno que siguió a la caída del Cráter de Azufre no fue blanco, sino de un gris metálico que se pegaba a los pulmones y enfriaba el alma. La paz que reinaba en el continente era absoluta, pero era una paz de cementerio. Sin la presencia de la Comandante Vane y sus dispositivos de angustia, el mundo se había sumergido en una calma letal, una inercia donde la gente caminaba, comía y dormía, pero nadie parecía realmente vivo.

Isadora era la personificación de ese estado.

Isadora permanecía sentada en el centro de la gran sala de las Minas de Erandur. Había rechazado el Glaciar Eterno; el hielo le recordaba demasiado a la pureza fría que la había separado de Kaele antes del final. Prefería la sal, la aspereza de la roca y el eco distante de los picos de los mineros. Su cuerpo de cristal se había estabilizado, pero había perdido su brillo. Ahora parecía cuarzo ahumado, oscuro y opaco.

A su lado, el fragmento de obsidiana que recuperó del cráter colgaba de una cadena de hierro. Estaba frío. Estaba muerto. No emitía ni una sola vibración, ni un rastro del calor azul que una vez fue el pulso de su vida.

—Madre, tienes que comer algo —la voz de Elias era la de un joven que había crecido demasiado rápido. En los meses transcurridos desde la desaparición de Kaele, el niño había asumido el peso de la regencia. Sus ojos de mercurio observaban a Isadora con una mezcla de piedad y terror.

Isadora no respondió. No porque no pudiera —su voz humana había regresado tras el choque, aunque sonaba quebrada—, sino porque no tenía nada que decir. El nexo, ese hilo de seda que la unía al universo, se sentía como un miembro amputado que aún dolía en las noches de tormenta.

—Los emisarios de la Ciudadela están aquí —continuó Elias, suspirando—. Dicen que los últimos leales a Vane se han

atrincherado en las Montañas del Hierro. No buscan guerra, madre. Buscan morir matando. Han empezado a quemar las reservas de grano. Si no intervenimos, el perdón que cantaste será su sentencia de hambre.

Isadora levantó la mirada. Sus ojos plateados estaban empañados.

—Que arda todo, Elias —susurró ella, y su voz sonó como el roce de dos lápidas—. ¿Para qué queremos grano si no hay nadie que sienta el sabor de la vida? El mundo que salvamos es un mundo de sombras sin dueño.

Mientras Isadora se hundía en su melancolía, en las fronteras de Sideria la realidad era mucho más brutal. El "Perdón" de Isadora había borrado el odio, pero no había borrado la desesperación. Sin una estructura de mando, sin el miedo a los dragones y sin el liderazgo de los Valerius, la civilización se estaba desmoronando en pequeños feudos de apatía y miseria.

Arkon, el gran dragón de plata, era el único que seguía patrullando los cielos. Pero incluso él se sentía viejo. Se posaba en las crestas de las montañas, mirando hacia el Cráter de Azufre con la esperanza de ver una chispa azul, un rastro de humo de obsidiana. Nada. Solo el viento silbando entre las rocas calcinadas.

En las Montañas del Hierro, los restos de la Inquisición Sideriana habían encontrado algo. No era misticismo, ni tecnología de vacío. Era el pasado. Habían desenterrado los antiguos "Colosos de Vapor", máquinas de guerra de la era pre-resonante que no dependían de la música ni de la frecuencia, sino de la fuerza bruta, el carbón y el fuego.

—Si los dioses nos han abandonado a esta paz de esclavos, nosotros traeremos el infierno de vuelta —gritó el Capitán Krell, un hombre cuyo corazón era una prótesis de metal frío que le había permitido resistir parcialmente el Canto de Isadora.

Los Colosos empezaron a caminar. Eran gigantes de hierro de treinta metros de altura que escupían humo negro y trituraban el cristal de la tierra bajo sus pies. No resonaban; chirriaban. Eran la antítesis mecánica del nuevo mundo.

La noticia del avance de los Colosos llegó a Erandur tres días después. El humo negro de las máquinas de Krell empezaba a tapar la luz de los Dragones Estelares. La frecuencia del planeta se estaba ensuciando de nuevo, pero esta vez era una suciedad física, mecánica, sorda a cualquier plegaria de paz.

Isadora sintió el cambio. El fragmento de obsidiana en su cuello vibró levemente, pero no con calor, sino con un escalofrío de advertencia.

—Están destruyendo el equilibrio —dijo Isadora, poniéndose en pie. Sus articulaciones de cristal crujieron—. No por odio, sino por despecho. Quieren que el mundo vuelva a ser de hierro porque no pueden soportar que sea de luz.

—Déjame ir con Arkon —pidió Elias—. Puedo usar la resonancia para sobrecargar sus calderas.

—No —dijo Isadora, y algo de su antigua autoridad regresó a su voz—. La resonancia es lo que los alimenta en su locura. Cuanta más luz les lances, más querrán apagarla. Iré yo sola. No voy a luchar como una reina. Voy a luchar como una viuda que no tiene nada que perder.

Isadora se enfrentó a los Colosos en el Valle de las Sombras, el mismo lugar donde Kaele la había rescatado una vez de los cazadores de Sideria. El contraste era desgarrador. Allí donde antes hubo un bosque vibrante, ahora había un desierto de ceniza.

Los tres Colosos de Vapor aparecieron entre la bruma negra. Eran máquinas horribles, cubiertas de pinchos y remaches, con hornos internos que brillaban con un rojo maligno. Krell estaba en lo alto del Coloso central.

—¡Mírate, Reina de nada! —gritó Krell—. ¡Tu dragón es ceniza y tu reino es un cementerio! ¡Nosotros somos el ruido que no puedes callar!

Isadora abrió la boca para cantar, pero el humo negro de las máquinas estaba asfixiando la resonancia del aire. Intentó proyectar una nota de paz, pero el chirrido del metal contra el metal la devolvía a su mente como un látigo de agonía. El primer Coloso levantó un mazo de hierro macizo y lo descargó contra el suelo. La onda expansiva lanzó a Isadora por los aires. Su cuerpo de cristal se

estrelló contra una roca, y una grieta profunda apareció en su costado.

—Kaele... —susurró ella en la oscuridad de su mente—. Perdóname. No puedo sostener este mundo sola. Pesa demasiado.

Krell se preparó para el golpe final. El mazo de hierro se elevó de nuevo, ocultando el sol. Isadora cerró los ojos, apretando el fragmento de obsidiana frío contra su pecho. Estaba lista para unirse a él en el silencio eterno.

Entonces, el fragmento de obsidiana en su pecho se volvió incandescente. No fue un calor suave. Fue un estallido de energía térmica que quemó la piel de cristal de Isadora.

El suelo bajo el Coloso de Krell no se agrietó; se fundió.

Un pilar de fuego azul, denso y cargado de una presión física insoportable, salió disparado desde las profundidades del valle. No era la luz etérea de los Estelares; era el fuego de las entrañas del mundo, un fuego que quemaba porque tenía hambre de justicia y sed de pertenencia.

De entre la lava y la ceniza, emergió una figura que hizo que incluso las máquinas de hierro de Krell vacilaran.

No era un espíritu. No era un ser místico hecho de luz.

Era un Lord Dragón en toda su gloria física y aterradora. Su tamaño era el doble que el de Arkon, sus escamas no eran de obsidiana pulida, sino de una obsidiana mate, rugosa, forjada por la presión de miles de toneladas de roca y el calor del núcleo terrestre. Su cola terminó en una maza de hueso y cristal que al golpear el suelo provocó un sismo que hizo tambalear a los Colosos. Sus ojos no eran mercurio; eran de un ámbar ardiente, llenos de una furia humana y un amor salvaje que no entendía de perdones divinos.

—¿Te atreves a tocar lo que es mío? —el rugido de Kaele no necesitó traducción telepática. Fue una onda física que reventó los cristales de las cabinas de los Colosos.

Kaele se lanzó sobre el primer Coloso. No usó magia. Usó sus garras. Con una fuerza bruta que desafiaba la ingeniería, hundió sus dedos de obsidiana en el pecho de hierro de la máquina y la desgarró de arriba abajo. Isadora miraba, con el corazón latiendo tan fuerte que temía que su pecho de cristal estallara.

—¿Kaele? —su voz fue un hilo de esperanza recuperada.

El gran dragón se giró hacia ella. Por un segundo, la bestia retrocedió y en su lugar, envuelto en una neblina de calor abrasador, apareció el hombre. Kaele caminó hacia ella a través del fuego. No tenía alas de luz. Estaba desnudo, cubierto de ceniza, con el cabello enredado y los músculos tensos como cuerdas de arco. Estaba herido, estaba sucio, y estaba gloriosamente vivo.

Él la tomó en sus brazos, ignorando que el cristal de ella estaba agrietado. La estrechó contra su pecho con una posesividad que hizo que Isadora recordara lo que era ser humana.

—Aunque huyas hasta los confines de la tierra, recuerda... —le susurró él al oído, con su voz ronca y cargada de una vibración que hizo temblar el suelo— ...las sombras son mías, y tú también.

Isadora sollozó, hundiendo su rostro en su cuello, respirando el aroma a humo, azufre y vida que emanaba de su piel.

Tras dispersar a los últimos rebeldes con un solo rugido que apagó los hornos de los Colosos restantes, Kaele no permitió que Isadora regresara a Erandur. La llevó en sus brazos, volando con sus alas de obsidiana hacia las cumbres más altas de la cordillera, hasta una cueva calentada por las venas de lava del interior de la montaña.

Allí, lejos de los ojos del mundo, lejos de la regencia de Elias y de la mirada de los Estelares, el Lord Dragón reclamó su lugar.

La cueva estaba iluminada por el resplandor azul de las grietas en el suelo. Kaele dejó a Isadora sobre un lecho de arena volcánica fina y pieles. El contacto de sus cuerpos fue un choque de frecuencias que hizo que la montaña misma gimiera. No hubo delicadeza mística; hubo la urgencia de dos seres que habían atravesado el infierno para volver a tocarse.

Kaele la besó con una ferocidad que le devolvió el aliento a sus pulmones. Sus manos de obsidiana recorrieron las curvas de cristal de Isadora, y allí donde él la tocaba, el cristal se volvía carne de nuevo, fundiéndose bajo su calor superior. El nexo, que antes era una melodía solitaria, estalló en una sinfonía de sensaciones físicas: el sabor a sal, el olor a ozono, el roce áspero de la piel de él contra la suavidad de ella.

Isadora lo rodeó con sus brazos, sintiendo la fuerza del Lord Dragón sobre ella. En ese momento, las jerarquías desaparecieron. No había reina, no había esclavo, no había salvadores. Solo había dos almas que se reconocían en el placer y en el dolor.

—Mírame —pidió Kaele, su voz rota por el deseo y la posesión—. Dime que eres mía. Dime que el cielo no te ha llevado del todo.

Isadora arqueó su espalda, sintiendo cómo el fuego de Kaele la llenaba, rompiendo las últimas defensas de su apatía. Sus ojos plateados se fijaron en los ámbar de él, y su nexo brilló con una intensidad que eclipsó la luz de la luna.

—Fui tuya al principio —susurró ella, mientras las lágrimas de cristal se convertían en lágrimas de agua viva sobre sus mejillas—, y seré tuya hasta el final.

La unión fue una tormenta de luz azul y plata. En el clímax, la resonancia de Isadora y el fuego de Kaele se fusionaron, enviando una onda de choque a través de la montaña que selló su pacto para siempre. Ya no eran piezas separadas del rompecabezas del mundo; eran el eje sobre el cual todo giraba.

Horas más tarde, mientras la luz del alba empezaba a pintar el horizonte, Isadora dormía con la cabeza apoyada en el pecho de Kaele. Él la rodeaba con una de sus alas de obsidiana, protegiéndola del viento.

El mundo seguía allí afuera, con sus problemas y sus reconstrucciones. Pero el equilibrio se había restaurado. El perdón de la Reina de la Aurora ahora tenía un guardián: el Lord Dragón que recordaba que la paz requiere una sombra que la defienda.

Isadora despertó y miró a Kaele. Él le sonrió, una sonrisa peligrosa y llena de amor. El nexo vibró. La canción del mundo por fin estaba completa, porque la sombra había regresado para bailar eternamente con la luna.

¿FIN?

Biografía del autor



Iasmin G.B. nació en Brasil en 1996, aunque ha pasado prácticamente toda su vida en Madrid, ciudad donde reside actualmente. Con una identidad forjada entre dos culturas, ha encontrado en la escritura su verdadera pasión y su forma de comunicarse con el mundo.
Esta novela marca su debut literario, un sueño cumplido que nace de su profundo deseo por crear historias que cautiven y emocionen. Para Iasmin, escribir es una invitación a compartir mundos, convencida de que la literatura es un lenguaje universal con el poder mágico de unir a las personas.